



PÍO XII Y LA FAMILIA CRISTIANA

(Discursos del Papa a los recién casados ente los años 1939 y 1943)

I

LA PRIMERA AUDIENCIA A LOS RECIEN CASADOS

26 de Abril de 1939¹.

1. Vuestra presencia, amados hijos e hijas, llena de alegría nuestro Corazón; porque si siempre es bello y consolador este acudir de los hijos en derredor del padre, nos es particularmente grato vernos rodeados por estos grupos de recién casados que vienen a hacernos partícipes de su gozo y a recibir una palabra de bendición y de aliento.

Y tenéis ciertamente que animaros, queridos esposos, pensando que el divino Autor del sacramento del matrimonio, Jesucristo Nuestro Señor, lo ha querido enriquecer con la abundancia de sus celestiales favores. El sacramento del matrimonio significa, como vosotros sabéis, la unión mística de Jesucristo con su esposa la Iglesia (en la cual y de la cual deben nacer los hijos adoptivos de Dios, herederos legítimos de las promesas divinas). Y de modo que Jesucristo enriqueció sus bodas místicas con la Iglesia, con las perlas preciosísimas de la gracia divina, se complace en enriquecer el sacramento del matrimonio de dones inefables.

Éstos son especialmente todas aquellas gracias necesarias y útiles a los esposos para conservar, acrecentar y perfeccionar cada vez más su santo amor recíproco, para observar la debida fidelidad conyugal, para educar sabiamente, con el ejemplo y con la vigilancia, a sus hijos y para llevar cristianamente las cargas que impone el nuevo estado de vida.

Todas estas cosas las habéis ya comprendido, meditado y gustado vosotros: y si en este momento os las recordamos es para participar también Nos en alguna manera de esta hora solemne de vuestra vida y para dar a la santa alegría que os anima una base cada vez mas segura y mas sólida.

Que Dios, que es tan bueno, os conceda no enturbiar jamás la grandeza de vuestros sagrados deberes.

Que sea prenda de favores divinos la bendición apostólica que os impartimos con efusión de corazón y que deseamos os acompañe en los días alegres y tristes de vuestra vida y quede siempre en vosotros como testimonio perenne de nuestra paternal benevolencia.

II

EL SANTIFICADOR DE LAS BODAS

3 de Mayo de 1939. (DR. 1, 89.)

2. Vuestra presencia, directísimos esposos, trae a nuestra memoria y a la vuestra aquel episodio tan delicado y al mismo tiempo tan portentoso que leemos en el Santo Evangelio, de las bodas de Caná de Galilea, y el primer milagro obrado por Jesucristo Nuestro Señor en aquella ocasión. Jesús, presente en un convite nupcial conjuntamente con su Santísima Madre y sus primeros discípulos: ciertamente que el Divino Maestro no se dignó aceptar sin profundas razones y con tanta benevolencia una invitación semejante. Allí daría la primera señal de su omnipotencia para confirmar su divina misión y sostener la fe de sus primeros seguidores, y allí comenzaría a manifestarse la eficaz mediación de María ante Dios, en beneficio de los hombres.

Pero Él, el buen Maestro, quiso justamente traer con su presencia una particular bendición a aquellos afortunadísimos esposos, y como santificar y consagrar aquella unión nupcial, de igual modo que al tiempo de la creación había bendecido el Señor a los progenitores del género humano,

¹ DR. = Discorsi e radiomessaggi di Sua Santità Pio XII. Milano. Società Editrice "Vita e Pensiero".

En aquel día de las bodas de Caná, Cristo, abarcaba con su mirada divina a los hombres de todos los tiempos por venir y de modo particular a los hijos de su futura Iglesia, y bendecía sus bodas, y acumulaba aquellos tesoros de gracias que con el sacramento del matrimonio, instituido por Él, derramaría con divina largueza sobre los esposos cristianos.

Jesucristo ha bendecido y consagrado también vuestras bodas, amados esposos; pero la bendición que habéis recibido ante el santo altar, queréis confirmarla y como ratificarla a los pies de su Vicario en la tierra, y por esa razón habéis venido a él.

Nos os impartimos esa bendición con todo el corazón, y deseamos que quede siempre con vosotros y os acompañe a todas partes en el curso de vuestra vida. Y quedará con vosotros si hacéis que entre vuestros muros domésticos reine Jesucristo, su doctrina, sus ejemplos, sus preceptos, su espíritu: si María Santísima, a la que invocáis, veneráis y amáis, es la Reina, la Abogada, la Madre de la nueva familia que estáis llamados a fundar, y si bajo la benigna mirada de Jesús y de María vivís como esposos cristianos, dignos de tan gran nombre y de tan alta profesión.

III

LA REINA CELESTIAL

10 de Mayo de 1939. (DR. 1, 111.)

3. Saludamos cordialmente a los recién casados, que siempre vemos en gran número formando una corona en torno a Nos en estas audiencias públicas: el saludo es tanto más cordial cuanto que lo alegra la grata circunstancia de este mes de mayo que la piedad del pueblo cristiano ha querido consagrar particularmente al culto de la Virgen Santísima.

Vosotros, amados hijos, llamados a constituir nuevas familias, queréis sin duda dar a éstas un carácter esencialmente cristiano y una sólida base de bienestar y de felicidad. Pues os garantizamos la consecución de todo esto en la devoción a María. Tantos títulos tiene María para ser considerada como lo patrona de las familias cristianas y tantos tienen éstas para esperar de ella una particular asistencia.

María conoció las alegrías y las penas de la familia, los sucesos alegres y los tristes: la fatiga del trabajo diario, las incomodidades y las tristezas de la pobreza, el dolor de las separaciones. Pero también todos los goces inefables de la convivencia doméstica, que alegraban el más puro amor de un esposo castísimo y la sonrisa y las ternezas de un hijo que era al propio tiempo el Hijo de Dios.

María Santísima participará por eso con su corazón misericordioso en las necesidades de vuestras familias, y traerá a éstas el consuelo de que se sientan necesitadas en medio de los inevitables dolores de la vida presente: así como bajo su mirada materna les hará más puras y serenas las dulzuras del hogar doméstico.

Todo más cuanto que la Santísima Virgen no se limita a conocer por experiencia propia las graves necesidades de las familias, sino que, como Madre de piedad y misericordia, quiere de hecho venir en ayuda de ellas.

Felices y benditos de veras aquellos esposos que inician su nuevo estado con estos propósitos de filial y confiada devoción a la Madre de Dios, con el santo programa de establecer su nueva familia sobre este indestructible cimiento de piedad, que lo penetrará todo para trasmitirse luego, como preciosa herencia, a los hijos queridos que Dios les quiera conceder.

4. Pero no olvidéis, amadísimos hijos, que la devoción a la Virgen, para que pueda decirse verdadera y sólida y por lo tanto aportadora de preciosos frutos y gracias copiosas, debe estar vivificada por la imitación de la vida misma de Aquella a la que os gusta honrar.

La Madre divina es también y sobre todo un perfectísimo modelo de virtudes domésticas, de aquellas virtudes que deben embellecer el estado de los cónyuges cristianos. En María tenéis el amor más puro y fiel hacia el castísimo esposo, amor hecho de sacrificios y delicadas atenciones: en Ella la entrega completa y continua a los cuidados de la familia y de la casa, de su esposo y sobre todo del querido Jesús: en Ella la humildad que se manifestaba en la amorosa sumisión a San José,

en la paciente resignación a las disposiciones ¡cuántas veces arduas y penosas! de la divina Providencia, en la amabilidad y en la caridad con cuantos vivían cerca de la casita e Nazaret.

¡Esposos cristianos! Que vuestra devoción a María pueda constituir un manantial siempre vivo de favores celestes y de felicidad verdadera: favores y felicidad de los que queremos que sea prenda la paterna Bendición, que de corazón os impartimos.

IV

EL GOZO INMUTABLE

17 de Mayo de 1939. (DR. 1, 127)

5. Siempre son gratas a nuestra mirada, y más gratas todavía a nuestro corazón, estas reuniones de recién casados que vienen al Padre común de las almas para recibir su bendición, que quiere ser – y es en realidad – signo y prenda de la de Dios.

Pero nos resulta especialmente grata esta de hoy, en el día que precede a la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo. Es la fiesta del gozo puro, de la esperanza serena, de los deseos santos:, de los que parece como un reflejo la solemnidad de vuestras bodas, queridos esposos, porque en el matrimonio cristiano que habéis celebrado ante el Santo Altar, todo parece suscitar y anunciar gozo, esperanza, deseos, propósitos. Para que estos sentimientos que han alegrado y alegran vuestros corazones, sean profundamente sinceros y durables, unidlos a los que os sugiere la gran festividad de mañana.

Sea puro vuestro gozo, como el de los Apóstoles que se retiraron del monte de los olivos¹, después de haber asistido a la Gloriosa Ascensión del Señor, “*cum, gaudio magno*”², con el corazón rebosante de alegría por gloria de Jesús que coronaba su vida terrena con esta triunfal entrada en el cielo: de alegría por su propia felicidad eterna que entreveían en el triunfo del divino Maestro.

Sobre estos motivos, amadísimos hijos, debe fundarse vuestro gozo para ser verdadero y puro: y así como aquéllos no pueden jamás disminuir, tampoco vuestra alegría estará sujeta a las mutaciones de los goces efímeros que el mundo promete: “*Pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat, Ego vo vobis*”³, había dicho Jesús.

El gozo de aquel día se perpetúa y se dilata en los corazones de los fieles de Cristo, porque se sostiene en la más segura esperanza: “*Yo voy al cielo a preparar el puesto para vosotros*”⁴, dijo el mismo Señor nuestro: y añadía: “*Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros*”⁵. Promesas magníficas; la promesa del cielo y la promesa de la efusión de las gracias del Espíritu Santo. Todo esto debe animar vuestra fe, alimentar y robustecer vuestra esperanza, elevar vuestros pensamientos y vuestros deseos. Ésta es la oración de la Iglesia en la Sagrada Liturgia. “Dios omnipotente nos conceda que, así como creemos que este día subió el Redentor al cielo, también nosotros vivamos en espíritu entre las cosas celestiales”, y también: “entre las vicisitudes mudables de la vida terrena, estén fijos nuestros corazones allí donde únicamente se encuentran los verdaderos gozos: “*inter mundanas varietates ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia*”⁶.

Y Nos os bendecimos, queridos esposos, en nombre de aquel Jesús que bendijo a los Apóstoles y a los primeros discípulos mientras subía al cielo, “*dum benediceret illis recessit ab eis et ferebatur in coelum*”⁷.

¹ Act. I, 12.

² Luc. XXIV, 52.

³ Jn. XIV, 27.

⁴ Jn. XIV, 2.

⁵ Act. I, 8.

⁶ Dom. IV post Pascha.

⁷ Luc. XXIV, 51.

V
FUNDADORES DE NUEVAS FAMILIAS
24 de Mayo de 1939. (DR. 1, 1317.)

6. Nos sentimos verdaderamente contentos y profundamente conmovidos al ver que habéis venido a Nos, queridos esposos, después que en la bendición nupcial habéis santificado y consagrado vuestro afecto, y habéis depositado a los pies del altar la promesa de una vida cada vez más intensamente cristiana. Porque de ahora en adelante debéis sentirnos doblemente obligados a vivir como verdaderos cristianos: Dios quiere que los esposos sean cónyuges cristianos y padres cristianos.

Hasta ayer habéis sido hijos de familia sujetos a los deberes propios de los hijos: pero desde el instante de vuestro matrimonio habéis venido a ser fundadores de nuevas familias: de tantas familias cuantas son las parejas de esposos que Nos rodean.

Nuevas familias destinadas a alimentar la sociedad civil con buenos ciudadanos, que procuren solícitamente a la sociedad misma aquella salvación y aquella seguridad de las que quizás nunca se ha sentido tan necesitada como ahora: destinadas igualmente a alimentar la Iglesia de Jesucristo, porque es de las nuevas familias de donde la Iglesia espera nuevos hijos de Dios, obedientes a sus santísimas leyes: destinadas, en fin, a preparar nuevos ciudadanos para la patria celeste, cuando termine esta vida temporal.

Pero todos estos grandes bienes, que en el nuevo estado de vida estáis llamados a producir, solamente podréis prometéroslos si vivís como esposos. y padres cristianos.

Vivir cristianamente en el matrimonio significa cumplir con fidelidad, además de todos los deberes comunes a todo cristiano y a todo hijo de la Iglesia Católica, las obligaciones propias del estado conyugal. El Apóstol San Pablo, escribiendo a los primeros esposos cristianos de Efeso, ponía de relieve sus mutuos deberes, y les exhortaba enérgicamente de este modo: “Esposas, estad sujetas a vuestros maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la esposa, como Cristo es cabeza de la Iglesia”¹. “Esposos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y dió su vida por ella”². “Y vosotros, oh padres”, continuaba el Apóstol, “no provoquéis a ira a vuestros hijos: antes educadlos en la disciplina y en las enseñanzas del Señor”³.

Al recordaros, amados esposos, la observancia de estos deberes, os auguramos toda clase de bienes: y os impartimos aquella bendición que habéis venido a pedir al Vicario de Cristo, y que deseamos descienda copiosa tanto sobre las familias de que procedéis cuanto sobre las nuevas a las que dais principio.

VI
VIRTUDES DOMESTICAS
31 de Mayo de 1939. (DR. 1, 143.)

7. Al dirigir, como de costumbre, nuestro paterno saludo en primer lugar a los recién casados, no podemos hoy menos de reclamar su atención sobre una especial circunstancias de esta audiencia pública, de la cual son ellos una parte tan importante.

Está a punto de terminar el mes de María, que vosotros, amados hijos, siguiendo la piadosa tradición de todo el pueblo cristiano, habéis pasado rindiendo particulares y más devotos obsequios a la Santísima Virgen: mes en el que respondiendo con fervoroso anhelo a nuestro llamamiento, os habéis unido a Nos en la oración por la paz del mundo.

¹ Ef. V, 22-23.

² Ef. V, 25.

³ Ef. V, 4.

Es cierto que está para acabar el mes de María: pero no debe terminar en vuestros corazones, ni disminuir en vosotros la devoción, tan saludable y suave, hacia la Madre de Dios; puesto que de la constante fidelidad en practicarla es de donde sobre todo os podréis prometer los frutos más preciosos de bendiciones y de gracias.

Que quede ella por lo tanto en las manifestaciones públicas y en la vida privada, en el templo y entre las paredes domésticas. A María el tributo diario de vuestra veneración y de vuestras plegarias, el homenaje de vuestra filial confianza y ternura para esta Madre de piedad y de misericordia.

Pero no olvidéis, esposos cristianos, que la devoción a María, para que se pueda decir verdadera y eficaz, debe estar vivificada por la imitación de las virtudes de aquella que queréis honrar.

La madre de Jesús es, en efecto, un perfectísimo modelo de las virtudes domésticas, de aquellas virtudes que deben embellecer el estado de los cónyuges cristianos. En María encontramos el afecto más puro, santo y fiel, hecho de sacrificio y de atenciones delicadas, a su santísimo esposo: en Ella la entrega completa y continua a los cuidados de la familia y de la casa: en Ella la perfecta fe y el amor hacia su hijo divino: en Ella la humildad que se manifestaba en la sumisión a José, en inalterable paciencia y serenidad, frente a las incomodidades de la pobreza y de trabajo, en la plena conformidad a las disposiciones, con frecuencia arduas y penosas, de la Divina Providencia, en la dulzura del trato y en la caridad hacia todos aquellos que vivían junto a los santos muros de la casita de Nazaret.

He aquí, amados hijos, hasta qué punto debéis llevar vuestra devoción a María si queréis que ella constituya una fuente siempre viva de favores espirituales y temporales y de verdadera felicidad: favores y felicidad que Nos pedimos para vosotros a la Santísima Virgen y de los cuales os damos una prenda en Nuestra paternal Bendición.

VII

EL ALIMENTO CELESTIAL

7 de Junio de 1939. (DR. 1, 167.)

8. Al proponernos invocar la abundancia de las bendiciones del cielo sobre los recién casados, nos sonríe el pensamiento de que, al menos para muchos de ellos – diríamos que para todos –, el rito nupcial habrá tenido su plenitud en la Comunión Eucarística, según la piadosa costumbre de las bodas cristianas: pero en todo caso, aprovechando la fausta coincidencia de la fiesta del *Corpus Christi* que mañana celebra la Iglesia, queremos indicaros, amados hijos, en la Santa Comunión un medio efficacísimo para conservar los benéficos frutos de la gracia recibida en el sacramento del matrimonio. Toda alma cristiana necesita la Eucaristía, según la palabra de Nuestro Señor Jesucristo: “Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna”¹.

La Comunión eucarística tiene, por tanto, como efecto suyo, alimentar la unión santificante y vivificante del alma con Dios, mantener y fortificar la vida espiritual e interior, impedir que en el viaje y en el combate terreno venga a faltar a los fieles aquella vida que les ha sido comunicada en el Bautismo.

9. Con estos bienes tan preciosos quiere Jesucristo enriquecer a las almas en la sagrada comunión: y felices aquellos que, secundando sus amorosas intenciones, saben valerse de este medio tan eficaz de santificación y de salud.

Pero de todos estos auxilios tienen particular necesidad los esposos y padres cristianos que, dándose cuenta de la grave responsabilidad que han echado sobre sí, se han propuesto corresponder a ella con seriedad.

La familia necesita, como base suya, la íntima unión no sólo de los cuerpos sino sobre todo de las almas, unión hecha de amor y de paz mutua. Ahora bien, la Eucaristía es, según la bella expre-

¹ Jn. VI, 54-55.

sión de San Agustín, signo de unión, vínculo de amor, “*signum unitatis, vinculum caritatis*”, y una por eso y como que suelda entre sí los corazones.

Para sostener las cargas, las pruebas, los dolores comunes, a los que no puede sustraerse familia alguna, por bien ordenada que esté, os es necesaria una energía diaria: la Comunión Eucarística es generadora de fuerza, de valor, de paciencia, y con la suave alegría que difunde e las almas bien dispuestas, hace sentir aquella serenidad que es el tesoro más precioso del hogar doméstico.

Pensamos con gozo, amados hijos, que cuando volváis a vuestras ciudades, a vuestros países, a vuestras parroquias, daréis este bello y edificante espectáculo de acercaros con frecuencia a la Sagrada Mesa y volveréis de la Iglesia a vuestras casas llevando al hogar doméstico a Jesús y con Jesús toda clase de bienes.

Vendrán luego los hijos, los pequeños que vosotros educaréis y formaréis en vuestra misma fe, en la fe y en el amor de la Eucaristía; y les acercaréis en edad temprana a la Comunión, persuadidos de que no existe medio mejor de salvaguardar la inocencia de vuestros niños: y les conduciréis con vosotros al altar para recibir a Jesús, y vuestro ejemplo será para ellos la lección más elocuente y persuasiva. Pensamos con gozo todo esto, y os lo auguramos, esposos cristianos: y para que este augurio sea una consoladora realidad, os damos como prenda de ella la bendición paterna que de corazón os impartimos.

VIII EL REY DE LA FAMILIA 14 de Junio de 1939. (DR. 1, 175.)

10. A vosotros, recién casados, se dirigen como de costumbre nuestras primeras palabras y nuestros primeros saludos, que queremos vayan acompañados como siempre por nuestra bendición, ya que es esto especialmente lo que esperáis de Nos y lo que habéis venido a demandar y recibir.

Pero a las palabras de saludo y bendición nos es grato añadir una palabra de exhortación que nos sugieren las circunstancias de esta audiencia que precede en un día a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

La devoción al Sacratísimo Corazón del Redentor del mundo, que en estos últimos tiempos se ha difundido tan admirablemente por toda la Iglesia en las mas elevadas y varias manifestaciones, ha sido establecida y querida por el mismo Salvador divino, al solicitar y sugerir Él mismo los obsequios con que deseaba fuese honrado su Corazón adorable.

11. Jesús determinó el fin de esta querida devoción, cuando en la más célebre de las apariciones a Santa Margarita María Alacoque prorrumpió en aquellas doloridas palabras: “He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y de tantos beneficios les ha colmado, que no ha rehusado nada hasta agotarse y consumarse por testimoniarles su amor: y en cambio no recibe de la mayor parte de ellos sino ingratitudes”.

Amor y reparación: esto es lo que de modo especialísimo pide esta devoción; amor para corresponder al que tanto nos amó; reparación para resarcir los ultrajes inferidos a este amor infinito.

12. Y para incitar a los hombres a que acojan estos deseos suyos, Jesús se dignó confirmarlos con las más largas promesas.

Entre éstas hay algunas que dicen especial relación a las familias cristianas, y por tanto a los esposos, a los padres y a los hijos que mañana vendrán a alegrar vuestro hogar doméstico.

“Yo traeré y conservaré la paz en sus familias. Bendeciré las casas en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada”.

13. De estas promesas puede decirse que tiene su origen aquella manifestación de culto familiar que se llama la Consagración de las familias al Sagrado Corazón de Jesús, y que en esta circunstancia queremos recomendaros a vosotros, esposos cristianos, que acabáis de iniciar nuevas familias al pie del altar de Dios.

Esta consagración significa una entrega completa al divino Corazón: es un reconocimiento de la soberanía de Nuestro Señor sobre la familia: expresa una confiada súplica para obtener sobre la propia casa sus bendiciones y el cumplimiento de sus promesas. Al consagrarse la familia al Divino Corazón, protesta querer vivir de la vida misma de Jesucristo, y hacer florecer las virtudes que Él enseñó y vivió. Él preside las reuniones, bendice las empresas, santifica los goces, alivia los afanes, conforta a los moribundos, infunde resignación a los que aquí quedan.

Así, en vuestras familias consagradas a Él, Jesús será la regla soberana de vuestra conducta y el protector vigilante de vuestros intereses. Que pueda alcanzaros todo eso nuestra paterna Bendición, que de corazón os impartimos.

IX

LA MISIÓN EDUCADORA

21 de Junio de 1939. (DR. 1, 201.)

14. Con verdadera alegría notamos este número siempre considerable de recién casados, que vienen a los pies del Vicario de Cristo para pedir de él una bendición que les acompañe en el camino radiante que se abre ante sus esperanzas. Deseamos sinceramente y auguramos que estas bellas, alegres y santas esperanzas se hagan realidad en un porvenir de felicidad verdadera y perfecta, no sólo para ellos, sino para los hijos que la Providencia les mande, ya que ellos no viven sólo para sí mismos, sino para los que de ellos han de nacer. Los esposos verdaderamente cristianos, viven, quieren vivir y sienten deber de vivir especialmente para el bien de sus hijos, sabiendo siempre que su bienestar personal dependerá finalmente de sus hijos.

Ahora bien, queridos recién casados, la felicidad de vuestros hijos está, al menos en parte, en vuestras manos, pues está en relación estrecha con la educación que deis a vuestros hijos desde los albores de su vida, dentro de las paredes domésticas.

15. Precisamente hoy celebramos la fiesta de San Luis Gonzaga, gloria brillantísima de la juventud cristiana.

No hay duda que la gracia de Dios previno y acompañó a esta alma privilegiada, con dones extraordinarios, desde los primeros años; pero no es menos cierto que Dios encontró una atenta, delicada e industriosa cooperadora en Doña Marta, la madre afortunadísima de nuestro amable Santo. ¡Tanto puede una madre que siente toda la sublimidad de su misión educadora!

Y para ayudaros en el cumplimiento de esta misión, Nos place poner de relieve a este angélico joven como modelo que debéis proponer a los hijos que el Señor os dé, y como Patrono a cuya tutela confiéis estas queridas prendas de vuestro amor. Ciertamente que han cambiado los tiempos, han mudado las costumbres, han variado aspectos y métodos de educación; pero la verdadera y genuina figura de Luis Gonzaga, queda y quedará siempre como sublime modelo cuyos ejemplos y rasgos se adaptan a los jóvenes de todos los tiempos. Por eso Nuestro predecesor Pío XI, de venerable memoria¹, confirmando cuanto ya habían decretado Benedicto XIII y León XIII, quiso nueva y solemnemente proclamar a Luis Gonzaga como Patrono celestial de toda la juventud cristiana. Y al convocar a esta electísima parte de la familia cristiana bajo la tutela y protección de aquél, la exhortaba vivamente y le rogaba paternalmente que tuviese fijos sus ojos en este joven maravilloso, ejemplar de naturaleza y de gracia, que consagraba a la rápida conquista de una consumada santidad, vivacidad e ingenio, vigor de carácter, fuerza de voluntad, fervor de obras, generosidad de renuncia, hecho un verdadero ángel de pureza y un verdadero mártir de caridad.

Id hoy, si os es posible, a la Iglesia de San Ignacio, aquí en Roma, y arrodillaos junto a la urna que encierra los sagrados huesos de San Luis, rogadle que quiera recibir desde ahora bajo su protección a los hijos que esperáis de Dios.

Nos os acompañaremos con el pensamiento y el corazón a aquella tumba venerada, ante la cual hemos orado personalmente tantas veces, especialmente cuando, siendo joven, frecuentábamos

¹ Acta Apostólica Sedis, 1926, p. 258-267.

las aulas escolares del vecino Colegio Romano, testigo de la santa vida y de la preciosa muerte de Luis Gonzaga.

Que Nuestra bendición sea auspicio de aquellas gracias que de corazón pedimos para vosotros, por la intercesión de este angélico santo, a quien se ha reservado en la Iglesia una perenne misión en favor de la juventud.

X

EL PATROCINIO DE LOS SANTOS APOSTOLES

28 de Junio de 1939. (DR. 1, 219.)

16. Si siempre venimos con íntimo gozo a vosotros, queridos recién casados, nos es particularmente grata la audiencia de hoy, que asume una solemnidad e importancia especial por el hecho de coincidir felizmente con la vigilia de la festividad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo: fiesta de Roma ante todo, de esta Roma que la inefable disposición de Dios quiso designar como sede del primer Papa y de sus sucesores.

Pero fiesta también de toda la Iglesia, que esparcida por todas partes del mundo, conmemora el glorioso triunfo de aquel a quien Jesucristo nuestro Señor dijo las memorables palabras: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”.

Habéis venido para pedir y recibir la bendición Apostólica: bendición verdaderamente apostólica, porque os la imparte el sucesor, aunque indigno, de Pedro. Lo que Jesucristo dispuso, dura aún; y Pedro, perseverando en aquella solidez de piedra que le fué comunicada, no deja el timón de la Iglesia que una vez empuñó.

Así ahora desempeña más poderosa y vigorosamente el cargo que se le confió, y ejercita todos los deberes de su oficio y de sus cometidos en Aquel y con Aquel por quien fué glorificado¹.

17. De esta Bendición Apostólica esperáis vosotros favores y gracias celestes, protecciones y ayudas sobre las nuevas familias que vais a fundar. Tened fe: el patrimonio y el ejemplo de Pedro y del Gran Doctor de las Gentes, San Pablo, serán valederos y eficaces para todos vosotros.

San León Magno (como otros Padres de la Iglesia) llega a llamar a los dos santos Apóstoles, con estupenda imagen, los ojos del cuerpo místico cuya cabeza es Cristo², ojos fúlgidos y esplendentes, ojos paternos y misericordiosos, ojos benignos y vigilantes, ojos que siguen nuestro camino espiritual, ojos que se vuelven hacia acá abajo para alentar y animar, y hacia arriba para interceder e implorar gracia a quien aún se fatiga en la tormenta peligrosa y dura de la vida.

Vosotros, amadísimos recién casados, conservad esta fe, y transmitidla incorrupta a los hijos que la Divina Providencia quiera concederos: conservad y transmitid esta esperanza en la protección de los Príncipes de los Apóstoles, y con ella la devoción y la adhesión inquebrantable, sea cualquiera su persona, al Vicario de Cristo, sucesor de San Pedro.

Recibid, pues, nuestra paterna Bendición, que os impartimos con afecto, extendiéndola a todas las personas y cosas queridas sobre las cuales deseáis que descienda largamente.

XI

LAS ENSEÑANZAS DE LA LITURGIA

5 de Julio de 1939. (DR. 1, 231.)

18. Siempre nos resultan gratas, queridos recién casados, estas vuestras bellas y numerosas reuniones en torno Padre común, y tanto más si se reflexiona que en lo íntimo de vuestro ánimo, junto

¹ S. Leonis Magni, Serm. III, cap. 3. Migne, P. L. t. 54, col. 146.

² Serm. LXXXII, cap. 7. Migne, P. L. t. 54, col. 427.

al deseo de recibir la bendición del Vicario de Cristo, aflora el delicado pensamiento de hacernos partícipes de vuestro gozo y de vuestras fiestas nupciales.

El matrimonio cristiano es un acontecimiento penetrado sin duda de santa alegría, cuando se ha contraído con las disposiciones requeridas, como es justo pensar que vosotros lo habéis hecho.

Tales disposiciones, junto con los efectos preciosísimos propios de este sacramento, las encontramos expresadas con elocuencia en las ceremonias con que la Iglesia lo ha como circundado, y éstas son lo que hoy Nos place recordar por unos instantes a vuestra memoria y a vuestra consideración, oh esposos cristianos, para que os parezca cada vez más elevada la dignidad y la santidad de este sacramento grande, del que habéis sido los ministros.

19. Tres son los momentos en los que mayor relieve tiene aquel conmovedor y expresivo rito sagrado: el primero, el esencial, es el consentimiento mutuo que, manifestado por la palabra de los esposos y recibido por el sacerdote y por los testigos, viene a ser como confirmado y ratificado por la bendición y entrega del anillo, símbolo de entera e indefectible fidelidad.

Todo esto se desarrolla con una solemnidad a la vez grandiosa y sencilla: los esposos se hallan arrodillados ante el altar del Señor: están en presencia de los hombres (testigos, parientes y amigos); en presencia de la Iglesia, representada por el sacerdote; en presencia de Dios que, rodeado invisiblemente por los ángeles y santos, convalida y sanciona) los contratos solemnemente jurados.

20. Viene entonces la parte, por decirlo así, instructiva sobre el matrimonio cristiano: Pablo, el gran Doctor de las Gentes, se adelanta, y en la epístola de la misa nupcial recuerda con voz firme los deberes que los nuevos esposos han contraído mutuamente, y recuerda la naturaleza del Sacramento, símbolo de la unión mística de Cristo con la Iglesia. Después, el Apóstol cede reverente el puesto al Maestro, y Jesús mismo dice el Evangelio de la misa, la grande y definitiva palabra: "*Quod Deus coniunxit, homo non separet*"¹. ¡Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre!

21. Mas para que el pensamiento de los grandes deberes y de las graves responsabilidades adquiridas no les oprima con su peso, ahora ruega la Iglesia por los nuevos esposos, implora gracias sobre la nueva familia, recuerda los premios reservados, aun en la tierra, a los esposos verdaderamente cristianos.

Y hay un detalle importante en la liturgia de esta santa misa: después del *Pater Noster*, el sacerdote se vuelve hacia los esposos, e invoca sobre ellos las bendiciones divinas en una oración que toca las fibras más íntimas del corazón y rebosa de los más conmovedores augurios.

Sigue su curso la misa y se pide, con la liberación del mal, la paz, el bien más grande de la vida terrena.

Y Nos, recogiendo esta oración, formulamos el mismo augurio a los nuevos esposos: paz, que significa real y cristiana felicidad. Que los días de vuestra vida se sucedan todos tan felices como el de la boda, alegrados con la sonrisa de los seres queridos, prendas de amor mutuo y de bendiciones celestes, que el Señor hará crecer como retoños de olivo en torno a vuestra mesa.

Que si no todos los días transcurren tan alegres como los primeros, al menos se seren en con la confianza en Dios, que es el único consuelo verdadero para los males de aquí abajo.

XII GARANTIA DE SANTIDAD

12 de Julio de 1939. (DR. 1, 245.)

22. Entre las filas de hijos queridos que se suceden con tanta frecuencia ante el Vicario de Cristo, notamos siempre con particular satisfacción las numerosas parejas de recién casados. Don inestimablemente precioso son estas nuevas familias cristianas, que han comenzado a existir por razón y en virtud de un gran sacramento, instituido por Nuestro Señor Jesucristo para santificar las bodas, y con ésto la familia en su misma raíz y consiguientemente en sus brotes y en sus frutos.

¹ Mt. XIX, 6.

Reflexionad, queridos recién casados, en lo que os enseña el mismo catecismo y Nos deseamos recordaros en esta audiencia: que en la base de la familia cristiana está un sacramento. Lo cual quiere decir que no se trata de un simple contrato, de una simple ceremonia o de un aparato externo cualquiera para señalar una fecha importante de la vida: sino un verdadero y propio acto religioso de vida sobrenatural, del cual fluye como un derecho constante a impetrar todas aquellas gracias, todas aquellas ayudas divinas que son necesarias y oportunas para santificar la vida matrimonial, para cumplir los deberes del estado conyugal, para mantener los propósitos, para conseguir los más altos ideales¹.

23. Por su parte, Dios se ha hecho fiador de todo esto, elevando el matrimonio cristiano a símbolo permanente de la unión indisoluble de Cristo y de la Iglesia, y por ello podíamos afirmar que la familia cristiana, verdadera y, prácticamente cristiana, es garantía de santidad. Bajo este benéfico influjo sacramental, como bajo un rocío de la providencia, crecen los hijos a semejanza de los renuevos de olivo en torno a la mesa doméstica². Reinan allí el amor y el respeto mutuo, los hijos son esperados y recibidos como dones de Dios y como sagrados depósitos que hay que custodiar con temeroso cuidado: si entran allí el dolor y la prueba, no llevan la desesperación o la rebeldía, sino la confianza serena que, a la vez que atenúa el inevitable sufrimiento, hace de él un medio providencial de purificación y de mérito. “*Ecce sic benedicetur homo, qui timet Dominum*”³ (Así será bendecido el hombre que teme al Señor).

Estos frutos los podréis recoger sólo en la familia cristiana, porque con frecuencia, cuando la familia no es sagrada y vive alejada de Dios y privada por ello de la bendición divina, sin la que nada puede prosperar, flaquea por su misma base y está expuesta a caer, antes o después, en el desmoronamiento y en la ruina, como lo demuestra una continua y dolorosa experiencia.

24. Todas estas cosas ya las sabéis vosotros, amadísimos hijos, y por eso habéis venido a pedir y recibir la bendición del Vicario de Cristo: en esta bendición veis vosotros cómo se renueva y confirma la que habéis sentido descender del cielo en el día de vuestras recientes bodas y de ella esperaréis ulteriores energías y nuevos auxilios para dar a vuestras familias aquel carácter profundamente cristiano que es garantía de virtud y de santidad.

Dirigiendo vuestro pensamiento a la casa que os vió nacer, a los rostros queridos que primero encontrasteis en vuestra niñez, y repasando desde entonces los años y las vicisitudes de la vida, sentís que todo lo bueno que encontráis en vosotros lo debéis en gran parte a un padre prudente, a una madre virtuosa, a una familia cristiana. De estos sentimientos de gratitud que experimentáis viva y sinceramente hacia el Señor y hacia aquellos padres que fueron fieles a su misión, nos place deducir el augurio de que así sean también vuestras nuevas familias, sobre las cuales imploramos con paternal afecto las bendiciones celestiales.

XIII

LOS TESOROS DE LA ÍNTIMA UNION CON DIOS

19 de Julio de 1939. (DR. 1, 257.)

25. El augurio que se suele repetir a los recién casados, es siempre y en todas partes el mismo: augurio de felicidad. El quiere ser la expresión primera y entera de los sentimientos y de los deseos de los padres, de los parientes, de los amigos y de cuantos participan en su gozo

Es también la súplica con que la Iglesia termina la misa por los esposos: “*quos legitima societate connectis, longaeva pace custodias*”. Dios omnipotente, custodia, te suplicamos, con una paz de larga duración a aquellos que has unido con el vínculo legítimo.

¹ Carta encíclica “*Casti Connubii*”, en *Acta Apostólica Sedis*”, 1930, p. 554-555.

² Salmo CXXVII, 3.

³ Salmo CXXVII, 4.

Y es ese mismo el voto paterno que Nos hemos acostumbrado dirigir a los esposos que vienen a Roma para implorar la Bendición Apostólica; bendición que es prenda de los favores celestes, de paz y de felicidad para todos estos carísimos hijos.

Al dirigirlo también hoy a vosotros, Nos place poner de relieve el alto significado de este augurio profundamente cristiano, preciosa herencia que nos dejó el Divino Maestro: “*Pax Vobis*”.

26. La paz, fuente de verdadera felicidad, no puede venir sino de Dios, no puede encontrarse sino en Dios: “Oh Señor, nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti”. Por eso la tranquilidad absoluta, la felicidad completa y perfecta no se tendrá sino en el cielo con la visión de la divina esencia. Pero también durante la vida terrena, la condición fundamental de la paz verdadera y de la sana alegría es la dependencia amorosa y filial de la voluntad de Dios: todo lo que debilita, lo que rompe, lo que quiebra esta conformidad y unión de voluntad, está en oposición con la paz: ante y sobre todo el pecado. El pecado es rotura y desunión, turbación y desorden, remordimiento y temor, y los que resisten a la voluntad de Dios no tienen, no pueden tener la paz: “Quis restitit Ei et pacem habuit?”¹, mientras la paz es la feliz herencia de los que observan la ley de Dios: “Pax, multa diligentibus legem tuam”².

27. Sobre esta base sólidamente establecida, encuentran los esposos cristianos y los padres cristianos el principio generador de la felicidad y el sostén de la paz en la familia. En efecto, la familia cristiana, huyendo del egoísmo y de la búsqueda de las propias satisfacciones, está toda impregnada de amor y de caridad; y entonces, aunque lleguen a desaparecer los fugaces atractivos de los sentidos, aunque caigan marchitas unas tras otras las flores de la belleza juvenil, aunque se desvanezcan los engañosos fantasmas de la imaginación, quedará siempre entre los esposos, entre los hijos y los padres, intacto el vínculo de los corazones; permanecerá inmutable el amor, el grande animador de toda la vida doméstica, y con él la felicidad y la paz.

28. Porque quien estima el rito sagrado de las bodas cristianas como una simple ceremonia exterior que hay que observar para seguir una costumbre, quien lleva a él un alma en desgracia de Dios, profanando así el sacramento de Cristo, seca el manantial de gracias sobrenaturales que en el designio admirable de la providencia están destinadas a fecundar el jardín de la familia y a hacer germinar en él juntamente las flores de la virtud y los frutos de la verdadera paz y del gozo más puro.

Familias inauguradas en culpa, a la primera tormenta darán consigo en los escollos, o bien andarán como nave abandonada a merced de las olas, a la deriva de doctrinas que, en la llamada libertad o licencia, preparan la más dura esclavitud. Los profanadores de la familia no tendrán paz; sólo la familia cristiana concorde con la ley del Creador y del Redentor, ayudada por la gracia, es garantía de paz.

He aquí, queridísimos recién casados, la significación del augurio paterno que nos brota fervido y sincero del corazón: paz con Dios en la dependencia de su voluntad, paz con los hombres en el amor con la verdad, paz consigo mismo en la victoria de las pasiones: triple paz, que es la única felicidad verdadera de la que es posible gozar, durante la peregrinación terrena. Que sea auspicio de tanto bien la bendición paterna que de todo corazón os impartimos.

XIV

SAGRADA ALIANZA

8 de Noviembre de 1939. (DR. 1, 365.)

29. Con particular benevolencia os saludamos en primer a vosotros, queridos recién casados, a quienes un pensamiento de fe ha conducido ante Nos, para recibir nuestra bendición, en un momento tan importante para vosotros por las obligaciones adquiridas y por las gracias que se os han concedido.

¹ Job IX, 4.

² Salmo CXVIII, 165.

Porque el matrimonio impone nuevos deberes. Hasta ahora muchos de vosotros habíais vivido bajo el techo paterno, sin responsabilidad propia, limitándoos a ayudar, según la edad y las fuerzas, a un padre y a una madre queridísimos, que os aseguraban un puesto en el hogar y en la mesa doméstica. Pero ahora habéis fundado una nueva familia, de la que seréis responsables ante Dios y ante los hombres.

30. Haced que desde el primer día vuestra casa sea y aparezca cristiana. Que el Sagrado Corazón de Jesús sea el Rey de ella; que la imagen del Salvador crucificado, y el de la dulcísima Virgen María, tengan allí el puesto de honor. Y esto no sólo para hacer manifiesto a los ojos de todos que en vuestra morada se sirve a Dios y que los visitantes y amigos deben, como vosotros mismos, desterrar de ella todo lo que pueda violar su santa ley: conversaciones deshonestas, palabras mentirosas, cóleras o debilidades culpables; sino también para recordaros que Jesús y María son los más constantes y amadísimos testigos y como asociados a los sucesos de vuestra familia: júbilos, que os auguramos numerosos; dolores y pruebas, que nunca podrán faltar. Porque también vosotros tendréis, como tienen todos en este mundo, vuestras horas de tristeza. Acaso ahora vivís en un dulce sueño; ¿pero que sueño resiste a la realidad de cada día?

31. Contra las inevitables desiluciones y contra las dificultades inherentes a la vida conyugal, os inmunizará, sin embargo, la gracia del sacramento. En toda circunstancia, alegre o triste, de vuestra vida, sostened siempre con firmeza la grande finalidad del matrimonio cristiano. El matrimonio no es para vosotros, cristianos, una alianza puramente natural, un pacto meramente humano; es un contrato en el cual Dios tiene su puesto, y sólo el puesto que le convenga, que es precisamente el primero. Os habéis unido ante su altar, no sólo para aligeraros mutuamente el peso de la vida, sino también para colaborar con el mismo Dios en la continuación de su obra creadora, conservadora y redentora. Dios, al recibir y bendecir vuestras promesas, os ha conferido al mismo tiempo una gracia especial que os haga cada vez más fácil el cumplimiento de los nuevos y particulares deberes.

Con estos sentimientos y con estos augurios os impartimos de corazón, como prenda de más abundantes favores celestes, Nuestra Paterna Bendición Apostólica.

XV

TODA CASA ES UN TEMPLO

15 de Noviembre de 1939. (DR. 1, 399.)

32. Habéis venido a Roma, queridos recién casados, precisamente en la semana en que la Iglesia conmemora la dedicación de las basílicas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que sin duda habéis visitado ya o que no dejaréis de visitar. El término “basílica” significa originariamente “la casa del rey”, y la dedicación es el rito solemne con el que un templo se consagra a Dios, Rey y Señor Supremo, para hacer de él su morada, adscribiéndolo a especiales misterios o santos, en cuya memoria u honor ha sido edificado.

Cierto es, que las maravillosas basílicas no son con todo ello dignas de acoger al Rey de reyes. Sin embargo, bien lo sabéis, Él no se desdeña de vivir acaso en pobres capillas, en miserables chozas de las misiones. Pensad en tan grande dignación y en tanto amor, vosotros que habéis venido a recibir del Vicario de Cristo una bendición especial para vosotros mismos y para el nuevo hogar doméstico.

Recordad lo que desde la infancia decía a vuestro corazón esta palabra: ¡la casa! Allí estaba todo vuestro amor, concentrado en un padre, en una madre, en los hermanos, en las hermanas. Uno de los más grandes sacrificios que Dios pide a un alma, cuando la llama a un estado superior de perfección, es el de dejar la casa: “Escucha, oh hijo... olvida la casa de tu padre”¹. “El que hubiere abandonado su casa... por amor de mi nombre... tendrá la vida eterna”².

¹ Salmo LIV, 10.

² Mt. XIX, 29.

Ahora bien, también a vosotros, que camináis por la vida ordinaria de los mandamientos, un amor nuevo e imperioso os hizo un día sentir su llamada: deja – os dijo a cada uno de vosotros – la casa de tu padre, porque tú debes fundar otra que será la “tuya”. Y desde entonces, vuestro ardiente deseo ha sido encontrar, establecer lo que para vosotros será “la casa”.

33. Porque, como dice la Sagrada Escritura, “la suma de la vida humana es... el pan, el vestido y la casa”¹. No tener casa, estar sin techo y sin hogar, como sin embargo están no pocos infelices, ¿no es acaso símbolo de la máxima angustia y miseria? Sin embargo, vosotros recordáis ciertamente que Jesús, nuestro Salvador, si conoció las dulzuras de la casa familiar bajo el humilde techo de Nazareth, quiso después, durante su vida apostólica, ser como un hombre sin casa: “Las raposas, decía Él, tienen sus madrigueras, y los pájaros del aire sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde posar la cabeza”².

Considerando este ejemplo del Divino Redentor, vosotros aceptaréis más fácilmente las condiciones de vuestra nueva vida, aunque ellas no correspondieran por ahora en todos los detalles a lo que vosotros habéis soñado.

En todo caso, poned cuidado exquisito, especialmente vosotras, jóvenes esposas, en hacer amable, íntima, la morada propia; en hacer reinar en ella la paz, en la armonía de dos corazones lealmente fieles a sus promesas, y después, si Dios quiere, en una alegre y gloriosa corona de hijos. Ya hace mucho tiempo que Salomón, desengañado y convencido de la vanidad de las riquezas terrenas, había dicho: “Más vale un mendrugo de pan seco con paz, que una casa llena de carne, con discordia”³.

Pero no olvidéis que todos los esfuerzos serán vanos y que no encontraréis la felicidad de vuestro hogar, si Dios no edifica la casa con vosotros, para vivir allí con su gracia. También vosotros debéis hacer, por decirlo así, la dedicación de esta “basílica”, esto es, debéis consagrar a Dios, bajo la invocación de la Virgen Santísima, y de vuestros santos patronos, vuestro pequeño templo familiar, donde el mutuo amor debe ser el rey pacífico, en la observancia fiel de los preceptos divinos.

Con tal augurio de verdadera y cristiana felicidad, y como prenda de los favores celestes, Os impartimos de todo corazón, queridos recién casados, nuestra paterna Bendición Apostólica.

XVI ARMONIA DE LAS ALMAS 22 de Noviembre de 1939. (DR. I, 39a.)

34. Mientras canta en vuestros corazones el himno eterno y siempre nuevo del amor cristiano, la Iglesia celebra hoy la fiesta de una joven romana, Santa Cecilia, tradicional patrona de la música. Es para Nos una ocasión oportuna de deciros algunas palabras sobre la importancia de una concorde y constante armonía entre esposo y esposa.

Acaso pensaréis que es inútil recomendaros armonía en estos días en que el acuerdo perfecto de vuestros corazones ignora todavía las disonancias. ¿Pero no sabéis que con el uso hasta el mejor instrumento musical se desafina pronto y es preciso afinarlo con frecuencia con el diapasón? Así sucede también a la voluntad humana, cuyas buenas intenciones están sujetas al decaimiento. .

La primera condición de la armonía entre los esposos, y de la consiguiente paz doméstica, es una constante buena voluntad por ambas partes. Porque la experiencia cotidiana enseña que en las disensiones humanas, como dice nuestro gran Manzoni, “la razón y la sinrazón no se dividen con un corte tan neto que las partes tengan solamente de la una o solamente de la otra”. Y la Sagrada Escritura, si bien es cierto que compara a la mujer mala a un yugo de bueyes mal sujeto⁴, que al moverse

¹ Eccli. XXIX, 28.

² Mt. VIII, 20.

³ Prov. XVII, 1.

⁴ Eccli. XXVI, 10.

estorba el trabajo de aquéllos, y asemeja a la mujer litigiosa al tejado que deja pasar las goteras en la estación del frío¹, nota también que el hombre iracundo enciende las riñas². Mirad en torno vuestro y aprenderéis del ejemplo de los demás, que las discordias conyugales nacen con la mayor frecuencia de la falta de recíproca confianza, de condescendencia y de perdón.

35. Así aprenderéis la dulzura del acuerdo entre los esposos. “En tres cosas, dicen los Libros Santos, se complace mi alma, que agradan a Dios y a los hombres: la concordia de los hermanos, el amor de los prójimos y un marido y una mujer bien unidos entre sí Eccli. XXV, 1.. Vosotros, queridos esposos, defenderéis esta preciosa armonía con todo cuidado contra los peligros externos e internos de discordia; sobre todo contra dos: las desconfianzas, demasiado prontas en nacer, y los resentimientos, demasiado lentos en morir.

En el exterior, la malignidad quisquillosa de terceras personas, madre de la calumnia, introduce acaso en la pacífica armonía conyugal, la nota turbadora de la sospecha. Escuchad de nuevo la advertencia de la Sagrada Escritura: “la lengua de un tercero echó fuera de casa a mujeres de ánimo viril, y les privó del fruto de sus fatigas. El que le dé oído no estará nunca tranquilo”³. ¿No es cierto también que la falsa vibración de un solo instrumento basta a destruir toda la armonía de una música?

36. Pero las breves disonancias, que en una ejecución musical ofenden o por lo menos sorprenden el oído, vienen a resultar un elemento de belleza cuando con una hábil modulación se resuelven en el acorde esperado. Así debe suceder en los enfados y disgustos pasajeros, que la debilidad humana hace siempre posibles entre los esposos. Hace falta resolver con prontitud esas disonancias, es preciso hacer resonar las modulaciones benévolas de almas prontas al perdón, y así volver a encontrar el acorde, por un instante comprometido, en aquella tonalidad de paz y de amor cristiano que hoy encanta vuestros corazones jóvenes.

El gran Apóstol San Pablo os dirá el secreto de esta armonía conservada, o al menos renovada cada día en vuestro hogar doméstico: “Si experimentáis movimientos de ira, advierte, no cedáis a sus sugerencias; que no se ponga el sol sobre vuestra ira”⁴. Cuando las primeras sombras de la noche os invitan a la reflexión y a la plegaria, arrodillaos el uno junto al otro ante el Crucifijo que velará en la noche vuestro sueño. Y juntos, con sinceridad de corazón, repetid: Padre Nuestro que estás en los cielos... perdónanos... como nosotros perdonamos... Entonces las falsas notas del mal humor callarán, las disonancias se resolverán en una perfecta armonía, y vuestras almas recomenzarán unidas su cántico de reconocimiento hacia Dios que os ha entregado el uno al otro.

XVII

LA CASTIDAD CONYUGAL

6 de Diciembre de 1939. (DR. 1, 411.)

37. Unidos recientemente por sagradas promesas, a las que corresponden nuevos deberes, habéis venido, queridos recién casados, junto al Padre común de los fieles, para recibir sus exhortaciones y su bendición. Y queremos hoy dirigir vuestras miradas y hacia la dulcísima Virgen María, cuya fiesta de la Inmaculada Concepción celebrará pasado mañana la Iglesia; título suavísimo, preludio de todas sus otras glorias, y privilegio único, hasta el punto de que parece como identificado con su misma persona: “Yo soy, dijo ella a Santa Bernardita en la Gruta de Massabielle, yo soy la Inmaculada Concepción”.

¡Un alma inmaculada! ¿Quién de vosotros, al menos en sus mejores momentos, no ha deseado serlo? ¿Quién no ama lo que es puro y sin mancha? ¿Quién no admira la blancura de los lirios que

¹ Prov. XXVII, 15.

² Eccli. XXVIII, 11.

³ Eccli. XXVIII, 19-20.

⁴ Ef. IV, 26.

se miran en el Cristal de un límpido lago, y las cimas nevadas que reflejan el azul del firmamento? ¿Quién no envidia el alma cándida de una Inés, de un Luis Gonzaga, de una Teresa del Niño Jesús?

El hombre y la mujer eran inmaculados cuando salieron de las manos creadoras de Dios. Manchados después por el pecado, debieron comenzar, con el sacrificio expiatorio de víctimas sin marcha, la obra de la purificación, que sólo hizo eficazmente redentora la “sangre preciosa de Cristo, como de cordero inmaculado e incontaminado”¹. Y Jesucristo, para continuar su obra, quiso que la Iglesia, su esposa mística, fuese “sin mancha ni arruga... sino santa e inmaculada”². Ahora bien, queridos recién casados, tal es el modelo que el gran Apóstol San Pablo os propone: “Oh hombres, advierte él, amad a vuestras mujeres, como también Cristo amaba a la Iglesia”³, porque lo que hace grande al sacramento del matrimonio, es su relación a la unión de Cristo y de la Iglesia”⁴.

38. Acaso pensaréis que la idea de una pureza sin mancha se aplica exclusivamente a la virginidad, ideal sublime al que Dios no llama a todos los cristianos, sino sólo a las almas elegidas. Estas almas las conocéis vosotros, pero aun mirándolas, no habéis creído que esa fuese vuestra vocación. Sin tender al extremo de la renuncia total a los gozos terrestres, vosotros, siguiendo la vía ordinaria de los mandamientos, tenéis el legítimo anhelo de veros circundados por una gloriosa corona de hijos, fruto de vuestra unión. Pero también el estado matrimonial querido por Dios para el común de los hombres, puede y debe tener su pureza sin mancha.

Es inmaculado ante Dios todo el que cumple con fidelidad y sin negligencia las obligaciones del propio estado. Dios no llama a todos sus hijos al estado de perfección, pero les invita a todos ellos a la perfección en su estado: “Sed perfectos, decía Jesús, como es perfecto vuestro Padre Celestial”⁵. Los deberes de la castidad conyugal, ya los conocéis. Exigen una valentía real, a veces heroica, y una confianza filial en la providencia; pero la gracia del sacramento se os ha dado precisamente para hacer frente a estos deberes. No os dejéis, por lo tanto, desviar, por pretextos demasiado en boga y por ejemplos por desgracia demasiado frecuentes.

39. Escuchad más bien los consejos del ángel Rafael al joven Tobías, que dudaba de tomar por mujer a la virtuosa Sara: “Escúchame, y yo te enseñaré quiénes son. aquellos sobre los que el demonio tiene poder: son aquellos que abrazan el matrimonio arrojando a Dios de sí y de sus corazones”⁶. Y Tobías, iluminado por esta angélica exhortación, dijo a su joven esposa: “Nosotros somos hijos de santos, y no podemos unirnos como los gentiles que no conocen a Dios”⁷. No olvidéis nunca que el amor cristiano tiene un fin mucho más elevado que el que puede constituir una fugaz satisfacción.

Escuchad, en fin, la voz de vuestra conciencia, que os repite interiormente la orden dada por Dios a la primera pareja humana: “creced y multiplicaos”⁸. Entonces, según la expresión de San Pablo, “el matrimonio será en todo honrado, y el tálamo sin mancha”⁹. Pedid esta gracia especial a la Virgen Santísima, en el día de su próxima fiesta.

Tanto más cuanto que María fué inmaculada desde su concepción para venir a ser dignamente Madre del Salvador. Por eso la Iglesia ora así en su liturgia, donde resuena el eco de sus dogmas: “Oh Dios, que por la Inmaculada concepción de la Virgen preparaste a tu Hijo una morada digna de Él...”¹⁰. Esta Virgen inmaculada, que llegó a ser madre por otro único y divino privilegio, puede, por lo tanto, comprender vuestros deseos de pureza interna y vuestra aspiración a los gozos de la familia. Cuanto vuestra unión sea más santa y apartada del pecado, tanto más os bendecirá Dios y

¹ I Pet. I, 19.

² Ef. V, 27.

³ Ef. V, 25.

⁴ Ef. III, 32.

⁵ Mt. V, 48.

⁶ Tob. VI, 16-17.

⁷ Tob. VIII, 5.

⁸ Gen. I, 22.

⁹ Hebr. XIII, 4.

¹⁰ Orat. In festo Immac. Conc. B. M. V.

su purísima Madre, hasta el día en que la Bondad suprema una para siempre en el cielo a aquellos que se han amado cristianamente en este mundo.

Con tal augurio, y como prenda de los más abundantes favores divinos, os impartimos de corazón, queridos recién casados, así como a todos los otros fieles aquí presentes, la bendición apostólica.

XVIII

JUNTO A LA CUNA DEL REY DIVINO

3 de Enero de 1940. (DR. 1, 463.)

40. Si hay, en medio de las tristezas de la tierra, un grupo de seres que pueden mirar con serenidad el porvenir, parece que podéis ser vosotros, recientemente unidos con los vínculos del matrimonio cristiano, y resueltos a llenar lealmente, con los auxilios divinos que el sacramento os confiere, las obligaciones que éste os impone. En los días que acaban de transcurrir, habéis realizado uno de vuestros más dulces sueños. Os resta un anhelo que conseguir para el año que ahora comienza: que vuestra unión, bendecida ya invisiblemente por Dios con la gracia sacramental, reciba la bendición visible de la fecundidad.

Ahora bien, he aquí que la Iglesia propone en este tiempo de Navidad a vuestra consideración a una mujer y un hombre inclinados tiernamente hacia un niño recién nacido. Meditando el misterio de Navidad, contemplad pues, la actitud de María y José; tratad, sobre todo, de penetrar en sus razones y participar de sus sentimientos. Y entonces, no obstante la diferencia infinita entre la Natividad de Jesús, Verbo encarnado, Hijo de la Virgen purísima, y el nacimiento humano del pequeño ser a quien vais a dar la vida, podréis tomar con confianza para modelos vuestros, a estos esposos ideales: María y José.

41. Mirad la cueva de Belén. ¿Es acaso una morada que llegue a convenir a unos modestos artesanos? ¿Qué significan estos animales, qué dicen estas alforjas de viaje, por qué esta absoluta pobreza? ¿Es esto lo que María y José habían soñado para el nacimiento del niño Jesús, en la íntima dulzura de su casita de Nazaret? Tal vez José, desde hacía ya varios meses, sirviéndose de algunos trozos de madera del país, había aserrado, cepillado, pulido y adornado una cuna, coronada por un racimo de uvas entrelazadas. Y María – bien podemos pensarlo –, iniciada desde su infancia en el templo en las labores femeninas, había cortado, festoneado y bordado con algún gracioso dibujo, como toda mujer a quien anima la esperanza de una próxima maternidad, los pañales para el deseado de las gentes.

Y, sin embargo, ahora no están en su casita, ni junto a sus amigos, ni siquiera en una posada ordinaria; ¡están en un establo! Para obedecer al edicto de Augusto, habían hecho en pleno invierno un penoso viaje, aun sabiendo que el niño tan esperado estaba para venir al mundo. Y sabían bien que este niño, fruto virginal de la obra del Espíritu Santo, pertenecía a Dios antes que a ellos. Jesús mismo, doce años más tarde, debía recordárselo: los intereses del Padre celestial, Señor soberano de los hombres y de las cosas, debían anteponerse a los pensamientos de amor, por muy puros y ardientes que fueran, de María y de José. He aquí por qué aquella noche, en una mísera y húmeda cueva, adoran éstos, arrodillados, al divino recién nacido recostado en un duro pesebre, “positum in praesepio”, en lugar de estar en la graciosa cuna, envuelto en pañales groseros, “pannis involutum”, en lugar de las finas fajas.

42. También vosotros, queridos recién casados, habéis tenido, tenéis o tendréis dulces sueños sobre el porvenir de vuestros hijos. ¡Tristes de aquellos padres que no los tengan! Pero evitad que vuestros sueños sean exclusiva mente terrenos y humanos. Ante el Rey de los Cielos, que temblaba sobre las pajas, y cuyo lenguaje, como el de todo hombre que viene a este mundo, era todavía el llanto: “et primam vocem similem omnibus emisi plorans”¹, María y José, vieron – con una luz interior que aclaraba las apariencias de la realidad material – que el niño más bendecido por Dios no

¹ Sap. VII, 3.

es necesariamente el que nace en la riqueza y en el bienestar; comprendieron que los pensamientos de los hombres no están siempre conformes con los de Dios; sintieron profundamente que todo lo que acaece sobre la tierra, ayer, hoy y mañana, no es un efecto de la casualidad o de una buena o mala suerte, sino el resultado de una larga y misteriosa concatenación de sucesos, dispuesta o permitida por la providencia del Padre celestial.

43. Queridos recién casados, procurad. sacar provecho de esta sublime lección. Postrados ante la cuna del Niño Jesús, como lo hacíais tan inocentemente en vuestra niñez, rogadle que infunda en vosotros los grandes pensamientos sobrenaturales que llenaban en Belén el corazón de su padre adoptivo y de su madre Virgen. En los queridos pequeñuelos que vendrán, según esperamos, a alegrar vuestro hogar joven, antes de venir a ser el orgullo de vuestra edad madura y el sostén de vuestra vejez, no veáis solamente los miembros delicados, la sonrisa graciosa, los ojos en que se reflejan los rasgos de vuestro rostro y hasta los sentimientos de vuestro corazón, sino sobre todo y ante todo el alma, creada por Dios, precioso depósito confiado a vosotros por la bondad divina. Educando a vuestros hijos para una vida profundamente y animosamente cristiana, les daréis y os daréis a vosotros mismos la mejor garantía de una existencia feliz en este mundo y de una reunión dichosa en el otro.

XIX DONES NUPCIALES

10 de Enero de 1940. (DR. 1, 475.)

44. La Iglesia, durante la octava solemne de la Epifanía repite en su liturgia las palabras de los Magos: “Hemos visto en Oriente la estrella del Señor y hemos venido con dones a adorarlo”¹. También vosotros, queridos recién casados, cuando os prometíais ante Dios al pie del Altar, visteis un firmamento lleno de estrellas que iluminan vuestro porvenir de radiantes esperanzas y ahora habéis venido aquí para honrar a Dios y recibir la bendición de su Vicario en la tierra, trayendo ricos dones.

¿Cuáles son estos dones? Nos sabemos bien que vuestro equipaje no presenta el lujo que la tradición y el arte de los siglos atribuyen a los Reyes Magos: séquito de siervos, animales suntuosamente enjaezados, mantos, raras esencias y, como dones para el niño Jesús, el oro, probablemente de Ofir, que ya Salomón apreciaba², el incienso y la mirra: dones recibidos de Dios, porque todo lo que una criatura puede ofrecer es un don del Criador. También vosotros habéis recibidos de Dios, en el matrimonio cristiano, tres bienes preciosos enumerados por San Agustín: la fidelidad conyugal (“*Fides*”), la gracia sacramental (“*Sacramentum*”), la procreación de los hijos (“*Proles*”): tres bienes que a vuestra vez debéis ofrecer a Dios, tres dones simbolizados en las ofrendas de los Magos.

45. I.- Vuestra fidelidad es vuestro oro, o más bien un tesoro preferible a todo el oro del mundo. El sacramento del matrimonio os da los medios de poseer y aumentar este tesoro: ofrecedlo a Dios para que os ayude a conservarlo mejor. El oro es, por su belleza, por su brillo, por su inalterabilidad, el más precioso de los metales; su valor sirve de base y de medida para todas las otras riquezas. De igual manera, la fidelidad conyugal es la base y la medida de toda la felicidad del hogar doméstico. En el templo de Salomón, para evitar la alteración de los materiales, lo mismo que para embellecer el conjunto, no existía parte alguna que no estuviera recubierta de oro³. De igual modo, el oro de la fidelidad, para asegurar la solidez y el esplendor de la unión conyugal, debe como revestirla y envolverla toda entera. El oro, para conservar su belleza y su brillo, debe ser puro. De igual manera, la fidelidad entre los esposos debe ser íntegra, e incontaminada; si comienza a alterarse, se ha terminado la confianza, la paz, la felicidad. Digno de lástima es el oro – como gemía el Profeta⁴ – que se

¹ Mt. II, 2 y 11.

² III Reg. IX, 28.

³ III Reg. VI, 22.

⁴ Jerem. Thren. IV, 1.

ha oscurecido y ha perdido su color esplendente; pero más dignos de llanto son todavía los esposos cuya fidelidad se corrompe; su oro, diremos con Ezequiel¹, se convierte en inmundicia; todo el tesoro de su bella concordia se disgrega en una desoladora mezcolanza de sospechas, de desconfianzas, de reproches, para, terminar con demasiada frecuencia en males irreparables. Por eso vuestra primera ofrenda al Dios recién nacido, debe ser la resolución de una constante y atenta fidelidad a vuestras promesas matrimoniales.

46. II.- Los Magos llevaban también a Jesús oloroso incienso. Con el oro le habían honrado como a Rey; con el incienso rendían homenaje a su divinidad. También vosotros, esposos cristianos, tenéis una rica oferta de suave perfume que hacer a Dios, y para la cual el sacramento del matrimonio os aporta los medios necesarios. Este perfume que esparcirá una dulce fragancia en toda vuestra vida, y que hará de vuestras obras diarias, hasta las más humildes, actos capaces de procuraros en el cielo la visión intuitiva de Dios, este incienso invisible, pero real, es la gracia sobrenatural. Tal gracia, que se os ha conferido en el bautismo, renovado con la penitencia, aumentado con la eucaristía, os la han dado por un título especial en el sacramento del matrimonio, con nuevos auxilios correspondientes a vuestros nuevos deberes. Y así, vosotros sois más ricos todavía que los Magos. El estado de gracia es más que un suave perfume, por muy puro y penetrante que éste sea, que da a vuestra vida natural un aroma celeste; es una verdadera elevación de vuestras almas al orden sobrenatural, que os hace partícipes de la naturaleza divina². ¡Qué cuidado debéis, pues, de tener para conservar y también para aumentar semejante tesoro! Ofreciéndolo a Dios no lo perderéis, sino más bien lo confiáis al mejor y más seguro guardián.

47. III.- Finalmente los Magos, queriendo honrar en Jesús no sólo a un rey y a un Dios, sino también a un hombre, le presentaron como regalo la mirra, es decir, una especie de goma resinosa, de la que los antiguos, especialmente los egipcios, se servían para conservar los restos de aquellos que habían amado. Acaso os mostréis sorprendidos de que en este aroma veamos Nos el símbolo de vuestra tercera ofrenda, del tercer bien del matrimonio cristiano, que es el deber y el honor de la prole. Pero notad que en toda nueva generación continúa y se prolonga la línea hereditaria. Las hijas son la imagen viviente y como la resurrección de los antepasados, que a través de la generación presente tienden la mano a la de mañana. En ellos veréis revivir y obrar ante vosotros, aun con los mismos rasgos del rostro y de la fisonomía moral, y especialmente con sus tradiciones de fe, de honor y de virtud., la doble serie de vuestros antepasados. En este sentido, la mirra conserva, perpetúa, renueva incesantemente la vida de una familia. Porque la familia es como un árbol de tronco robusto y de espeso follaje, del que cada generación forma una rama. Asegurar la continuidad de su crecimiento es un honor tal, que las familias más nobles y más ilustres son aquellas cuyo árbol genealógico extiende más profundamente sus raíces en la tierra hereditaria.

Es cierto que el cumplimiento de este deber tiene sus dificultades, acaso mayores que las de los precedentes. La mirra, esta substancia conservadora y preservadora, es de sabor amargo; los naturalistas, comenzando por Plinio, lo enseñan, y su propio nombre lo insinúa. Pero esta amargura no hace sino aumentar sus virtudes benéficas. En el antiguo Testamento se ve usada como perfume³, sus flores son un símbolo de amor puro y ardiente⁴. En el santo Evangelio se lee que los soldados dieron a beber al divino Crucificado vino mezclado con mirra⁵, bebida que se solía dar a los ajusticiados para atenuar algún tanto sus dolores. Otros tantos simbolismos que podéis meditar.

Para no citar sino uno solo: las innegables dificultades que una bella corona de hijos lleva consigo, sobre todo en nuestros tiempos de vida cara y en familias poco acomodadas, exigen coraje, sacrificios, a veces heroísmos. Pero como la amargura saludable de la mirra, esta aspereza temporal de los deberes conyugales preserva ante todo a los esposos de una grave culpa, fuente funesta de ruina para las familias y para las naciones. Además, estas mismas dificultades animosamente afron-

¹ Ez. VII, 19.

² II Petr. I, 4.

³ Cant. III, 6.

⁴ Cant. I, 12.

⁵ Marc. XV, 23.

tadas, les aseguran la conservación de la gracia sacramental y una abundancia de socorros divinos. Finalmente, ellas alejan del hogar doméstico los elementos envenenados de disgregación, como son el egoísmo, la constante busca del bienestar, la falsa y viciada educación de una prole voluntariamente restringida. Cuántos ejemplos en torno a vosotros os harán ver un manantial, incluso natural, de alegrías y de mutuo ánimo, en los esfuerzos que tienen que llevar a cabo los padres para procurar el alimento cotidiano a una querida y numerosa pollada nacida a la luz, bajo la mirada de Dios, en el nido familiar.

Estos son, queridos recién casados, los tesoros que habéis recibido de Dios, y que en esta semana de la Epifanía podéis vosotros mismos ofrecer al celeste Niño del pesebre, con la promesa de cumplir animosamente los deberes del matrimonio.

XX

EL MAGISTERIO PERENNE DEL PEDRO VIVIENTE

17 de Enero de 1940. (DR. 1, 487.)

48. Existe en Roma, la antigua y piadosa costumbre (de la que más de una vez han dado ejemplo ilustres personajes) de que los recién casados hagan una devota visita a la patriarcal basílica Vaticana, para repetir su credo católico e implorar para su nuevo hogar la perseverancia en la fe. Y vosotros, queridos hijos e hijas, por una circunstancia particularmente feliz, habéis venido aquí en la vigilia misma del día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma.

Así pues, iréis, si no lo habéis ya hecho, o volveréis de nuevo con mayor fervor, a postraros y a orar en aquel templo máximo de la cristiandad, no solamente sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, sino también en el fondo del ábside, ante la grandiosa custodia de bronce, en la que el genio de Bernini ha encerrado la cátedra sobre la que afirma la tradición que se había sentado San Pedro.

La cátedra es la sede más o menos elevada, más o menos solemne, donde un maestro enseña. Mirad, pues, la cátedra desde la que el primer Papa dirigía su palabra a los primeros cristianos, como ahora os hablamos Nos, exhortándolos a la vigilancia contra el demonio que, como león rugiente, da vueltas buscando a quién puede devorar¹, animándolos a la firmeza en la fe, para que no fueran arrastrados por los errores de los falsos profetas². Este magisterio de Pedro continúa en sus sucesores y continuará inmutablemente a través de los tiempos, porque tal es la misión dada por el mismo Cristo al Jefe de la Iglesia.

49. Para mostrar el carácter universal e indefectible de este magisterio, la sede del primado espiritual fué fijada en Roma después de una providencial preparación; Dios cuidó como notaba Nuestro gran Predecesor San León I, que los pueblos estuvieran reunidos en un solo imperio, cuya cabeza era Roma, para que la luz de la verdad, revelada para la salvación de todas las gentes, se difundiera más eficazmente desde ella a todos sus miembros³.

Los sucesores de Pedro, mortales como todos los hombres, pasan más o menos rápidamente. Pero el primado de Pedro subsistirá siempre, con la asistencia especial que le fué prometida cuando Jesús le encargó que confirmase en la fe a sus hermanos⁴. Sea el que fuere el nombre, el rostro, los orígenes humanos de cada Papa, es siempre Pedro quien vive en él; es Pedro quien dirige y gobierna; es Pedro sobre todo quien enseña y difunde por el mundo la luz de la verdad libertadora. Esto es lo que hacía decir a un gran orador sagrado, que Dios ha establecido en Roma una cátedra eterna: “Pedro vivirá en sus sucesores; Pedro hablará siempre desde su cátedra⁵.

¹ I Petr. V, 8-9.

² II Petr. II, 1; III, 17.

³ S. Leonis Magni. Sermo LXXXII, c. 3-5.

⁴ Luc. XXII, 32.

⁵ Bossuet, Sermón sur l'unité de l'Eglise, I.

50. Y ved el gran aviso – que ya hemos indicado – que él dirigía a los cristianos de su tiempo: “Hubo en el pueblo falsos profetas, como habrá entre vosotros maestros de la mentira... Preveníros, pues, estad en guardia, para que, libres del error de los necios, no decaigáis de vuestra firmeza”¹.

También a vosotros, queridos recién casados, también a vosotros, aun en esta nuestra Italia profundamente católica, en que nuestra santa religión es “la única religión del Estado”, y al matrimonio, “base de la familia”, se reconoce una “dignidad conforme a las tradiciones católicas del pueblo”², podrá ocurriros tropezar con propagandistas de doctrinas destructoras de la fe. Podréis oír, acaso, cerca de vosotros, que la religión es una cosa accesorio, si no nociva; en relación con otras urgentes preocupaciones de la vida material. Habrá quien delante de vosotros se jacte de un sentimentalismo religioso sin dogmas; quien afirme errores y prejuicios contrarios a lo que el catecismo os enseña sobre el matrimonio, su unidad y su indisolubilidad; oiréis decir que el matrimonio cristiano impone a los esposos obligaciones excesivas, imposibles de cumplir. Imposibles, sí, a las solas fuerzas humanas; pero para eso os da y conserva en vosotros el sacramento, con el estado, de gracia, fuerzas divinas. Nada de lo que Dios manda está sobre estas fuerzas sobrenaturales, presentes y cooperantes en vosotros: “Todas las cosas me son posibles en aquel que me conforta”³, exclamaba el Apóstol de las gentes. “No yo, sino la gracia de Dios que está conmigo”⁴.

51. No temáis, por lo tanto, nunca a vuestros deberes, por muy graves que puedan pareceros. Recordad que el día en que Pedro, pescador de Galilea, sin ayuda humana alguna, después de haber fundado la Iglesia de Antioquía y recorrido muchas regiones, vino a fijar en Roma su cátedra y la de sus sucesores, era, según el parangón de San León Magno⁵, como un hombre que entra en una selva de bestias rugientes o que avanza sobre un océano agitado por las múltiples corrientes del paganismo que confluían a la Urbe de todos los ángulos del imperio; y sin embargo, anduvo él sobre el lago de Genezaret, porque su fe estaba ahora divinamente reforzada.

Pedid a San Pedro esta firmeza en la fe. Entonces vuestros deberes de esposos cristianos no os parecerán demasiado arduos. Al contrario, los observaréis alegremente y seguiréis, en pleno siglo veinte, las enseñanzas que el primer Papa daba a los esposos de su época: “Las mujeres estén sujetas a sus maridos, para que aunque algunos no crean por las palabras, se convenzan sin palabras por el comportamiento de la mujer, considerando con reverencia su casta conducta... Y vosotros, oh maridos, convivid igualmente con prudencia con vuestras mujeres y rendidles honor como a seres más frágiles, coherederos de la gracia de la vida”⁶. Nada os preservará mejor de los vanos deseos de cambio, de las frívolas inconstancias, de las experiencias peligrosas, como el saberos unidos para siempre el uno a la otra en el estado que habéis escogido libremente.

Pedro os ha repetido hoy sus enseñanzas; Pedro mismo por la mano de su sucesor os bendice paternalmente.

XXI ASPECTOS DE LA NUEVA VIDA

24 de Enero de 1940. (DR. 1, 493.)

52. La semana pasada, queridos hijos e hijas, recibimos a los recién casados que aquí se reunieron en la vigilia del día dedicado a la memoria de la Cátedra de San Pedro en, Roma. Vosotros habéis venido a Nos en la vigilia de otra fiesta; la conversión de San Pablo; como si la providencia hubiera querido una vez más asociar a estos dos grandes Apóstoles, unidos siempre en el culto que les rinde

¹ Cfr. II Petr.

² Tratado y Concordato entre la Santa Sede e Italia.

³ Filip. IV, 13.

⁴ I Cor. XV, 10.

⁵ L. c.

⁶ I Petr., III, 1-2 y 7.

la Iglesia, pues son según la expresión de San León Magno, como los ojos brillantes del cuerpo místico cuya cabeza es Cristo.

Así como el miércoles pasado recogimos las enseñanzas de San Pedro, escucharemos hoy con vosotros las de San Pablo. Si los dos Príncipes de los Apóstoles convirtieron a Roma y “de maestra del error la hicieron discípula de la verdad”¹, San Pablo es llamado por excelencia en la liturgia “maestro del mundo” “mundi magister”². Sus enseñanzas se dirigen a todos; todos, dice San Juan Crisóstomo, deberían conocerlo y meditarlo asiduamente; pero, añade, muchos de aquellos que nos rodean tienen que ocuparse en la educación de los hijos, deben cuidar de su mujer y de su familia y no pueden por eso aplicarse a un estudio semejante. Procurad por lo menos, concluye, aprovechar lo que otros han recogido para vosotros³.

Las grandes lecciones de San Pablo, que conciernen especialmente al matrimonio, no pueden ser expuestas en un breve discurso. Nos limitaremos, por lo tanto, a algún punto referente a su conversión. Saulo de Tarso, que había cooperado al apedreamiento del mártir San Esteban, y era un fiero perseguidor de la Iglesia naciente, se dirigía a Damasco dotado, de plenos poderes por el príncipe de los sacerdotes, para arrestar a cuantos cristianos encontrara, hombres y mujeres, y conducirlos atados a Jerusalén. Pero al acercarse a aquella ciudad, una luz del Cielo le deslumbra de improviso y, caído a tierra, oye una voz que dice: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” “¿Quién eres tú, Señor?”, responde él: y el Señor le dice: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Al mismo tiempo Saulo, tembloroso y atónito, había dejado de ver. Pero después de tres días, Dios le envió al discípulo Ananías, y de repente cayeron de sus ojos como unas escamas, imagen de los velos de ignorancia y de pasión que le habían cegado hasta entonces, y recuperó la vista. Ya no existía Saulo el perseguidor; era ya Pablo el Apóstol.

53. I.- La primera enseñanza que podemos deducir de este milagro es que no se debe desesperar nunca de la conversión de un pecador, aunque se trate de un enemigo declarado de Dios y de la Iglesia. Tal había sido Saulo, como aparece por sus propios testimonios: “Primero fuí blasfemo, y perseguidor, y opresor”⁴. “Habéis oído decir cual fué antes mi conducta... : cómo perseguí a la Iglesia de Dios y la devasté más allá de toda medida”⁵. Pues de este hombre precisamente dirá Dios: “Es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a las gentes, y a los reyes, y a los hijos de Israel”⁶.

Sin entrar en el secreto de las predilecciones divinas, es permitido pensar que esta gracia insigne y gratuita fué como una respuesta del Señor a las súplicas del protomártir Esteban y de los primeros cristianos, los cuales, cumpliendo exactamente el precepto de Jesús⁷, hacían bien a los que les odiaban y rogaban por sus calumniadores⁸. La oración por los pecadores ha continuado obrando siempre en la Iglesia sus benéficas maravillas. ¡Cuántas piadosas esposas y madres han experimentado sus efectos! ¡Cuántas mujeres cristianas han pedido a Dios por un marido acaso claramente hostil y con más frecuencia indiferente o despreocupado de las prácticas religiosas! ¡Cuántas madres, como Santa Mónica, han obtenido con sus lágrimas y con sus súplicas, el retorno a Dios de un Agustín! Pues ved cómo el Señor pide que se preparen los caminos a sus gracias de conversión.

54. II.- Pero la historia de Saulo perseguidor ofrece una segunda enseñanza útil a los esposos cristianos. ¿Por qué este joven de inteligencia viva, de juicio recto, de voluntad tenaz, de alma ardorosa, no fué uno de los primeros en seguir a Jesús? ¿Por qué fué al principio despiadado enemigo de lo que más tarde iba a amar, predicar y defender hasta la muerte? También en esté punto nos responderá él mismo. Siendo fariseo, hijo de fariseo⁹, celador en extremo ferviente de sus tradiciones pater-

¹ L. c., c. 1.

² Hymn. In I Vesp. SS. Petri et Pauli, 29 junio.

³ Comm. In Ep. ad Romanos, Arg. Ante Hom. I, n. 1.

⁴ I Tim. I, 13.

⁵ Gál. I, 13.

⁶ Act. IX, 15.

⁷ Luc. VI, 27-28.

⁸ Act. VII, 59.

⁹ Act. XXIII, 6.

nas¹, vivió por ignorancia en la incredulidad². El odio de Saulo era, pues, el fruto de la ignorancia y del error, y esta ignorancia y este error eran, a su vez, el fruto de una falsa educación. Él había recibido, primero de sus padres y luego de su maestro Gamaliel³, el espíritu rígidamente formalista y sectario que los fariseos de sienes amarillentas habían infiltrado, como un veneno desecante, en la ley divina y en las sublimes profecías del Antiguo Testamento. Así había heredado un odio preconcebido e implacable contra todo lo que parecía poder amenazar el armazón minuciosamente artificioso de sus sofismas.

Tales son los resultados de una educación viciada y aún simplemente defectuosa desde sus principios. Esposos cristianos, pensad a tiempo en vuestros deberes de educadores. Mirad en derredor de vosotros la multitud de niños que una deplorable negligencia expone a los peligros de las malas lecturas, de los espectáculos deshonestos, de las compañías malsanas, o de aquellos a quienes una ciega ternura educa en el amor desordenado de las comodidades o de la frivolidad, en la falta práctica, si no en el desprecio, de las grandes leyes morales: el deber de la oración, la necesidad del sacrificio y de la victoria sobre las pasiones, las obligaciones esenciales de la justicia y de la caridad hacia el prójimo.

55. III.- La tercera enseñanza que nos da San Pablo convertido, está contenida en estas palabras suyas: “*Gratia ejus in me vacua non fuit*”⁴: la gracia del Señor que hay en mí no ha sido infructuosa; he colaborado con la gracia divina.

Al volverse a levantar de la caída prodigiosa recibida ante las puertas de Damasco, Pablo pudiera haber creído que, este golpe fulminante bastaba para transformarlo definitivamente de perseguidor en Apóstol.

Pero no. La gracia de Dios exige, para obtener su y asidua colaboración de nuestra efecto pleno, una libre voluntad personal. Saulo, aunque plenamente convertido y llamado al apostolado, quedó tres días inmóvil en Damasco en la oración y en el ayuno⁵. Y antes de volver a Jerusalén, pasó tres años, primero en el retiro de Arabia y luego en Damasco. Sólo entonces marchó a la ciudad santa para ver a Pedro, y quedó con él quince días⁶. Ahora estaba dispuesto para la acción apostólica, es decir, para una labor que sería siempre una cooperación de su voluntad para la gracia. “*Gratiam Dei mecum*”⁷.

De la misma manera, tampoco vosotros debéis creer que para asegurar la perseverancia en vuestra educación, es decir, en los deberes del matrimonio, o para garantizar la felicidad de vuestro hogar doméstico, baste, como suele decirse, un “coup de foudre”, un fogonazo inicial. Hasta en el orden del sentimiento natural enseña la experiencia que una conformidad probada de creencias, de tradiciones y de aspiraciones vale más y es mejor que una emoción repentina del corazón y de los sentidos. Como los fuegos artificiales que encantan la vista en las noches de verano, el amor nacido de una explosión puede fácilmente extinguirse con ella, reducido bien pronto a vano y acre humo. Al contrario, el amor verdadero y durable, como el fuego del hogar doméstico, se funda sobre minuciosas atenciones y constante vigilancia, y se mantiene no solamente con los gruesos leños que se consumen silenciosa y lentamente bajo la caliente ceniza, sino también con las ramitas menudas que centellean y crepitan alegremente con su chisporroteo.

56. ¿Cómo podría vivir y obrar en vosotros la gracia del sacramento del matrimonio, si no tendríais mutuo y asiduo cuidado de alimentarla y cultivarla en vosotros mismos? ¿Qué serían vuestros días y que resultarían vuestras noches, si los unos y las otras no estuvieran con sagradas a Dios por la oración? ¿Por qué con tanta frecuencia, tantas infidelidades entre los mismos esposos cristianos, por qué tantas desventuras, tantos naufragios en la fidelidad conyugal? ¿Por qué, después de la sinceridad de las promesas cambiadas ante el altar, tantos vínculos violentamente, dolorosamente ro-

¹ Gál. I, 14.

² I Tim. I, 13.

³ Act. XXII, 3.

⁴ I Cor. XV, 10.

⁵ Act. IX, 9.

⁶ Gál. I, 17-18.

⁷ Cor. XV, 10.

tos? Y si no se llega hasta eso, ¡cuántas parejas jóvenes que se habían jurado un cariño para toda la vida se ven pronto arrastradas por aquí y por allá, en sentidos diversos, por su egoísmo siempre renaciente, por la sensibilidad ofendida, por los celos y sospechas prematuras! ¡Cuántos esposos y esposas, jóvenes todavía y hace poco enloquecidos de alegría efímera, pero después precozmente desilusionados, a quienes, como a Pablo, “caen las escamas de los ojos”, las escamas de sus sueños quiméricos, viven oprimidos bajo el peso de cadenas atadas inconsiderablemente y sin el socorro de la oración!

No. Vosotros, queridos hijos e hijas, no seréis del número de estos infelices. Porque vosotros no dejaréis en vuestras almas sin respuesta la íntima invitación de la plegaria, las llamadas de la gracia, la voz noblemente imperiosa y austera del deber, el eco dulcemente insinuante de la tradición familiar, la insistencia tenazmente persuasiva de la conciencia personal.

XXII

EDUCADORES DE ALMAS

31 de Enero de 1940. (DR. 1, 501.)

57. Hace ahora más de un siglo, vivía con sus dos hermanos, en un modesto caserío del Piamonte, un niño de condición bien modesta. Precozmente huérfano de padre, no tuvo él, que había luego de ser llamado padre de los huérfanos, sino los cuidados maternos. Con cuánta sabiduría educó esta aldeana sencilla a su hijo, sin más instrucción que la guía del Espíritu Santo en el sentido más completo y más elevado de la palabra educación, se puede decir que la Iglesia misma lo ha reconocido, elevando a los altares a aquel cuya fiesta se celebra hoy con el nombre de San Juan Bosco. Este humilde sacerdote, que vino a ser más tarde una de las glorias más puras de la Iglesia y de Italia, fué un maravilloso educador, y por eso, su vida os ofrece, amados hijos e hijas, futuros padres y madres de familia, las más útiles y saludables lecciones.

58. Cuando Dios confía un niño a los esposos cristianos, parece como repetirles lo que la hija de Faraón dijo a la madre del pequeño Moisés: “Torna este niño y edúcamelo”¹. Los padres son, en la intención divina, los primeros educadores de sus hijos. Conviene, sin embargo, reconocer que, en las actuales condiciones de la vida social, la urgente preocupación del pan cotidiano les hace a veces difícil el pleno cumplimiento de un deber tan esencial.

Esta misma era la situación cuando Juan Bosco cuidaba ya de ayudar, y cuando era preciso de sustituir a los padres en este su grave oficio. Que él estaba providencialmente destinado a esa misión, su corazón se lo decía con una atracción precoz; su alma tuvo como una revelación de ello en un sueño de sus primeros años, en el cual vió animales salvajes cambiados súbitamente en mansos corderos que él conducía dóciles al pasto. Para conocer cómo realizó este sueño, viene bien recordar la educación que recibió y la que dió; la una está en él unida a la otra; la madre que él tuvo explica en gran parte cómo fué padre para los demás.

59. Don Bosco, al fundar su primera casa de educación y de enseñanza, quiso llamarla “no laboratorio, sino oratorio”, como él mismo dijo, porque intentaba crear ante todo un lugar de oración, “una pequeña iglesia donde reunir a los muchachos”. Pero su idea era precisamente que el oratorio viniese a ser, para los chicos allí recogidos, como un hogar doméstico. ¿No era eso acaso por lo que mamá Margarita” había hecho para él de la casita de los Becehi una especie de oratorio? Imaginaos allí a la joven viuda con los tres niños arrodillados para la oración de la mañana y de la noche; vedlos semejantes a pequeños angelitos, con sus vestidos de fiesta que ella ha sacado con exquisito cuidado del armario, dirigirse a la aldea de Murialdo para asistir a la santa misa. Al mediodía, después de la frugal refección en que el único dulce era un trozo de pan bendito, vedlos reunidos en torno a ella. Ella les recuerda los mandamientos de Dios y de la Iglesia; las grandes lecciones de Catecismo, los medios de salvación; después cuenta, con la delicada poesía de las almas puras y de las imaginaciones populares, la trágica historia del dulce Abel y del malvado Caín, el idilio de Isaac y de Rebeca,

¹ Ex. II, 9.

el misterio inefable de Belén, la dolorosa muerte del buen Jesús, puesto en cruz sobre el Calvario; ¿quién puede medir la influencia profunda de las primeras enseñanzas maternas? A ellas atribuía Don Bosco, una vez sacerdote, su tierna y confiada devoción hacia María Santísima y la Hostia Divina, que otro sueño le mostró más tarde como las dos columnas a las cuales debían anclarse las almas de sus alumnos, sacudidas como frágiles naves en el mar tempestuoso del mundo, para encontrar la salvación de la paz.

60. La religión es, pues, el primer fundamento de una buena educación. Pero a ella quería Don Bosco que estuviese asociada la razón, la razón iluminada por la fe: esta verdadera razón, como indica el origen mismo de la palabra latina “ratio”, consiste, sobre todo, en la medida y en la prudencia, en el equilibrio y en la equidad. ¿Sería por ejemplo, coherente, querer corregir en un niño los defectos en que diariamente se incurre ante él? ¿Quererlo sumiso y obediente si en su presencia se critica a los jefes, a los superiores eclesiásticos y civiles, si se desobedece a las órdenes de Dios o a las leyes justas del Estado? ¿Sería razonable querer que vuestros hijos sean leales si vosotros sois maliciosos; sinceros, si vosotros sois mentirosos; generosos, si vosotros sois egoístas; caritativos, si vosotros sois violentos y coléricos?

La mejor lección es siempre la del ejemplo. En el caserío de los Becchi “mamá Margarita” no hacía demasiadas exhortaciones al trabajo. Mas, como había desaparecido el jefe de familia, la animosa viuda ponía ella misma su mano al arado, a la hoz, a los aparejos, y con su ejemplo – según leemos – cansaba a los mismos hombres contratados en tiempo de la siega y de la trilla. Formado en esta escuela, el pequeño Juan, a la edad de cuatro años, tomaba ya parte en el trabajo común cardando cáñamo, y cuando ya era anciano, consagraba todo el tiempo al trabajo dando únicamente cinco horas al sueño hasta velando una noche entera cada semana. En hace falta confesarlo, sobrepasaba los justos límites de la razón humana. Pero la razón sobrenatural de los santos admite, sin imponerlos a los demás, estos excesos de generosidad, porque su sabiduría está inspirada el insaciable deseo de ser gratos a Dios, y su ardor esta estimulado por un filial temor de disgustarle y por un vivísimo anhelo de bien.

61. ¡Disgustar a un padre o a una madre: supremo dolor de un niño bien educado! Esto es lo que Juan Bosco había aprendido en su hogar doméstico, donde un ademán, una mirada entristecida de la madre, bastaban para hacerlo arrepentirse de un primer movimiento enfado infantil. Por eso quería él que el educador utilizase como principal medio de acción una solicitud constante, animada por una ternura verdaderamente paterna. De igual modo deben los padres dar a los hijos el tiempo mejor de que dispongan, en lugar de disiparlo lejos de ellos, en distracciones peligrosas o en lugares a donde se sonrojarían de conducirlos.

Con este amor dirigido por la razón, y con esta razón iluminada por el espíritu de fe, la educación familiar no estará sujeta a aquellos deplorables vuelcos que con frecuencia la comprometen: alternativas de una debilidad indulgente y de una severidad ruda: el paso de una condescendencia culpable que deja al niño sin guía, a la corrección violenta que lo deja sin socorro. Al contrario, la ternura experimentada de un padre o de una madre, a la que corresponda la confianza filial, distribuye con igual moderación, porque es dueña de sí misma, y con igual éxito, porque posee el corazón de sus hijos, los elogios merecidos y los reproches necesarios.

“Trata de hacerte amar – decía San Juan Bosco – y entonces te harás obedecer con toda facilidad”. Que podáis también vosotros, recién casados, futuros padres y madres de familia, reproducir en vuestras casas algo de este santo ideal.

XXIII EL CENACULO DE LA ORACION 27 de Marzo de 1940. (DR. 11, 43.)

62. Os saludamos paternalmente, queridos recién casados, ante los cuales se abre la vida como un sendero florido. Pero bien sabéis que este camino, si es cierto que os conduce ahora entre flores

primaverales, a través de soleados valles, tendrá también para vosotros, como para todos, sus ascensiones ásperas, sus bajadas peligrosas, acaso hasta sus horas de tormenta. Tened siempre vuestro cenáculo, un asilo de retiro y de oración en vuestro propio hogar doméstico.

Allí encontraréis el reposo después de las más duras jornadas, en la fidelidad a vuestras promesas y en la unión perfecta de vuestras almas: “*Perseverantes unanimiter*”; allá viviréis bajo la mirada de María: “*cum ... Maria matre Jesu*”, cuya imagen os reunirá cada noche para la oración de familia: “*unanimiter in oratione*”. Mejor aún; toda vuestra vida personal y familiar puede resultar una oración incesante: “*perseverantes unanimiter in oratione*”. El Apostolado de la Oración os da el medio para ello con la ofrenda de la mañana. Como la varita mágica de los cuentos de hadas, que cambia en oro todo lo que toca, esta ofrenda hecha por el cristiano en estado de gracia, y con la cual dirige a Dios todas sus obras por las grandes necesidades de la Iglesia y de las almas, puede elevar a la categoría de actos sobrenaturales de apostolado hasta las más pequeñas y modestas acciones. El aldeano con su arado, el empleado en su oficio, el comerciante en su mostrador, el ama de casa en su cocina, pueden ser, como lo hemos dicho ya, los colaboradores de Dios, que espera de ellos y cumple con ellos las humildes obras de los deberes de su estado.

63. Amados hijos: cuando Jesús en el silencio del Cenáculo, pronunció las palabras: “*Pax vobis*”: ¡La paz sea con vosotros!, los Apóstoles temblaban de espanto, aún teniendo las puertas bien cerradas: “*cum ... fores essent clausæ... propter metum judeorum*”¹.

La paz que no habían podido ellos gozar en su refugio, pero de la que serían luego anunciadores “*usque ad ultimum terræ*”, hasta la extremidad del mundo, les acompañará en los viajes, en las pruebas, en el martirio. No será para ellos la paloma de las alas de plata² que gime dulcemente en la fronda embalsamada; sino como el alción, que no hace su nido. durante la tempestad, pero que cuando eleva su vuelo desde la cresta de las olas a lo alto de los palos del navío, parece decir al marinero aterrado la inutilidad de los esfuerzos y la inanidad de las agitaciones del hombre dejado a sí mismo, la potencia y la gozosa serenidad de la débil criatura que se abandona a su Creador.

¿Querrá el género humano comprender esta lección y buscar en un confiado retorno a Dios la reconquista de aquella paz cuyo pensamiento domina las mentes y los corazones como el recuerdo molesto de una felicidad perdida? No pocos pueblos han perdido hoy la paz, porque sus profetas o sus gobernantes se han alejado de Dios y de su Cristo. Los unos, pregoneros de una cultura y de una política arreligiosa, cerrándose en el orgullo de la razón humana, “*cum fores essent clausæ!*”, han cerrado la puerta a la idea misma de lo divino y de lo sobrenatural, arrojando de la creación al Creador, removiendo de las escuelas y de las salas de los tribunales las imágenes del Divino Maestro crucificado, eliminando de las instituciones nacionales, sociales y familiares, toda mención del Evangelio, aunque no puedan borrar sus profundas huellas. Los otros han huído lejos de Cristo y de su paz, renegando los siglos de civilización luminosa, benéfica y fraterna, para sumergirse en las tinieblas del paganismo antiguo o de idolatrías modernas. Ojalá puedan reconocer su error y comprender que Cristo, el Salvador, a pesar de las defecciones, de las apostasías, y de los ultrajes, sigue siempre a su lado, con las manos extendidas y el corazón abierto, pronto a decirles: “*Pax vobis*”, si ellos, en un rasgo sincero y confiado, caen a sus pies con aquel grito de fe y de amor: “*Dominus meus et Deus meus!*”³; ¡Señor mío y Dios mío!

¹ Io. XX, 19.

² Cfr. Sal. LXVII, 14.

³ Io XX, 28.

XXIV
LAS VIRTUDES TEOLOGALES COMO
FUNDAMENTO DE LA FELICIDAD CRISTIANA
3 de Abril de 1940.- (DR. 11, 51.)

64. Guiados por un pensamiento de fe, venís, queridos recién casados, a invocar sobre la primavera de vuestra vida nuestra bendición apostólica, en este día en que la primavera de la naturaleza os prodiga sus sonrisas. Y queremos inspiraros un pensamiento de fe, al invitaros a escuchar por unos instantes, en torno a vosotros y en vosotros mismos, lo que los poetas y los artistas llaman la canción de la primavera.

Si tres notas son necesarias y suficientes para fijar con su acorde la tonalidad de una composición musical, la canción de la primavera podría condensarse para el cristiano en tres notas, cuya armonía pone a su alma en acorde con Dios mismo: la fe, la esperanza, la caridad.

65. I.- La fe, como bien sabéis, es una virtud teologal, por la cual creemos en Dios, a quien no se ve con los ojos corporales; en su bondad infinita, que su justicia vela a veces a la corta vista humana; en su omnipotencia, a la que parece contradecir, según el prematuro razonamiento de los hombres, su longanimidad misteriosa.

Ahora bien, el fiel de la primavera os recuerda que Dios, si a veces parece mudable, es en realidad inmutable, porque es eterno; que todas sus disposiciones se cumplen a su tiempo debido; que todos sus designios se realizan en la hora fijada por su providencia. Ayer era todavía invierno, y todo parecía muerto en la naturaleza; el firmamento velado por las nubes y las montañas cubiertas por la nieve; el sol lánguido y estéril. Pero súbitamente el Cielo se ilumina de nuevo; el viento de la tempestad calla, el sol se hace más esplendente, y bajo sus tibios rayos, en el seno de la tierra, palpita de nuevo la vida. Así la obra de Dios no muere nunca; no hay invierno al que no suceda la primavera; y lo que parece la muerte de la naturaleza, no es sino el preludio de una resurrección.

Así pues, queridos recién casados, a quienes se abre la primavera de la vida, entrad con una fe profunda en Dios, con una firme confianza en su poder y en su bondad. Podréis tener pruebas; Dios mismo parecerá, en ciertos momentos, dejaros solos en la dificultad, como un padre que gusta de medir, escondiéndose por un instante, las fuerzas de su propio hijo. Su justicia, igual que la de un padre, podrá permitir al dolor del cuerpo o del alma, purificaros, ofreciándoos así el medio de una penitencia reparadora. Podrán pasar nubes por el cielo, hoy tan azul, de vuestro mutuo amor, y oscurecer por algún tiempo su esplendor. Reavivad entonces vuestra fe en Dios; reanimad la fe en vuestras promesas, la fe en la gracia sacramental, la fe en la dulzura pacificadora de las reconciliaciones prontas y sinceras que son también en cierto sentido una primavera, porque traen, después del frío y la tormenta, el retorno del céfiro, de la luz y de la paz.

66. II.- A la lección de fe, la primavera une la de la esperanza. El sol, si bien es cierto que disipa el torpor de la gleba y hace caer de los hombros de la montaña su manto blanco, no calienta aún la tierra con el fuego que le dará todo el fulgor de su ornamento y la espléndida pululación de su fecundidad. La savia hinche los troncos y los tallos y hace que se abran sobre las ramas los labios húmedos de las yemas, pero los árboles no agitan todavía al viento la cabellera de su fronda. Muy pronto resonarán los nidos con el canto de los pajarillos. ¡La vida continúa! La esperanza – esta alegría de una felicidad deseada y esperada, pero de la cual no se posee aún sino la promesa o la prenda – prorrumpe en la primavera de toda la creación.

En el orden sobrenatural la esperanza es, como la fe, una virtud teologal, es decir, que liga personalmente al hombre a Dios. No levanta todavía el velo de la fe para mostrar a nuestros ojos el eterno y divino objeto de las contemplaciones celestes. Pero trae al alma que corresponde a la gracia la seguridad de su futura posesión en la infalible promesa del Redentor; y le da prenda y ejemplo anticipado de ello en la resurrección del Dios hecho hombre, convertido en aurora primaveral.

El canto de la esperanza resuena ciertamente en esta primavera de vuestros corazones. Desposarse es, como para las palomas en abril, construir un nido. Ahora bien, también el hogar doméstico, ese nido de una familia joven, se construye muchas veces sólo poco a poco, con muchas fatigas y

cuidados, en la cavidad de duras rocas o sobre un ramo que el viento agita; pero este trabajo se realiza con gozo, porque se emprende con esperanza. Fundar una familia no es solamente vivir para sí mismo, desenvolver útilmente en sí las fuerzas del cuerpo, las facultades del espíritu, las cualidades sobrenaturales del alma; es multiplicar la vida, es decir, es querer como resucitar y revivir a pesar del tiempo y de la muerte, en las generaciones sucesivas cuyo largo desenvolvimiento en la serie indefinida del tiempo no se llega a abarcar con la mirada.

¡Infelices los esposos, que no han comprendido y gustado la dulzura de esta esperanza! ¡Más infelices aun y culpables aquellos que, en oposición a las leyes de Creador, le restringen o le cierran el acceso al nido familiar! Acaso demasiado tarde, se acordarán de que ellos mismos, sólo por una alegría efímera, han abierto sobre su hogar la puerta de aquel abismo donde perece toda esperanza.

67. III.- La caridad, en fin, pone también su nota – y se puede decir que la nota dominante – en la canción de la primavera, porque es sobre todo un himno de amor. El verdadero y puro amor es el don de sí mismo; es el anhelo de difusión y de donación total, que es esencial a la bondad, y por el que Dios, Bondad infinita, Caridad sustancial, se movió a efundirse en la creación. Esta fuerza expansiva del amor, es tan grande que no admite límites. Como el Creador ama desde la eternidad a las criaturas que Él quiere, por una aspiración omnipotente de su misericordia, llamar en el tiempo de la nada al ser: “*In caritate perpetua dilexi te; ideo attraxi te, miserans*”¹; así el Verbo encarnado, venido en medio de los hombres, “*cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos*”², habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, les amó hasta el fin.

Esta necesidad de dar y de darse, amados hijos e hijas, ved cómo se manifiesta y brilla actualmente en la naturaleza: “el aire, el agua y la tierra, están llenos de amor”, exclama el poeta exaltando las bellezas de la primavera³. La vida se esparce, y esta su magnificencia en el don de sí, no es sino una débil imagen de la de Dios. Pero si tal es la amplitud de las larguezas divinas en el orden natural, ¡cuánto más maravillosa no lo es en el orden de la gracia, que sobrepasa para la criatura humana todos los límites de sus posibilidades!

Escuchad ahora, queridos esposos, vuestro, propio corazón. Le sentiréis cantar el himno generoso y desinteresado que llega hasta el don total de sí. Este deseo imperioso de un mutuo holocausto, se satisfará en vosotros únicamente si el recíproco don, sancionado por una sacra promesa, es sin división, sin reserva, sin revocación, a semejanza del don que debéis hacer a Dios de vosotros mismos. La caridad es una; el vínculo tejido entre vosotros con el matrimonio cristiano, tiene algo de divino en su principio, como la religión misma, y por eso tiene algo de eterno en sus consecuencias. Manteneros fieles a él, a pesar de las pruebas, las borrascas, las tentaciones, es un ideal que puede parecer superior a las fuerzas humanas; pero que será una realidad sobrenatural si correspondéis a la gracia del sacramento, que os ha sido dada precisamente para ratificar vuestra unión en la sangre del Redentor, unión indisoluble, como la de Cristo con su Iglesia.

XXV

EL MODELO DE NAZARET

10 de Abril de 1940. (DR. 11, 63.)

68. Al acogeros junto a Nos, queridos recién casados, ¿cómo podría nuestro pensamiento no dirigirse hacia San José, castísimo esposo de la Virgen María, patrono de la Iglesia universal, cuya solemnidad celebra hoy la sagrada liturgia? Si todos los cristianos tienen motivo para confiar en la protección de este glorioso patriarca, vosotros tenéis ciertamente un título especial para tal gracia.

Todos los cristianos son hijos de la Iglesia. Esta santa y dulcísima Madre, da a las almas, con el Bautismo, aquella misteriosa participación en la naturaleza divina, que se llama la gracia, y después de haberlos de este modo engendrado a la vida sobrenatural, no les abandona, sino que les pro-

¹ Jer. XXXI, 3.

² Io. XIII, 1.

³ “L’aria e l’acqua e la terra é d’amor piena”. Petrarca, Soneto CCLXIX.

cura, mediante los sacramentos, el alimento que mantendrá y desarrollará su vida. Así se la puede comparar con María, Nuestra Señora, de la cual tomó el Verbo la naturaleza humana, y que luego sostuvo y alimentó la vida de éste con sus cuidados maternos. Ahora bien, en cada uno de los hijos de la Iglesia debe estar formado Cristo¹, y todos deben tender a crecer “*in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi*”², hasta ser hombres perfectos, a la medida de la edad plena de Cristo.

69. Mas ¿quién velará sobre esta Madre y sobre este Jesús? Ya lo habéis comprendido; aquel que hace veinte siglos fué llamado a ser el esposo de María, el padre legal de Jesús, el jefe de la Sagrada Familia. ¡Y qué solicitud puso en cumplir una misión tan sublime! Bien quisiéramos saber sus más menudas circunstancias; pero este predilecto de la confianza divina, que debía servir como de velo al doble misterio de la encarnación del Verbo y de la maternidad virginal de María, parece quedar en su vida terrena como envuelto en una sombra. Sin embargo, los raros y breves pasajes en los que el Evangelio habla de él, bastan para mostrar qué cabeza de familia fué San José, qué modelo y qué patrono especial es, por lo tanto, para vosotros, jóvenes esposos.

Custodio fidelísimo del precioso depósito confiado a él por Dios, María y su Divino Hijo, él velaba, ante todo, sobre, su vida material. Cuando, para obedecer al edicto de Augusto, partió para hacerse inscribir sobre el registro del censo en la ciudad de David llamada Belén, no quiso dejar sola en Nazaret a su esposa Virgen, a punto de ser madre de Dios. A falta de más particularidades en los textos evangélicos, las almas piadosas gustan de imaginarse más íntimamente los cuidados que entonces le prodigó a ella y después al Niño recién nacido. Le ven levantar la pesada puerta del albergue ya lleno, semejante al khan de los modernos villorrios orientales; dirigirse después en vano a parientes y amigos; y en fin, rechazado de todos, esforzarse por poner al menos un poco de orden y de limpieza en la cueva. Ya lo tenemos sosteniendo entre sus manos viriles las manecitas, temblorosas de frío, del pequeño Jesús, para calentarlo. Un poco más tarde, habiendo oído del ángel que su tesoro estaba amenazado, “tomó de noche al Niño y a su Madre”³, y por arenosos caminos, apartando del sendero zarzas y peñascos, los condujo a Egipto. Allí trabajó duramente para alimentarlos. Siguiendo una nueva orden del cielo, probablemente dos años después, los volvió a conducir, a costa de las mismas fatigas, a Galilea, a la ciudad de Nazaret⁴. Aquí enseñaba a Jesús, divino aprendiz, el manejo de la sierra y el cepillo, salía al trabajo fuera del techo familiar y volvía a él por la tarde para ver de nuevo a los dos seres queridos que le esperaban en el umbral con una sonrisa, y con los cuales se sentaba en torno a la pequeña mesa para la frugal comida.

Asegurar a la esposa y a los hijos el pan cotidiano, es el cuidado más urgente del padre de familia. ¡Oh, qué tristeza ver perecer a aquellos a quienes se ama, por que no hay nada en la alacena, nada en el bolsillo!

70. Pero la providencia que condujo de la mano al antiguo José cuando, entregado y vendido por sus hermanos, fué primero esclavo para venir a ser luego el superintendente y señor de toda la tierra de Egipto⁵ y nutridor de su familia⁶; la providencia que guió al segundo José en aquel mismo país a donde llegó privado de todo, sin conocer ni los habitantes, ni las costumbres, ni la lengua, y de donde, no obstante todo esto, retornó sano y salvo con María, siempre activa, y Jesús que crecía en sabiduría, en edad y en gracia⁷; la providencia, ¿no tendrá hoy la misma compasiva bondad, el mismo ilimitado poder? Ah, tememos muchas veces que los hombres olviden las palabras de Nuestro Señor en el Evangelio: “Buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”⁸, dad a Dios animosa y lealmente lo que Él tiene derecho a esperar de vosotros: todo el esfuerzo personal posible, la obediencia que se le debe como a Señor supremo, la confianza hacia

¹ Gál. IV, 19.

² Ef. IV, 13.

³ Mat. II, 14.

⁴ Mat. II, 22-23.

⁵ Gen. XLI, 43; XLV, 9.

⁶ Ib. XLV, 18.

⁷ Lc. II, 52.

⁸ Mat. VI, 33.

Él como hacia el mejor de los padres. Entonces podréis contar con lo que esperáis de Él, y que Él prometió cuando dijo: “mirad los pájaros del aire, mirad los lirios del campo; y no tengáis cuidado por el día de mañana”¹.

71. Saber pedir a Dios lo que se necesite, es el secreto de la oración y de su poder, y es también una enseñanza que os da San José. El Evangelio, es verdad, no nos dice expresamente cuáles eran las plegarias que se hacían en la casa de Nazaret. Pero la fidelidad de la Sagrada Familia a la observancia de las prácticas religiosas, nos ha sido explícitamente atestiguada, aunque no había ninguna necesidad de ello, cuando por ejemplo San Lucas nos cuenta que Jesús iba con María y José al templo de Jerusalén por la Pascua, según la costumbre de aquella fiesta. Es, pues, fácil y dulce representarnos esta Sagrada Familia en Nazaret, a la hora de la acostumbrada oración. En el alba dorada o el violáceo crepúsculo de Palestina, sobre la pequeña terraza de su casita blanca, vueltos hacia Jerusalén, Jesús, María y José, están de rodillas; José, como cabeza de familia, recita la oración; pero es Jesús quien la inspira, y María une su dulce voz a la grave del santo patriarca.

¡Futuros cabezas de familia! Meditad e imitad este ejemplo, que muchos hombres de hoy olvidan. En el recurso confiado a Dios, encontraréis no solamente las bendiciones sobrenaturales, sino la mejor seguridad de aquel “pan cotidiano”, tan ansiosamente, tan laboriosamente, y a veces tan vanamente buscado.

Como delegados y representantes del Padre que está en los Cielos y “de quien toda familia en el cielo y en la tierra toma nombre”², pedidle que, como os ha dado algo de su ternura, os dé también algo de su poder, para llevar el grato, pero muchas veces grave peso de los cuidados familiares.

XXVI LA COTIDIANA “AUDIENCIA DE DIOS” PARA LOS ESPOSOS CRISTIANOS

17 de Abril de 1940. (DR. 11, 71.)

72. Nos resulta siempre muy dulce, queridos hijos e hijas, ver reunidas en torno a Nos las parejas jóvenes de recién casados que vienen a pedir la bendición apostólica; y siempre nos es grato y conmovedor el dársela y el contemplar con qué filial piedad la reciben. Algunos de vosotros sois romanos; otros venís de regiones más o menos lejanas. Para todos, cuando hayáis vuelto a vuestras casas, y más tarde en el curso de vuestra vida, la jornada de hoy – no lo dudamos – quedará impresa en vuestro corazón como “aquella en que tuvisteis la audiencia del Papa”.

La verdadera y precisa causa de vuestro gozo, es que en el Papa, cualquiera que sea su persona, véis vosotros al que es aquí abajo el representante de Dios, el Vicario de Jesucristo, el sucesor de Pedro, a quien nuestro Señor constituyó cabeza visible de su Iglesia, dándole las llaves del reino de los Cielos y el poder de atar y desatar³. Los sentidos vienen aquí, por decirlo así, en ayuda de la fe; lo que vosotros veis y oís, os confirma en lo que debéis creer. Ciertamente, no es Jesucristo en persona el que se os aparece como lo veían las turbas de Palestina sobre las riberas del lago de Tiberíades⁴, o María y Marta en su casa de Betania⁵. Sin embargo, cuando os acercáis al Papa, tenéis algún motivo para experimentar la impresión de encontraros como transportados a hace veinte siglos, junto al Divino Nazareno. En la voz del Papa os parece oír la palabra del Redentor, y de esta palabra ha sido, en efecto, el Papa eco vivo a través de los siglos; cuando él levante sobre vosotros su mano para bendecir, vosotros sabéis que esta pobre mano es para vosotros como la transmisora de los auxilios y de los favores celestes. En fin, cuando sentís vibrar el corazón del Papa junto al vuestro, no os equivocáis si creéis percibir en las actitudes, en las palabras y en los gestos que el

¹ Mat. VI, 26-34.

² Ef. III, 15.

³ Mat. XVI, 18-19.

⁴ Io. VI, 1-2.

⁵ Io. XI, 1.

Señor le inspira, algo de las palpitaciones y de las emociones íntimas del Corazón de Jesús, porque Jesucristo ha puesto en su Vicario una participación de su amor salvífico y compasivo hacia las almas, cuando le dijo: “apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas”¹.

73. Pero recordad, amados hijos e hijas, que podéis, de modo verdaderísimo aunque menos sensible, ser admitidos frecuentemente a la audiencia de aquel Dios poderoso y bueno cuyo lugar ocupa aquí abajo el Papa.

El más real e íntimo encuentro con Dios es la sagrada comunión, por la cual Jesús mismo se da a vosotros con su cuerpo, con su sangre, con su alma y con su divinidad. Tenéis no sólo el derecho, sino el deber de acercaros a esta Mesa divina, por lo menos una vez al año en el tiempo Pascual. Pero si amáis verdaderamente al amabilísimo Salvador, si creéis firmemente en su presencia y en su poder eucarístico, si queréis consolarle de las penas causadas en su Corazón por la impiedad de los malos y la indiferencia de los tibios, os acercaréis a la santa comunión con frecuencia, todos los meses (por ejemplo, los primeros viernes), o todos los domingos, o incluso todos los días si os fuese posible.

74. Dios os ofrece otra audiencia, todos los días y a todas las horas, en la naturaleza, es decir, en los seres mismos, vivos o inanimados, racionales o irracionales, que nos circundan. ¿Podéis, por ejemplo, abrir los ojos, sin reconocer en la naturaleza la potencia y la bondad del Creador? ¿No habéis sentido alguna que otra vez, ante la sublimidad de las cumbres de los montes o la inmensidad de los mares, que se enciende en vosotros una chispa de aquella llama que ardía en San Francisco de Asís cuando hacía resonar por las campiñas de la Umbría el cántico del hermano sol? En la acción recíproca de los elementos y de las fuerzas de la naturaleza: el aire, el agua, el fuego, la electricidad, que obedecen a leyes tan armónicas y constantes que la ciencia humana encuentra en ellas uno de sus guías más seguros, ¿no sentís cómo el Creador revela su infinita sabiduría?

Ciertamente, sabemos bien que conversar con Dios en la contemplación de las criaturas no está en las manos de todos los hombres. Por eso se les ha dado otro medio, fácil y familiar, de presentarle sus súplicas y de escuchar sus palabras. Esta audiencia divina, a la que en todo instante sois invitados y admitidos, y en la que Dios se ha comprometido a no negar nada de lo que le pidáis recta y piadosamente², es sencillamente la oración.

La oración personal e íntima ante todo. Rezar es en primer lugar recogerse en la presencia del Señor. Para buscar a Dios, para encontrarle, basta que entréis en vosotros mismos por la mañana, por la tarde o en cualquier momento del día. En lo íntimo de vuestra alma, si felizmente os halláis en estado de gracia, veréis con los ojos de la fe a Dios, siempre presente como un Padre inmensamente bueno, pronto a acoger vuestras súplicas y a deciros también lo que de vosotros espera. Si en alguna ocasión habéis desdichadamente perdido la gracia, entrad también lealmente en vosotros; allí encontraréis a Dios presente como un juez, pero juez misericordioso y pronto a perdonar; o, mejor todavía, como el padre del hijo pródigo, que os abrirá los brazos y el corazón con tal que os arrodilléis arrepentidos confesando: “Padre he pecado contra el cielo y contra Ti”³. ¡Cuántas almas se han salvado de la obstinación en el pecado, del endurecimiento y de la perdición eterna, con un breve examen de conciencia cada noche! ¡Cuántos deben su salvación a la oración cotidiana!

75. Pero no siempre gozaréis solos de este bendito tiempo de recogimiento. Tampoco a la audiencia del Papa, queridos esposos, habéis querido venir el uno sin la otra. Id también en familia, por decirlo así, a la audiencia del buen Dios. Recordad las palabras del Salvador en el Evangelio: “Si dos de vosotros os unís en la tierra (¿y estos dos que deben unirse, no son acaso de modo especial el esposo y la esposa, a quienes Dios mismo ha unido?) para pedir alguna cosa, les será concedida por mi Padre, que está en los Cielos. Porque donde hay dos o tres personas congregadas en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”⁴. ¿Lo habéis oído bien? Del mismo modo que el Vicario de Cristo está en este momento en medio de vosotros, Cristo mismo, aunque invisible, está presente en medio

¹ Io. XXI, 15-17.

² Io. XIV, 13.

³ Lc. XV, 20-21.

⁴ Mt. XVIII, 19-20.

de vosotros cuando oráis juntos. También entonces los sentidos pueden venir en ayuda de la fe, y la realidad exterior aumentar la piedad interior. Futuros padres y madres: muy pronto, la vista de vuestros pequeños ángeles terrestres, arrodillados junto a vosotros, con las manecitas juntas y con los cándidos ojos fijos en la imagen de María, traerá a vuestra memoria el recuerdo de los días de vuestra propia infancia, el puro gozo de su corazón inocente, su facilidad para conversar con Dios. Esposos cristianos: al postraros ante la Majestad divina el uno junto a la otra, y rodeados por vuestros hijos, vosotros pronunciaréis con mayor confianza la súplica implorante: - Padre nuestro... danos el pan cotidiano para toda esta familia que te presentamos, testimonio viviente de nuestra fidelidad a tus leyes. - Diréis también, aunque vuestra voz hubiera de tener un ligero temblor: -Padre, perdónanos nuestras ofensas como nosotros nos perdonamos recíprocamente las ofensas, los choques, los contrastes.- A vosotros, en fin, cabezas de familia, la vista de vuestra esposa, que después de un día de animoso trabajo reúne presurosamente a las queridas prendas de vuestro mutuo amor y confía su sueño a los guardianes celestes, os recordará que hay, allí arriba, para todos los cristianos una madre infinitamente tierna, pronta a socorrer a sus hijos, especialmente en la tarde de esta rápida jornada que es la vida, y entonces diréis con un sentido de dulce esperanza: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.- Y así, os dormiréis más tranquilos. He aquí, amados hijos e hijas, alguno de los frutos espirituales que puede traeros la familiar y diaria audiencia de Dios. Pensando en las preocupaciones que, ante el mundo agitado de nuestros días, oprimen el corazón del Papa, dad a vuestra plegaria un acento verdaderamente católico: orad con la Iglesia y por la Iglesia. Orad a fin de que todos los hombres escuchen con ánimo dócil las llamadas angustiosas, las cálidas exhortaciones de nuestro amor paterno; que recuerden que son todos hijos de Dios, y vuelvan a encontrar así el sentimiento de la fraternidad universal, fundamento necesario de la concordia de los pueblos y de la tan suspirada paz.

XVII EL ARCANGEL PROTECTOR

8 de Mayo de 1940. (DR. 11, 107.)

76. En la serie de los santos que la Iglesia venera, ofrece ésta a los fieles patronos para los diversos estados y las diversas edades de la vida. Ya lo sabéis, queridos recién casados; pero acaso os veréis algo sorprendidos al sentirnos hoy invocar sobre vosotros la protección del arcángel San Miguel, cuya aparición celebra la Iglesia en este día, y hacia el cual, como primer impulso, no experimentáis acaso sino una especie de reverente temor. La iconografía sagrada lo dibuja con las líneas severas de un guerrero que aterra al demonio. Después de las Sagradas Escrituras, que llaman a Miguel uno de los primeros Príncipes del Cielo¹, y el caudillo de las milicias angélicas contra Satanás², la liturgia le presenta en estas, mismas actitudes: cuando baja del cielo, el mar se alborota y la tierra tiembla; cuando enarbola la cruz de la salvación, como una bandera de victoria, fulmina de la roca celeste a los espíritus rebeldes³.

Pero más que cualquier otro, parece que deberían temer a este vengador de los derechos de Dios, el hombre y la mujer que dejan a su padre y a su madre⁴ para emprender juntos el misterioso viaje de la vida. Porque, como tal vengador, les recuerda casi instintivamente al querubín que, armado de una espada llameante, arrojó del Paraíso terrestre a la primera pareja humana⁵.

Ahora bien, aunque tal temor no deje de tener una. apariencia de razón, son más fuertes los motivos de confianza y de esperanza. Porque en la hora misma de aquella tragedia inicial de la humanidad, mientras nuestros primeros padres se alejaban en la hosca y fría niebla del anatema, una

¹ Dan. X, 13.

² Apoc. XII, 7.

³ Brev. Rom., día 8 de mayo.

⁴ Gen. II, 24.

⁵ Gen. III, 24.

nube ligera, semejante a la que un día debía ver el profeta Elías¹, aparecía ya en el horizonte, anunciando la rociada benéfica de los grandes perdones: Miguel, con la milicia de los ángeles fieles, entreveía la maravilla de la encarnación divina y de la redención del género humano. Lejos de envidiar a éste, como el orgulloso Lucifer, el honor de la unión hipostática, y obedeciendo según su nombre y su divisa: “*Quis ut Deus?*” al Señor que no tiene igual, adoró con todos los ángeles buenos al Verbo encarnado². Así, no ha cesado de amar a los hombres, hacia los cuales experimenta una piedad casi fraternal, y cuanto más se esfuerza Satanás por hacerles caer en el infierno, tanto más trabaja el arcángel para conducirlos de nuevo al Paraíso perdido.

77. Introducir las almas ante Dios en la gloria eterna, es un papel que la liturgia y la tradición atribuyen a San Miguel. “He aquí -dice el Oficio divino en la fiesta de hoy - al arcángel San Miguel, príncipe de la milicia angélica, cuyo culto es manantial de beneficios para los pueblos, y cuya oración conduce al reino de los cielos.... El arcángel San Miguel viene con una multitud de ángeles a él le ha confiado Dios las almas de los santos, a fin que las conduzca al gozo del Paraíso³. Y en el ofertorio de la misa por los difuntos, la Iglesia ruega así al Señor: “Que estas almas no caigan en las tinieblas, sino que el portaestandarte San Miguel las conduzca a la luz santa”.

78. No creáis, sin embargo que, este “Propósito del Paraíso”, que Dios ha constituido príncipe sobre todas las almas que se han de salvar, “constitui te principem super omnes animas suscipiendas”⁴ espera la hora del supremo pasaje para manifestar a los hombres su bondad. ¡Cuán caro, pues, queridos esposos, os debe ser su patrocinio para ayudaros a acoger en este mundo las almas a las que vosotros prepararéis, obedeciendo las leyes del Creador, una morada corporal!

Además de que San Miguel os sostendrá también en vuestra misión, cuidando de vosotros y de vuestros hijos. Porque es una devoción muy antigua⁵ invocar al grande arcángel como protector de la salud y patrono de los enfermos. Todos vosotros, al venir acá, habéis podido ver la mole Adriana y saludar en su cumbre la estatua de bronce, de donde aquel célebre mausoleo toma el nombre de castillo de Santángelo. Aquella imagen parece velar desde arriba sobre la vida y sobre la salud de los romanos, y recordarles cómo, hace ahora mil trescientos cincuenta años, es decir, en el 590, mientras la peste desolaba a la ciudad, el Papa San Gregorio Magno, yendo en procesión con el clero y el pueblo para impetrar la cesación del azote, vió según la tradición aparecer sobre el monumento al arcángel San Miguel envainando la espada en señal del fin del castigo divino⁶. Vosotros pues, queridos hijos e hijas, que entrevéis ya, junto con los goces, los deberes y los cuidados de la familia, pedid a San Miguel que aleje de vuestro hogar la ansiedad que la salud precaria de los niños, o la amenaza de epidemias, o las crisis mismas del desarrollo, causan en el corazón de los padres.

79. La sombra benéfica del castillo de Santángelo, se extiende por lo demás mucho más allá de los confines de la Urbe, San Miguel, poderoso para socorrer al mundo entero, parece sin embargo otorgar una protección especial a los hijos de nuestra querida Italia, como recuerda precisamente la festividad de hoy. En efecto, unos cien años antes de la peste de Roma, una aparición milagrosa sobre la cumbre del monte Gargano⁷, cuya narración se inserta en el Breviario Romano, hizo comprender cómo el arcángel San Miguel tomaba aquel lugar bajo su particular tutela, y con tal hecho quería al mismo tiempo manifestar que se rindiese allí un culto a Dios en memoria de él y de los ángeles.

80. Pero la Iglesia invoca al arcángel sobre todo como protector de la salud de las almas, mucho más preciosa que la del cuerpo, y siempre amenazada por el contagio del mal. Sin duda, la Iglesia está segura de que las potencias infernales no prevalecerán contra ella⁸; pero sabe también que, especialmente para la conservación de la vida cristiana en cada persona y en cada país, debe implorar

¹ III Reg. XVIII, 44.

² Heb. I, 6.

³ Brev. Rom. loc. cit.

⁴ Brev. Rom., loc. cit.

⁵ Cfr. Acta Sanctorum, Septiembre. T. VIII, pág. 49 y siguientes, 65-66.

⁶ Cfr. Acta Sanctorum, loc. cit., pág. 72.

⁷ Cfr. Acta Sanctorum, loc. cit., págs. 54 y ss.

⁸ Mt. XVI, 18.

el socorro divino, y que Dios tiene por ministros suyos a los ángeles¹. Por eso todas las mañanas, al fin de la santa misa, el sacerdote ora en unión de los fieles: “San Miguel Arcángel, defiéndenos en el combate... ; arroja al infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que andan errantes por el mundo para la perdición de las almas”. Rara vez ha parecido más urgente que ahora, esta invocación. El mundo, intoxicado por la mentira y la deslealtad, herido por los excesos de la violencia, ha perdido la salud moral y la alegría, al perder la paz. Si la tierra, después del pecado original, no pudo ser ya un paraíso, podría sin embargo ser y debería haber sido un asilo de fraterna concordia entre los hombres y entre los pueblos. Pero el incendio de la guerra lo devora todo en unas naciones y amenaza invadir a otras. Nuestro corazón se conmueve especialmente por vosotros, queridos hijos e hijas, y por tantos otros recién casados de todo país, que en esta trágica primavera unen sus destinos. ¡Cómo ver sin un grito de horror perfilarse, aunque sea de lejos sobre estos hogares nuevos donde sonríe la esperanza, el espectro terrible de la guerra. ¡Pero si las fuerzas humanas no parecen actualmente eficaces para el pronto restablecimiento de una paz justa, leal y duradera, es siempre posible para los hombres solicitar la intervención de Dios. Entre los hombres y Dios, el Señor ha puesto como medianera a su dulcísima Madre María. Dígnese esta “Madre amable”, esta “Virgen potente”, este “Auxilio de los cristianos”, que con mayor fervor y ansiosamente invocan en el presente mes de mayo – y más especialmente hoy, bajo el título de Reina del Santísimo Rosario de Pompeya –, unir de nuevo, bajo el manto de su ternura, en la paz de su sonrisa, a sus hijos tan cruelmente divididos! ¡Dígnese, como la Iglesia canta precisamente hoy en la sagrada liturgia, “el ángel de la paz, Miguel, descender del cielo a nuestras moradas, y como mensajero de paz, relegar al infierno las guerras, causa de tantas lágrimas!”².

XXVIII

EL REINADO DEL SAGRADO CORAZON

5 de Junio de 1940. (DR. 11, 133.)

81. ¿Cómo podríamos, queridos recién casados, dejar de hablaros del Sagrado Corazón de Jesús en este mes dedicado a Él, durante la octava de su fiesta? ¿Cómo podríamos no hablaros del Sagrado Corazón, manantial inextinguible de ternura humana y divina, en un tiempo en que vuestro afecto reciente, tembloroso, ya de esperanza al despuntar los sueños que iluminan vuestro porvenir, ya de temor en la explosión de las violencias que obscurecen la presente convulsa edad, se pregunta con angustia si existe todavía un rincón de la tierra donde dos corazones humanos puedan amarse en la tranquilidad y en la paz?

82. La paz, por lo menos la del alma, compatible con las agitaciones del mundo exterior, nos invita Jesucristo a buscarla en la devoción a su Corazón. “Aprended de mí – dice Él –, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis reposo a vuestras almas”³. Ser de la escuela de Jesús, aprender de su corazón la dulzura y la humildad, divinos remedios para la violencia y el orgullo de donde proceden todas las culpas y todas las desventuras de los hombres⁴, es el camino de la paz para los individuos y para las naciones mismas. Será también para vosotros la fuente de la felicidad que deseáis, y que Nos auguramos a vuestro hogar doméstico.

83. En las revelaciones llenas de amor que han dado en los tiempos modernos tanto impulso a la gran devoción hacia el Sagrado Corazón de Jesús, nuestro Señor prometió entre otras cosas que “dondequiera que la imagen de este Corazón sea expuesta para ser singularmente honrada, atraerá toda suerte de bendiciones”. Confiados en la palabra divina, podréis, pues, y querréis ciertamente aseguraros los beneficios de tal promesa, conservando en vuestra casa la imagen del Sagrado Corazón con los honores que le son debidos. En las familias nobles, se ha considerado siempre como una

¹ Salmo CIII, 4.

² Brev. Rom., I. c.

³ Mt. XI, 29.

⁴ Eccli. X, 15.

gloria, mostrar esculpidas en mármol, fundidas en bronce, pintadas sobre lienzo, efigies de los grandes antepasados, que sus descendientes contemplan y admiran en los palacios, o en los castillos, con un sentido de legítimo orgullo. ¿Pero es acaso necesario ser nobles o que un retrato de familia sea una obra de arte, para que el corazón se conmueva ante la imagen de un abuelo o de un padre? Son innumerables las pobres habitaciones, donde en una tosca cornisa con piadoso cuidado una sencilla fotografía, acaso de tinte amarillento, con los rasgos desvaídos por el tiempo, recuerdo sin embargo inestimablemente precioso de un ser querido, de quien en una tarde de luto se cerraron los párpados y los labios, se sepultaron los restos, se perdió la presencia sensible; pero del que, a pesar de los años, se cree, mirando aquella pálida efigie, ver resplandecer todavía la dulce mirada, oír la voz familiar, sentir la mano acariciadora.

Queridos recién casados, hermanos de Jesús: que la imagen de su Corazón “que tanto ha amado a los hombres”, sea expuesta y honrada en vuestra casa, como la del pariente más cercano y más amado, y que derrame los tesoros de sus bendiciones sobre vuestras personas, sobre vuestros hijos, sobre vuestras empresas, “Expuesta y honrada”: esto quiere decir que esta imagen no debe solamente velar sobre vuestro reposo en una habitación privada, sino ser lealmente expuesta con honor: sobre la puerta de entrada o en el comedor, o en la sala de recibir o en otro lugar de paso frecuente. Porque Jesús dice en el santo Evangelio: “A aquel que me confesare públicamente delante de los hombres, también yo le confesaré ante mi Padre que está en los cielos”¹.

“Honrada”: Quiere decir que, ante la preciosa estatua o la modesta imagen del Sagrado Corazón, una mano delicada pondrá, por lo menos de cuando en cuando, algunas flores, encenderá una vela o mantendrá también, como signo constante de fe y de amor, la llama de una lámpara, y que en torno a ella se reunirá cada noche la familia, para un acto colectivo de homenaje, una humilde expresión de arrepentimiento, una petición de nuevas bendiciones.

En una palabra, el Sagrado Corazón es debidamente honrado en una casa, cuando allí es reconocido, por todos y por cada uno, como Rey de amor; lo que se expresa diciendo que la familia le ha sido consagrada. Porque el don total de sí hecho a una Causa o a una persona Santa, se llama consagración. Ahora bien, el Corazón de Jesús se ha comprometido a colmar de gracias especiales a aquellos que de ese modo se entreguen a Él. “Nuestro Señor me ha prometido - escribía Santa Margarita María Alacoque que ninguno de cuantos se hayan consagrado a este corazón divino, perecerá jamás”.

84. Pero quien se consagra debe cumplir las obligaciones que se derivan de un acto semejante. Cuando el Sagrado Corazón reina verdaderamente en una familia – y verdaderamente tiene derecho a reinar siempre – una atmósfera de fe y de piedad suele envolver en aquella casa bendita a personas y a cosas. ¡Lejos, pues, de ella todo lo que entristecería al Sagrado Corazón: placeres peligrosos, infidelidades, intemperancias, libros, revistas, figuras hostiles a la religión y a sus enseñanzas! Lejos, en las relaciones sociales, aquellas condescendencias hoy demasiado comunes, que querrían conciliar la verdad con el error, la licencia con la moral., la injusticia egoísta y avara con la obligación de la caridad cristiana! ¡Lejos ciertas maneras de caminar por un camino medio entre la virtud y el vicio, entre el cielo y el infierno! En la familia consagrada, padres e hijos se sienten bajo la mirada y en la familiaridad de Dios mismo; son por lo tanto dóciles a sus mandamientos y a los preceptos de su Iglesia. Ante la imagen del Rey celestial que ha venido a ser su amigo terrestre y su huésped perenne, ellos afrontan sin temor, pero no sin mérito, todas las fatigas que exigen sus deberes cotidianos, todos los sacrificios que imponen las dificultades extraordinarias, todas las pruebas que aportan las disposiciones de la providencia, todos los lutos y todas las tristezas que no sólo la muerte, sino la vida misma, siembra inevitablemente como dolorosas espinas sobre los senderos de aquí abajo.

Queridos hijos e hijas: que pueda decirse esto también de vosotros. Viviendo ya en este mundo unidos a Jesús, recibéndolo incluso en la sagrada comunión, venerando cada día su imagen, no dejaréis la tierra sino para ir a contemplar eternamente la refulgente y beatificante realidad de aquel

¹ Mt. X, 32.

Corazón divino en el cielo. Con tal augurio, y como preludio y prenda de las más abundantes gracias, os otorgarnos a vosotros y a todas las personas queridas, nuestra paternal bendición apostólica.

XXIX

ANSIAS Y ESPERANZAS

19 de Junio de 1940. (DR~ 11, 145.)

85. Hace cuarenta y un años, en una hora difícil para la sociedad cristiana, pero menos angustiosa que la presente, nuestro glorioso predecesor León XIII recordaba en su Encíclica “Annum sacrum” cómo, cuando la Iglesia se encontraba oprimida bajo el yugo de los Césares, la cruz se apareció en lo alto a un joven emperador, como auspicio y causa de la próxima victoria; y añadía: “He aquí que hoy se ofrece a nuestra mirada otra divina señal llena de auspicios: el sacratísimo Corazón de Jesús, coronado por la cruz y brillante de espléndido fulgor entre las llamas. En Él se deben colocar todas las esperanzas: a Él se debe pedir, y de Él se debe esperar la salvación de los hombres”¹.

En el actual mundo revuelto y en este mes dedicado al Sagrado Corazón, os repetimos estas palabras a vosotros, queridos recién casados, que tenéis más necesidad que otros de mirar con confianza al porvenir. Consagraos a este Corazón divino y esperad de Él vuestra salvación y vuestra felicidad.

Dios, que ha creado al hombre para amarle y para ser amado de él, no ha hecho una llamada solamente a su inteligencia y a su voluntad; para tocar su corazón, ha tomado Él mismo un corazón de carne, y porque el signo más manifiesto de amor entre dos corazones es el don total del uno al otro, Jesús se digna proponer al hombre este cambio de corazones: Él ha dado el suyo en el calvario, lo da todos los días, millares de veces, sobre el altar y en cambio pide el corazón del hombre: “Proebe, fili mi, cor tuum mihi”²... ¡Hijo mío, dame tu corazón! Este llamamiento universal se dirige particularmente a la familia, porque son especiales los favores que a ésta le otorga el Corazón divino.

86. El hombre, obra maestra del Creador, está hecho a imagen de Dios³. Ahora bien, en la familia esta imagen adquiere, por decirlo así, una peculiar semejanza con el divino modelo, porque como la esencial unidad de la naturaleza divina existe en tres personas distintas, consustanciales y coeternas, así la unidad moral de la familia y humana se actúa en la trinidad del padre, de la madre y de su prole. La fidelidad conyugal y la indisolubilidad del matrimonio, constituyen un principio de unidad que puede parecer contrario a la parte inferior del hombre, pero es conforme a su naturaleza espiritual; por otro lado, el mandamiento dado a la primera pareja humana: creced y multiplicaos⁴, haciendo de la fecundidad una ley, asegura a la familia el don de perpetuarse a través de los siglos y pone en ella como un reflejo de eternidad.

87. Las grandes bendiciones de la antigua Ley, fueron prometidas y dadas a la familia. Noé no se salvó solo del diluvio; entró en el Arca “con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos”⁵, para salir de aquélla incólume y con ellos⁶; después de lo cual, Dios bendijo a él y a su descendencia, a la que ordenó crecer y multiplicarse hasta llenar la tierra⁷. Las promesas hechas solemnemente a Abraham, se dirigían, como recordaba San Pablo en su carta a los gálatas⁸, no solamente a él, sino a su progenie, que poseería la tierra prometida y se multiplicaría hasta hacer del patriarca el padre de muchas gentes⁹. Cuando Sodoma fué destruída a causa de su iniquidad, y precisamente de sus deli-

¹ Actas de León XIII, XIX, págs. 78-79.

² Prov. XXIII, 26.

³ Gen. I, 26-27.

⁴ Gen. I, 22.

⁵ Gen. VII, 7.

⁶ Gen. VIII, 18.

⁷ Gen. IX, 1.

⁸ III, 16.

⁹ Gen. XV y XVII.

tos contra la familia, el fiel Lot, advertido por los ángeles, fué librado con sus hijas y con sus yernos¹. Heredero de las promesas y de las predilecciones del Altísimo, el rey David cantó la misericordia divina que se derramaba sobre su estirpe² de generación en generación³, porque después de haberlo llamado cuando era un pastorzuelo y andaba tras de su rebaño, haberle dado un grande nombre y haberle librado de todos sus enemigos, el Señor le anunció que “formaría una casa”, es decir, una familia, y que tomaría cuidado de ella paternalmente: “cuando se cumplan tus días, y tú duermas con tus padres, yo suscitaré después de ti a tu posteridad⁴”.

88. En la nueva Ley todavía se conceden a la familia nuevas gracias. El sacramento hace del matrimonio mismo un medio de mutua santificación para los cónyuges y un manantial inagotable de ayuda sobrenatural; hace a su unión símbolo de la unión entre Cristo y su Iglesia; les convierte en colaboradores de la obra creadora del Padre, de la obra redentora del Hijo, de la obra iluminadora y educadora del Espíritu Santo. ¿No es acaso ésta una verdadera predilección de Dios, un amor de su corazón, como cantaba el salmista al ver los pensamientos del Corazón divino a través de las generaciones humanas: “Cogitaciones cordis eius in generatione et generationem”⁵?

89. Pero no es esto todo. Este Corazón da y promete a las familias cristianas todavía más. Ante todo, ha querido ofrecerles un modelo, por decirlo así, más tangible e imitable que la sublime e inaccesible Trinidad. Jesús, “autor y consumidor de la fe”, que renunció a los goces humanos y, “dejando la alegría sostuvo la cruz, sin hacer caso de la ignominia”⁶, gustó sin embargo la dulzura del hogar doméstico en Nazaret. Nazaret es el ideal de la familia, porque en ella la autoridad serena y sin asperezas se junta con una obediencia sonriente y sin indecisiones; porque la integridad se une allí a la fecundidad, el trabajo a la oración, el buen querer humano a la benevolencia divina. Este es el ejemplo y el ánimo que Jesús os ofrece. Pero su Corazón os reserva a vosotros, cabezas de familia de los siglos nuevos, bendiciones todavía más explícitas.

90. A las familias que se consagran a Él, este Corazón divino se ha comprometido a asistirlas y protegerlas cuando se encuentren en cualquier necesidad. ¡Ah, cuántas necesidades, a veces bien duras, oprimen hoy a las familias, y cuántas las amenazan! Ninguna, acaso, puede decirse sin desventuras en el presente y sin preocupaciones en el porvenir, además de que en la familia el peligro de cada uno es inquietud de todos, y el peligro de todos aumenta la ansiedad de cada uno.

Ahora es por lo tanto más oportuno que nunca el momento de dirigiros al Sagrado Corazón y de consagraros a Él con todo lo que os es querido. Confiadle el nuevo hogar que habéis fundado y que no espera sino desenvolverse en la calma, aun en medio de las agitaciones del mundo exterior. Confiadle la casa que tal vez habéis debido abandonar, dejando a vuestros padres ancianos privados en adelante de vuestro apoyo. Confiadle la patria cuya tierra, fecundada con el sudor y acaso también con la sangre de vuestros abuelos, os pide que seáis generosos en servirla. Confiadle con Nos la santa Iglesia que tiene promesa de vida eterna y sabe que no sucumbirá a los asaltos del infierno, pero que llora como Raquel sobre muchos de sus hijos que ya no existen⁷, sobre tantos de sus templos destruidos, de sus sacerdotes impedidos en el ejercicio de su ministerio, sobre innumerables almas pobres, ovejas errantes entre las ruinas de su redil destruido o en el desierto del destierro, mientras las energías unidas del engaño y de la seducción se esfuerzan por apartarles del único verdadero pastor divino.

Confiad, en fin, al Sagrado Corazón, la humanidad entera, esta humanidad dividida, lacerada, ensangrentada. Millares de hombres se han olvidado de su bautismo, acaso también de la ley esculpida por el Creador en el fondo de toda conciencia humana; que puedan volver a encontrar su recuerdo con un sentimiento de confusión dolorosa y, después de sus prevaricaciones, entrar de nuevo

¹ Gen. XIX, 12-14.

² Salmo XVII, 51.

³ Salmo LXXXIX, 1.

⁴ II Reg. VII, 8-12.

⁵ Salmo XXXII, 11.

⁶ Hebr. XII, 2.

⁷ Jer. XXXI, 15.

en su propio corazón: “Mementote istud et confundamini: redite, praevaricatores, ad cor”¹. Que puedan, en este retorno a su pasado y al de sus abuelos, acordarse de que no hay sino un Dios y que Él es sin rival: “Recordamini prioris saeculi, quoniam ego sum Deus... nec est similis mei”². Pero sobre todo, que mirando con amor la imagen del Sagrado Corazón, se acuerden de que este Dios sin igual se hizo igual a los hombres, que tiene un corazón semejante al suyo y herido de amor por ellos; que este Corazón, vivo en el tabernáculo, está siempre pronto a acoger su arrepentimiento y sus oraciones, siempre abierto para derramar sobre ellos, con la efusión de su sangre, la abundancia de sus gracias, únicas capaces de curar todas las miserias, de enjugar todas las lágrimas y de disipar todas las ruinas.

XXX EL EVANGELIO, MANANTIAL DE LA PAZ DOMESTICA

26 de Junio de 1940. (DR. 11, 153.)

91. Hoy podemos, queridos recién casados, proponer a vuestra contemplación el cuadro gracioso que la Iglesia ofrecía anteayer a la piedad de los fieles: un niño, Juan Bautista, fruto milagroso de unas bodas largo tiempo estériles, y cuyo nacimiento fué acompañado de tales prodigios, que los amigos y conocidos de la familia se preguntaban estupefactos: “¿qué niño será éste?”³.

Podremos también, arrodillándonos con vosotros junto a la tumba de los príncipes de los Apóstoles, cuya fiesta celebrará solemnemente la Iglesia de aquí a tres días, recordaros el eco de las sabias enseñanzas que daban a los fieles de su tiempo San Pedro en su primera carta⁴, y San Pablo en la epístola a los efesios⁵.

Pero en una época agitada, en que acaso estáis inquietos por el porvenir de vuestro hogar recién fundado, estimamos todavía más útil una palabra de aliento análoga a la que ya en otras ocasiones, en este mismo mes de junio, hemos dirigido a los recién casados reunidos en torno a Nos, para deciros: “¡Queridos hijos e hijas, volved al Sagrado Corazón de Jesús, consagraos a Él enteramente, y vivid en la serenidad y en la confianza!”.

No hay duda de que, si se quiere salir de modo durable de la crisis actual, será preciso reedificar la sociedad sobre bases menos frágiles, es decir, más conformes a la moral de Cristo, fuente primera de toda verdadera civilización. No es menos cierto que, si se quiere conseguir tal fin, hará falta comenzar por hacer de nuevo cristianas a las familias, muchas de las cuales han olvidado la práctica del Evangelio, la caridad que requiere y la paz que trae.

92. La familia es el principio de la sociedad. Como el cuerpo humano se compone de células vivientes, que no están sólo yuxtapuestas la una junto a la otra, sino que constituyen un todo orgánico con sus íntimas y constantes relaciones, así también la sociedad está formada no por un conglomerado de individuos, seres esporádicos que aparecen un instante para desvanecerse en seguida, sino por una comunidad económica y una solidaridad moral de las familias, que transmitiendo de generación en generación la preciosa herencia de un mismo ideal, de una misma civilización, de una fe religiosa, aseguran la cohesión y la continuidad de los vínculos sociales. San Agustín lo notaba hace quince siglos, cuando escribía que la familia debe ser el elemento inicial y como una célula (*partícula*) de la ciudad. Y como toda parte está enderezada al fin y a la integridad del todo, deducía de ahí que la paz en el hogar doméstico, entre quien manda y quien obedece, ayuda a la concordia entre los ciudadanos⁶. Bien lo saben los que, para expulsar a Dios de la sociedad y lanzarla en el des-

¹ Is. XLVI, 8.

² Ib. IX.

³ Lc. I, 66.

⁴ III, 1-7.

⁵ V, 22-23.

⁶ De civitate Dei, lib. 10, c. 16.

orden, se esfuerzan por quitar a la familia el respeto y hasta el recuerdo de las leyes divinas, exaltando el divorcio y la unión libre, poniendo trabas al papel providencial confiado a los padres con respecto a sus hijos, infundiendo en los esposos el temor de las fatigas materiales y de las responsabilidades morales que lleva consigo el glorioso peso de una prole numerosa. Contra semejantes peligros deseamos prevenirnos, recomendándoos que os consagréis al Corazón Santísimo de Jesús.

93. Lo que ha faltado, lo que falta al mundo para vivir feliz en la paz, es el espíritu evangélico de sacrificio, y este espíritu falta porque, cuando la fe se debilita, viene a prevalecer el egoísmo, que destruye y hace imposible la felicidad en común. De la fe brotan el temor de Dios y la piedad, que hacen a los hombres pacíficos; el amor al trabajo que conduce al aumento de las mismas riquezas materiales; la equidad que enseña y asegura su recta distinción; la caridad que repara asiduamente las inevitables brechas abiertas en la justicia por las pasiones humanas. Todas estas virtudes suponen el espíritu de sacrificio al que está obligado el creyente: “el que quiera venir en pos de mí, dice Jesús, reniegue de sí mismo”¹. Por el contrario, entre los hombres como entre los pueblos, las ambiciones de cada uno no podrán nunca conciliarse con el bienestar de todos. ¿De dónde vienen, exclama el Apóstol Santiago², las guerras y las riñas entre vosotros? ¿No vienen acaso de vuestras concupiscencias que guerreen en vuestros miembros?

Para volver a encontrar la paz, hace falta, por lo tanto, que los hombres hagan lo que desde hace siglos les predicen Jesucristo y su Iglesia: sacrifiquen sus propias aspiraciones y sus propios deseos, en cuanto aparezcan incompatibles con los derechos ajenos o con el interés colectivo. A este fin les encamina por una vía dulce y segura la devoción al Sagrado Corazón.

94. Porque en primer lugar, la imagen del Divino Corazón, rodeado de llamas, coronado de espinas, abierto por la lanza, recuerda hasta qué punto amó Jesús a los hombres y se sacrificó por ellos, es decir, según sus propias palabras. “hasta agotarse y consumirse”. Además, el lamento del Salvador por la infidelidad y las ingratitudes de los hombres imprime a esta devoción un carácter esencial de penitencia expiadora. Nuestro gran predecesor Pío XI la aclaró admirablemente en su encíclica “*Miserentissimus Redemptor*”, y en la oración litúrgica de la fiesta del Sagrado Corazón, donde se dice que al devoto obsequio de nuestra piedad (“*devotum pietatis, nostrae obsequium*”) debe añadirse una digna satisfacción por nuestros pecados (“*digna satisfactionis officium*”). Estos dos elementos hacen a la devoción del Sagrado Corazón eminentemente apta para restablecer el orden quebrantado, y con esto para preparar y promover el retorno de la paz. La grande obra de Cristo, o, para hablar con San Pablo³ la obra que Dios hizo en Él, era reconciliar consigo al mundo (“*Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*”), y la sangre, cuyas últimas gotas brotaron del Corazón de Jesús sobre la cruz, es el sello de la nueva Alianza⁴ que reanuda los vínculos de amor entre Dios y el hombre, rotos por el pecado original.

95. Haced, pues, de este Corazón el rey de vuestra casa, y estableceréis en ella la paz. Tanto más cuanto que Él mismo, renovando y determinando las bendiciones de su Padre celestial hacia las familias fieles, prometió hacer reinar la paz en aquellas que le fueran consagradas.

¡Oh, si todos los hombres escuchasen esta invitación y esta promesa! Dos gloriosos predecesores nuestros, León XIII y Pío XI, como padres comunes de la cristiandad y guías inspirados del género humano sobre este mundo, lo consagraron solemnemente, es verdad, al Corazón de Jesús. Pero ¡cuántas almas ignoran todavía, cuántas hasta desprecian el manantial de gracia que les ha sido abierto y les es tan fácilmente accesible! Ah, no seáis vosotros de aquellos negligentes o necios, que dejan cerradas al Rey de amor las puertas de su hogar, de su ciudad, de su nación, y retrasan con eso mismo el día en que el mundo, pacificado, vuelva a encontrar la verdadera felicidad. ¿Cerraríais acaso vuestra ventana, si vierais volar ante ella, como Noé ante el Arca, la paloma con el ramo de olivo? Pues lo que promete y trae el Sagrado Corazón, es más que un símbolo, es la realidad de la paz. Jesús os pide únicamente que le deis sinceramente vuestro corazón: tal es la verdadera consa-

¹ Mt. XVI, 24.

² Sgo. IV, 1.

³ II Cor. V, 19.

⁴ I Cor. XI, 25.

gración. Tened la valentía de hacerla, y aprenderéis por experiencia que Dios no se deja nunca vencer en generosidad.

Sean las que fueren, hoy o mañana, las dificultades de la vida en torno a vosotros, no experimentaréis ya aquellos desalientos y aquellas tristezas que conducen al abatimiento; porque desalentarse es faltar el corazón; pero vosotros tendréis, en lugar de un débil corazón humano, un corazón conforme al de Dios mismo. Entonces veréis realizarse en vuestra familia, en vuestra patria, en la cristiandad y en la humanidad entera, la promesa del Señor al profeta Jeremías: “Yo les daré un corazón para conocerme... y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, por que volverán a mí con todo su corazón”¹.

XXXI

AGUA DE VIDA

13 de Julio de 1940. (DR. 11, 161.)

96. La piedad de los fieles dedica el mes de julio a la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, en honor de la cual la Iglesia celebra el primer día de este mes una solemne fiesta litúrgica; en torno a este tema, grato a todas las almas cristianas, deseamos, pues, hablaros hoy brevemente. En una hora de luchas gigantescas, en que la sangre humana corre a borbotones en el mundo, ojalá pueda la contemplación de las maravillas de la sangre divina, derramada por puro amor y manantial inagotable de reconciliación y de paz, ser aliento para vuestros corazones y esperanza para vuestras almas.

Ciertamente, no ignoráis el precio infinito de la sangre del Redentor; sabéis también que algunas iglesias o capillas se glorían de conservar algunos restos o huellas de ella, como las que se veneran en la Escala Santa; conocéis sobre todo que en el tabernáculo, bajo las apariencias de la hostia, está la realidad misma de esta sangre, presente allí con el cuerpo, el alma y la divinidad del Salvador. Adorando este augusto sacramento, habéis repetido muchas veces con la Sagrada liturgia: “*Pange, lingua, gloriosi Corporis mysterium Sanguinisque pretiosi*”: canta, oh lengua, el misterio del Cuerpo glorioso y de la preciosa Sangre; y no pocos de vosotros, como esperamos, habrán celebrado anteayer con una piadosa comunión la fiesta de la Preciosísima Sangre. Esta expresión, usada por San Pedro cuando escribía a los cristianos de su tiempo: “Sabed que habéis sido rescatados no a precio de cosas corruptibles de oro o de plata ..., sino con la sangre preciosa de Cristo, como de cordero inmaculado e incontaminado”², no ha cesado de usarse en las oraciones devotas, como por ejemplo en el versículo del Te Deum que se recita de rodillas: “*Te ergo quæsumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti*”: ven pues, oh Señor, en ayuda de tus siervos, que has redimido con tu preciosa sangre.

97. Es muy natural que todo hombre estime su sangre como un bien de gran valor, porque ésta tiene la función de transportar a los varios tejidos el material nutritivo y el oxígeno, mientras sus glóbulos blancos defienden el organismo contra las invasiones de bacterias. Uno de los primeros cuidados de los padres es, por eso, transmitir a sus hijos una sangre no alterada ni empobrecida por enfermedades internas, por contaminaciones externas o por degeneración progresiva. Recordad, sin embargo, que cuando vosotros llamáis a los hijos herederos de vuestra sangre, debéis referiros a algo más alto que la sola generación corporal. Vosotros sois, y vuestros hijos deben ser, brotes de una estirpe de santos, según la frase de Tobías a su joven esposa: “*Filii Sanctorum sumus*”³, es decir, de hombres santificados y participantes de la naturaleza divina por medio de la gracia sobrenatural. El cristiano, en virtud del bautismo, que le ha aplicado los méritos de la sangre divina, es hijo de Dios, uno de aquellos, según el Evangelista San Juan⁴, “que creen en su nombre; los cuales no

¹ Jer. XXIV, 7.

² I Pet. I, 18-19.

³ Tob. VIII, 5.

⁴ I, 12-13.

por la sangre, ni por voluntad de la carne, ni por voluntad de hombre, sino de Dios, han nacido”. Por consiguiente, en un pueblo de bautizados, cuando se habla de transmitir la sangre a los descendientes, que deberán vivir y morir, no como animales sin razón, sino como hombres cristianos, es preciso no restringir el sentido de aquellas palabras a un elemento puramente biológico y material, sino, extenderlo a lo que es como el liquido nutritivo de la vida intelectual y espiritual: el patrimonio de fe, de virtud, de honor, transmitido por los padres a su prole, y mil veces más precioso que la sangre, por muy rica que ésta sea, infundida en sus venas.

98. Los miembros de una familia noble se glorían de ser de sangre ilustre; y este brillo, fundado sobre los méritos de los antepasados, implica en sus herederos muy otra cosa que sólo ventajas físicas. Pero todos los que han recibido la gracia del bautismo pueden decirse “príncipes de la sangre”, de una sangre no solamente real, sino divina. Inspirad pues, queridos recién casados, en los hijos que Dios os conceda, una tal estima de esta nobleza sobrenatural, que estén prontos a sufrirlo todo, antes que perder un tesoro tan precioso.

Para apreciarlo todavía mejor, pensad en el beneficio que os aporta. Conocéis la historia de la primera Pascua en el antiguo Testamento, y sabéis que cuando el Señor envió a su ángel para matar a los primogénitos de los egipcios, ordenó a los hijos de Israel que inmolasen un cordero sin mancha y señalasen con su sangre las puertas de sus casas; el ángel, viendo este signo, pasaría adelante y respetaría a los hijos del pueblo elegido¹. Toda la tradición, comenzando por los Apóstoles y los Padres, ve en este cordero la figura de Cristo inmolado sobre la cruz para que los hombres señalados con su sangre redentora se salvaran de la muerte eterna. Sin embargo, por muy puro que fuese el cordero pascual, Dios no quería aceptar en la antigua Ley la efusión de su sangre como homenaje, sino como rito provisional. Muy diversa es la sangre humana, por el valor de su función y por su dignidad simbólica. Derramada criminalmente, grita venganza a Dios, como la de Abel². Derramada, en cambio, por caridad hacia el prójimo, constituye el mayor acto posible de amor³, el que Cristo ha hecho por nosotros. Precisamente porque la sangre de las víctimas animales era incapaz para quitar los pecados del mundo, el Verbo se encarnó para ofrecerse a sí mismo al Padre en sacrificio de adoración y de expiación⁴; en la plenitud de su libertad⁵, ha dado su vida, ha derramado su sangre, para el rescate de la humanidad pecadora.

Esta efusión redentora comenzó ocho días después de su nacimiento, en el rito sagrado de la circuncisión del Señor; continuó más tarde durante las horas dolorosas de su pasión: en la angustia de la agonía del Getsemaní, bajo los golpes de la flagelación y la corona de espinas en el pretorio; se consumó, en fin, sobre el Calvario, donde su Corazón fué atravesado para que quedase siempre abierto a nosotros. La sangre que Jesús derramaba así como sacrificio, y que hacía de Él el Mediador de la nueva Alianza, como dice San Pablo, “habla mejor que Abel”⁶; aquí la voz del perdón cubre la del delito, porque el grito de misericordia y de perdón es de un Dios-Hombre.

99. Renovad, por lo tanto, en vuestros corazones, queridos hijos e hijas, la saludable devoción a la preciosísima sangre; la señal que ésta ha impreso en vosotros con el bautismo, es, como bien sabéis, indeleble. En la misma naturaleza, la sangre derramada parece adherirse a las manos del delincuente, como el delito y el remordimiento se agarran a su conciencia: la poesía y el arte dramático han obtenido de esta tenaz persistencia, efectos impresionantes; y en vano Pilato se lavó ante el pueblo las manos que habían suscrito la sentencia de muerte del Justo⁷; hasta el fin de los siglos la mancha de la sangre divina quedará imborrable sobre su memoria: “*passus sub Pontio Pilato*”.

Esposos cristianos, depende de vosotros dar a la sangre de Cristo en vuestras almas y en las de vuestros hijos, una voz de perdón o una voz de venganza. Su impronta, si la guardáis siempre viva y fúlgida en su frescura primitiva, no habla sino de rescate y de misericordias; pero si se oscurece y

¹ Ex. XII.

² Gen. IV, 10.

³ Jn. XV, 13.

⁴ Hebr. X.

⁵ Is. LXXX, 7; Jn. X, 17-18.

⁶ Hebr. XII, 24.

⁷ Mt. XXVII, 24.

mancha con el fango del pecado, se cambia en estigma de condenación. Hasta en aquel momento, os queda sin embargo un refugio: después de vuestras culpas, aunque fuesen innumerables, podréis siempre, por un arrepentimiento sincero, lavar de nuevo vuestra vestidura bautismal en la sangre del Cordero¹, que no cesa de correr por vosotros en los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía. Así, esta señal, piadosamente preservada o humilde y animosamente reconquistada, será vuestra protección cuando pase sobre vosotros y sobre vuestra posteridad el ángel ejecutor de las justicias divinas. También vosotros podéis desde ahora y durante todo el tiempo de vuestra vida hacer vuestro, como un grito de amor, el que fué grito de odio de los judíos: “*Sanguis eius super nos et super filios nostros*”²; “su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. ¡Señor nuestro Jesús, diréis vosotros, que has derramado tu sangre preciosa por todos los pecadores: haz que se derrame en gracias de redención sobre nosotros, sobre nuestros seres queridos, y especialmente sobre los que serán, si así te place, los herederos de nuestra propia sangre!

XXXII EL OLVIDO DE LAS OFENSAS 10 de Julio de 1940. (DR. 11, 169.)

100. En el mes de julio, la Iglesia honra particularmente, como sabéis muy bien, queridos hijos e hijas, la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, y en su oración litúrgica suplica al Padre celestial, “que ha constituido a su Hijo unigénito, Redentor del mundo, y ha querido ser aplacado por su sangre”, que nos haga sentir los benéficos efectos de ella³. Tal fué el tema de nuestras breves palabras en la audiencia del pasado miércoles; tal será, aunque bajo un aspecto diverso, también el de hoy; porque el misterio de esta sangre divina, generosamente derramada, es inagotable como su mismo manantial, y la meditación de la obra redentora, es decir, del más magnánimo de los perdones, es en la hora presente más saludable y oportuna que nunca.

Sobre el mundo visible aparecen a la mirada aterrada, a través de los siglos, no sólo manchas, sino torrentes de sangre que cubren ciudades destruidas y campiñas devastadas. Pero la sangre derramada por la fuerza, hace con demasiada frecuencia que germine el rencor, y el rencor del corazón es profundo como un abismo, que llama a otro abismo, del mismo modo que una ola sigue a otra ola, y una calamidad atrae a otra calamidad⁴. Mirad, en cambio, el mundo de las almas. También aquí corren ríos de sangre; pero esta sangre derramada por amor no lleva consigo sino el perdón de las injurias. El Corazón del Dios-Hombre, del que emana, es también un abismo: “*Cor Iesu, virtutum omnium abyssus*”⁵ pero un abismo de virtud que no llama en el fondo de los corazones sino a otro abismo de dulzura y misericordia. Desde que Cristo ofreció su sangre por ella, la humanidad que cree en Él está sumergida en un océano de bondad y respira una atmósfera de perdón.

¿Habéis visto acaso, hacia la tarde de un pesado día de verano, la tierra refrescada por la lluvia de una tormenta? Trombas de agua han refrescado en pocos instantes el terreno en montes y valles; cuando el cielo comienza a calmarse, y mientras el arco iris extiende sobre el firmamento todavía gris su franja de siete colores, sale del suelo húmedo un vapor cargado de aromas vegetales; se diría el aliento tibio de un gran organismo viviente, ávido de expansión. Con este perfume del agua, el árbol podado, como decía Job⁶, que parecía muerto, recobra las esperanzas y pronto vuelve a cubrirse con la cabellera de su follaje. Es una débil imagen de los beneficios con los que la tierra ha sido fecundada bajo los torrentes de la sangre redentora. Si las cataratas del cielo, abiertas durante cuarenta días, bastaron para sumergirla⁷, ¿cómo no inundará y cómo no impregnará el mundo de las almas aquella sangre divina que desde hace diez y nueve siglos brota del corazón de Jesús, sobre

¹ Apoc. I, 5; VII, 14.

² Mt. XXVII, 25.

³ Brev. Rom. oración del 1º de julio.

⁴ Salmo XLI, 8.

⁵ Letanías del Sagrado corazón, 11.

⁶ XIV, 7-9.

⁷ Gen. VII, 11 y ss.

miles de altares?, Acaso David tenía a la vista esta efusión benéfica, cuando hablaba de una lluvia abundante reservada por Dios a su heredad: “*Pluviam voluntariam segregabis, Deus, hereditati tuae*”¹. La lluvia, condición esencial de fertilidad para la Palestina y grande recompensa de Dios por la obediencia a sus mandatos², simbolizaba también, aunque imperfectamente, la regeneración del género humano mediante la sangre de Cristo.

101. Por lo demás, no sería conforme a la verdad creer que el antiguo Testamento no haya enseñado ya el perdón de las ofensas. Sobre este tema se encuentran allí preciosas y sabias advertencias, especialmente para vosotros, queridos recién casados. “No te acuerdes de ninguna de las injurias recibidas del prójimo”, dice el Eclesiástico³; ahora bien, el olvidarlas es a veces mucho más duro todavía que perdonarlas. Perdonad, pues, ante todo, y Dios os hará la gracia de olvidar. Pero con más empeño que cualquier otra cosa, desechad el deseo de venganza que ya en la antigua ley condenaba así el Señor: “No buscar la venganza, y no conservar memoria de las injurias de sus conciudadanos”⁴. En otras palabras se podría decir hoy: Guardaos del resentimiento contra vuestros vecinos: aquella familia que habita sobre, o bajo, o junto a vosotros; aquel propietario con quien tenéis comunes las paredes; aquel negociante cuyo comercio os hace la competencia; aquel pariente cuya conducta os humilla. La Escritura advierte todavía: “No digáis: le haré lo que él me ha hecho a mí; pagaré a cada uno según sus acciones”⁵. Porque “el que quiere vengarse, probará la venganza del Señor, que llevará cuenta exacta de sus pecados”⁶. ¡Qué locura es, en realidad, el rencor en un alma pecadora que tiene tanta necesidad de indulgencia! El escritor sagrado subraya este estridente contraste: “Un hombre guarda rencor contra otro hombre, y pide perdón a Dios. ¿No tiene él misericordia hacia un hombre semejante a sí, y reclama el perdón de sus pecados?”⁷.

102. Pero sobre todo desde que la nueva Alianza entre Dios y los hombres fué sellada con la sangre de Jesucristo⁸, fue general la ley del perdón sin límites y del rencor cambiado en amor: “Oh Pedro, respondió Jesús al Apóstol que le interrogaba, no deberás perdonar a tu hermano hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”⁹, es decir, que el cristiano debe estar pronto a perdonar las ofensas recibidas del prójimo, sin limitación ni fin. Y el Divino Maestro enseñaba todavía más: “Cuando oréis, si tenéis alguna cosa contra alguien, perdonadle para que vuestro Padre, que está en los cielos, perdone también a vosotros vuestros pecados”¹⁰. Y no basta ni siquiera no devolver mal por mal. “Sabéis, añadía Jesús, que fué dicho: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian”¹¹. Esta es la doctrina cristiana del amor y del perdón, doctrina que exige a veces grandes sacrificios.

103. En la hora actual, por ejemplo, existe el peligro de que el noble y legítimo sentimiento del amor patrio degenera en el ánimo de no pocos en pasión vengativa, en orgullo insaciable en los unos, en rencor incurable en los otros. Un cristiano, que defiende fiel y animosamente a su patria, debe, sin embargo, abstenerse de odiar a aquellos a quienes tiene obligación de combatir. Se ve en los campos de batalla cómo las personas adscritas al servicio de ambulancia, los enfermeros y las enfermeras, se prodigan generosamente en el cuidado de los enfermos y de los heridos, sin distinción de nacionalidad. ¿Pero hace falta precisamente que los hombres lleguen al borde de la muerte para reconocerse hermanos? Esta caridad admirable, pero acaso tardía, no basta; es necesario que, con la meditación y la práctica del Evangelio, la multitud de los cristianos adquiera al fin la conciencia de los vínculos fraternos que la unen en una redención común por los méritos de la sangre

¹ Salmo LXVII, 10.

² Deut. XI, 11-14.

³ X, 6.

⁴ Lev. XIX, 18.

⁵ Prov. XXIV, 29.

⁶ Eccli. XXVIII, 1.

⁷ Ib., 3-4.

⁸ Lc. XXII, 20.

⁹ Mt. XVIII, 22.

¹⁰ Mc. XI, 25.

¹¹ Mt. V, 43-44.

de Jesucristo, y que en esta misma sangre, que ha venido a ser su bebida, las almas encuentren la fuerza a veces heroica del mutuo perdón (que no excluye el restablecimiento de la justicia o del derecho lesionado); sin lo cual, no será jamás posible una verdadera y duradera concordia.

104. Pero queremos volver con el pensamiento a vosotros, queridos recién casados. En el camino que habéis emprendido, ¿no tendréis que practicar quizás un día el olvido de las ofensas, en un grado que algunos estiman superior a las fuerzas humanas? El caso, aunque felizmente es raro entre esposos verdaderamente cristianos, no es imposible, porque el demonio y el mundo asedian el corazón cuyos impulsos son pronto, y trabajan contra la carne, que es débil¹. Pero sin llegar a estos extremos, en la vida misma de cada día, ¡cuántas ocasiones de pequeños contrastes, cuántos ligeros enfados que pueden crear entre los cónyuges, si no se les pone remedio a tiempo, un estado de latente y dolorosa aversión! Después, entre los padres y los hijos: si la autoridad debe hacerse valer, mantener sus derechos al respeto, sostenerlos con advertencias, con reprensiones, cuando sea preciso con castigos, ¡qué deplorable sería, por parte de un padre o de una madre, hasta la más mínima apariencia de resentimiento o de venganza personal! Esta basta muchas veces para dar un golpe fatal o destruir en el corazón de los niños la confianza y el afecto filial.

105. En el calendario eclesiástico ocurre pasado mañana, doce de julio, la fiesta en un grande santo italiano, Juan Gualberto, nacido en Florencia, de noble familia, hacia el fin del siglo décimo, cuya historia muestra hasta qué punto puede llegar el perdón de las ofensas, y cómo lo recompensa Dios. Caballero joven, armado totalmente y escoltado de soldados, caminaba él en los alrededores de la ciudad por un estrecho sendero, cuando se encontró de improviso ante el asesino de un próximo y amado pariente suyo. Aquél, solo y sin armas, viéndose perdido, cae de rodillas y extiende los brazos en forma de cruz, esperando la muerte. Pero Juan, por respeto a aquel signo sagrado, le hizo gracia de la vida, lo levantó y lo dejó partir libremente. Después, prosiguiendo el camino, entró en la Iglesia de San Miniato a orar, y vió entonces la imagen del crucifijo inclinar la cabeza hacia él con un gesto de infinita ternura. Conmovido profundamente, resolvió no combatir más sino por Dios; con sus propias manos se cortó su hermosa cabellera y tomó el hábito monástico: su victoria sobre sí mismo, fué el preludio de una larga vida de santidad².

106. Queridos hijos e hijas: vosotros no tendréis que practicar, probablemente, un heroísmo tan extraordinario, ni recibiréis probablemente un favor tan prodigioso. Pero sí deberéis estar todos los días pronto a perdonar las ofensas recibidas en la vida familiar o social; del mismo modo que todos los días repetiréis del rodillas ante la imagen del crucifijo: “Padre nuestro...perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”³. Y si no veis entonces sensiblemente que Cristo inclina hacia vosotros, con una sonrisa, su frente coronada de espinas, sabréis sin embargo, y creeréis con fe firme y confianza absoluta, que de aquella frente divina, de las manos y de los pies del Salvador Jesucristo, sobre todo de su corazón siempre abierto, la sangre redentora derramará tanto más largamente su perdón sobre vuestra alma, cuanto más generosamente hayáis vosotros mismos perdonado.

XXXIII

HEROES INVICTOS DE LA CARIDAD CRISTIANA

17 de Julio de 1940. (DR. 11, 177.)

107. En algunos países se acostumbra a celebrar anualmente una “Semana de la bondad”, o “de la Caridad”. Si tal costumbre hubiera de extenderse a toda la gran familia cristiana, una de las fechas más apropiadas para ella sería acaso esta mitad de julio, porque los santos cuyas fiestas, según el calendario de la Iglesia universal, ocurren en los tres días que siguen inmediatamente al de hoy, son maravillas de bondad. Se llaman Camilo de Lelis, Vicente de Paúl y Jerónimo Emiliano. Todos y

¹ Cfr. Mc. XIV, 38.

² Acta Sanctorum Boll., mes de Julio, t. III, p. 313 y 343-344.

³ Mt. VI, 12.

cada uno practicaron de manera admirable la Ley de oro de la caridad; pero el brillo de este oro tiene en cada uno de ellos un reflejo especial. Camilo se consagró sobre todo a los enfermos, a los incurables, a los moribundos. Vicente, el gran organizador de la Beneficencia, se dedicó a los miserables, a los abandonados de toda suerte, y fundó varias asociaciones caritativas de hombres y mujeres, entre las cuales conocéis todos a las Hijas de la Caridad, las de alas blancas como la inocencia, amplias como el amor, palpitantes como el celo. Jerónimo se apiadó especialmente de los desgraciados hijos del pueblo, de los huérfanos privados de ternura, abandonados por las calles, desprovistos de todo. Todos y cada uno sufrieron con los que sufrían y, olvidados de los propios dolores, participaron en los padecimientos de los demás para aligerarles su peso.

108. Para limitar hoy nuestras palabras, necesariamente breves, al primero de los tres santos que hemos nombrado, os exhortamos, queridos hijos e hijas, a seguir su luminoso ejemplo, cuidando de los enfermos y de los débiles en torno a vosotros o en vuestra casa. La palabra enfermo – del latín “in-firmus”, no firme, no estable – indica un ser sin fuerza, sin firmeza. Ahora bien, en toda familia hay, generalmente, sobre todo dos categorías de seres débiles, y que por eso tienen mayor necesidad de cuidados y de afecto: los niños y los viejos.

El instinto da ternura hacia sus crías a los mismos animales irracionales. ¿Cómo podría, por lo tanto, ser necesario inculcáosla a vosotros, recién casados y futuros, padres cristianos? Sin embargo, puede ocurrir que un exceso de rigor, una falta de comprensión, levante como una barrera entre el corazón de los hijos y el de los padres. San Pablo decía: “Me hice débil con los débiles...; me hice todo a todos, para salvarlos a todos”¹. Es una gran cualidad la de saber hacerse pequeño con los pequeños, niño con los niños, sin comprometer con eso la autoridad paterna o materna. Además, convendrá siempre, en el seno de la familia, asegurar a los ancianos aquel respeto, aquel respeto, aquella tranquilidad, queremos decir aquellas delicadas consideraciones de que tienen necesidad. ¡Los viejos! Se es a veces, acaso inconscientemente, terco con sus pequeñas exigencias, con sus inocentes manías, arrugas que el tiempo ha cavado en sus almas, como las que surcan su rostro; pero que deberían hacerlos más venerables a los ojos de los demás. Se inclina uno fácilmente a reprocharles por lo que ya no hacen, en lugar de recordarles, como merecen, lo que han hecho. Se sonríe tal vez por la pérdida de su memoria, y no siempre se reconoce la sabiduría de sus juicios. En sus ojos ofuscados por las lágrimas se busca en vano la llama del entusiasmo, pero no se sabe ver la luz de la resignación, en la que se enciende ya el deseo de los esplendores eternos. Felizmente, estos ancianos cuyo paso vacilante se tambalea en las escaleras o cuya blanca cabeza, temblorosa, se mueve lentamente en un ángulo de la estancia, son con mucha frecuencia el abuelo o la abuela, o el padre y la madre, a quienes todo lo debéis. Hacia ellos, sea cual fuere vuestra edad, os obliga, como bien sabéis, el precepto del decálogo: “Honra a tu padre y a tu madre”². Vosotros no seréis, pues, del número de aquellos hijos ingratos que abandonan a sus padres ancianos, y que luego, a su vez, se encuentran con frecuencia abandonados cuando la edad les hace necesitar la ayuda de los demás.

109. Sin embargo, cuando se habla de compasión hacia los enfermos, se piensa ordinariamente en personas de toda edad, afligidas por un mal físico, pasajero o crónico. Al socorro de semejantes sufrimientos, os anima, sobre todo, el ejemplo de San Camilo. La llama de su celo se extendió de los hospitales hasta fuera de ellos; sin esperar a que los enfermos vinieran a él, él mismo iba a curarlos y confortarlos a domicilio. Porque en aquel tiempo, como siempre, había en muchas casas, dolientes: ciegos, estropeados, paralíticos y enfermos: febricitantes, tuberculosos, cancerosos. ¿No los hay también hoy? Queridos recién casados: si Dios preserve a vuestra familia de las dolencias – como de corazón os auguramos –, recordad entonces con mayor razón las miserias de los demás y dedicaos, cuanto os sea posible y os lo permitan vuestros deberes, a las obras de asistencia y de bien.

En el jardín de la humanidad, desde que ya no es el paraíso terrestre, ha madurado y madurará siempre uno de los frutos amargos del pecado original: el dolor. Instintivamente, el hombre lo aborrece y lo esquiva; querría, hasta perder su recuerdo y su vista. Pero desde que en la encarnación

¹ I Cor. IX, 22.

² Ex. XX, 12.

Cristo se “aniquiló”, tomando forma de siervo¹; desde que le plugo “elegir las cosas débiles del mundo para confundir a las fuertes”²; desde que “Jesús, dejado de gozo, sostuvo la cruz, sin hacer caso de la ignominia”³; desde que reveló a los hombres el sentido del dolor y el íntimo gozo del don de sí mismo a los que sufren el corazón humano ha descubierto en sí insospechados abismos de ternura y de piedad. Es verdad que la fuerza sigue siendo la dominadora indiscutida de la naturaleza irracional y de las almas paganas de hoy, semejantes a las que en su tiempo llamaba el Apóstol San Pablo “*sine affectione*”, sin corazón, y “*sine misericordia*”, sin piedad hacia los pobres y los débiles⁴. Pero para los verdaderos cristianos, la debilidad ha venido a ser un título al respeto, y la enfermedad, un título al amor. Porque la caridad, al contrario del interés y del egoísmo, no se busca a sí misma⁵, sino que se da; cuanto más débil, miserable, necesitado y deseoso de recibir es un ser, tanto más aparece a su benigna mirada como un objeto de predilección.

110. En el siglo XVI, en que vivió San Camilo, la organización de la beneficencia cristiana no había alcanzado todavía el desarrollo que hoy podemos admirar. Durante su juventud disipada, Camilo fué acogido en el Hospital de Santiago en Roma, para ser curado y, a fin de garantizarse el derecho a una larga estancia en aquel caritativo hospital, buscó ser empleado como sirviente; pero la pasión del juego le hizo tan olvidadizo de sus deberes, que terminó por ser despedido, porque, como narran sus biógrafos, “después de pruebas y más pruebas, se había tocado con la mano que era incorregible y completamente inepto para el oficio de enfermero”. Pues, precisamente,., éste era el hombre de quien la gracia divina haría luego el fundador y el modelo de los “ministros de los enfermos” es decir, de una nueva orden religiosa que tendría como misión especial curar a los enfermos, socorrer a los contagiosos, asistir material y espiritualmente a los moribundos, no por un mequino salario, sino por amor de Cristo, que sufre en los enfermos, y con la única esperanza de la recompensa eterna.

Una molesta llaga, aparecida hacia la edad de diecisiete años sobre su tobillo derecho, y que, transformada luego lentamente en una profunda úlcera purulenta e incurable, se extendió a toda la pierna, no le impidió dedicarse durante cuarenta años al alivio de todos los dolores; viajar por sus fundaciones o correr en ayuda de nuevas calamidades de una a otra ciudad; caminar a través de las calles de Roma o por las casas privadas, mientras con un bastón en la mano saltaba las escaleras más empinadas, sin pensar en otra cosa que en la caridad.

Esta llaga tan dolorosa, la llamaba él la primera misericordia de Dios: la primera, porque debían sobreañadírsele otras penosísimas enfermedades, que él recibió igualmente como testimonios de la bondad divina. Es una idea específicamente cristiana, ver en el dolor un signo del amor de Dios y un manantial de gracias. Para ayudar a sus discípulos a comprenderlo, Jesucristo no sólo les impuso el precepto de la caridad como su mandamiento esencial⁶; ni se contentó con proponer por modelo al buen samaritano, que interrumpe su viaje para socorrer a un hombre desconocido que yacía medio muerto en el camino. Él conoció y experimentó en su misma carne santísima toda la gama de los dolores humanos. Así quiso como identificarse con todos los miembros sufrientes de la humanidad. Sus discípulos le verán a Él mismo, a su rostro divino, a sus llagas adorables, a través de toda carne humana empalidecida por la fiebre, corroída por la lepra, consumida por el cáncer; y si esta carne sanguinolenta o fétida repugna a la naturaleza, ellos depositarán encima sus labios largo tiempo en un beso misericordioso de amor, como hizo San Camilo, como hizo Santa Isabel, como hicieron San Francisco Javier y tantos otros santos. Porque ellos sabían que, en el último día, el Señor le dirá: “Él enfermo, el débil que vosotros visitasteis y socorristeis, era yo”. “*Infirmus eram, et visitastis me*”⁷.

¹ Phil. II, 7.

² I Cor. I, 27.

³ Hebr. XII, 2.

⁴ Rom. I, 31.

⁵ Cfr. I. Cor. XIII, 5.

⁶ Jn. XIII, 34-35; XV, 12.

⁷ Mt. XXV, 36.

Que podáis también vosotros, queridos hijos e hijas, con las limosnas, con la oración y con los sacrificios, con el concurso efectivo, participar en las obras de misericordia y aseguraros así un día una benigna y amorosa acogida ante el Juez supremo, que os abrirá las puertas del cielo en los esplendores de la eternidad.

XXXIV

PROGRAMA DE VIDA SEGUN EL EJEMPLO DE SANTIAGO EL MAYOR

24 de Julio de 1940. (DR. 11, 185.)

111. Después del tabernáculo, donde vive realmente presente, aunque invisible, nuestro Señor Jesucristo; después de la Palestina, que conserva además del Santo Sepulcro los vestigios de su paso por aquí abajo; después de Roma, que guarda las tumbas gloriosas de los príncipes de los Apóstoles, no hay acaso lugar al que haya acudido, a través de los siglos, un número tan grande de devotos peregrinos, como la capital histórica de Galicia, Santiago de Compostela, donde, según una antigua tradición, reposan las reliquias del Apóstol Santiago el Mayor¹. Y como su fiesta se celebra mañana, deseamos hoy, queridos hijos e hijas, acudir con vosotros en espíritu a aquel célebre santuario, para recoger algunas útiles enseñanzas.

Por vía terrestre, siguiendo los senderos visibles todavía en varios países de Europa, que trazaron los peregrinos de la Edad Media, vestidos de sayal y apoyados sobre su bordón, la duración del camino permitiría releer las piadosas crónicas que adornan con múltiples detalles la vida del Santo. Sin embargo, para un viaje puramente espiritual, basta lo que se lee en los santos Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles; breves noticias, pero suficientes para mostrar que Santiago comenzó bien; continuó por un momento menos bien; pero prosiguió y terminó muy bien.

112. I.- Comenzó bien. El Evangelio compendia, en pocas líneas, el llamamiento que Jesús le dirigió a él y a Juan, y su respuesta: “Ellos, inmediatamente, dejadas las redes y el padre, le siguieron”². Es poco en apariencia, pero mucho en realidad. Porque Santiago, lo mismo que su hermano, dejando a su padre Zebedeo en la barca que se mecía en la ribera, mientras las redes para la pesca se secaban colgadas de las antenas, sumergía para siempre en las aguas del lago sus ternuras del pasado y ponía incondicionalmente en las manos del Divino Maestro sus esperanzas en el porvenir. También vosotros, queridos recién casados, debéis daros a Dios sin reserva en la nueva vida a la que habéis sido llamados. Tomad desde hoy con seriedad las graves obligaciones que ella trae consigo. Guardaos de continuar una vida quizás despreocupada y ligera; para los jóvenes, desenfrenada o indolente; para las jóvenes, frívola o melindrosa. Proyectad todas vuestras energías hacia los deberes del nuevo estado. Ha pasado el tiempo en que las muchachas iban al matrimonio casi sin conocerlo; pero dura todavía el tiempo en que ciertos jóvenes esposos creen poder permitirse al principio un período de libertad moral, y gozar de sus derechos sin preocuparse de sus deberes. Grave culpa que provoca la cólera divina; fuente de infelicidad también temporal, cuyas consecuencias deberían infundir temor a todos. El deber que se comienza por desconocer o despreciar, se retrasa siempre para más tarde, para tan tarde que se termina por olvidarlo, y con él los goces que aporta su animosa observancia. Y cuando vuelve su recuerdo y nace el arrepentimiento, se comprende acaso con inútiles lágrimas que es demasiado tarde: a la pareja infiel a su misión, no le queda más que desecarse sin esperanza, en el desierto de su estéril egoísmo.

113. II. - Comenzar bien no es todo: la salud del alma no se ha prometido sino a la perseverancia³. Santiago, con su ímpetu generoso, había comenzado bien; cómo continuó, lo hace ver el Evangelio en pocos rasgos. Por parte de Jesús, cuyo amor no cambia, fué objeto de una especial predilección; él, su hermano Juan, y Pedro, su vecino y compañero de oficio, formaban una tríada a la que Jesús reservó singulares favores: sólo ellos vieron manifestarse particularmente su bondad en la resurrección.

¹ Cfr. Acta Leonis XIII, IV, 1884, pág. 159 y ss.

² Mt. IV, 21-22.

³ Mt. X, 22.

ción de la hija de Jairo¹, su gloria en la transfiguración², su tristeza y su obediencia en la agonía de Getsemaní³. Pero precisamente aquí Santiago no fué fiel a su divino Maestro. Sí que le había amado sinceramente; había seguido con ardor; no sin razón, nuestro Señor había dado el sobrenombre de “hijos del trueno” a los dos hermanos hijos del Zebedeo⁴. Su buena madre, ambiciosa como muchas otras, se había atrevido un día a pedir a Jesús para sus hijos un puesto de preferencia en su reino; y habiendo el Salvador preguntado a los interesados: “¿Podéis vosotros beber el cáliz que yo beberé?”, ambos habían respondido de buena fe: “Sí, podemos”⁵. ¡Oh Santiago! tu hermano Juan, el Apóstol del amor, estará al menos presente en el Calvario: pero tú ¿dónde estarás entonces? La defección había comenzado en Getsemaní, cuando los tres Apóstoles predilectos habían merecido este doloroso lamento del Maestro: “Así que no habéis podido velar una hora conmigo?” Y Jesús había añadido: “¡Velad y orad para que no entréis en tentación!”⁶.

Así para mantener la generosidad del fervor inicial, son necesarias la vigilancia y la oración. Si habéis imitado a Santiago en la bondad de su principio, aprovechaos de esta segunda enseñanza para buscar en la vigilancia y en la oración el secreto de la perseverancia. Ciertamente, ¡la mayor parte de los niños de nuestros países católicos, lo aprenden desde muy temprano; pero ¡qué fácil es olvidarlo! Hay jóvenes que piensan que en el mundo, a partir de cierta edad, la oración es un incienso cuyo oloroso humo conviene dejar a las mujeres, lo mismo que ciertos perfumes de moda; otros acuden en alguna ocasión a la Misa, cuando les es cómodo, pero se creen, a lo que parece, demasiado grandes para arrodillarse, y no lo bastante místicos, como dicen algunos, para acercarse a la sagrada Comunión. Tampoco faltan muchachas jóvenes que, aun habiendo sido educadas con todo cuidado por sus madres o por buenas religiosas, se creen eximidas, una vez casadas, de las más elementales normas de prudencia; lecturas, espectáculos, bailes, distracciones peligrosas, todo les es permitido. Pero en una familia verdaderamente cristiana, el marido sabe que su alma es de la misma naturaleza y no menos frágil que la de su mujer y la de sus hijos, por eso añade a la de éstos su oración diaria, y así como se complace en verlos en torno suyo en la mesa familiar, no deja de acercarse con ellos a la mesa eucarística. La mujer, aún antes de que pesen sobre ella las responsabilidades de la educación de los hijos, se dice a sí misma, como deberá después decírselo a ellos, que el que juega con fuego se quema, y “el que ama el peligro, perecerá en él”⁷; escucha a la sabiduría divina, la cual proclama que la virtud de la prudencia hace de la esposa un regalo particular de Dios a su esposo⁸; y no puede pensar sin inquietud en la grave advertencia de la Escritura, apuntada en el antiguo Testamento, explícitamente formulada en el nuevo, de que el amor desordenado del mundo es enemistad con Dios⁹.

114. III.- La tercera enseñanza de Santiago, es su muerte. Aquí la narración de la Escritura es breve: “El rey Herodes (Agripa) mató con la espada a Santiago, hermano de Juan”¹⁰. De todo lo que el Apóstol había hecho desde la resurrección de Cristo, de sus viajes, de sus fatigas por la salvación de las almas, no se encuentra ninguna mención especial. Pero de la lectura de este texto se deduce que Santiago bebió efectivamente el cáliz que Jesús le había predicho, y que él había generosamente aceptado: ¡murió mártir! Por otra parte, la debilidad del abandono en las horas tristes de la pasión, fué perdonada y olvidada por el Redentor; la misma tarde de su resurrección gloriosa, Jesús, apareciéndose a los discípulos, les dirigió, en lugar de un amargo reproche, un saludo lleno de amor: la paz sea con vosotros, *Pax vobis*!¹¹.

¹ Lc. VIII, 49-56.

² Mt. XVII, 1-8.

³ Mc. XIV, 33.

⁴ Mc. III, 17.

⁵ Mt. XX, 20-22.

⁶ Mt. XXVI, 40-41.

⁷ Eccli. III, 27.

⁸ Cfr. Prov. XIX, 14.

⁹ Cfr. Sgo. IV, 4.

¹⁰ Act. XII, 2.

¹¹ Jn. XX, 19.

Queridos hijos e hijas, ya en otras ocasiones, durante este mes de julio, hemos hablado de la preciosísima sangre de nuestro Señor; con tan saludable pensamiento terminaremos también hoy nuestra breve exhortación. Por graves que sean los pecados de los hombres, el Corazón de Jesús, fuente viva de su sangre redentora, les queda siempre abierto. Todos los discípulos, en el primer momento de la pasión abandonando a Jesús, huyeron de Él: “*Tunc discipuli omnes, relicto eo, fugerunt*”¹. Pero todos fueron perdonados; todos excepto aquel que, no atreviéndose a confiar en el Corazón de Jesús, cortó con una soga fatal el acceso a la misericordia. Aunque fuerais culpables de todos los pecados del mundo, no deberíais unir a ellos el de no admitir que la bondad de Dios es mayor todavía que nuestras culpas y capaz de perdonarlas. Prontos y generosos en el cumplimiento de vuestros deberes, fieles en la oración, haced vuestra la humilde súplica del sacerdote en la santa Misa, antes de la comunión: “Señor Jesús..., que con tu muerte devolviste al mundo la vida, líbrame por este sacrosanto cuerpo y sangre tuya, de todas mis iniquidades y de todos los males; haz que siempre permanezca unido a tus mandatos, y no permitas que jamás me aparte de ti”. ¡No, jamás, jamás; ni en este mundo, ni en la eternidad!

XXXV

PODER, EFICACIA Y NECESIDAD DE LAS SANAS LECTURAS

31 de Julio de 1940. (DR. 11, 191)

115. El verano es ordinariamente la estación de las vacaciones, cuyo nombre suena como una alegre campana en los oídos de muchos, porque anuncia, después de largos meses de trabajo, un período de reposo. Vosotros mismos gozáis de él, queridos recién casados, en este -aunque breve- viaje de bodas, que os ha conducido a la Ciudad Eterna. A algunas familias, las vacaciones les ofrecen la ocasión de un veraneo, bien en cualquier vecina región acogedora, o sobre los montes y riberas de Italia. Para otras, menos afortunadas, que no pueden abandonar su casa, las vacaciones constituyen al menos el tiempo en que padres e hijos se encuentran más largamente unidos en la paz del santuario doméstico.

¡La paz! ¡Cuántas familias suspiran hoy por ella! ¡Cuántas esposas, madres, novias – aunque firmemente resueltas y prontas hasta los sacrificios extremos en el cumplimiento del deber y en el cumplimiento del amor patrio – tienen el corazón dolorido por la partida de un ser querido hacia un destino lejano, tal vez desconocido, muchas veces peligroso! ¡Otras, con el ánimo todavía más torturado porque sus pensamientos agitados se pierden en la noche de una incertidumbre angustiosa, interrogan al cielo y a la tierra, siquiera para conocer sin dudas la suerte, aunque sea trágica, de la persona amada de la que no tienen noticias! ¡La paz! Blanca paloma que, no encontrando ya dónde posar el pie sobre la tierra cubierta de cadáveres y sumergida en el diluvio de la violencia, parece haber vuelto a aquella Arca de la nueva Alianza, que es el Corazón de Jesús², para no salir de ella sino cuando pueda recoger por fin, en el árbol del Evangelio, el ramo reverdecido de la caridad fraterna entre los hombres y los pueblos.

Sin embargo, a pesar de las tristezas de la hora presente, a no pocos de vosotros, particularmente a los recién casados, les será concedido – como os auguramos de corazón – gozar de algún alivio; pero reposar, para el hombre, no es únicamente distender muellemente los miembros desocupados y abandonarse a un sueño restaurador. El reposo humano lleva consigo sanas distracciones, y de ordinario también algunas lecturas. Y como actualmente casi no hay familia donde no entre el libro, el opúsculo, el diario, y durante los ocios de las vacaciones las ocasiones de lectura se multiplican, queremos hoy dirigíros alguna breve exhortación sobre este tema.

116. El primer hombre que deseoso de comunicar su pensamiento a otros hombres en una forma más duradera que el sonido fugaz de las palabras, grabó acaso con un tosco silex, en la pared de una caverna, signos convencionales cuya interpretación determinó y explicó, inventó al mismo tiempo

¹ Mt. XXVI, 56.

² “*Cor, arca legem continens*, etc.” – Oficio del S. C. de Jesús ad Laudes.

la escritura y el arte de la lectura. Leer es penetrar por medio de signos gráficos, más o menos complicados, en el pensamiento de otro. Ahora bien, como “los pensamientos de los justos son justicia, y los consejos de los impíos son fraudulentos”, síguese que algunos libros, como algunas palabras, son manantial de luz, de fuerza, de libertad intelectual y moral, mientras, que otros no traen sino insidias y ocasiones de pecado; tal es de fuerza, de libertad intelectual y moral, mientras que enseñanza de la Sagrada Escritura: “Cogitationes iustorum iudicia, et consilia impiorum fraudulenta. Verba impiorum insidiantur, sanguini; os iustorum liberabit eos”¹. Hay, por lo tanto, buenas y malas palabras.

La palabra no es con frecuencia sino una lámpara; en la noche y en la oscuridad, puede bastar al viajero para encontrar el recto camino, como por otra parte también hasta en el sendero más seguro un rayo puede ser suficiente para fulminar a un pasajero incauto; tal es el efecto de la palabra buena o de la mala. El libro obra menos rápidamente, pero su acción se prolonga en el tiempo, es una llama que puede encubrirse bajo las cenizas o arder como una débil lucecilla en la noche, y después súbitamente encenderse benéfica o devastadora; será la lámpara del santuario, siempre presta a señalar al fiel que se acerca, el tabernáculo santo y su divino Huésped; o bien será el volcán cuyas terribles convulsiones lanzan ciudades enteras en la desolación y en la muerte. Vosotros deseáis las conversaciones gratas, las palabras prudentes y confortadoras, y detestáis con razón la blasfemia y los discursos corruptores. Pues buscad también los libros buenos, y odiad los malos.

117. No es nuestra intención esta mañana, describiros los estragos causados por la mala prensa, sino más bien mostraros el bien que pueden haceros las buenas lecturas, para exhortaros a amarlas y a fomentar su difusión. El santo cuya fiesta celebra hoy la Iglesia, Ignacio de Loyola, ofrece a este respecto en su vida un luminoso ejemplo.

Capitán ansioso de renombre y de gloria, defensor intrépido de Pamplona contra los soldados del rey de Francia, Ignacio había sido herido por una bala de bombardas, que le había roto la pierna derecha y herido malamente la izquierda. Los franceses, una vez entrados en la ciudadela, y estimando dignamente el heroico valor que había demostrado, le trataron con modos caballerescos y le hicieron transportar en una litera al castillo de Loyola. Allí convaleciente después de dolorosísimas operaciones, con gusto se hubiera lanzado, para arrojar el tedio, sobre los libros de caballería, novelas de amor y de hazañas, entonces tan en boga, como el Amadís de Gaula; pero en aquel austero castillo no se encontró ni uno siquiera de ellos, de modo que le fueron ofrecidas, en cambio, la vida de Cristo, de Ludolfo de Sajonia, y las leyendas de los santos de Jacobo de Vorágine. A falta de otra cosa, Ignacio se resignó a leer estos libros; pero muy pronto, insensiblemente, en su alma leal, primero sorprendida, después conquistada, se infiltró una luz más pura, más dulce, más fúlgida que todo el vano brillo de las cortes de amor, de los torneos de caballería, de las bravuras de las batallas. Ante sus ojos todavía ardorosos por la fiebre, la visión hasta entonces tan admirada de los grandes gentiles-hombres de armaduras damasquinadas, empalidecía; en su lugar, surgían otros seres, antes apenas entrevistos en algunos instantes de oración. Poco a poco, en sus largas noches de insomnio, las sombras de los mártires ensangrentados, de los monjes de cogulla del paño burdo, de las vírgenes de vestidos de azucena, diseñadas por Jacobo de Vorágine, tomaban cuerpo; sus figuras frías se animaban, sus gestos adquirían expresión y relieve; después, sobre ellas, de las páginas de Ludolfo surgía la imagen de un Rey generoso que llamaba en su seguimiento, para conquistar toda la tierra de los infieles, a legiones de soldados obedientes, y a un pequeño grupo de caballeros entusiastas, deseosos de señalarse de manera especial en su servicio. Pero este Rey soberano y Señor eterno no hablaba ya de epopeyas heroicas y de combates sangrientos, donde se hería de punta y de revés. Decía Él: “el que quiere venir conmigo, debe trabajar conmigo, para que siguiéndome en las fatigas, me siga igualmente en la gloria”. El alma de Ignacio, esclarecida por esta nueva luz, se alejaba así gradualmente de sus falaces sueños terrenos e iniciaba su total oblación al Señor de todas las cosas².

118. Queridos hijos e hijas: recogeos un instante en vosotros mismos e inquirid con ánimo sincero, de dónde viene lo que hay de mejor en vosotros. ¿Por qué creís en Dios, en su Hijo encarnado por la

¹ Prov. XII, 5-6.

² Cfr. Ejerc. Espir. Del Reino de Cristo.

redención del mundo, en su Madre María, de la que hizo vuestra Madre? ¿Por qué obedecéis a sus mandamientos, amáis a vuestros padres a vuestra patria, a vuestro prójimo? ¿Por qué estáis resueltos a fundar una casa en la que Jesús sea el Rey, y donde podáis transmitir a vuestros hijos el tesoro familiar de las virtudes, cristianas? Ciertamente, porque la fe os ha sido infundida en el santo Bautismo; porque vuestros padres, vuestro párroco, vuestros maestros y maestras de escuela, os han enseñado de viva voz y con su ejemplo a hacer el bien y a huir del mal. Pero escrutad todavía más vuestros recuerdos: entre los mejores y mas decisivos encontraréis probablemente el de algún libro bienhechor: el Catecismo, la Historia Sagrada, el santo Evangelio, el Misal romano, el Boletín parroquial, la Imitación de Cristo, la Vida de aquel santo o de aquella santa; volveréis a ver con los ojos de la mente, sobre todo, uno de aquellos libros, tal vez ni el más hermoso, ni el más rico, ni el más docto, sobre cuyas hojas, cierta tarde, vuestra lectura se detuvo en un punto, vuestro corazón palpitó más fuerte, vuestros ojos se bañaron de lágrimas; y entonces se grabó en vuestra alma, bajo el invisible impulso del Espíritu Santo, un surco profundo que, a pesar de los años transcurridos y las más o menos largas desviaciones, puede servir todavía de guía en vuestro camino hacia Dios. Si vosotros, especialmente los más jóvenes, no habéis hecho todavía una experiencia semejante, sentiréis probablemente un día su penetrante dulzura, cuando encontrando en un anaquel oscuro o en un viejo armario un librito de vuestros primeros años, descubráis con emoción en sus páginas amarillentas, como una flor disecada del jardín de vuestra infancia, aquella historia edificante, aquella máxima moral aquella oración devota, que habíais dejado sepultarse bajo el polvo de las ocupaciones y preocupaciones de la vida diaria, pero que recobrará de repente el perfume, el sabor, la viveza de colores con que había encantado y fortificado en un tiempo a vuestra alma. Esta es una de las grandes ventajas del buen libro. El amigo cuyas sabias advertencias y justos reproches desdeñáis, os abandona; pero el libro que habéis abandonado, os permanece fiel: olvidado o rechazado en muchas ocasiones, está siempre pronto a volveros a dar la ayuda de sus enseñanzas, la saludable amargura de sus reproches, la clara luz de sus consejos. Escuchad, pues, sus avisos, tan discretos como directos. La amonestación, con demasiada frecuencia merecida, que os dirige, el deber, con demasiada frecuencia olvidado, que os recuerda, se los ha dicho ya a muchos, antes que a vosotros; pero no os dirá sus nombres, como no revelará a nadie el vuestro; y mientras bajo la lámpara silenciosa, a través de vuestros ojos fijos sobre él, os amonesta y os conforta, nadie oirá su voz, fuera de vuestro propio corazón.

XXXVI LOS GRAVES DAÑOS DE LAS MALAS LECTURAS 7 de Agosto de 1940. (DR. 11, 201.)

119. Cuando, bajo el sol radiante de agosto, un niño deja temporalmente a su familia, para irse a una colonia veraniega de montaña o de mar, su padre estimaría superfluo decirle: “Querido hijo, no llesves una serpiente en tu maletín, y si ves una de ellas en tus paseos, guárdate de asirla con las manos para examinarla”.

Pues, de igual manera, el amor paterno nos dicta un consejo semejante para vosotros. En la audiencia del miércoles pasado, expusimos brevemente la utilidad de las buenas lecturas; hoy queremos recordaros el peligro de las malas; peligro contra el cual la Iglesia no ha cesado nunca de elevar su voz, pero cuya gravedad desconocen o niegan no pocos cristianos, a pesar de aquellos saludables avisos.

Pues vosotros debéis persuadiros de que hay libros malos, y malos para todos, a semejanza de aquellos venenos contra los cuales nadie puede decirse inmune. Como en todo hombre la carne está sujeta a las debilidades y el espíritu está pronto a las rebeliones, así tales lecturas constituyen un peligro para todos. Los Hechos de los Apóstoles cuentan que, durante la predicación de San Pablo en Éfeso, muchos de los que habían andado tras de las vanas artes y supersticiones, llevaron sus libros y los quemaron públicamente; calculado el valor de estos escritos de magia así convertidos en

ceniza, se encontró que ascendía a más de cincuenta mil denarios¹. Después, en el curso de los siglos, los romanos pontífices tuvieron cuidado de hacer publicar un catálogo o índice de libros cuya lectura está prohibida a los fieles, advirtiendo bien al mismo tiempo, que otros muchos, aunque no estén explícitamente nombrados, caen bajo la misma condenación y prohibición, porque son dañosos a la fe y a las buenas costumbres. ¿Quién podría maravillarse de semejante prohibición por parte de aquellos que son los tutores de la salud espiritual de los fieles? ¿La sociedad civil no procura también, con sabias normas legislativas y profilácticas, impedir la acción deletérea de las sustancias tóxicas en la economía doméstica e industrial y rodear de cautelas la venta y el uso de los venenos, especialmente e los más nocivos?

120. Si os recordamos este grave deber es a causa de la extensión del mal, facilitada actualmente por la amplitud siempre creciente de la producción librera, así como por la libertad que muchos se atribuyen de leerlo todo. Pero no puede existir una libertad de leerlo todo, como no hay libertad de comer y beber todo lo que se tiene a mano, aunque sea la cocaína o el ácido prúsico. Queridos recién casados: estos avisos paternos se dirigen particularmente a vosotros. Vosotros estáis, en vuestra mayoría, en una edad y en una situación en que el espíritu se complace en mayor grado en las narraciones novelescas, y el deseo encuentra pasto en felicidades a veces imaginarias, y la pureza de las realidades se atenúa en la dulzura de los sueños. Ciertamente, no os está prohibido gustar el encanto de las narraciones de pura y santa ternura humana: la misma Sagrada Escritura ofrece escenas semejantes que han conservado a través de los siglos, su frescura de idilio: como el encuentro de Jacob y de Raquel², el desposorio del joven Tobías³, la historia de Ruth⁴. Hay también autores de gran ingenio que han escrito novelas buenas y honestas: baste citar a nuestro Manzoni. Pero, junto a estas flores puras, ¡qué pululación de planta venenosas en el vasto imperio de las obras la imaginación! Ahora bien, con demasiada frecuencia, estas últimas se estiman más accesibles y vistosas, y se aspiran con más ansia a causa de su perfume intenso y embriagador.

“Ya no soy una niña – dice aquella joven – y conozco la vida: así que tengo el deseo y el derecho de conocerla todavía mejor”. Pero no se da cuenta la pobrecita de que su lenguaje es el de Eva ante el fruto prohibido: ¿y cree acaso que para conocer, amar, utilizar la vida, es necesario escrutar todos sus abusos y sus deformaciones?

“Ya no soy un chiquillo – dice igualmente aquel joven –, y a mi edad las descripciones sensuales y las escenas voluptuosas no hacen ya nada”. ¿Está bien seguro de eso? Si fuese verdad, ello sería indicio de una perversión inconsciente, fruto de las malas lecturas ya hechas. Así, según algunos historiadores, Mitrídates, rey del Ponto, cultivaba yerbas venenosas, preparaba y experimentaba, aún en sí mismo, venenos a los que quería habituarse; de donde viene el nombre de mitridatismo.

121. Pero no creáis, jóvenes y muchachas que os dejáis acaso arrastrar a leer, quizás secretamente, libros sospechosos, no creáis que su veneno no produce efectos sobre vosotros; temed más bien que este efecto, por no ser inmediato, sea más maléfico. Hay en los países tropicales del África, algunas glosinas o insectos dípteros, conocidos con el nombre de mosca “tsé-tsé”, cuya punzada no causa una muerte repentina, sino una simple y fugaz irritación local, pero inocular en la sangre tripanosomas deletéreos; cuando los síntomas del mal se manifiestan claramente, es acaso demasiado tarde para ponerles remedio con los medicamentos usados por la ciencia. De igual manera las imágenes impuras y los pensamientos nocivos que produce en vosotros un libro malo, parecen tal vez entrar en vuestra mente sin haceros, como suele decirse, una herida sensible. Entonces reincidiréis fácilmente y no os daréis cuenta de que de ese modo, por las ventanas de los ojos, penetra la muerte en la casa de vuestra alma⁵; si no reaccionáis súbita y enérgicamente, ésta, como un organismo entor-

¹ Act. XIX, 19.

² Gen. XXIX, 9-12.

³ Tob. VII.

⁴ Ruth, III.

⁵ Cfr. Jer. IX, 21.

pecido por la “enfermedad del sueño”, resbalará lánguidamente en el pecado mortal y en la enemistad de Dios.

122. El peligro de las malas lecturas, es además, bajo algunos aspectos, más funesto que el de las malas compañías, porque sabe hacerse más traidoramente familiar. ¡Cuántas niñas o jóvenes, solas en su cuarto con el pequeño libro de moda, se dejan decir de él crudamente cosas que no permitirían a otros murmurar en su presencia, o se dejan describir escenas de las que por nada del mundo quisieran ser las actrices y las víctimas! ¡Ah! ¡Así se preparan para ser tales el día de mañana! Otros, cristianos o cristianas, que desde su infancia han caminado por la vía recta, gimen después por el repentino aumento de tentaciones que les oprimen, y ante las cuales se sienten cada vez más débiles. ¡Acaso si interrogasen sinceramente su conciencia, deberían reconocer que han leído una novela sensual, hojeado una revista inmoral, fijado la vista sobre ilustraciones inconvenientes! ¡Pobres almas!, ¿pueden lealmente y lógicamente lamentarse de que una ola de fango amenace sumergirlas, cuando son ellas las que han abierto el dique de un océano envenenado?

123. Pero además, queridos recién casados, puesto que vosotros preparáis ahora vuestro porvenir e imploráis entre los demás favores divinos la bendición de la fecundidad sobre vuestra unión, pensad que el alma de vuestros hijos será el reflejo de la vuestra. Ciertamente, ¿estáis por completo resueltos a educarles cristianamente y no infundirles sino buenos principios? Magnífico propósito, ¿pero será siempre suficiente? ¡Ah!, tal vez ocurre que padres cristianos que han usado muchas cautelas para la educación de un hijo, de una hija, que les han mantenido lejos de los placeres peligrosos y de las compañías perversas, les ven de repente, hacia la edad de los dieciocho a los veinte años, ser víctimas de miserables y a veces escandalosas caídas: el buen grano que ellos habían sembrado se ha arruinado por la cizaña. ¿Quién ha sido el “*inimicus homo*” que ha hecho tanto mal? En el mismo hogar doméstico, en este pequeño paraíso, el tentador, el astuto, se ha introducido furtivamente y ha encontrado allí, recogido ya, el fruto corruptor que ofrecer a aquellas manos inocentes. Un libro del padre, que ha minado en el hijo la fe del bautismo; una novela olvidada sobre el sofá o en el velador de la madre, que ha ofuscado en la hija la pureza de su primera comunión. Ahora bien, el mal que se oculta detrás del placer, es tanto más difícil de curar cuanto más tenaz es la mancha infligida al candor en un alma virgen.

124. Pero junto a los escritos que propagan la impiedad y las malas costumbres, no podemos dejar de mencionar aquellos otros que difunden la mentira y provocan el odio. La mentira, abominable a los ojos de Dios y detestada por todo hombre justo¹, lo es todavía más cuando esparce la calumnia y siembra discordias entre los hermanos². Como aquellos maniáticos anónimos cuya pluma mojada en la hiel y en el fango hace desmoronarse la felicidad de la vida doméstica y la unión de las familias, así una cierta prensa parece haberse fijado el propósito destruir, en la gran familia de los pueblos, las relaciones fraternas entre los hijos del mismo Padre celestial. Esta obra de odio se lleva a cabo algunas veces con el libro, con más frecuencia aún con los diarios.

Que en la prisa del trabajo cotidiano a un escritor se le escape un error, que acepte una información menos comprobada, que exprese una apreciación injusta, puede parecer y ser, no rara vez, más ligereza que culpa; debería sin embargo pensarse que semejantes ligerezas o inadvertencias pueden ser suficientes, especialmente en épocas de aguda tensión, para suscitar graves repercusiones. Pluguiese a Dios que la historia no registrara ninguna guerra provocada por una mentira hábilmente difundida.

125. Un publicista consciente de su misión y de sus responsabilidades, se siente en el deber de restablecer la verdad, si ha divulgado el error. Está obligado, ante los millares de lectores sobre los que podrían hacer impresión sus escritos, a no arruinar en ellos o en torno a ellos el sagrado patrimonio de verdad liberadora y de caridad pacificante que diecinueve siglos de cristianismo han aportado trabajosamente al género humano. Se ha dicho que la lengua ha matado más hombres que la espada¹. De igual manera, la literatura mentirosa puede resultar no menos homicida que los carros

¹ Prov. VI, 17 y XIII, 5.

² Prov. VI, 19.

da¹.. De igual manera, la literatura mentirosa puede resultar no menos homicida que los carros blindados y los aviones de bombardeo.

El Evangelio de la transfiguración del Señor, que ayer leímos en la santa Misa, narra cómo el divino Maestro, para revelar su gloria a los tres Apóstoles predilectos, comenzó por separarlos de los demás y conducirlos consigo a la cumbre de un alto monte². Si vosotros queréis que también vuestra casa sea favorecida por las bendiciones de Dios, por la protección especial de su corazón, por las gracias de paz y de unión prometidas a quien le honra, separaos de la multitud, rechazando las publicaciones reprobables y corruptoras. Buscando el bien en esto como en todo, viviendo habitualmente bajo la mirada de Dios y en la observancia de su ley, haréis de vuestra casa un íntimo Tabor, adonde no subirán las miasmas de la llanura y donde podréis decir como San Pedro: “¡Maestro, qué bien estamos aquí!”³.

XXXVII EL ROSARIO EN LA FAMILIA 16 de Octubre de 1940. (DR. 11, 255.)

126. De todo corazón os damos la bienvenida, queridos recién casados, a quienes parece haber conducido a Nos la Virgen del Santísimo Rosario, en este mes consagrado a ella. Nos place mirarla con los ojos del espíritu – como la han visto algunos santos privilegiados – inclinada hacia vosotros con una sonrisa (para ofreceros aquel simple y devoto objeto que, a través de una cadena de anillos flexibles y ligeros que no recuerda sino una servidumbre de amor, reúne por decenas sus pequeños granos, llenos de un invisible jugo sobrenatural), mientras que en vuestro canto, arrodillados ante ella, prometéis honrarla, ofreciéndose con la mayor frecuencia posible, en todas las vicisitudes de la vida familiar, el tributo de vuestra piedad.

I.- El rosario, según la etimología misma de la palabra, es una corona de rosas, cosa encantadora que en todos los pueblos representa una ofrenda de amor y un símbolo de alegría. Pero estas rosas no son aquellas con que se adornan con petulancia los impíos, de los que habla la Sagrada Escritura⁴: “Coronémonos de rosas – exclaman – antes de que se marchiten”. Las flores del rosario no se marchitan; su frescura es incesantemente renovada en las manos de los devotos de María; y la diversidad de la edad, de los países y de las lenguas, da a aquellas rosas vivaces la variedad de sus colores y de su perfume.

En este rosario universal y perenne, habéis tomado parte desde vuestra infancia. Vuestras madres os enseñaron a hacer correr lentamente entre vuestros dedos infantiles los granos del rosario y a pronunciar al mismo tiempo las sencillas y sublimes palabras de la oración dominical y de la salutación angélica. Un poco más tarde, con ocasión de vuestra primera comunión, fuisteis consagrados a vuestra Madre celestial, recitando el rosario, recibido en regalo como recuerdo de aquel gran día, con un fervor ingenuamente aumentado por la delicada belleza de sus perlas. ¡Cuántas veces, después, habréis renovado vuestra doble ofrenda, a Jesús y a su Divina Madre, ante el tabernáculo eucarístico o en la Congregación Mariana! Y ahora, con el sacramento del matrimonio celebrado en este mes dedicado a María, nos parece que toda vuestra vida por venir será como una mata de rosas, un rosario cuyo rezo perseverante y concorde comienza cuando a los pies del altar habéis unido vuestros corazones, obligados así por deberes nuevos y más graves, que con vuestro consentimiento nupcial bendito por Dios habéis libremente contraído.

127. Vuestro “sí” sacramental, tiene en realidad algo del “Pater noster” por el compromiso que implica de santificar el nombre de Dios en la obediencia a sus leyes (“sanctificetur nomen tuum”), de establecer su reino en vuestro hogar doméstico (“adveniat regnum tuum”) de perdonar todos los

¹ Cfr. Eccli. XXVIII, 22.

² Mc. IX, 1.

³ Mt. V, 4-9.

⁴ Sap. II, 8.

días, el uno a la otra, las mutuas ofensas o faltas (“et dimitte nobis... sicut es nos dimittimus...”), de combatir las tentaciones (“et ne nos inducas in tentationem”), de huir del mal (“sed libera nos a malo”) y sobre todo el “fiat” resuelto y confiado con que os presentáis al encuentro de los misterios del porvenir. Aquel “sí” es también como un reflejo de la salutación angélica, porque os abre una nueva fuente de gracia, de la que María, “gratia plena” es la soberana dispensadora, y que es la habitación de Dios en vosotros (“Dominus tecum”); es una prenda especial de bendiciones no sólo para vosotros, sino también para los frutos de vuestra unión; un nuevo título de remisión de los pecados durante la vida y de asistencia materna en la hora suprema (“nunc et in hora...”). Así pues, permaneciendo fieles a los deberes de vuestro nuevo estado, viviréis en el espíritu del santo rosario, y vuestras jornadas se desenvolverán como una concatenación de actos de fe y de amor hacia Dios y hacia María, a través de los años, que os deseamos numerosos y ricos de favores celestes.

128. II.- Pero un rosario, queridos hijos e hijas, significa también que los misterios de vuestro porvenir no serán siempre y únicamente hechos de alegrías; tendrán también acaso providenciales dolores. Es la ley de toda vida humana, como de todo ramo de rosas, que las flores estén mezcladas con las espinas. Vosotros vivís ahora los misterios gozosos, y os auguramos que gustéis largamente su dulzura, porque la felicidad se ha prometido a quien teme al Señor y pone todas sus delicias en sus mandamientos¹, está prometida a los mansos, a los misericordiosos, a los puros de corazón, a los pacíficos², y vos otros esperáis que la Providencia, cuyos secretos designios os han traído el uno hacia la otra, derramará sobre vuestro hogar la bendición prometida a los patriarcas, cantada por la Iglesia en la liturgia del matrimonio; la bendición alegre de la fecundidad: “matrem filiorum laetantem”³.

De igual manera que habéis recibido y recibiréis las alegrías – las de hoy y las de mañana – con filial reconocimiento y prudente moderación, acogeréis con espíritu de fe y sumisión los misterios dolorosos del porvenir, cuando llegue su hora. ¿Misterios? Es el nombre que el hombre da con frecuencia al dolor, porque sí no acostumbra a buscar una significación a sus gozos, querría en cambio, con su corta vista, saber la razón de sus desventuras, y sufre doblemente cuando no ve aquí abajo su por qué. La Virgen del Rosario, que es también la del “Stabat” en el Calvario, os enseñará a estar en pie bajo la cruz, por muy densa que pueda ser su sombra, porque comprenderéis con el ejemplo de esta “Mater dolorosa” y reina de los mártires, que los designios de Dios superan infinitamente los pensamientos de los hombres, y que aun cuando hieren el corazón, están inspirados por el más tierno amor de nuestras almas.

129. III.- ¿Podréis esperar, deberéis desear que haya también en el rosario de vuestra vida misterios gloriosos? Sí, si se trata aquí de la gloria que sólo la fe puede percibir y gustar. Los hombres se paran con frecuencia ante los resplandores humeantes del nombre que se dan o se disputan entre ellos con altisonantes palabras o acciones. Ser alabados, ser célebres: he aquí en lo que consiste para ellos la gloria. “Gloria est frequens de aliquo fama cum laude”, escribía Cicerón⁴. Pero los hombres no se cuidan con frecuencia de la gloria que sólo Dios puede dar, y por eso, según la palabra de nuestro Señor, no tienen la fe: “¿Cómo es posible, decía el Redentor a los judíos, que creáis, vosotros que andáis mendigando gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que de sólo Dios procede?”⁵. La gloria del mundo se marchita, como las flores del campo, exclamaba Isaías⁶; y por boca de este mismo Profeta, anunciaba el Dios de Israel que humillaría a los grandes de la tierra⁷. ¿Qué hará, pues, el Dios encarnado, aquel Jesús que se decía “humilde de corazón”⁸ y que no había jamás buscado su propia gloria?⁹.

¹ Salmo CXI, 1.

² Mt. V, 4-9.

³ Salmo CXII, 9.

⁴ De inventione, L. II, c. 55 §166.

⁵ Jn. V, 44.

⁶ Is. XL, 6.

⁷ Is. XLV, 2.

⁸ Mt. XI, 29.

⁹ Jn. VIII, 50.

Elevad, pues, vuestra mirada más arriba, o mejor aún, penetrad más profundamente con los ojos de la fe, y a la luz de las Sagradas Escrituras, en lo íntimo de vuestras almas. “Es una gran gloria, os dirá el Espíritu Santo, seguir al Señor”¹. En una familia donde Dios es honrado, “corona de los ancianos son los hijos e hijas, y gloria de los hijos son sus padres”². Cuanto más puros sean vuestros ojos, jóvenes madres de mañana, tanto más veréis en los queridos pequeñines confiados a vuestros cuidados almas destinadas a glorificar con vosotros el único objeto digno de todo honor y de toda gloria. Entonces, en lugar de perders, como tantas otras, en sueños ambiciosos sobre la cuna de un recién nacido, os inclinaréis con mente devota sobre el frágil corazón que comienza a palpar, y pensaréis, sin vanas inquietudes, en los misterios de su porvenir, que confiaréis a la ternura – ¡más maternal, todavía y cuánto más poderosa que la vuestra! – de la Virgen del Rosario.

130. De este modo, el santo Rosario os enseña que la gloria del cristiano no tiene lugar en su peregrinación terrestre. Interrogad la serie de los misterios: gozosos y dolorosos, desde la anunciación a la crucifixión, dibujan como en diez cuadros toda la vida del Salvador; los misterios gloriosos no comienzan sino el día de Pascua, y ya no cesan; ni para Jesús resucitado, que sube a la diestra del Padre y envía al Espíritu Santo a presidir, hasta el fin de los siglos, la propagación de su reino; ni para María que, arrebatada al Cielo sobre las alas ardientes de los ángeles, recibe allí de las manos del Padre celestial la corona eterna.

De este mismo modo os ocurrirá a vosotros, queridos hijos e hijas, si permanecéis fieles a las promesas hechas a Dios y a María, y observáis lealmente las obligaciones que habéis adquirido el uno respecto de la otra. No os avergoncéis del Evangelio³; y en un tiempo en que muchas almas débiles y vacilantes se dejan vencer por el mal, no imitéis su extravío, sino triunfad del mal, según el consejo de San Pablo, haciendo el bien⁴. Así, el rosario de vuestra vida, continuado por una cadena de años, que os deseamos largos y benditos, tendrá su termino feliz cuando caiga para vosotros el velo de los misterios en la glorificación luminosa y eterna de la Santísima Trinidad: “*Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto, Amen!*”.

XXXVIII

EL CANTICO DEL AMOR BENDECIDO POR DIOS

23 de Octubre de 1940. (DR. 11, 283.)

131. La primera palabra, queridos recién casados, que saldrá de nuestro corazón y de nuestros labios, es un acto de gratitud hacia Dios cuya providencia paterna os ha permitido, en el tumulto de las discordias y de las armas, cantar ante su altar vuestro cántico de amor y nos concede a Nos, en medio de tantas tristezas, el gozo de ser testigos de vuestra felicidad. De esta unión vuestra, de la que Dios mismo, como dice la Iglesia en la liturgia del matrimonio, ha sido el autor, sea Él también, con su ayuda celeste, el conservador: “*ut qui te auctore iunguntur, te auxiliante servantur*”.

I.- Dios es amor, escribe San Juan⁵. Amor substancial e infinito, se complace eternamente, sin deseo y sin saciedad, en la contemplación de su infinita perfección; y como Él es el único Ser absoluto, fuera del cual nada hay, si quiere llamar a la existencia a otros seres, no puede sacarlos sino de su propia riqueza. Toda criatura, derivación más o menos lejana del amor infinito, es por lo tanto fruto del amor y no se mueve sino por amor.

En la nebulosa caótica, una primera fuerza de atracción, podríamos decir un primer símbolo de amor, agrupó en torno a un núcleo los elementos cósmicos que formaban un astro; luego, la atracción de este primero llamó a otro segundo; y como a su vez era atraído otro más, el maravilloso

¹ Eccli. XXIII, 33.

² Prov. XVII, 6.

³ Cf. Rom. I, 16.

⁴ Cf. Rom. XII, 21.

⁵ I Jn. IV, 8.

cortejo de los mundos comenzó su curso en torno al firmamento. Pero la obra maestra de Dios es el hombre, y a esta obra maestra de amor le ha dado El una potencia de amar, que no conocen las criaturas irracionales. El amor del hombre es personal, es decir, consciente; libre, es decir, sometido al control de su voluntad responsable; y este poder de determinarse por sí mismo es, como canta el Alighieri, “lo maggior don, che Dio per sua larghezza - fesse creando, e alla sua bontate - più conformato, e quel ch’ei più apprezza”¹.

132. Dios había dado al hombre con su cuerpo y su alma todo lo que convenía a la naturaleza humana; las aspiraciones del hombre habían sido colmadas; pero no lo fue el querer de Dios. Para ir todavía más allá en el amor, hizo a la criatura humana un regalo nuevo y sobrehumano: la gracia; la gracia, prodigio inexcusable del amor de Dios, maravilla cuyo misterio no puede penetrar la inteligencia humana, y que el hombre ha llamado “sobrenatural”, lo que equivale a confesar humildemente que sobrepasa su naturaleza.

Los Padres de la Iglesia, los Doctores y los Santos, han escrito amplios tratados sobre esta elevación del hombre a una vida superior; pero en realidad el niño de una aldea dice lo mismo, cuando recita la frase de su Catecismo: “la gracia (habitual) hace al hombre participante de la naturaleza divina”. De aquí a mil, diez mil años acaso, cuando entre estos mundos lanzados sin descanso el uno hacia el otro en su inmensa órbita de amor, el hombre haya descubierto con estupor la serie continua de las criaturas escalonadas sobre él y debajo de él; cuando la investigación científica, los progresos de la mecánica y la reflexión especulativa hayan hecho su saber tan superior a nuestros conocimientos modernos como éstos nos parecen dominar los vislumbres de la edad prehistórica, entonces acaso un genio con el alma enamorada de Dios, sabrá traducir al lenguaje humano algo de la prodigalidad – ahora oculta a nosotros – del amor divino hacia su criatura predilecta. Pero cuando este explorador del mundo físico y espiritual, después de haber ascendido muchas sublimes vertientes, llegue ante la cima inaccesible e inmaculada de la gracia, no encontrará todavía para describirla sino las tres breves palabras del Príncipe de los Apóstoles San Pedro: “divinæ consortes naturæ”²: la gracia nos hace partícipes de la naturaleza divina.

133. II.- Si hasta el amor puramente sensible tiene su tierna belleza conmovedora, tanto que el Señor se parangona a sí mismo con el águila que enseña a volar a sus polluelos extendiendo sus alas sobre ellos³, el amor humano es incomparablemente más noble, porque en él participa el espíritu bajo el impulso del corazón, este delicado testigo e intérprete de la unión entre el cuerpo y el alma, que concuerda las impresiones materiales del uno con los sentimientos superiores de la otra. Este encanto del amor humano ha sido por siglos el tema inspirador de admirables obras del genio, en la literatura, en la música, en las artes plásticas; tema siempre antiguo y siempre nuevo, sobre el cual los siglos han bordado, sin agotarlo jamás, las más elevadas y poéticas variaciones.

¡Pero con qué nueva e indecible belleza aumenta este amor de dos corazones humanos, cuando con su cántico se armoniza el himno de dos almas vibrantes de vida sobrenatural! También aquí se verifica el mutuo cambio de dones; y entonces, con la ternura sensible y sus sanas alegrías, con el afecto natural y sus lances, con la unión espiritual y sus delicias, los dos seres que se aman se identifican en todo lo que tienen de más íntimo, desde la profundidad inconcusa de sus creencias hasta el vértice insuperable de sus aspiraciones. “Consortium omnis vitæ, divini et humani iuris communicatio”⁴.

Tal es el matrimonio cristiano, modelado, según la célebre expresión de San Pablo, sobre la unión de Cristo con su Iglesia⁵. En el uno como en la otra, el don de sí es total, exclusivo, irrevocable; en el uno y en la otra el esposo es cabeza de la esposa, que le está sujeta como al Señor⁶; en el uno y en la otra el don mutuo resulta principio de expansión y fuente de vida.

¹ Paraíso V, 19-21.

² II Pet. I, 4.

³ Deut. XXXII, 11.

⁴ Cfr. I. D. De ritu nupt. XXIII, 2.

⁵ Ef. V, 32.

⁶ Cfr. ídem 22-33.

El amor eterno de Dios ha hecho surgir de la nada el mundo y la humanidad; el amor de Jesús hacia la Iglesia engendra las almas a la vida sobrenatural; el amor del esposo cristiano hacia su esposa, participa de estas dos efusiones divinas, en cuanto que, según la voluntad formal del Creador, el hombre y la mujer preparan la habitación de un alma en que el Espíritu Santo vivirá con su gracia. Así los esposos, en la misión providencial a ellos asignada, son propiamente los colaboradores de Dios y de su Cristo; sus mismas obras tienen algo de divino; también aquí pueden ellos llamarse “*dívinae consortes naturæ*”.

134. III.- ¿Habrá que admirarse de que estos magníficos privilegios lleven consigo graves deberes? La nobleza de la adopción divina obliga a los esposos cristianos a no pocas renunciaciones y a muchos actos de valor, para que la materia no retenga al espíritu en sus ascensiones hacia la verdad y la virtud, y no le incline con su peso hacia los abismos. Pero como Dios no manda jamás lo imposible y con el precepto que impone concede también la fuerza para cumplirlo, el matrimonio, que es un gran sacramento, proporciona, con las obligaciones que pueden parecer sobrehumanas, auxilios que son sobrenaturales.

Tenemos la firme confianza de que os serán concedidos estos divinos socorros, queridos esposos, porque los habéis invocado ardientemente cuando al pie del altar vuestros corazones se han dado el uno al otro para siempre. Habéis venido hoy, en el mes dedicado a nuestra Señora del Santísimo Rosario, a implorar de nuevo la abundancia de las gracias celestes, por intercesión de esta Madre misericordiosa que queréis hacer Reina de vuestro hogar doméstico, bajo la protección de los Príncipes de los Apóstoles, cuyas tumbas gloriosas habéis venerado. A todas estas prendas de felicidad para vuestro porvenir temporal y eterno, unimos Nos nuestra paterna bendición apostólica, que de todo corazón os impartimos.

XXXIX SOMOS HIJOS DE SANTOS 6 de Noviembre de 1940. (DR. 11, 295.)

135. Habéis venido a Nos, queridos recién casados, para buscar nuestra bendición sobre vuestro porvenir lleno de esperanzas, en estos primeros días de noviembre, cuando la gran multitud de los fieles, guiada por el llamamiento de la santa Madre Iglesia, dirige sus pasos, con sus lágrimas y sus plegarias, hacia aquel ángulo de tierra bendita donde reposan los testigos del pasado. El recuerdo de los seres queridos desaparecidos reaviva en todos los corazones la tristeza de la separación; pero deja sin amargura a las almas, serenadas por la fe. También para vosotros, en el momento en que fundáis una familia, debe ser dulce y saludable pensar en aquellos que os han abierto el camino de la vida y os han transmitido un patrimonio de virtudes cristianas. Porque evocando en la mente sus pálidos semblantes, como los habéis contemplado en vuestra infancia u os los habéis piadosamente figurado, podréis deciros el uno a la otra, con orgullo y confianza, lo que el joven Tobías decía a su esposa: “*Filii quippe Sanctorum sumus*”: ¡somos hijos de Santos!¹.

No ignoráis ciertamente que la sagrada liturgia une estrechamente la conmemoración de los fieles difuntos a la solemne festividad de Todos los Santos. Esta unión pone en singular relieve el dogma consolador de la comunión de los santos, es decir, del vínculo espiritual que une íntimamente con Dios Nuestro Señor y entre sí a todas las almas que viven en estado de gracia. Como estas almas están divididas en tres grupos: las unas coronadas ya en el Cielo, que forman la Iglesia triunfante, otras que se encuentran detenidas en el Purgatorio para su plena y definitiva purificación, y que constituyen la Iglesia Purgante, otras, en fin, que peregrinan aún sobre la tierra y que componen la Iglesia militante; la solemnidad de Todos los Santos podría decirse en cierto modo la fiesta de las tres Iglesias. En la oración de la Misa de aquel día se invoca la bondad de Dios por los méritos de todos los Santos: “*omnium Sanctorum tuorum merita sub una tribuisti celebritate venerari*”. Hay méritos en las tres Iglesias: glorificados en la triunfante; adquiridos y que no se pueden ya aumentar

¹ Tob. VIII, 5.

ni perder, pero que esperan aún su recompensa en la purgante; adquiridos y susceptibles de crecimiento, pero también de pérdida, completa, en la militante. La fiesta de Todos los Santos es, pues, como una grande fiesta de familia para todas las almas en estado de gracia.

Esta consideración debe moveros más particularmente a vosotros, que habéis dejado una familia amada que era hasta ahora la vuestra, para formar una nueva que será la continuación de la primera y, si Dios quiere (como Nos se lo suplicamos con vosotros), el comienzo de una larga serie de otras.

136. Tal vez pensáis que en el día de Todos los Santos la Iglesia intenta simplemente glorificar juntos a todos aquellos a quienes la Iglesia ha decretado el honor de los altares. Este día sería, según eso, como una recapitulación anual del Martirologio Romano. Y en realidad es eso; pero no sólo eso. En efecto, el Papa Bonifacio IV, cuando en el año 609 ó 610 purificó el antiguo Panteón en Roma, que le había sido cedido por el Emperador Focio, dedicó aquel templo a la Bienaventurada Virgen María y a todos los mártires¹, e instituyó una fiesta que se celebraría anualmente en su honor². Pero ya en el siglo siguiente Gregorio III dedicó en la basílica de San Pedro un oratorio “a Nuestro Señor Jesucristo, a su Santa Madre, a los Santos Apóstoles, a todos los santos Mártires y Confesores, a los justos perfectos que reposan en toda la tierra”³. En fin, Gregorio IV extendió la celebración de la fiesta de Todos los Santos a la Iglesia universal⁴.

137. ¿Qué quiere decir: Todos los Santos? Comúnmente, y en primer lugar, se quiere significar los héroes del cristianismo, los que una última y definitiva sentencia del magisterio infalible declara haber sido recibidos en la Iglesia triunfante, y cuyo culto está prescrito en la Iglesia militante universal⁵. Entre ellos no faltan ciertamente los modelos y los patronos especiales para vosotros. Toda familia cristiana dirige casi instintivamente la mirada a la Sagrada Familia de Nazaret y se atribuye un título particular para la protección de Jesús, María y José. Pero además de ellos, numerosos hombres y mujeres se han sacrificado en la vida familiar, como los santos cónyuges Crisanto y Daría, mártires bajo el Emperador Numeriano. Hay en el Cielo padres de familia admirables, como San Fernando III, Rey de Castilla y de León, que educó piadosamente a sus catorce hijos; madres heroicas, como Santa Felicidad, romana que – según las actas de su martirio – bajo el Emperador Antonino, vió con sus ojos a los siete hijos muertos entre atroces tormentos hasta que a ella misma le cortaron la cabeza. La madre fortísima, narra San Pedro Crisólogo, daba vueltas entre los cadáveres destrozados de sus hijos, más alegre que si se encontrara entre las queridas cunas donde habían dormido de niños, porque con los ojos internos de la fe percibía tantas palmas cuantas eran las heridas, tantos premios cuantos eran los tormentos, tantas coronas cuantas eran las víctimas⁶.

Sin embargo, como cada uno de los santos tiene durante el año su día de fiesta, se puede sostener que la Iglesia, en la solemnidad de Todos los Santos, va mas allá de un simple recuerdo colectivo.

En la Iglesia triunfante, ante todo. Que en el Cielo además de los grandes vencedores, refulgentes de luz – por su canonización o por la simple beatificación – hay multitud de almas, desconocidas en la tierra, pero beatificadas por la visión intuitiva, y que su número sobrepasa a todos los cálculos humanos, nos lo testimonia en el Apocalipsis el Apóstol San Juan, que había visto su gloria: “Post haec vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat...: stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicis stolis albis, et palmæ in manibus eorum”, y estos elegidos, sin nombre distinto, eran “ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis”, de todas las gentes, tribus, pueblos y lenguas⁷. Aquí volvéis a encontrar la idea de familia: “Filii Sanctorum sumus!”. En aquella gloriosa falange, ¿no tenéis acaso antepasados o incluso próximos parientes? Elevando en estos días los ojos y el alma al Cielo, podéis ver con la mente, allí arriba y para siempre, a muchos de aquellos

¹ Cfr. Liber Pontificalis LXVIII.

² Cfr. Martyrologium Romanum, Kal. Novemb.

³ Cfr. Lib. Pont. XCII.

⁴ Cfr. Mart. Rom. l. c.

⁵ Cfr. Bened. XIV, De Serv. Dei Beatif. et Beat. Canoniz. I, cap. 39 y 42.

⁶ S. Petrus Chrysologus, Sermo CXXXIV, Migne, P. L. t. 52, col. 566.

⁷ Apoc. VII, 9.

que habéis amado, y todavía otros más que a través de una serie de generaciones han sembrado en la descendencia familiar aquella fe que vosotros queréis transmitir a otros. ¡Qué fuerza y qué consuelo para vosotros pensar que ellos, al abandonar esta tierra, no os han olvidado; que os aman siempre con la misma ternura, pero con una clarividencia incomparablemente mayor para conocer vuestras necesidades y para poder satisfacerlas; y que desde el Cielo su sonrisa de bendición descenderá, como un invisible rayo de gracia, sobre cada nueva cuna de su posteridad!

138. Es cierto que no podéis tener la certeza absoluta de su glorificación definitiva: ¡hace falta ser tan puros antes de ser admitidos a contemplar para siempre y sin velos a aquel Dios que encuentra imperfecciones en los mismos ángeles!¹. Aquel abuelo venerable cuya vida os aparecía tan digna y rica de méritos, aquella buena abuela, cuyos días laboriosos terminaron con una muerte tan piadosa y dulce, ¿no estarán todavía en el Cielo? Pero al menos podréis, sin vana presunción, apoyándoos con firme confianza en las promesas divinas hechas a la fe y a las obras de una vida verdaderamente cristiana, buscarles en el lugar de la suprema purificación: el purgatorio. Así experimentaréis una serena alegría en el pensamiento de que aquellos seres queridos están ya seguros de su eterna salvación y preservados del pecado, de las ocasiones de pecado, de las angustias, de las enfermedades y de todas las miserias de aquí abajo. Después, considerando las penas con las cuales terminan ellos por ser liberados de sus manchas, vuestro devoto afecto os hará prestar oído a sus voces queridas que invocan vuestro sufragio, como Job, en el abismo de sus dolores, imploraba la compasión de sus amigos². Y entonces comprenderéis por qué, si el gozo de la fiesta de Todos los Santos se prolonga en la sagrada liturgia durante una octava, la oración por la Iglesia purgante continúa todo el mes de noviembre, dedicado de modo especial a tan piadoso sufragio. Así pues, si buscáis la protección de los santos que están en el cielo, no dejéis de socorrer con la oración, con la limosna y sobre todo con el santo sacrificio de la Misa, a aquellos de vuestros seres queridos que se encuentran todavía en el purgatorio, para que, a su vez, como piadosamente se cree, intercedan por vosotros y, admitidos pronto a la fuente de toda gracia, puedan dirigir sus aguas benéficas sobre toda su descendencia.

139. ¿Qué decir ahora de los santos de la tercera Iglesia, es decir, de los que militan todavía sobre la tierra? Reconoced, queridos hijos e hijas, que los hay, y que vosotros podéis, si queréis, ser de su número. Según el sentido etimológico y más amplio de la palabra, la santidad es el estado de una persona o de una cosa reputada inviolable y sagrada. Así, Cicerón hablaba de la “*matronarum sanctitas*”, de la santidad de aquellas esposas y madres universalmente respetadas, que eran las matronas romanas. En más alto sentido, el Señor decía en el antiguo Testamento a los hijos de su pueblo: “sed santos, como Yo soy santo”³. Y uniendo al precepto la ayuda necesaria para cumplirlo, añadía: “Yo soy vuestro Señor, que os santifico”⁴. En el nuevo Testamento, ser santo significa haber sido consagrado a Dios con el Bautismo y conservar el estado de gracia, esta vida sobrenatural, toda interior, que es la única que a los ojos del Señor y de los ángeles divide a los hombres en dos clases profundamente diferentes: los unos privados de la gracia santificante, los otros elevados hasta aquella misteriosa, pero real participación de la vida divina. Por eso, los primeros cristianos, en muchos pasajes del nuevo Testamento, son designados con el nombre de santos. Así, por ejemplo, San Pablo se acusa de haber encerrado en las prisiones, antes de su conversión, un gran número de santos⁵. El mismo Apóstol escribía a los fieles de Éfeso: “Sois conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”⁶, y rogaba a los de Roma que subvinieran a las necesidades de los santos⁷.

140. Estos santos de la tierra tienen también sus méritos, que pueden superar a los de otros hombres⁸ y a los de las almas purgantes. Pero la Santa Madre Iglesia sabe bien que los méritos de los

¹ Job. IV, 18.

² Cfr. Job XIX, 21.

³ Levit. XIX, 2.

⁴ Levit. XX, 3-8.

⁵ Act. XXVI, 10.

⁶ Ef. II, 19.

⁷ Rom. XII, 13.

⁸ Cfr. S. T. I-II, q. 114, a. 6.

vivos son precarios, y que si algunos de sus hijos son desde ahora en este mundo poderosos abogados de sus hermanos, tienen también ellos, como todos los que militan todavía aquí abajo, una continua necesidad de intercesión. Por eso concluye así su oración en la festividad de Todos los Santos: “¡Concedéndonos, oh Señor, la deseada abundancia de tu propiciación, gracias a un número multiplicado de intercesores!”.

“*¡Filii sanctorum sumus!*”. Queridos hijos e hijas: debéis, pues, persuadiros bien de que vuestra nueva familia podrá y deberá ser una familia, santa, es decir, inviolablemente unida a Dios por la gracia. Inviolablemente: porque aquel mismo sacramento que exige la indisolubilidad del vínculo conyugal, os confiere una fuerza sobrenatural contra la cual serán impotentes, si vosotros lo queréis, las tentaciones, y las seducciones; las péfidas insinuaciones del disgusto cotidiano, de la calma habitual, de la necesidad de novedad y de cambio, la sed de las experiencias peligrosas, la atracción del fruto prohibido, no tendrán poder alguno contra vosotros, si conserváis este estado de gracia, con la vigilancia, la lucha, la penitencia, la oración. Unidos a Dios, seréis santos, y vuestros hijos lo serán después de vosotros, porque lavados desde el Bautismo en la sangre redentora de Cristo, habéis consagrado o, sin duda, consagraréis vuestro hogar doméstico a su Corazón divino, cuya imagen velará sobre vuestros días y sobre vuestras noches.

XL ENSEÑANZAS DE LA DIVINA PROVIDENCIA

8 de Enero de 1941. (DR. 11, 367.)

141. Al presentaros a Nos habéis querido, amados recién casados, demostrar vuestro doble ardor: el ardor de la juventud que sin temor afronta y vence los rigores de la estación invernal, y el ardor de vuestra fe y devoción que os ha conducido a buscar la bendición del Padre común de los fieles para las familias que habéis fundado con irrevocable contrato. Absortos como estáis en la felicidad de vuestra reciente y concorde unión y en el sueño de una aurora rosada de alegres esperanzas por el sendero de la vida que acabáis de iniciar, ni el camino de Roma ha enfriado vuestros ardientes corazones, ni os han arrancado y atraído muchas miradas durante el viaje los campos fugaces, las heladas y nevadas llanuras, los cándidos montes, los tristes árboles que distendían a través de un cielo gris los brazos desnudos de sus ramas.

Sin embargo, bajo aquella costra de frío y de nieve vive la naturaleza durmiendo un sueño que parece de muerte; pero que en su silencio tranquilo habla un lenguaje que es para vosotros, como para todos los que han sido llamados por Dios a transmitir la vida, una gran enseñanza dada a las almas por la divina Providencia. Nuestro Señor la recordaba a los Apóstoles antes de su Pasión: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo caído a la tierra no muere, permanece infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia”¹; enseñanza que el buen Maestro completaba poco después: “Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. La mujer, cuando da a luz un hijo, está triste porque ha llegado su hora; pero cuando ha traído al mundo a su niño, no se vuelve a acordar del dolor, llena de alegría porque ha nacido al mundo un hombre”². Profunda verdad, al mismo tiempo humana y cristiana, es que la vida no se transmite sin sacrificio, y que, sin embargo, transmitir la vida es un gozo inefable que disipa todo recuerdo del dolor.

Mirad los campos y la maravillosa obra de la naturaleza. El grano, confiado en la tierra a su cuidado, yace como en un sepulcro, parece que muere y se disuelve, para que el germen que tiene en sí pueda desenvolverse, para abrir los ojos, salir a la luz, verdear y crecer en vigoroso tallo. Pero pasará y pesará encima el invierno antes de que, con la tibieza primaveral y el ardiente rayo del verano, el germen se cambie en flores y las flores en fruto. En el orden más elevado de la naturaleza viviente, sensible al dolor, todo nacimiento es más o menos doloroso; y porque del dolor nace el amor, veis vosotros que sólo dándose a sus pequeños, custodiándolos con su vigilancia, nutriéndolos

¹ Jn. XII, 24.

² Jn. XVI, 21.

los con su propia leche o cobijándolos bajo sus alas, puede la madre conservar y vigorizar la vida que les ha comunicado.

Y como el invierno precede a la primavera, también en este misterioso don de la vida las penas preceden a las alegrías prometidas a toda fecundidad. En la espera y en el deseo de la futura mies, vemos al agricultor sacrificar, sin inquietud y hasta con alegría y esperanza, su mejor simiente. Todavía está lejana la mies; él no sabe qué tiempo le mandará la Providencia, ni cuál será la cosecha, si fácil o difícil; pero no dudará en esparcir, con su amplio gesto de sembrador, sobre los terrones labrados del campo, aquellos puñados de grano escogido, destinados a sentir los fríos de las escarchas y de la nieve sobre el dorso, y a disolverse en los surcos húmedos antes de erguir los verdes tallos que, vencedores del pasado invierno, curven la cabeza cargada de pesadas espigas, como dando gracias al cielo y al suelo feraz que les han nutrido.

142. Para vosotros, queridos recién casados, la hora presente es como la hora alegre de la siembra hecha en un campo preparado con amor; pero, por mucho que en vosotros brille ingenua la juventud, ya habéis aprendido en la escuela de la experiencia y de la visión del mundo, que el porvenir abierto ante vosotros, y que os auguramos colmado de cristiana felicidad, no os proporcionará solamente placeres y alegrías, y que, sobre todo en estos tiempos agitados, no se cumplirá para vosotros sin dolor la sublime misión que se os ha confiado de dar la vida a cándidos pequeños, regalo del cielo, que hay que educar e instruir en la piedad religiosa con la palabra y con el ejemplo, y que están destinados a ser el sostén vuestro y de la patria, y a acompañaros un día en la gloria y en la felicidad eterna. El labrador no duda afrontar animosamente la varia probabilidad de los días de tormenta, sequía y hielo, conociendo que, en su misericordiosa providencia, Dios le sostendrá y no dejará abatirse a quien le sirve y espera en Él, como no dejará morir de hambre a los pájaros que descienden a revolotear en torno a su arado. También vosotros sabéis que el Señor no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas¹ y que la paciencia hace la obra perfecta². No dudáis, por lo tanto, que Él, infinitamente bueno, nivelará las pruebas con vuestras fuerzas, o mejor, con las fuerzas y los auxilios que Él mismo os dará con su gracia; y que esta fe en El, que hoy es fuente de confianza para vuestros corazones, será también sostén de vuestro trabajo el día de mañana.

143. Pero esto no deberá haceros olvidar que hasta en los momentos más duros que pudiera reservar el porvenir, no faltarán consuelos y dulzuras. En el campo, como bien sabéis, tampoco el invierno pasa sin sus alegrías. ¿No es entonces acaso cuando la familia, que en otras estaciones se dispersa para el trabajo, vuelve a encontrarse reunida en torno al hogar? ¿No es entonces el tiempo de las largas, paternas y fraternales velas, en las que los corazones se sienten y palpitan más cercanos los unos a los otros, y a través de las conversaciones y de silencios más elocuentes que las palabras, las almas se penetran mutuamente y se encuentra más íntimamente en los afectos y en los pensamientos? ¿No es entonces cuando el pasado, el presente y el futuro animan los recuerdos y las conversaciones de la alegría familiar?

También para vosotros, queridos hijos e hijas, en los momentos más difíciles que hayan de esperaros, será el cielo generoso en fortaleza y consuelos. No temáis. Si vosotros, como cristianos confiados y fuertes, tomáis hasta las aflicciones como de las manos de Dios, que las dispone para perfeccionar nuestra virtud, las pruebas, en lugar de ser, como ocurre con excesiva frecuencia, estímulos de recriminaciones y de lamentos, de desarmonías y de disgustos, acercarán todavía más vuestros corazones, y en la pena se estrecharán los afectos; porque en el amor no se vive sin dolor. Entonces os conoceréis, os hablaréis, os comprenderéis mejor, os apoyaréis más firmemente el uno sobre la otra en los pasos del camino de la vida; entonces el amor que os une, templado al fuego de la tribulación, se afirmará definitivamente: nada valdrá para separar dos almas que tan valerosamente han sufrido y llevado juntas la cruz en unión con Cristo.

144. Tales pensamientos, que el corazón Nos pone en los labios como paterno recuerdo hacia vosotros, podrán por ventura pareceros austeros en estos días de vuestra alegría, pero a la luz de la fe que os ha traído ante Nos, ellos son la única fuente de la verdadera felicidad; de aquella felicidad que no

¹ I Cor. X, 13.

² Sgo. I, 2.

puede brotar, existir y durar, sino allí donde se ha comprendido profundamente, se ha aceptado, se ha amado el alto sentido de la vida presente; felicidad menos pueril, menos desconsiderada, menos frívola, pero más íntima y mas sólida y más segura, porque está fundada sobre la plenitud del espíritu cristiano, que no se desmorona al viento de las adversidades y hace los gozos y los dolores de aquí abajo útiles para una vida mejor.

Este es el espíritu que pedimos a Dios para vosotros, queridos recién casados, y para todos los que os son queridos, mientras, como ofrenda de la abundancia de las gracias y de los dones celestes, os impartimos de corazón Nuestra paternal bendición apostólica.

XLI EL SACERDOCIO Y EL MATRIMONIO

15 de Enero de 1941. (DR. 11, 373.)

145. Entre los innumerables cuidados y responsabilidades que gravan nuestra frente desde que la divina Providencia nos llamó al gobierno de la Iglesia en tiempos tan difíciles, uno de los grandes consuelos que el Señor nos concede para aliviar el peso de nuestro ánimo son estas audiencias en las que nos es dado transportarnos como a un aire más sereno y sentirnos más íntimamente el Padre que recibe a sus hijos, y en medio de la corona que ellos forman, abre y expansiona con ellos libremente su corazón. Pero en el número de las audiencias que resultan particularmente dulces y gratas a nuestro espíritu, ponemos gustosamente aquellas en que vemos reunidas estas filas de recién casados que, animados por su viva fe, al iniciar un nuevo camino de la vida, vienen junto a Nos para ofrecer a nuestra bendición paterna sus almas, recién rociadas por el rocío divino de la gracia del sacramento, que les ha colocado definitivamente en las gradas de la sociedad y fijado en su puesto en el cuerpo místico de la Iglesia.

¿No habéis considerado nunca, queridos esposos, cómo entre los diversos estados, entre las diversas formas de vida de los cristianos, sólo hay dos de ellas para las cuales ha instituído Nuestro Señor un sacramento? Son el Sacerdocio y el matrimonio. Vosotros admiráis sin duda las grandes cohortes de las órdenes y de las congregaciones religiosas de hombres y mujeres, que refulgen con tanto bien y con tanta gloria en la Iglesia; pero la profesión religiosa, – ceremonia tan conmovedora y rica de profundos simbolismos, también sublimemente nupcial, aunque goza de todas las amplísimas alabanzas con que nuestro Señor y la Iglesia han exaltado la virginidad y la castidad perfecta y por muy eminente que sea el puesto ocupado por los religiosos y las religiosas que se consagran a Dios en la vida y en el apostolado católico –, la misma profesión religiosa, decimos, no es un sacramento.

En cambio, hasta el más modesto matrimonio, celebrado acaso en una pobre y remota ermita de aldea o en una humilde y desnuda capilla de un barrio obrero, de dos esposos que tendrán que volver inmediatamente al trabajo, ante un simple sacerdote, en presencia de pocos parientes y amigos: este rito sin esplendor y boato externo se coloca, en su dignidad de sacramento, al lado de la magnificencia de una solemne ordenación sacerdotal o consagración episcopal, llevada a cabo en una catedral majestuosa, con abundancia de sagrados ministros y de fieles, hecha por el mismo Obispo de la diócesis, refulgente, con todo el esplendor de sus ornamentos pontificales. El orden y el matrimonio, lo sabéis muy bien, coronan y cierran el número septenario de los sacramentos.

146. Pero ¿por qué ha dado Dios en su Iglesia un puesto tan especial al sacerdocio y al matrimonio? Sería en realidad temeridad por parte nuestra pedir al Creador las razones de su obra y de sus preferencias, y decirle: "*Quare hoc fecisti?*". Sin embargo, siguiendo las huellas de los grandes Doctores, y en particular de Santo Tomás, nos es permitido buscar y gustar las conveniencias y las armonías recónditas en el pensamiento y en las elecciones divinas, para cobrarles una confianza más amorosa y elevarnos a una idea más alta de la gracia recibida.

Cuando el Hijo de Dios se dignó hacerse hombre, la palabra del Salvador del género humano volvió al primer esplendor el vínculo conyugal del hombre y de la mujer, que las pasiones humanas

habían hecho degenerar de su noble institución, y lo elevó a sacramento: grande en la unión de sí mismo con su esposa la Iglesia, madre nuestra, fecunda por su sangre divina, que nos regenera con la palabra de la fe y con el agua de la salud, y da poder para llegar a ser hijos de Dios a los que creen en su nombre; “porque no por el camino de la sangre ni por voluntad de la carne, ni por voluntad de hombre, sino de Dios es de donde han nacido”¹.

En estas solemnes palabras del evangelio de San Juan reconocemos una doble paternidad: la paternidad de la carne, por voluntad del hombre, y la paternidad de Dios, por el poder del espíritu y de la gracia divina; dos paternidades que entre el pueblo cristiano crean y sellan con el sacerdocio y con el matrimonio los padres del espíritu y de la vida sobrenatural, y los padres de la carne y de la vida natural, con dos sacramentos instituidos por Cristo para su Iglesia, con el fin de asegurar y perpetuar en los siglos la generación y la regeneración de los hijos de Dios.

Dos sacramentos, dos paternidades, dos padres que se hermanan y se completan mutuamente en la educación de la prole, hija de Dios, esperanza de la familia y de la Iglesia, de la tierra y del Cielo. He aquí la altísima idea que del sacerdocio y del matrimonio nos inspira la Iglesia, la Iglesia vista por San Juan como la Ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del Cielo, adornada como una esposa ataviada por su esposo². Álzase ésta construida a lo largo de los siglos con piedras vivas que son las almas bautizadas y santificadas, cómo canta la sagrada liturgia, hasta el día en que al cerrarse de los tiempos subirá a unirse a Cristo en el gozo de las bodas eternas del Cielo.

147. ¿Y cuáles son los obreros que concurren a su lenta construcción? Ante todo, los sucesores de los Apóstoles, el Papa y los Obispos con sus sacerdotes, que disponen, pulen y ensamblan las piedras según el diseño del arquitecto, puestos como están por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios³. ¿Pero qué podrían ellos hacer si no tuviesen a su lado a otros obreros que trajesen las piedras, las tallasen y esculpiesen como requiere el edificio? ¿Y quienes son estos obreros? Son los esposos, que dan a la Iglesia sus piedras vivas y las modelan con arte, sois vosotros, queridos hijos e hijas. Por eso, notad bien que en la paternidad y maternidad que os llega, no debéis contentaros con extraer y unir con vuestras fatigas los bloques de piedra bruta; debéis también desbastarlos, prepararlos, darles la forma que mejor permita hacerlos entrar en la construcción: para tan noble oficio ha sido instituido por Dios el grande sacramento del matrimonio.

148. Es doctrina clara del angélico Doctor Santo Tomás que este sacramento que ha consagrado vuestra unión hace de vosotros “los propagadores y los conservadores de la vida espiritual, según un misterio a la vez corporal y espiritual”, que consiste en “engendrar la prole y educarla para el culto divino”⁴. Vosotros sois así, siempre bajo la guía del sacerdote, los primeros y más próximos educadores y maestros de los hijos de Dios confiados y dados a vosotros. En la edificación del Templo de la Iglesia, hecho no de piedras muertas, sino de almas que viven vida nueva y celestial, vosotros sois como los precursores espirituales, sacerdotes vosotros mismos de la cuna, de la infancia y de la adolescencia, a quienes debéis dirigir al Cielo.

Vuestro puesto en la Iglesia como esposos cristianos no es, pues, simplemente engendrar los hijos y ofrecer las piedras vivas para la obra de los sacerdotes, más altos ministros de Dios. Las gracias tan abundantes que se os han concedido en el sacramento del matrimonio no se han dado únicamente para permanecer plena y constantemente fieles a la ley de Dios en el momento augusto, de llamar a vuestros hijos a la vida, y para afrontar y soportar con animo cristiano las penas, los sufrimientos, las preocupaciones que no rara vez lo acompañan y lo siguen. Tales gracias os han sido dadas además como santificación, luz y ayuda en vuestro ministerio corporal y espiritual; porque, con la vida natural, es deber vuestro, como instrumentos de Dios, propagar también, conservar y contribuir a hacer crecer en los hijos, regalo suyo, la vida espiritual infundida en ellos con el agua del santo Bautismo.

¹ Jn. I 12-13.

² Apoc. XXI, 2.

³ Act. XX, 28.

⁴ Suma contra Gentes L. IV, cap. 58.

149. Alimentad a los niños recién nacidos a la vida corporal, también con la leche espiritual sincera¹; haced de ellos piedras vivas del Templo de Dios, vosotros que con la gracia del matrimonio habéis sido edificados como casa espiritual, sacerdocio santo, según la palabra de San Pedro², por aquella participación sacerdotal a que el anillo nupcial os ha elevado ante el altar. En la formación cristiana de las almas pequeñas, que Nuestro Señor os confiará al crearlas para vivificar los cuerpos plasmados por vosotros, os es reservada una parte, un magisterio, del cual no os es lícito desinteresaros, en el cual nadie podrá plenamente sustituiros.

En esta formación santa, vosotros buscaréis sin duda ayuda en celosos sacerdotes y catequistas, en esos óptimos educadores que son los religiosos y las religiosas; pero por muy grandes, preciosos y amplios que puedan ser estos auxilios, no os dispensan de vuestros deberes y de vuestras responsabilidades. ¡Cuántas veces los maestros cristianos se duelen y lamentan de la dificultad, a veces hasta de la imposibilidad, que encuentran para remediar y suplir con sus cuidados, en la educación de los niños confiados a ellos, lo que era en realidad un deber que hiciese la familia, y que ésta no hizo, o hizo, mal!

Guardad para el Señor, para su celestial Jerusalén y para la Madre Iglesia, los angelitos que el cielo os concederá; y no olvidéis jamás que al lado de una cuna tienen que estar dos padres y maestros, el uno natural y el otro espiritual, y que así como las almas no pueden, según la ordinaria providencia de Dios, vivir cristianamente y salvarse fuera de la Iglesia y sin el ministerio de los sacerdotes destinados para eso con el sacramento del orden, así tampoco pueden, de ordinario, crecer cristianamente fuera de su hogar doméstico y sin el ministerio de los padres bendecidos y unidos con el sacramento del matrimonio.

¡Queridos recién casados! Dígnese Cristo, nuestro buen Señor y Maestro, y restaurador de la unión conyugal tal como era cuando al principio la formó Dios, infundir en vuestros corazones la inteligencia y el amor de la incomparable misión confiada a vosotros en la Iglesia con este sacramento, y daros la alteza de ánimo, el valor y la confianza necesaria para manteneros siempre fieles a ella.

XLII

LA PURA Y FUERTE BELLEZA DEL AMOR CRISTIANO

29 de Enero de 1941. (DR. 11, 381.)

150. En este día, dedicado en la sagrada liturgia a honrar al bueno y grande Obispo de Ginebra San Francisco de Sales, el culto que la Iglesia le presta no exalta únicamente sus excelsas virtudes Y su ardiente celo pastoral, sino que venera juntamente en él la ciencia y la sabiduría de maestro de la vida cristiana, por las que ha sido propuesto también a los escritores públicos católicos como su patrono y modelo. Queremos, amados recién casados, que el gran Doctor del cielo vuelva hoy su dulce mirada sobre vosotros, reunidos en torno a Nos, y traiga a Nuestra mente y a Nuestros labios, para vosotros, aquellas advertencias que él mismo daba a las personas casadas, en su incomparable obra titulada “Introducción a la vida devota”. En aquellas páginas vive él, habla él, enseña él, guía él, amonesta él, como padre, como maestro, como amigo vuestro; porque la Filotea a la que primeramente fué destinado el libro, era una madre de familia, madame de Charmoisy y también en las sucesivas revisiones permaneció invariado el fin: instruir a las personas que viven en el mundo, para hacerles amar y practicar aquella cordial devoción que no es otra cosa sino la plenitud de la ley y de la vida cristiana. Este libro del dulce Obispo de Ginebra, estimado por los contemporáneos del santo como el más perfecto en su género, fué tenido en tanto aprecio por nuestro gran predecesor Pío XI, que escribió que debería andar también hoy en manos de todos³.

¹ I Petr. II, 2.

² I Petr. II, 5.

³ Cfr. *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XV, pág. 56.

151. Nos, pues, os exhortarnos, queridos esposos, a leer y releer aquellas páginas tan deliciosas como sólidas: deberían ser una de vuestras lecturas favoritas, como lo fueron para aquel coronel, excelente padre de familia, que enviado al Oriente durante la guerra mundial, llevaba aquel, pequeño volumen en su cartera de oficial, como un compañero reconfortante en los duros trabajos y en los peligros que le esperaban.

Pero de las enseñanzas de tan grande Obispo, Nos limitaremos ahora a recordaros los consejos especiales, para los casados¹, y especialmente el primero, que es el principal de todos: “Yo exhorto, dice el santo, sobre toda otra cosa, a los esposos al mutuo amor, que el Espíritu Santo les recomienda tanto en la Sagrada Escritura”. Pero ¿cuál es este amor que os inculca el piadoso maestro de la vida cristiana? ¿Es acaso, el amor simplemente natural, instintivo, como aquel – dice él – de las parejas de tórtolas, o el amor meramente humano que han conocido y practicado también los paganos? No; no es este el amor que recomienda a los esposos el Espíritu Santo, sino aquel que, sin renegar del amor que nace de la recta naturaleza, se eleva más alto para ser “todo santo, todo sagrado, todo divino”, en su origen, en su fin, en sus frutos, en su forma y en su materia; semejante al amor que une a Cristo y a su Iglesia.

152. Un afecto mutuo nacido exclusivamente de la inclinación que os lleva el uno hacia la otra, o incluso de la mera complacencia por los dones humanos que descubristis con tanta satisfacción el uno en la otra; un afecto así, por muy bello y profundo que se revele y manifieste en el recogimiento de las íntimas conversaciones de los recién casados, no basta nunca; no bastaría para, constituir plenamente aquella unión de vuestras almas, tal cual la ha entendido y anhelado la amorosa providencia de Dios al conducirlos el uno hacia la otra. Únicamente la caridad sobrenatural, vínculo de amistad entre Dios y el hombre, puede apretar nudos que resistan a todas las pruebas inevitables durante una larga vida común; únicamente la gracia divina puede haceros superiores a todas las pequeñas miserias cotidianas, a todos los nacientes contrastes y disparidades de gustos o de ideas que brotan, como malas, hierbas, de la raíz de la pobre naturaleza humana. Y esta caridad y gracia, ¿no es aquella fuerza y virtud que habéis ido a buscar al gran sacramento que acabáis de recibir? ¡De caridad divina, mayor que la fe y que la esperanza, tienen necesidad el mundo, la sociedad y la familia!

153. Amor santo, y sagrado, y divino: ¿no es – diréis, vosotros acaso – cosa demasiado alta para nosotros? Un amor tan sobre la naturaleza – preguntaréis quizá – ¿seguirá siendo aquel amor verdaderamente humano que ha sido la palpitación de nuestros corazones, que nuestros corazones buscan, y en el que se aquietan, del que tienen necesidad, y que se sienten felices de haber encontrado? Estad tranquilos: Dios, con su amor, no destruye ni cambia la naturaleza, sino que la perfecciona; y San Francisco de Sales, que conocía bien el corazón humano, concluía su bella página sobre el carácter sagrado del amor conyugal, con este doble consejo: “Conservad, oh esposos, un tierno, constante y cordial amor hacia vuestras esposas... Y vosotras, esposas, amad tiernamente, cordialmente, mas con un amor respetuoso y lleno de deferencia, a los maridos que Dios os ha dado”.

Cordialidad y ternura, pues, por una parte y por la otra. “El amor y la fidelidad, observaba él, engendran siempre familiaridad y confianza; por eso los santos y las santas han solido hacer muchas demostraciones de afecto en su matrimonio, demostraciones verdaderamente amorosas, pero castas; tiernas, pero sinceras”; y añadía el ejemplo del gran rey San Luis, no menos riguroso consigo mismo que tierno en el amor hacia su esposa, que sabía doblegar su espíritu marcial y valeroso “a aquellos menudos oficios necesarios para la conservación del amor conyugal”, a aquellos “pequeños testimonios de pura y franca amistad”, que tanto acercan los corazones y hacen dulce la mutua convivencia. ¿Quién, más y mejor que la verdadera caridad cristiana, devota, humilde, paciente, que vence, y doma la naturaleza, que es olvidadiza de sí misma y solícita en todo momento del bien y de la alegría de los demás, sabrá sugerir y dirigir aquellas pequeñas y prontas atenciones, aquellos delicados signos de afecto, y mantenerlos a un tiempo espontáneos, sinceros, discretos, de modo que nunca resulten importunos, antes sean siempre acogidos con gusto y reconocimiento? ¿Quién mejor que la gracia, que es fuente y alma de esta caridad, os será maestra y guía para adquirir como por instinto el punto y temple de tan humana y divina ternura?

¹ P. III, cap. 38.

154. Pero el pensamiento del santo penetraba más profundamente en los secretos del corazón humano. A la cordialidad y a la ternura reciprocas añadía él, hablando a los maridos, la constancia; hablando a las mujeres, el respeto y la deferencia. ¿Acaso porque temía con mayor razón la inconstancia de una parte, y de otra la falta de sumisión? ¿O habrá más bien intentado hacernos notar que en el hombre la energía propia de quien es cabeza de su mujer, no ha de andar separada de la ternura hacia aquella que, más débil, se apoya sobre él? Esta es la razón por la que recomienda a los maridos que sean generosos en la condescendencia, en la “dulce y amorosa compasión” hacia sus mujeres; y a éstas les recuerda cómo su amor debe estar revestido de respeto hacia aquel que Dios les ha dado por cabeza.

155. Sin embargo, vosotros comprendéis bien que, si la cordialidad y la ternura deben ser recíprocas entre los esposos y adornarles a ambos, son en cambio dos flores de diversa belleza, como que brotan de raíz un tanto diferente en el hombre y en la mujer. En el hombre, su raíz debe ser una fidelidad íntegra, inviolable, que no se permita el menor lunar que no sería tolerado en la propia compañera, y dé, como corresponde a quien es cabeza, el paladino ejemplo de la dignidad moral y de la animosa honradez para no desviarse o torcerse jamás del pleno cumplimiento del deber; en la mujer, la raíz es una sabia, prudente y vigilante reserva, que quita y aparta hasta la sombra de lo que podría ofuscar el esplendor de una reputación sin mancha, o que le crearía de cualquier modo un peligro.

156. De estas dos raíces nace también aquella mutua confianza que es el olivo de la paz perpetua en la vida conyugal y en el florecer de su amor; porque sin confianza, ¿no es verdad que el amor disminuye, se enfría, se hiela, se extingue, fermenta, rasga, hiere y mata a los corazones? Por eso observaba el santo Obispo: “Mientras os exhorto a que crezcáis cada vez más en aquel recíproco amor que os debéis el uno a la otra, evitad bien que no se cambie en una especie de celos; porque ocurre con frecuencia que, como el gusano se engendra dentro de la manzana más exquisita y madura, los celos nacen en el amor más ardiente y solícito, del cual sin embargo dañan y corrompen la substancia, produciendo poco a poco las riñas, las discordias y los divorcios”. No; los celos, humo y debilidad del corazón, no nacen donde arde un amor que madura y conserva sano el jugo de la verdadera virtud; porque “la perfección de la amistad presupone la seguridad de lo que se ama, mientras los celos presuponen su incertidumbre”. ¿No es ésta la razón de que los celos, lejos de ser un signo de la profundidad y de la verdadera fuerza de un amor, revelen en cambio sus lados imperfectos y bajos, que descienden hasta la sospecha, que hieren la inocencia y le arrancan lágrimas de sangre? ¿No son acaso los celos con la mayor frecuencia un egoísmo paliado que desnaturaliza el afecto; egoísmo falto de aquel don verdadero, de aquel olvido de sí, de aquella fidelidad que no tiene malignos pensamientos, sino que es confiada y benévola, que San Pablo alababa en la caridad cristiana¹, y que hace de ésta, incluso aquí abajo, la más profunda e inagotable fuente y la más segura tutora y conservadora del perfecto amor conyugal, tan bien descrito por el santo Obispo de Ginebra?

A él pedimos, queridos recién casados, que interceda ante Dios, autor de toda gracia y principio de todo verdadero amor, para que esta unión de vuestros corazones, a un tiempo sobrenatural y tierna, divina en su origen e intensa y cordialmente humana en sus elevadas manifestaciones, no sólo se conserve alegre y tranquila y se guarde perenne entre vosotros, sino que crezca cada vez más según vayáis avanzando en la vida, que os conozcáis más íntimamente, que vuestro mutuo amor se refuerce y haga más sólido, extendiéndose a vuestros hijos, que serán su corona, el sostén de vuestros trabajos, la bendición de Dios.

Que ascienda a Dios esta plegaria Nuestra; y para que sea más seguramente bendecida y oída por Él, como prenda de las gracias que imploramos para vosotros, os impartimos del fondo de nuestro corazón paterno la bendición apostólica.

¹ I Cor. XII, 4-7.

XLIII
LA UNION EN LA PLEGARIA, SEGUN
LAS ENSEÑANZAS DE SAN FRANCISCO DE SALES
12 de Febrero de 1941. (DR. 11, 395.)

157. Grande consuelo y esperanza para Nuestro corazón, queridos recién casados, es el ver esta reunión vuestra en torno a Nos; porque aparece a Nuestra mirada como una reunión de nacientes familias cristianas sobre las cuales se complace el Señor en derramar la abundancia de los favores que habéis solicitado, al pie del altar, ante el sacerdote que bendecía vuestra unión. Vuestra invocación, que se unía así a la del ministro de Dios, era oración, y con la oración habéis iniciado la nueva vida común. ¿Continuaréis orando, invocando al Padre que está en los cielos, fuente de toda paternidad en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia? Sí; signo de esa promesa es vuestra presencia para pedir sobre vuestro nuevo hogar Nuestra bendición paterna, que confirme la súplica del sacerdote y la vuestra y las avalore para todo el curso de vuestra vida.

158. San Francisco de Sales, – de quien, en nuestro último discurso a los recién casados, venidos como vosotros, queridos hijos e hijas, a pedirnos que les bendijésemos, comentamos brevemente las “Advertencias a las personas casada? –, añade sobre la oración de los esposos un rasgo de pluma encantador, que queremos hoy presentar a vuestra consideración.

“La más grande y fructuosa unión del esposo y de la esposa – escribe él – es la que se hace en la santa devoción en la que deben el uno y la otra adelantarse a porfía. Existen algunas frutas – observa –, como los membrillos, que por lo agrio de su jugo no son agradables si no están azucarados; hay otras que, por ser tiernas y delicadas, no se pueden conservar sino en confitura, como las cerezas y los albaricoques. Por eso las mujeres deben desear que sus maridos estén almibarados con el azúcar de la devoción, porque el hombre sin devoción es un animal severo, áspero, y rudo; y los maridos han de desear que sus mujeres sean devotas, porque sin devoción la mujer es demasiado frágil e inclinada a decaer u ofuscarse en la virtud”¹.

159. ¡Gran virtud es la devoción, salvaguardia de toda otra! Pero el acto más bello y ordinario de ella es la oración, que para el hombre, que es espíritu y cuerpo, es el alimento cotidiano del espíritu, como el pan material es el manjar cotidiano del cuerpo. Y de igual modo que la unión hace la fuerza, la oración en común tiene mayor eficacia sobre el corazón de Dios. Por eso nuestro Señor bendijo particularmente toda oración hecha en común, proclamando a sus discípulos: “Os digo además, que si dos de vosotros se unen sobre la tierra y piden cualquier cosa, les será concedida por mi Padre que está en los Cielos. Porque donde hay dos o tres personas congregadas en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”². Pero ¿qué almas podrán encontrarse más verdadera y plenamente reunidas en el nombre de Jesús para orar, que aquellas en las que el santo matrimonio ha impreso la imagen viviente y permanente de la sublime unión de Cristo mismo con la Iglesia, su amada esposa, nacida en el Calvario de su costado abierto? Unión grande y fructuosa, queridos recién casados, es por lo tanto la que os pone a los dos juntos de rodillas ante Dios que os ha dado el uno a la otra, para pedirle que conserve, aumente y bendiga la fusión de vuestras vidas. Si todos los cristianos que oran en su propio y particular recogimiento, deben dar también en su vida un puesto a la oración en común que les recuerda que son hermanos en Cristo y que están obligados a salvar sus almas no aisladamente, sino ayudándose mutuamente, ¡con cuánta mayor razón no deberá separaros vuestra oración como eremitas y recogeros en una meditación solitaria, que haga que no os encontréis nunca juntos ante Dios y su altar! Y ¿dónde se apretarán y fundirán en uno vuestros corazones, vuestras inteligencias, vuestras voluntades, más profunda, fuerte y sólidamente que en la oración de los dos, en la que la misma gracia divina descenderá para armonizar todos vuestros pensamientos y todos vuestros afectos y anhelos? ¡Qué dulce espectáculo a la mirada de los ángeles es la oración de dos esposos que elevan sus ojos al cielo e invocan sobre sí y sobre sus esperanzas la mirada y la mano protectora de Dios! En la Sagrada Escritura, pocas escenas igualan la conmovedora oración de To-

¹ “Introducción a la vida devota”, P. III, cap. 38.

² Mt. XVIII, 19-20.

bías con su joven esposa Sara: conocedores del peligro que amenaza a su felicidad, ponen su confianza elevándose ante Dios sobre las bajas miras de la carne, y se animan con el recuerdo de que, hijos de santos, no les estaba bien unirse a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios”¹.

160. También vosotros, como Tobías y Sara, conocéis a Dios que siempre hace surgir el sol, aunque nublado, sobre vuestra aurora. Por muy llenas y cargadas de ocupaciones que puedan estar vuestras jornadas, sabed encontrar al menos un instante para arrodillaros juntos e iniciar el día elevando vuestros corazones hacia el Padre celestial e invocando su ayuda y bendición. Por la mañana, en el momento en que el trabajo cotidiano os llama imperiosamente y os separa hasta el mediodía, y acaso hasta la tarde, cuando después de una ligera colación cambiáis una mirada y una palabra antes de separaros, no olvidéis nunca recitar juntos, aunque no sea sino un simple Pater Noster o una Ave María, y dar las gracias al Cielo por aquel pan que os ha concedido. La jornada, larga, acaso penosa, os tendrá lejos el uno de la otra; pero cercanos o lejanos, estaréis siempre bajo la mirada de Dios: y vuestros corazones, ¿no se alzarán acaso con devotos y comunes anhelos hacia Él, en el que quedaréis unidos y que velará sobre vosotros y sobre vuestra felicidad?

161. Y cuando cae la tarde y, terminado el duro trabajo del día, os reunís al fin dentro de las paredes domésticas con la alegría de gozar un poco el uno con la otra y comunicaros las incidencias de la jornada, en aquellos momentos de intimidad y de reposo, tan preciosos y dulces, dad el puesto debido a Dios. No temáis: Dios no vendrá importuno a turbar vuestro confiado y delicioso coloquio; al contrario, Él, que ya os escucha y que en su corazón os ha preparado y procurado aquellos instantes, os los hará, bajo su mirada de Padre, más suaves y confortantes. En el nombre de nuestro Señor os lo suplicamos, queridos recién casados: empeñaos por conservar intacta esa bella tradición de las familias cristianas, la oración de la noche en común, que recoge al fin de cada día, para implorar la bendición de Dios y honrar a la Virgen Inmaculada con el rosario de sus alabanzas, a todos los que van a dormir bajo el mismo techo: vosotros dos y, después, cuando hayan aprendido de vosotros a unir sus manecitas, los pequeños que la Providencia os haya confiado, y también si para ayudaros en vuestras labores domésticas os los ha puesto el Señor a vuestro lado, los criados y colaboradores vuestros, que también son vuestros hermanos en Cristo y tienen necesidad de Dios. Que si las duras e inexorables exigencias de la vida moderna no os dan lugar a alargar tan piadoso intermedio de bendición y acción de gracias al Señor, y de añadirle, como gustaban de hacer nuestros padres, la lectura de una breve Vida de santo, del santo que nos propone todos los días como modelo y protector particular, no sacrificuéis del todo, por rápido que tenga que ser, este momento que dedicáis juntos a Dios para alabarle y llevar ante Él vuestros deseos, vuestras necesidades, vuestras penas y vuestras preocupaciones del presente y del futuro.

162. Un ejercicio tal de la devoción cristiana no equivale a transformar la casa en una iglesia o en un oratorio: es un impulso sagrado de almas que sienten en sí la fuerza y la vida de la fe. También en la antigua Roma pagana, la morada familiar tenía la habitación y el ara dedicados a los dioses Lares, que especialmente en los días festivos, eran adornados con guirnaldas de flores y en los cuales se ofrecían súplicas y sacrificios². Era un culto manchado por el error politeísta; pero con cuyo recuerdo ¡cuántos y cuántos cristianos deberían sonrojarse, ellos que con el Bautismo en la frente no encuentran ni sitio en sus estancias para colocar la imagen del verdadero Dios, ni tiempo en las veinticuatro horas del día, para unir en torno a Él el homenaje de la familia! Para vosotros, queridos hijos e hijas, que gozáis en vuestro ánimo el ardor cristiano encendido por la gracia del santo matrimonio, el centro de donde irradie todo el curso de vuestro vivir debe ser el Crucifijo, o la efigie del Sagrado Corazón de Jesús, que reine sobre vuestro hogar y os llame todas las noches ante Él y que os hará encontrar en Él el sostén de vuestras esperanzas, el aliento de vuestros afanes; porque hasta la más larga jornada de la vida humana, nunca pasa del todo serena y sin nubes.

163. Pero para, uniros a porfía en la devoción, os enseñaremos un camino más alto que os conduce fuera de vuestra casa a aquella que es por excelencia la casa del Padre, vuestra querida iglesia parroquial. Allí está la fuente de las bendiciones del Cielo; allí os espera aquel Dios que ha santificado

¹ Tob. VIII, 4-5.

² Cfr. Plauti, *Aulularia*, prolog., v. 23-26. Catonis *De agri cultura*, Cap. 143, n° 2.

vuestra unión, que ya os ha concedido tantas y tantas gracias; allí está el altar en torno al cual la Misa festiva reúne al pueblo cristiano, y la Iglesia, esposa de Cristo, os llama con solemne invitación. Allí debéis asistir juntos, siempre que podáis y será espectáculo edificante – y ojalá pueda ser con frecuencia, con mucha frecuencia –, que en la unión devota más profunda de todas, en la santa Mesa, os acerquéis para recibir el Cuerpo de nuestro Señor: este sacratísimo Cuerpo, el más poderoso vínculo de unión entre todos los cristianos que se alimentan de él y viven, como miembros de Cristo, de su vida, que efectuará divinamente la plena fusión de vuestras almas en la altura del espíritu. ¡Y cómo os alegraréis, con incomparable gozo, cuando podáis dejar sitio entre vosotros dos a una cabecita de ángel de ojos cándidos, que junto a las vuestras se alzarán para recibir sobre los labios inocentes la Hostia blanquísima, en la que le habréis enseñado a creer que está presente su querido Jesús! Vuestro gozo aumentará y se multiplicará cada vez que junto a vosotros el Bautismo regenere a uno de vuestros pequeños, y sus corazones crezcan prontos a participar con vosotros en esta Mesa divina.

164. No siempre, es verdad, las vicisitudes y las necesidades de la vida os darán tiempo para arrodillaros juntos ante el sagrado altar: más de una vez os veréis obligados a cumplir tales actos de piedad cristiana cada uno por su parte; otras veces vuestros deberes os impondrán acaso largas separaciones, como ocurre en la hora presente con las exigencias de la guerra. ¿Pero qué mejor reunión podrán entonces tener vuestros corazones apenados por vuestra ausencia, que la sagrada Comunión, en que Jesús mismo os unirá en el suyo a través de todas las distancias?

165. Esposos jóvenes como sois, desde el altar y desde la bendición de vuestro santo matrimonio miráis hacia el porvenir y soñáis fúlgidas y rosadas auroras de muchos años. San Francisco de Sales concluye sus advertencias a los cónyuges invitándoles a celebrar con una fervorosa comunión recibida juntos, el día aniversario de sus bodas; y es también un buen consejo que no podemos abstenernos de repetiros y dirigíroslo también a vosotros. Volviendo a los pies del altar donde cambiasteis vuestras promesas, volveréis a encontraros a vosotros mismos, volveréis a entrar en vuestras almas: y con la gracia de esta unión en Cristo, ¿no es verdad que aseguraréis duración y fuerza, sin debilitamiento, a aquellas intenciones y propósitos de mutua confianza, de íntimo e indestructible afecto, de don recíproco sin reserva, por los que nace y brilla en vuestros pensamientos y en vuestros corazones la fidelidad de los primeros días de vuestra vida común, y que según la intención de nuestro Señor deben continuar informando y sosteniendo la de toda vuestra peregrinación por aquí abajo?

Que pueda la bendición apostólica que os impartimos con plena efusión de Nuestro corazón paterno, impetraros, queridos recién casados, la abundancia de aquella tierna y fuerte, franca y perseverante devoción, que en las incidencias de la vida es fuente fecunda y perenne de verdadero aliento, de verdadera paz, de verdadera alegría, de verdadera felicidad.

XLIV

LOS ESPOSOS, MINISTROS DEL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

5 de Marzo de 1941. (Oss. Rom., 6 Marzo 1941.)

166. A las santas promesas que coronando vuestro íntimo gozo habéis cambiado a los pies del altar ante el sacerdote, uniendo vuestros corazones y vuestra vida, el ministro de Dios ha respondido invocando sobre vosotros, queridos recién casados, sobre el vínculo indisoluble, sobre vuestro nuevo hogar que un día alegrarán los hijos “como renuevos de olivo en torno a vuestra mesa”, la abundancia de las bendiciones celestes. En aquel momento habéis sentido que vuestros latidos se aunaban, vuestras almas y vuestras voluntades se fundían, se realizaban vuestros sueños de felicidad, se aclaraba el horizonte de vuestro porvenir a la luz de la santa Iglesia, ante los parientes y ante el pueblo cristiano que ve para siempre unidos vuestros nombres. Pero en vuestro corazón guardabais además un delicado sentimiento, inspirado por el pensamiento de la fe que os hace devotos hijos de la Iglesia que os ha conducido para pedir al Vicario de Cristo, Padre común de los fieles, una particular bendición apostólica que asegure vuestra unión y alegría, confirme y como reselle vuestros propósi-

tos, y, con la autoridad concedida a Pedro de atar y desatar en la tierra, haga todavía más firme el sagrado vínculo que os une.

Sin embargo, por fecundas que en favores divinos sean estas bendiciones, no constituyen ellas la fuente esencial de las gracias y de los dones de Dios, que os guíaran y sostendrán en el camino de la vida. Sobre todas las bendiciones impartidas en nombre del Señor, se eleva el sacramento que habéis recibido, en el cual Dios mismo ha obrado directamente en vuestras almas para santificarlas y fortificarlas en el severo cumplimiento de vuestros nuevos deberes. ¿Ignoráis acaso que en todo sacramento el que lo administra no es sino simple instrumento en las manos de Dios? También el hombre obra, ciertamente: ejecuta una ceremonia simbólica, pronuncia palabras que significan la gracia propia del sacramento; mas quien produce tal gracia es sólo Dios, que se sirve del hombre que como ministro suyo opera en su nombre, a semejanza del pincel del que el pintor se vale para ejecutar y pintar sobre el lienzo la imagen de su mente y de su arte. De donde se deduce que Dios es la causa principal, operante por virtud propia, mientras el siervo o ministro es sólo causa instrumental que obra movido por virtud de Dios, de modo que la gracia que el sacramento confiere y causa, y que nos hace consortes de la naturaleza divina, se asemeja como afecto a la causa divina y no al ministro¹. Por eso tampoco puede ser contaminada por el ministro la virtud espiritual del sacramento: es como la luz del sol, que se recibe pura por las cosas que ilumina².

167. Ahora, bien, en el gran sacramento del matrimonio, ¿quién ha sido el instrumento de Dios, que ha producido en vuestras almas la gracia? ¿Ha sido acaso el sacerdote que os ha bendecido y unido en matrimonio? No. La Iglesia prescribe ciertamente a los esposos – salvo en determinados casos excepcionales³ – para que su vínculo y sus mutuos compromisos sean válidos y les procuren las gracias sacramentales, que los afirmen y cambien ante el sacerdote, el cual la representa como testigo calificado y es ministro de las sagradas ceremonias que acompañan el contrato matrimonial; pero en su presencia, vosotros mismos habéis sido constituídos por Dios ministros del sacramento; vosotros, de los que Él se ha servido para estrechar vuestra unión indisoluble y derramar en vuestras almas las gracias que os hagan constantes y fieles a vuestras nuevas obligaciones. ¡A qué grande honor y dignidad os ha ensalzado! ¿No parece que el Señor ha querido que vosotros, desde el primer paso que habéis dado partiendo del sagrado altar con la bendición del sacerdote, iniciaraís y prosiguierais el oficio de cooperadores y de instrumentos de sus obras, a las que os ha abierto y santificado el camino?

168. En el sacramento del matrimonio la reciproca aceptación de las personas, vuestro consentimiento manifestado con la palabra, ha sido un acto exterior que ha atraído sobre vosotros las gracias divinas; en vuestra vida conyugal seréis instrumentos del arte divino al plasmar el cuerpo material de vuestros hijos. Vosotros llamaréis a la carne de vuestra carne al alma espiritual e inmortal que creará a vuestra llamada Dios, aquel Dios que ha producido fielmente la gracia a la llamada del sacramento. Y cuando venga a la luz vuestro primogénito, la nueva Eva repetirá con la madre del género humano: “*Possedi hominem per Deum*”⁴; he adquirido un hombre por don de Dios. Sólo Dios puede crear las almas; sólo Dios puede producir la gracia; pero Él se dignará servirse de vuestro ministerio al sacar las almas de la nada, ya que se ha servido igualmente de él para concederos la gracia.

169. Y en la una y en la otra de estas colaboraciones, Dios esperará, para usar de su omnipotencia creadora, que vosotros digáis vuestro sí. Él, que dominando su fuerza, juzga con blandura y nos gobierna con gran clemencia⁵, no quiere trataros como instrumentos inertes o sin razón, como el pincel en la mano del pintor, sino que quiere que vosotros libremente pongáis el acto que Él espera, para llevar a cabo su obra creadora y santificadora. Así pues, queridos hijos e hijas, vosotros sois ante el Creador como preparadores escogidos de sus caminos, pero libres, íntimamente respon-

¹ Suma Teológica III, q. 62, a. 1.

² Cfr. S. Agustín, *In Ioannis Evang. Tract.*, V, n° 15. Migne, P.L. t. 35, col. 1422.

³ Cfr. Canon 1099.

⁴ Gen. IV, 1.

⁵ Sap. XII, 18.

sables; porque también de vosotros dependerá que vengan al umbral de la vida aquellas “*l'anima semplicetta, che sa nulla*”¹, a las que el abrazo del Amo infinito tanto desea sacar de la nada para hacer de ellas un día sus elegidos admiradores en la felicidad eterna del cielo; o bien, desdichadamente, quedarán en potencia magníficas imágenes divinas, que habrían podido ser rayos de sol, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, pero que no serán nunca sino luces extinguidas por la pereza o el egoísmo de los hombres. ¿Acaso no os habéis unido libremente en el sacramento ante Dios, como ministros suyos, para pedirle, santa y libremente, según el mandamiento dado por Él a nuestros progenitores, estas almas que Él ansía confiaros Ante el altar, sólo vuestra libre voluntad es válida para uniros con el vínculo del sacramento del matrimonio, y ningún otro consentimiento podría sustituir al vuestro. Otros sacramentos – los que son más necesarios –, cuando falta el ministro, pueden ser suplidos por el poder de la misericordia divina, que pasa también por encima de los signos externos para llevar la gracia a los corazones: el catecúmeno que no tiene quien le derrame el agua sobre su cabeza, al pecador que no encuentra quien le absuelva, Dios, benigno, concederá por su acto de deseo y de amor aquella gracia que les hace amigos e hijos suyos, aun sin el Bautismo y la Confesión actuales.

Pero en el sacramento del matrimonio no se puede suplir el ministro, como no hay sustitución de personas: allí triunfa la incomparable grandeza del mayor don, que es la libertad del querer y la responsabilidad terrible dada al hombre inteligente para ser dueño de sí y de la vida suya y de los demás, de la vida que salta hacia la eternidad, y de poder paralizar su curso en otros, rebelándose contra Dios. Porque, si un ciego instinto asegura la continuación de la vida en las especies irracionales, tratándose de la estirpe humana, de esta estirpe de Adán, caída, redimida y santificada por el Verbo encarnado, Hijo de Dios, cuando los fríos y maliciosos cálculos del egoísmo frívolo e inhumano se ponen de acuerdo para tronchar la flor de una vida corporal que anhela abrirse y expandirse, este delito frenará el brazo del Omnipotente para que no llame a la existencia la sonrisa de las almas inocentes que habrían vivificado aquellos cuerpos y elevado aquellos miembros a instrumentos del espíritu y de la gracia, hasta participar un día del premio de sus virtudes y del eterno gozo en la gloria de los santos.

170. Vosotros, queridos esposos, persuadidos de la inviolable meta del sacramento realizado, prepararéis una cuna a los dones de la omnipotencia de Dios, aunque acaso la divina Providencia permitirá que queden desoídos vuestros fervientes deseos y vuestras plegarias, y vacía la cuna dispuesta con tanto amor, y veréis sin duda, más de una vez, que la gracia inspira a ciertas almas generosas la renuncia a las alegrías de la familia, para hacerlas madres de un corazón más amplio y de más alta fecundidad sobrenatural; pero vosotros, en la bella y santa unión del matrimonio cristiano, tenéis en vuestras manos el poder de comunicar la vida, no sólo en el orden natural, sino también en el espiritual y sobrenatural, junto con la formidable facultad de detener su curso.

Este poder de transmitir la vida, a la vez que os exalta en vosotros mismos, os somete en su uso a la ley divina, cuya severidad contra los que con detestable culpa lo desvían de su alto y verdadero fin, no debe sorprenderos.

Temán ellos²; vosotros, cristianos sinceros y obedientes a Dios como sois, no temáis; vosotros, que habéis comprendido ya la estrecha colaboración entre el hombre y Dios en la transmisión de la vida. Para vuestro entendimiento iluminado por la fe, sería en realidad inconcebible el que Dios pudiera permitir violar impunemente las disposiciones de su providencia y de su gobierno en el vínculo marital, profundamente sancionadas desde el primer día de la aparición del hombre y de la mujer sobre la tierra, vínculo elevado por Cristo a gran sacramento para llamar a la vida de aquí abajo a las almas destinadas por Dios a santificarse en la lucha y en la victoria sobre el mal, para contemplarle, amarle y alabarle en la eternidad feliz.

Queridos recién casados, elevad al Cielo vuestra mirada; en el sacramento de vuestro matrimonio, del que habéis sido ministros, nuestro Señor ha señalado y puesto para vosotros el camino de salvación. Que Él os haga comprender cada vez mejor, y respetar aquel poder que sólo de Él

¹ Cfr. Dante A., “La Divina comedia”, Purgat., 16, v. 87. (N.T.: “el alma sencilla que nada sabe”).

² Gen. XXXVIII, 10.

procede, y os convierta en instrumentos fieles de su Providencia para el excelso oficio confiado a vosotros en la obra de la potencia creadora de la misma Santísima Trinidad. Esta es la gracia que imploramos sobre vosotros, mientras desde el fondo de Nuestro corazón os impartimos, como prenda de los más abundantes dones celestes, Nuestra paterna bendición apostólica.

XLV
EL MISTERIO DE LA PATERNIDAD
19 de Marzo de 1941. (Oss. Rom., 20 Marzo 1941.)

171. La fe en Cristo y en su esposa la Iglesia os ha guiado y conducido a Nos, queridos recién casados, como a vuestro Padre común, Padre de los creyentes, para pedirnos que bendigamos en nombre de Cristo, y como que ratifiquemos y confirmemos con Nuestra invocación, ante Dios y el pueblo cristiano, vuestro santo vínculo y vuestras esperanzas de verlo florecer y extenderse en aquellos hijos, sin los cuales faltaría la corona de la alegría a la felicidad, ya tan grande, que el Señor os hace encontrar en la unión de vuestras almas.

No yerra vuestra fe al ver en el Papa, ante todo, al Padre; pero, por grande que sea esta paternidad espiritual y universal, no es sino un lejano reflejo de aquella paternidad suprema, trascendente e infinita, que el Doctor de las gentes, San Pablo, adoraba doblando sus rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo: "*Huius rei gratia flecto genua mea ad Patrem Domini Nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur*"¹. Es el sublime misterio de la paternidad que del cielo, desde el fondo de la eternidad, brilla en la inaccesible luz divina, donde, en el secreto impenetrable e incomprensible de la Trinidad feliz, eternamente, todo el ser, toda la vida, todas las infinitas perfecciones del Padre se comunican al Hijo para volverse a su común infinito Amor que es el Espíritu Santo. Paternidad eterna que engendra la eterna Sabiduría y, con ella, se derrama en el eterno Amor. Paternidad perfecta, infinita, inefable, cuyo término, el Hijo, es no sólo semejante, sino igual al Padre y uno con Él en la identidad de la naturaleza indivisa, no distinguiéndose sino como persona que le conoce y ama infinitamente. Paternidad de siglos eternos, no paternidad transitoria del tiempo, que separa de sí el fruto para que éste viva una vida propia; sino paternidad que es generación, la cual no cesa jamás, en el infinito presente de la eternidad siempre actual y viva, de dominar y sobrepasar todos los tiempos, que inician su curso con el mundo en una efusión de inmensa bondad creadora, cuando el Espíritu, cuyo soplo divino animador se extiende sobre las aguas de la infancia del universo, hace irradiar este amor paterno sobre las obras de su mano omnipotente.

172. Honor y gloria de Dios es el misterio de la paternidad: como lo proclamaba el Señor mismo por boca de Isaías: "Yo, que concedo a los demás la generación, ¿seré estéril?"². Por lo que dijo a su Hijo, igual a Él en la divinidad y en la eternidad: "Te engendré de mi seno antes que la estrella de la mañana"³.

¿Qué es la paternidad, sino comunicar el ser; todavía mas, poner en este ser el misterioso rayo de la vida? Dios es Padre del universo: "*Nobis unus est Deus, Pater, ex quo omnia*"⁴. Dios es el Padre que crea el cielo, el sol, las estrellas que brillan a su mirada y narran su gloria; Dios es el Padre que ha construido y modelado este mundo donde sembró flores y selvas, fecundó y multiplicó los nidos aéreos de los pajarillos, las inaccesibles cuevas de los peces y las cavernas marinas de los corales, los rediles de los corderos y las manadas de los toros, las guaridas de las fieras y las cuevas de rugientes leones prestos a lanzarse impetuosamente sobre su presa; toda esta varia e inmensa vida es hija del amor de Dios, dirigida, sostenida, desenvuelta en su crecimiento y desarrollo por la paterna Providencia.

¹ Ef. III, 14-15.

² Is. LXVI, 9.

³ Salmo CIX, 3..

⁴ I Cor. VIII, 6.

173. Pero la paternidad se eleva mucho más; es comunicar juntamente con el ser, con la vida vegetal o animal, la vida superior de la inteligencia y del amor. También los ángeles son hijos de Dios. Espíritus puros, libres del peso de la carne, sublimes imágenes de la Trinidad, a la que contemplan y aman, participan de un modo que les es propio en la paternidad divina, puesto que, como enseña Santo Tomás¹, el uno, iluminando y perfeccionando al otro con la luz del entendimiento, se hace padre suyo, a semejanza del maestro que es padre del discípulo y le comunica cada vez nuevos impulsos para la vida de la mente.

174. Hijo de Dios es también el hombre, imagen que conoce y ama a la Trinidad. Espíritu unido a la materia, si bien es verdad que ha sido hecho un poco menor que los ángeles, es como padre, en cierto sentido, más que el ángel, el cual no comunica sino la luminosa actividad de la propia inteligencia, mientras el hombre consigue de Dios su concurso en la creación e infusión misma de esta inteligencia en sus hijos, engendrando el cuerpo que la recibirá.

Recordad, queridos esposos, el gran día de la creación del hombre y de su compañera. Ante la grandiosa obra de unir el espíritu con la materia, la Trinidad divina parece recogerse en sí misma, y dice: “Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza”. Pero si Dios tomó un poco de barro para plasmar el primer hombre, la primera vida humana, veis en cambio que, cuando quiso e intentó que aquella primera vida se propagara y multiplicara, sacó la segunda vida no del fango inerte, sino del costado vivo del hombre, y así será la mujer su compañera, nuevo rayo de inteligencia y de amor, cooperadora de Adán en la transmisión de la vida, formada de él y semejante a él en toda su descendencia y posteridad. Y cuando, al conducir y entregar Eva a Adán, Dios pronuncia el altísimo mandamiento, fuente de vida: “Creced y multiplicaos”, ¿no os parece que el Creador transfiere al hombre mismo su augusto privilegio de la paternidad, remitiéndose en adelante a él y a su compañera para hacer correr a caudal pleno en el género humano el río de vida que emana de su propio amor?

Pero el infinito amor de un Dios que es caridad, tiene más altos y altísimos caminos para efundir su luz y sus llamas al comunicar, como padre, una vida semejante a la propia. El ángel y el hombre son hijos de Dios y lo manifiestan en la imagen y semejanza que en el orden natural de simples criaturas han recibido de Él; pero Dios posee una paternidad más sublime, engendra hijos de adopción y de gracia en un orden que supera a la naturaleza humana y angélica, y les hace partícipes y consortes de la misma naturaleza divina, llamándoles a repartir su propia felicidad en la visión de su Esencia, en aquella luz inaccesible con la que se revela a sí misma a los hijos de la gracia y les revela el íntimo secreto de su incomparable paternidad juntamente con el Hijo y con el Espíritu Santo. En esta alta luz impera Dios, Creador, Santificador y Glorificador, que en la predilección por la última de sus criaturas inteligentes, el hombre (aquí abajo hijo de ira² por nacer del progenitor culpable Adán) le regenera y hace renacer con el agua y con el Espíritu Santo en hijo de gracia, hermano de Cristo, nuevo Adán sin mancha, y le hace coheredero de su gloria en el Cielo; de modo que quiso que, para una tal gloria y vida sobrenatural, como para la vida natural, el hombre mismo, cooperando con Dios, fuese padre de su transmisión y de su conservación y perfección.

175. Tal es, queridos hijos e hijas, el incomparable misterio en cuyo seno os introduce vuestro matrimonio. Entrad como en un santuario de la Santísima Trinidad, penetrados de respeto, de temor filial y de confiado amor, del sentimiento de vuestras responsabilidades y de la grandeza del oficio que habéis de cumplir. También vosotros tendréis que pronunciar las palabras: Hagamos el hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza. Palabras divinas y palabras humanas que se confunden en vuestro pecho. Pesad estas palabras de paternidad, por parte de Dios y por vuestra parte: vuestros hijos a vuestra imagen y a vuestra semejanza. Sí; vuestros hijos serán semejantes a vosotros, tales cuales vosotros sois, por la naturaleza humana que al engendrarlos les comunicaréis; pero en la vida sobrenatural, ¿serán también semejantes a vosotros? No dudamos de que les procuraréis solícitamente aquel Bautismo que también a vosotros os regeneró ante Dios, haciéndoos hijos de gracia y herederos del Cielo, aun en el caso de que, al abrirle las puertas del paraíso, un angelito vuestro

¹ Cfr. *Exposit. super Epist. ad Ephes.*, cap. 3, lect. 4.

² Cfr. Ef. II, 3.

exigiera a vuestra fe y vuestro amor un dolor o un sacrificio. Hacedlos crecer en la fe, en el temor y en el amor de Dios; transfundid en ellos aquella sabiduría del vivir que hace al cristiano, y lo encamina y guía por el sendero de la virtud entre los peligros de tantos enemigos que ponen asechanzas a la juventud. Sed sus modelos en el camino del bien; y permaneced siempre tales que vuestros hijos no tengan que hacer sino asemejarse a vosotros y merecer alabanzas por ser imágenes vuestras, de modo que respondan plenamente a los designios que tuvo Dios al concederles por vuestro medio una vida semejante a la vuestra. Sea luz de su camino el miraros e imitaros, el recordar, cuando algún día ya no estéis a su lado, vuestras advertencias comprobadas y confirmadas por un cumplimiento íntegro de todas las obligaciones de la vida cristiana, por un delicado e íntimo sentimiento del deber sin claudicaciones, por una fe y confianza en Dios indestructibles, aún en las pruebas mas duras, por un afecto mutuo que ha ido creciendo cada vez más con los años, por una bondad caritativa y benéfica que se prodiga hacia todas las miserias.

Mucho esperarán vuestros hijos de los vigilantes cuidados de que rodearéis sus primeros pasos, y el primer soltarse y abrirse de su inteligencia y de su corazón. Confiándoles más tarde a las manos de maestros dignos de vuestra confianza de padres cristianos, no cesaréis de ayudarlos cuando sean mayores con vuestros consejos y alientos. Pero más que cualquier otra palabra, valdrá la voz de vuestros ejemplos, aquellos ejemplos en cuyo espejo continuamente, por muchos años, se reflejará a sus ojos vuestra vida práctica, tanto en la intimidad como en el alejamiento del hogar doméstico; aquellos ejemplos que ellos penetrarán y juzgarán con la terrible clarividencia y con la inexorable agudeza de sus miradas jóvenes.

¡Qué bella y digna de ser recordada es la bendición de Raquel sobre el joven Tobías, cuando sabe de quién es hijo... “*Benedictio sit tibi, fili, quia boni et optimi viri filius es*”: ¡Bendito seas hijo mío, porque eres hijo de un hombre de bien y excelente!¹. El viejo Tobías no era ya rico de bienes de fortuna; el Señor le había probado con la desgracia del destierro y de la ceguera; pero era rico de algo mejor: de los admirables ejemplos, de su virtud y de las sabias advertencias que daba a su hijo. También nosotros vivimos en tiempos difíciles: acaso no consigáis siempre proporcionar a vuestros hijos la vida acomodada y bella que soñáis para ellos, ni seáis capaces de tenerlos tranquilos y contentos, fuera del pan cotidiano que, gracias a la Providencia divina, confiamos que no les faltará, con aquellos bienes que desearíais asegurarles. Pero más que los bienes de la tierra, que nunca cambian, ni aun para los poderosos y los epulones, este valle de lágrimas en paraíso de delicias, en vuestras manos está dar a vuestros hijos y herederos bienes mejores, aquel pan y aquella riqueza de fe, aquella atmósfera de esperanza y de caridad, aquel impulso de vida animosa y constantemente cristiana, en la que vuestro sagrado deber de padres y de madres conscientes de la alteza de la paternidad que habéis recibido del Cielo, les hará crecer y progresar para consuelo vuestro, delante de Dios y de los hombres.

Con tal augurio imploramos sobre vosotros, queridos recién casados, la abundancia de los favores celestes, de la cual es prenda la apostólica bendición que con toda la paternidad espiritual de Nuestro corazón os impartimos.

XLVI

PRIMAVERA DE LA NATURALEZA. PRIMAVERA DE LA IGLESIA. PRIMAVERA DE LAS FAMILIAS CRISTIANAS

7 de Mayo de 1941. (Oss. Rom., 8 Mayo 1941)

176. Perenne es la vida, queridos recién casados, en la serie y alternativa de las estaciones que varían el curso del año y renuevan la primavera. También el día tiene sus estaciones, émulas de las del año, y en la mañana nos hace sentir la primavera, al mediodía el verano, por la tarde el otoño, y puesto el sol el invierno. La primavera, esta alegre estación en que la naturaleza vuelve a la sonrisa, a los verdes esmaltes, a las frondas de la selva, a los prados y a los jardines floridos, a las corolas

¹ Tob. VII, 7.

voladoras de los ramos fructíferos, a las armonías de los pajarillos, al calorcillo del sol que avanza en el fulgor de su majestad por la bóveda del cielo, como esposo de la naturaleza a quien saluda, embellece, colora y fecunda con sus vivificantes rayos, es un espectáculo de renaciente vida. La primavera cubre la tierra con su bello manto y arranca de nuestros ánimos un himno de alabanza al Creador que en el libro de la naturaleza nos despliega su bondad y liberalidad para que nos preparemos o renovarnos a nos otros mismos en la vida del espíritu y de la fe en Él.

177. También la Santa Madre Iglesia tiene su primavera, primavera de multiplicados “aleluya” en su liturgia del tiempo pascual, como repetidas invitaciones a la alegría: aleluya de la resurrección triunfal de Cristo, la flor virginal de la Virgen Madre, el lirio divino del rozado valle de la pasión¹; alegría de aquella primavera de las primitivas comunidades cristianas, de las que hemos leído repetidas veces en los Hechos de los Apóstoles los conmovedores episodios, promesa y primicia de la futura renovación espiritual, flor y fruto de las conquistas del apostolado católico.

178. También vosotros estáis en la primavera de la vida y vivís la primavera de las familias que acabáis de fundar, en la alegría de aquellos primeros pasos deliciosamente íntimos para vosotros, impregnados del perfume de la esperanza de una vida llena de brotes como renuevos de olivo en torno a vosotros y que Dios os llama a multiplicar con vuestra unión; de la más bella vida que se da aquí abajo, la vida de las almas cristianas.

Primavera de la hermosa naturaleza, primavera del gozo pascual, primavera de las bodas; ahora gozáis vosotros de estas tres primaveras y os alegráis como si el mundo que os rodea se redujera a ser todo vuestro en vuestra vida. Pero si, interrumpiendo un momento vuestros coloquios de recién casados, os ponéis a leer un diario, os encontraréis en sus columnas con otra vida y con otro mundo: hechos de guerra, crueles combates en tierra, cielo y mar; pero también magníficos ejemplos de generosidad hacia los que sufren, de abnegación, de heroísmo y de sacrificio.

Vosotros mismos, queridos hijos e hijas, en medio de estas conmociones formidables, con un grande y hermoso pacto de fe cristiana, no habéis temido constituir vuestras nuevas familias, sabiendo y creyendo bien que el imperturbable renovarse de las primaveras en el tumulto de los acontecimientos humanos, no es escarnio o burla ni fría indiferencia de la naturaleza ciega, ni fatua imagen de soñadores ingenuos, sino que testimonia y manifiesta a nuestros sentidos, en la realidad y belleza de la vida que renace, aquel supremo, y paterno “amor que mueve el sol y las demás estrellas”, cuya constante solicitud jamás se retrasa un momento en el gobierno del universo, y cuya misericordia domina y gobierna las agitaciones de los hombres. Vuestra fe, ¿no es acaso confianza en la dulzura y en la fuerza de la soberana mano de Dios, vigilante, atenta y perenne directora de los acontecimientos grandes y pequeños, alegres y dolorosos de este mundo? Aprended la bella y alta lección que Dios os da en la triple primavera que vivís en estos días, y que confirma vuestra confianza.

179. Confianza que no es ingenuidad pueril que se imagina que la primavera durará para siempre, que su encantadora belleza no pasará, que sus flores no se marchitarán jamás, que no volverán ya ni los colores tórridos, ni los fríos, ni las nieves, ingenuidad ebria del presente, sin un pensamiento para el porvenir, sin un esfuerzo para fortalecer el alma y prepararla y prevenirla para las desgracias y las pruebas futuras.

Confianza que no es ligereza indolente que vive al día y que se engaña soñando que siempre habrá tiempo de levantarse cuando suene el trueno, para protegerse como se pueda contra la tempestad: que lo mejor por ahora es gozar, sin otra preocupación, la tranquilidad presente, el rayo del sol presente, por fugaz que tenga que ser.

Confianza que no es la triste resignación del fatalismo en la convicción de que contra el ciego desencadenamiento de las cosas no queda sino curvar las espaldas para recibir el golpe lo menos mal posible, buscando cuando más atenuar su rudeza con la condescendencia de quien, como una pelota, se deja rodar y golpear por todas partes sin resistencia y sin una inútil rigidez.

¹ Cfr. Cant. II, 1.

180. ¿Qué es, pues, esta confianza? Es la fe en el amor de Dios: “*Nos cognovimus et credidimus caritati, quam habet Deus in nobis*”¹. Elevad vuestro espíritu sobre los huracanes y las tormentas de aquí abajo. Creéis con toda el alma que el curso del mundo que nos transporta en sus torbellinos y nos golpea y nos aturde, no es el fortuito desbordarse de fuerzas ciegas que se precipitan al acaso, sino que, por desconcertantes y duros que puedan ser sus torbellinos y sus ímpetus, la omnipotencia de un amor y de una sabiduría infinita lo conduce todo, vela sobre todo, lo lleva a una meta, en cuya luz brilla la misericordia sobre la justicia.

Vosotros sabéis que Dios no olvida jamás el fin de sus obras, que su sabiduría nos aparecerá fúlgida en el cielo cuando allí se nos conceda volver a recorrer en la visión de Él, los senderos de esta vida, sellados por las huellas sangrientas de nuestros pies y sembrados por las flores de su gracia.

Vosotros sabéis que no hay en el mundo ni amor de madre joven ni mutua ternura de recién casados que se acerquen, ni de lejos, al amor y a la ternura infinita con que Dios rodea y abraza todas y cada una de nuestras almas.

Vosotros sabéis que este amor divino, en su eterna, grandiosa y magnífica providencia sobre los destinos de la humanidad y del mundo, a la vez que descende con su cuidado providente hasta los lirios del campo y los pájaros del aire, tiene sus designios particulares sobre cada una de vuestras almas, aunque fuese la más ignorada y mezquina a los ojos de los hombres.

Designios caracterizados y teñidos de una solicitud tan afectuosa y sabia como no emplearéis nunca vosotros mismos para preparar todo lo que se precisa para recibir, alegrar y embellecer la venida de aquellos niños queridos que aguardáis con tan gozosa esperanza. El curso de vuestra vida y todos sus pasos e instantes, por humildes y secretos que sean, no los deja Dios al azar del acaso o de la fortuna; todo es querido o permitido por los designios de una bondad sabia y poderosa que vuelve en bien hasta el mal; en ningún momento de vuestras jornadas, en las horas de vuestro intenso trabajo, durante el reposo, en la inconsciencia del sueño, el amor vigilarte del ojo y de la mano de Dios cesará de regir, guiar y conducir vuestras vidas y las de vuestros hijos.

Tenéis uno y otra, confianza en vuestro recíproco amor y os habéis prometido mutuamente dicha y felicidad: poned y mantened en este amor de Dios hacia vosotros, una fe todavía más viva e indestructible, fe que se eleve a la altura inconmensurable por la que ella vence y sobrepasa toda palpitación hasta la más profunda y total de cualquier amor humano.

181. Os habéis dado el uno a la otra: daos juntos a Dios. ¿Podréis, acaso, de ahora en adelante, salvaguardar vuestra felicidad, viviendo cada uno para sí, a su propio arbitrio, sin preocuparos y cuidaros de lo que piensa o desea la otra alma conglutinada con la vuestra? No, ciertamente. Todavía menos llegaréis a asegurar la verdadera felicidad de esta vuestra vida común, viviéndola a vuestro capricho fuera de los designios del amor de Dios sobre vosotros, despreciando o no teniendo en cuenta lo que Él desea y espera de vosotros.

Dejaos guiar por Dios: los mandamientos de la ley cristiana, la dirección y consejos de la Iglesia, las disposiciones de la Providencia iluminarán vuestros pasos, día por día, en el camino de la vida. Confiad en Dios; confiad en el Redentor: Él venció al mundo. No esperéis revelaciones extraordinarias de los designios divinos sobre vosotros: se os revelarán poco a poco, en la sucesión de los hechos y en las incidencias de cada día y de la vida. Creed en el amor divino que os ha mostrado el camino que tenéis que recorrer; andad con rectitud y virtud, no a vuestro modo y capricho; de otro modo serán inevitables los contrastes y las disonancias de las armonías divinas: vuestra voz desentonaría en el dulce canto que Dios quiere hacer resonar en vuestra familia. ¿No es con frecuencia ésta la triste y secreta causa y origen de tantas vidas que comenzaron radiantes de felicidad y acabaron en las más obscuras miserias? No seáis chiquillos caprichosos, testarudos, que se retuercen hasta en los brazos amorosos de la madre; no imitéis a aquellos, no tan pocos, que como Faraón se endurecen y revuelven en las manos de Dios; y en lugar de dejarse regir filialmente, rechazan su ley, son sordos a las inspiraciones de su gracia que les impulsa hacia una vida más enteramente cristiana; de donde luego vienen desacuerdos, contrastes, caídas, enfermedades y ruinas.

¹ I Jn. IV, 16.

182. Queridos recién casados: esta fe confiada en el amor de Dios, esta dócil y animosa fidelidad en dejaros guiar por Él, en obedecer sus mandamientos, en aceptar con filial sumisión las disposiciones de su providencia sobre vosotros, entran, no lo dudamos, entre los propósitos de la vida común que con la bendición del sacerdote habéis iniciado. Pero, ¿dónde adquiriréis tan bellas y necesarias virtudes? Las adquiriréis, las conservaréis, las aumentaréis, solamente en el manantial profundo y límpido del agua viva que salta hasta la vida eterna, en la asiduidad para escuchar la palabra de Dios, para instruiros cada vez mejor en las enseñanzas de la Iglesia, en la oración que os reunirá mañana y tarde, en la asistencia de la Santa Misa, en la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, en una palabra, en la activa y virtuosa vida cristiana. Entonces, sí, la primavera de hoy durará, florecerá, se revestirá de fronda en vuestras almas, y no cesará sino para cambiarse en la corona de refulgentes frutos y de doradas mieses de aquel verano sin otoño y sin invierno que eternamente alegra a los bienaventurados del Cielo.

XLVII LA EFICACIA DE LA ORACION

24 de Junio de 1941. (Oss. Rom., 3 Julio 1941.)

183. ¡Cuántas cosas, queridos recién casados, tenéis que pedir a Dios en estos días en vuestras piadosas visitas a los grandes suntuarios de Roma! Estas visitas son otras tantas sagradas peregrinaciones, de la misma manera que también la vida de aquí abajo es una peregrinación hacia Dios, entre las vicisitudes de la alegría y del dolor. Ahora camináis en la aurora de la alegría. Ante los sagrados altares, habéis orado por vosotros mismos, por vuestro hogar recién fundado, por los pequeñuelos que vendrán a alegrarlo y a alegraros. La tierra sobre la que habéis pues el pie, es una tierra famosa, pisada ya durante siglos y siglos, por miles de pueblos, por millones de peregrinos, por aquellos mismos mártires que habéis venerado en las catacumbas, en las basílicas y en las iglesias, y a los que el Apóstol Juan oyó ya gritar en alta voz: “¿Hasta cuando, Señor santo y veraz, no te sentarás como juez y vengarás nuestra sangre sobre los que habitan la tierra?”. Pero les fué respondido que esperaran todavía un poco de tiempo, en tanto no se completase el número de sus consiervos y hermanos¹. También ellos oran; pero ante el Señor no ha llegado todavía el tiempo de oírles. Tienen confianza indestructible en la promesa divina: serán ciertamente oídos, como fueron oídos en el triunfo de su fe ante los tiranos. También vosotros habéis orado; habéis tenido confianza en Dios; y ahora veis que han sido oídas las oraciones que tal vez desde largo tiempo habíais dirigido al Cielo, para obtener la gracia de efectuar aquella santa misión deseada por vosotros, y en que ponéis vuestra felicidad.

184. Porque nada ayuda tanto a orar con confianza, como la experiencia personal de la eficacia de la oración, a la que la amorosa providencia ha respondido concediendo generosamente, plenamente, lo que se le pedía. Pero muchas veces, también a nosotros, como a los mártires de los altares, nos ha dicho la Providencia que esperemos hasta el tiempo que ella designe. Al ver retardado el cumplimiento de sus plegarias, no pocos sienten que su confianza sufre un golpe considerable, no saben estar tranquilos cuando Dios parece sordo a todas sus súplicas. No, no perdáis nunca vuestra confianza en aquel Dios que os ha creado, que os ha amado antes de que vosotros pudierais amarlo y que os ha hecho sus amigos. ¿No es acaso propio de la amistad, que el amante ansíe que sea oído el deseo del amado, porque quiere precisamente su bien y su perfección? ¿No ama Dios a su criatura? ¿Y no es el amor un bien querer? ¿Y no deriva de la bondad divina todo el bien de la criatura?².

Confiad en Dios: “tarde non fur mai grazie divine”³. Pero para algunos, para muchos de los que oran, las divinas gracias parecen tardar demasiado. Lo que piden les parece bueno, útil, necesario, y bueno no sólo para el cuerpo, sino para su misma alma, para las almas de los seres queridos:

¹ Cfr. Apoc. VI, 10.

² Cfr. santo Tomás, *Suma contra Gentes*, L. III, cap. 95.

³ Petrarca, *Trionfo dell' Eternità*, 13.

oran con fervor durante semanas y meses, y todavía no han obtenido nada. A aquella madre no se le ha concedido todavía la salud necesaria para ocuparse de la familia. Aquel hijo, aquella hija, cuya conducta pone en peligro su salvación eterna, no han vuelto todavía a mejores sentimientos. Aquellas estrecheces materiales, en medio de las cuales se agitan y afanan los padres para asegurar un mendrugo de pan a los hijos, lejos de disminuir no hacen sino crecer más duras y amenazadoras. La Iglesia entera, con todos los pueblos, multiplica sus plegarias para obtener el fin de las calamidades que sufre la gran familia humana; y sin embargo tarda todavía en acercarse aquella paz según la justicia, augurada, invocada, suspirada con tan vivas instancias, y que parece tan necesaria para el bien de todos y para el bien mismo de las almas.

Bajo el peso de tales pensamientos, muchos miran sorprendidos los sagrados altares ante los cuales se ora, y tal vez quedan escandalizados y perplejos al oír que la sagrada liturgia recuerda y proclama incesantemente las promesas del Salvador divino: “Todo lo que pidáis en la oración, creyendo, lo obtendréis”¹. “Pedid y recibiréis... Todo el que pide, recibe”². “Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará... En verdad, en verdad os digo, que todo lo que pidáis en mi nombre os lo concederá”³. ¿Podrían ser más explícitas, más claras, más solemnes, las promesas del Salvador? ¿No se verán algunos tentados por ventura a considerar como una amarga burla el silencio de Dios hacia sus oraciones?

185. Pero Dios ni miente ni quiere mentir; lo que ha prometido, lo mantendrá; lo que ha dicho, lo hará. Elevad la mente, queridos hijos e hijas, y escuchad lo que enseña el gran Doctor santo Tomás de Aquino⁴ cuando explica por qué las oraciones no son siempre acogidas por Dios: “Dios oye los deseos de la criatura racional, en cuanto desea el bien. Pero ocurre acaso que lo que se pide no es un bien verdadero, sino aparente, y hasta un verdadero mal. Por eso esta oración no puede ser oída de Dios. Porque está escrito: Pedís y no recibís, porque pedís mal”⁵. Vosotros deseáis, vosotros buscáis un bien, como os parece a vosotros eso que pedís; pero Dios ve mucho más lejos que vosotros en aquello que deseáis. Ocurre a veces – añade el mismo santo Doctor – que uno rehusa por amistad lo que le pide un amigo, porque sabe que le será nocivo, o porque le será más ventajoso lo contrario; así, el médico niega algunas veces al enfermo todo lo que éste pide, pensando que no le ayudará a recobrar la salud del cuerpo. Por lo tanto, así como Dios cumple los deseos que se le exponen en la oración, por el amor que tiene hacia la criatura racional, no hay que maravillarse si en algunas ocasiones no oye la petición de aquellos que ama de modo particular, para hacer en cambio lo que, en realidad, les ayuda más. Por eso no quitó a san Pablo la “espinas clavada en su carne”⁶ – se trataba muy probablemente de una molesta enfermedad física –, aunque se lo había pedido tres veces, a fin de que ésta le fuese más útil para conservar la vida. De este modo, el gran Apóstol no fué ciertamente oído según su voluntad, “*ad voluntatem*”, porque no fue curado de la calamidad que le afligía; pero fué oído según su salud, “*ad salutem*”, por que Dios, prometiéndole confirmarlo con su gracia para conseguir con mayor mérito el fin deseado, le oyó de un modo todavía más perfecto⁷.

186. Vigila por lo tanto, hombre de fe – advierte San Agustín –, y escucha con vigilancia lo que enseña el Maestro divino: Cuando pedís lo que deseáis, pedidlo no de cualquiera manera, sino en mi nombre, “*in nomine meo*”. ¿Y cuál su nombre? Cristo Jesús: Cristo significa Rey; Jesús significa Salvador. Ciertamente, no nos salvará un rey cualquiera, sino el Rey Salvador; por eso, cualquier cosa que pidamos, contraria a la utilidad de nuestra salud, no la pedimos en nombre del Salvador. Además, Él es Salvador, no sólo cuando hace lo que pedimos, sino cuando no lo hace; porque en el no hacer lo que ve que se pide contra la salud, se muestra mejor Salvador. ¿No es Él el médico divino de la salud eterna? Él sabe lo que nos ayuda o nos daña para salvarnos... Él es no sólo Salvador, sino también Maestro bueno: para hacer todo lo que le pedimos, en la oración que Él nos enseñó

¹ Mt. XXI, 22.

² Mt. VII, 7.

³ Jn. XIV, 13; XV, 16; XVI, 23.

⁴ *Suma contra Gentes*, L. III, cap. 96.

⁵ Sgo. IV, 3.

⁶ II Cor. XII, 7.

⁷ Cfr. San Agustín, *in Epist. Joannis ad Parthos*, tr. VI, nº 6-7. Migne, P.L. t. 35, col. 2023.

declaró lo que debíamos pedir, advirtiéndonos también que no pedimos en nombre del Maestro lo que pedimos fuera de la regla de sus enseñanzas. Jesús, Salvador y Maestro como es, conoce el tiempo aceptable y el tiempo de la salud: por lo tanto, hasta cuando pedimos alguna cosa en su nombre, no la hace siempre inmediatamente que oramos, sino a su hora; y lo que es diferido, no es negado¹.

En nombre de Jesús elevemos, pues, a Dios nuestra plegaria; porque no se ha dado a los hombres otro nombre sobre la tierra, en el cual podamos salvarnos². Es el nombre que hace válidos y eficaces nuestros anhelos anteriores, y hace que los buenos deseos sean causa de lo que Dios, en su providencia, ha dispuesto que obtengamos con la oración, la cual no cambia el orden inmutable fijado por Él, sino que lo cumple, en cuanto que en este orden providencial Dios ha coordinado la concesión de lo que pedimos, con la oración que le dirigimos. Por eso dijo San Alfonso de Ligorio³ que el que ora se salva, el que no ora se condena; y afirmar que no se debe orar para obtener un favor de Dios, porque el orden de su providencia es inmutable, sería igual – observa el Angélico Tomás – que decir que no es necesario caminar para llegar a un sitio, ni comer para alimentarse; cosas evidentemente absurdas⁴.

Veis también, queridos recién casados, cómo la eficacia de la oración se une con su necesidad, y cómo no todas las oraciones que se dirigen a Dios están hechas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por eso no todas son oídas. Decid, pues, al Redentor, renovando la súplica de los Apóstoles: Señor, enséñanos a orar: “*Domine, doce nos orare*”⁵. ¡Elévense a Él como incienso vuestra plegaria, y como oración vespertina vuestras palmas levantadas⁶, y descienda sobre vosotros y sobre vuestras nuevas familias su gracia divina, como el rocío del Hermón que descende sobre los montes de Sión!⁷.

XLVIII

MAS SOBRE LA EFICACIA DE LA ORACION

9 de Julio de 1941. (Oss. Rom., 10 Julio 1941)

187. Es siempre un gran consuelo para Nos vernos rodeados de un número tan grande de recién casados cristianos, venidos de muchas regiones, que a la bendición de su sagrado vínculo, recibida ya del sacerdote, desean que se una la del Padre común de la universal familia cristiana. ¡Cuántas caras de devotos hijos vemos en vosotros! ¡Cuántas esperanzas tiene la Iglesia, la Patria, el Cielo, en vosotros! Al Cielo levantamos la mirada, y nos parece que sobre vosotros, queridos esposos de viva fe y piedad, descende aquella bendición alta y eficaz que el Señor concede a quien le teme. ¿No es acaso el temor de Dios el principio de la sabiduría, de aquella sabiduría que se edifica para sí la casa, sostenida no por los frágiles puntales del mundo, sino por las siete columnas de las Virtudes teologales y cardinales? Aquella casa resulta así como un Santuario, donde reina el sacrificio del afecto y de la paciencia recíproca, de la concordia y de la fidelidad; donde los padres se hacen maestros que enseñan a los hijos que hay un Padre y una Madre en los Cielos; donde la oración, que consuela las penas y afirma las esperanzas de la vida, inicia y cierra la jornada.

188. La oración fué precisamente el tema de nuestras palabras en la audiencia del miércoles pasado, en la que hablamos de su eficacia y de su necesidad, y mostramos cómo no todas las oraciones que se dirigen a Dios están hechas en el nombre de Jesucristo, y por eso no todas son oídas. Cuanto entonces dijimos, deseamos repetirlo y completarlo en el breve discurso de hoy, para que este pensamiento y recuerdo os acompañe por toda la vida, sea la guía de vuestro camino, sea la lámpara de

¹ San Agustín, *In Ioannis Evang.*, tract. 73, n° 3-4. Migne, P.L., t. 35, col. 1825-1826.

² Hechos, IV, 12.

³ *Del Gran Medio de la Oración*, hacia le fin.

⁴ *Suma contra Gentes*, L. III, cap. 96.

⁵ Lc. XI, 1.

⁶ Salmo CXLI, 2.

⁷ Salmo CXXXIII, 3.

vuestra casa, sea la bendición de vuestras alegrías y el aliento en vuestros afanes, sea el indestructible sostén de vuestra confianza en Dios.

Nuestro Señor no nos ha prometido en lugar alguno hacernos infaliblemente felices en este mundo; nos ha prometido – como leemos en el Evangelio – oírnos como el padre que no dará por alimento a su hijo, aunque éste se lo pidiese, ni una piedra, ni una serpiente, ni un escorpión, sino el pan, el pez, el huevo, que le nutrirán y le harán progresar en la vida y en el crecimiento¹. Lo que Jesús, Salvador nuestro, se ha comprometido a concedernos infaliblemente como fruto de nuestras oraciones, no son aquellos favores que los hombres piden con frecuencia por ignorancia de lo que realmente ayuda para su salud, sino aquel “espíritu bueno”, aquel pan de los dones sobrenaturales necesarios o útiles para nuestras almas; aquel pez preparado por Él que, como futuro símbolo suyo, dió Cristo resucitado como manjar a los Apóstoles en las orillas del lago de Tiberíades; aquel huevo, alimento para los pequeños en la piedad y en la devoción, que los hombres no distinguen con frecuencia de las piedras más dañosas a la salud espiritual, que les ofrece el tentador Satanás. El gran Apóstol Pablo confesaba a los romanos: “No sabemos, como convendría, lo que tenemos que pedir; pero el Espíritu mismo solicita en nuestro lugar con gemidos inenarrables, y Él, que es escrutador de los corazones, conoce lo que ansía el Espíritu; sabe que solicita para los santos según Dios”². Los hombres son muchas veces como niños ignorantes de lo que les es bueno y conveniente pedir; son disparatadas las plegarias que muchas veces dirigen al Padre celestial. Pero el Espíritu Santo, que, con su gracia, obra en nuestras almas y nos inspira nuestros gemidos, sabe darles bien el verdadero sentido y el verdadero valor; y el Padre, que lee en el fondo de los corazones, ve clarísimamente lo que, a través de nuestras plegarias y de nuestros deseos, pide su divino Espíritu para nosotros, y tales peticiones del Espíritu, profundamente íntimas en nosotros, las oye Él, sin duda ninguna.

189. ¿No veis, pues, en este Espíritu que obra en vosotros, el apoyo indestructible de vuestra confianza en la oración? ¿No veis el fuerte vínculo que liga la oración a su cumplimiento? Vosotros sabéis y creéis con toda el alma que ninguna de vuestras plegarias queda sin efecto, y que, cuando no obtenéis exactamente el especial favor que habéis pedido, debéis o reconocer la ignorancia de vuestro verdadero bien, o pensar que aquel favor se os concederá en el momento que Dios determine; por que algunas gracias no son negadas, sino retrasadas para concederse en tiempo oportuno; entretanto, recibís otra cosa mejor, mucho mejor, es decir, lo que el Espíritu Santo ha pedido en vosotros con los gemidos que os inspiraba. Tal debe ser la convicción y la ciencia del cristiano; tal la guía, el sostén y la luz de vuestra oración en medio de las oscuridades de la fe. Luz que no han de obscurecer en vuestros corazones, ni la concesión retardada o no conseguida de vuestras súplicas, ni las desventuras o los afanes de vuestro espíritu, sino que debe animaros también a perseverar en la oración.

¿Por qué – se puede aún preguntar – no obtenéis tantas veces lo que pedís? Porque mientras el Espíritu Santo os inspira y os mueve a orar, cesáis vosotros de seguir su inspiración y el movimiento que Él os imprime, y no continuáis en la constancia de la oración, haciendo que ésta no obtenga el efecto esperado. Nuestro Señor ha dicho y repetido que la oración perseverante es infaliblemente oída; porque el perseverar es una insistencia que hacia violencia a su Corazón, y triunfa. Él, que ve las cosas y sus consecuencias desde más alto y desde más lejos, y contempla todo el bien que vuestras almas obtienen de las oraciones prolongadas, de los deseos confiados, de las humillaciones ante Él, de la animosa fe que sostiene vuestra constancia, no quiso prometer la inmediata concesión del favor pedido; ¿y por qué? Porque tiene un corazón mas que de madre, de aquella avisada y tierna madre que no duda denegar el alimento a su querido hijo y dejarlo también llorar un poco, porque sabe que la leche que éste querría obtener en seguida, le ayudará más esperando un rato.

190. La oración tiene que ser, por lo tanto, un pedir lo que está bien para nuestras almas, un pedirlo con perseverancia; pero también un pedirlo piadosamente: tal es la tercera condición que pone santo Tomás para la eficacia de la oración, entre las cuatro que señala: “pro se, necessaria ad salutem,

¹ Cfr. Lc. XI, 11-13.

² Rom. VIII, 26-27.

pie et perseveranter”¹. ¡La oración piadosa! ¿Cuál es? No es la oración hecha de puro sonido de palabras, con la mente y el corazón vagantes, con los ojos desparramados por todas partes; sino la oración recogida que se anima ante Dios de filial confianza, se ilumina de ¡e viva, se impregna de amor hacia Él y hacia los hermanos; es la oración hecha siempre en gracia de Dios, merecedora siempre de vida eterna, humilde siempre en su misma confianza; es la oración que, cuando vosotros os arrodilláis ante el altar, o la imagen del Crucifijo o de la Virgen Santísima en vuestra casa, no conoce la arrogancia del fariseo que se enorgullece de ser mejor que los otros hombres, sino que, a semejanza del pobre publicano, os hace sentir en vuestro corazón que todo lo que recibiréis no será sino pura misericordia de Dios hacia vosotros².

191. Piadosa, perseverante, sobrenatural, la oración que hagáis por vosotros mismos será siempre oída, asegura el Doctor angélico³; pero ¿y en relación con los demás, para aquellas almas cuya salvación tanto queréis, cuya compañía esperáis y anheláis en la felicidad celeste, almas del esposo, de la esposa, del hijo, de la hija, del padre, de la madre, de los amigos y de los conocidos? ¿Cuánto vale para ellos vuestra oración? ¿Cuánto hace ante el trono de Dios?

Aquí, sin duda, interviene aquella terrible posibilidad, inherente al libre arbitrio del hombre, de resistir a las gracias potentes y multiformes que vuestras oraciones hayan obtenido para aquellas almas; pero los misterios infinitos de la omnipotente misericordia de Dios vencen todos nuestros pensamientos y permiten a todas las madres aplicarse a sí mismas las palabras de un piadoso Obispo a santa Mónica, que imploraba su ayuda y derramaba gran abundancia de lágrimas ante él, por la conversión de su hijo Agustín: “No puede ser que un hijo de tantas lágrimas se pierda”: “*Fieri non potest ut filius istarum lacrymarum pereat*”⁴. Y aun cuando no se os concediera ver en esta vida con vuestros ojos el triunfo de la gracia en las almas por las cuales habéis orado y llorado tan largamente, vuestro corazón no deberá renunciar a la firme esperanza de que, en aquellos misteriosos instantes en los que, en él silencio de la agonía de un moribundo el Creador se prepara a llamar a sí el alma, obra de sus manos, su inmenso amor no haya obtenido al fin, lejos de vuestras miradas, aquella victoria por la que vuestro agradecimiento le bendecirá allí arriba eternamente.

En esta vida común, que vosotros, queridos recién casados, comenzáis, no faltarán, como no faltan en ninguna vida humana, las horas duras y difíciles, los momentos desolados y amargos: entonces, elevad los ojos al Cielo. Vuestro primero y más alto aliento y sostén será la oración confiada, porque estaréis siempre seguros del amor de Dios hacia vosotros, sabiendo bien que ninguna de vuestras oraciones será vana, que Dios las oirá todas, sino en la hora y en el modo que hayáis soñado en vuestro deseo e imaginación, al menos en el tiempo más oportuno para vosotros, de aquel modo infinitamente mejor que la providente sabiduría y el poder de su ternura saben disponer en favor vuestro.

Entretanto, mientras pedimos al Señor que conserve siempre viva en vuestros corazones esta confianza, os impartimos con afecto paternal la bendición apostólica.

XLIX

AMOR PAGANO Y AMOR CRISTIANO

30 de Julio de 1941. (Oss. Rom., 31 Julio 1941)

192. En vuestros paseos por la ciudad romana, queridos recién casados, no ha podido menos de admiraros la manera como se mezclan, se compenetran y se sobreponen, en esta ciudad única en el mundo, los recuerdos de su pasado pagano y las realidades de su pasado y de su presente cristiano. Más particularmente, en razón de vuestro mutuo amor de esposos cristianos y de vuestras nacientes familias cristianas, las ruinas de los palacios magníficos y de los templos vetustos han debido con-

¹ S. T. II-II, q. 83, a. 15 ad 2.

² Cfr. Lc. XVIII, 9-14.

³ Loc. cit.

⁴ San Agustín, Confesiones, L. 3, cap. 12.

ducir vuestros pensamientos a las costumbres de la Roma imperial, cuando, aun en medio del esplendor de las letras y de las artes, al decaer la antigua superioridad e integridad de la vida, la corrupción había llegado a tal punto que hacía exclamar al poeta Horacio: “Generaciones fecundas de vicios contaminaron primero las bodas y la pureza de la estirpe y la disciplina de las casas; el daño derivado de esta fuente se esparció por la patria y por el pueblo. La doncella se complace en ser amaestrada en las (licenciosas) danzas jónicas... y desde la niñez medita ilícitos amores”¹. Sin duda, apartando la mente de semejantes imágenes, vuestra alma, se ha vuelto con preferencia hacia el recuerdo de aquellas primitivas, fuertes y austeras familias romanas que hicieron el poder y la grandeza de la Urbe dominadora del mundo: “*per quos viros... et partum et auctum imperium*”². Habéis rememorado, tales cuales viven en las narraciones de Tito Livio, aquellos rudos padres de familia, de autoridad absoluta e indiscutida, custodios fieles de las tradiciones de sus “gens”, totalmente dedicados al servicio de la cosa pública; y a su lado, noblemente sometidas, aquellas matronas irrepreensibles, del todo dedicadas al cuidado de la casa, que como Cornelia, madre de los Gracos³, veían en los hijos su más bello ornamento, sus más preciosas joyas: “*Haec ornamenta sunt mea*”. No faltaron del todo, en la misma época imperial, ejemplos de familias en las que los cónyuges vivían en feliz concordia y mutuamente se daban el uno al otro la preferencia; en las que el mérito de la buena mujer era tanto más digno de alabanzas cuanto era más grave la culpa en la mujer mala⁴. Mujeres que, aun en aquellos tiempos de terror en que eran acusadas y matadas, sólo por haber derramado lágrimas por la muerte de sus hijos⁵, eran sin embargo para sus maridos modelos de ánimo y de sacrificio. Madres que acompañaban a sus hijos prófugos, mujeres que seguían a sus maridos en el destierro⁶. Esposas castas como aquella Ostoria, cuyo elogio “*incomparabilis castitatis femina*”⁷ está esculpido en un sarcófago recientemente descubierto en las profundidades de las criptas vaticanas.

193. Ahora bien, cuando volvéis la mirada desde estas familias paganas a aquellas familias plenamente, grandemente, espléndidamente cristianas que todos conocéis, sentís instintivamente que a las primeras les falta algo, algo más fuerte que la vieja fuerza de lo Quirites, más íntimamente fuerte y al mismo tiempo más ardiente, mas penetrante y bueno, más profundamente humano.

¿No consistiría acaso esta falta – irremediable miseria de las sociedades paganas o paganizantes – precisamente en la incapacidad de permanecer enérgicas y fuertes, conservando a la vez un corazón verdaderamente humano, capaz de verdadero y puro afecto y piedad? Mirad aquellas antiguas familias romanas cuyas austeras cualidades acabamos de recordar. El día en que se pusieron en contacto con las delicadezas y los refinamientos de la civilización griega y oriental, y fueron presa de la avaricia de las perlas, de las piedras preciosas y del oro⁸, relajada la disciplina, “*labente paulatim disciplina*”, se precipitaron en gran número, “*re coeperunt praecipites*”⁹ hacia aquella corrupción de la que el Apóstol de las Gentes fué testigo indignado¹⁰. Al desaparecer la rigidez, no la sustituyó el verdadero afecto – “*sine affectiones, sine misericordia*”, caracterizaba San Pablo el mundo pagano de su tiempo –, sino el desencadenamiento de la más bajas pasiones, a las que el gran emperador Augusto, justamente preocupado del público bien, intento en vano¹¹ con sus leyes – entre las cuales han sido célebres las leyes Julias de “*maritandis ordinibus*” y “*de adulteriis coercendis*” y la ley Papia Poppaea – poner frenos para restituir a la familia una fuerza y una cohesión que sólo la fe en Jesucristo habría hecho recuperar.

¹ Horacio, Carm. III, 6, 17-24.

² Tito Livio, Ab Urbe condita libri, Præfatio.

³ Valerio Máximo, lib. IV, cap. 4, inicio.

⁴ Tácito, Agric., cap. 6.

⁵ Tácito, Anales, lib. VI, n. 10.

⁶ Tácito, Historiar., lib. I, n. 3.

⁷ “Mujer de incomparable castidad”.

⁸ Horacio, Carm. III, 24, 48.

⁹ Tito Livio, loc. cit.

¹⁰ Cfr. Rom. I, 24 y ss.

¹¹ Tácito, Anales, lib. III, n. 25.

194. El verdadero afecto, sin dureza y sin debilidad, el verdadero amor, inspirado y elevado por Cristo, lo entrevemos en aquellas primeras familias de convertidos romanos, como los Flavios y los Acilios en tiempo de la persecución de Domiciano; admiramos su refulgente esplendor en torno a una Santa Paula y a una Santa Melania.

Pero, ¿por qué remontarnos a tan lejanos siglos? ¿No se vió acaso, en tiempos vecinos a nosotros, por estas mismas calles de Roma, otra esposa cuya vida es o debería ser bien conocida de todas las madres de familia, la Beata Ana María Taigi? No pretendemos aquí describiros sus visiones y la abundancia de los dones extraordinarios de que fué colmada por Dios. Mirad ahora solamente a la mujer de Domingo – el honrado, pero duro y colérico criado de la casa Chigi –, siempre buena y sonriente; hasta las horas tardías de la noche espera la vuelta del marido, y cuando éste llega fatigado, impaciente, descontento de todo, le cuida humilde y tiernamente, soportándolo todo, aceptándolo todo con angélica dulzura. Y entre tanto, firme para mantener el orden entre las numerosas personas de la familia, para hacer perder a su marido el hábito de las palabras gruesas, ama activa y previsora, encuentra modo, aun en su pobreza, para hacer vivir junto a sí, con los propios hijos, a su madre, y acoger más tarde las familias de la hija y de la nuera, sabiendo mostrarse siempre hacia todos, aun frente a caracteres extraños, difíciles y ásperos, hija amante, esposa devota, madre, suegra y abuela admirable.

195. ¿El secreto de tal vida? Siempre el mismo, el de todas las vidas santas: Cristo vivo y radiante con su gracia soberana, en el alma que sigue dócilmente sus inspiraciones y sus impulsos. Sólo nuestro Señor ha sido capaz de hacer nacer en pobres corazones humanos, heridos y extraviados por la culpa original, un amor que sea puro y fuerte, sin rigidez ni dureza, amor bastante profundamente espiritual para desligarse de los brutales estímulos de los sentidos y dominarlos, aun conservando intacto su calor e inalterable su delicada ternura. Sólo Él, con los ejemplos y la acción íntima de su Corazón inflamado de amor, ha podido realizar la promesa hecha ya a Israel: “*Auferam cor la ideum de carne vestra, et dabo vobis cor carneum*”¹: “Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”. Sólo Él sabe suscitar y hacer vivir en las almas el verdadero afecto, tierno y fuerte a la vez, porque sólo Él puede con su gracia librarlo de aquel ingénito egoísmo que más o menos conscientemente envenena los amores puramente humanos.

Por eso es, queridos hijos e hijas, por lo que a vosotros y a todos cuantos vienen a pedir para sus nuevos hogares Nuestra paterna bendición, les dirigimos incesantemente la viva exhortación: Dad siempre en vuestras casas el primer puesto a Cristo Salvador, Rey y Señor de vuestras familias, luz que las aclara, llama que las calienta y las alegra, omnipotente salvaguardia que conservará su paz y su felicidad. Este amor que os une, y sobre el cual ha querido Dios poner el sello de su sacramento, durará en la medida en que siga siendo cristiano, y, lejos de debilitarse y de disolverse, será cada vez más íntimo y fuerte, a medida que avancéis juntos en la vida. Defendedlo contra todo aquello que tienda a paganizarlo: ¡Ah! ¡Cuántos bautizados no saben amarse sino paganamente! Perdiendo de vista el verdadero fin de su unión, como la fe les ha enseñado, se eximen de los deberes austeros, pero saludables y benéficos, de la Ley cristiana, y de este modo llegan, poco a poco, a cambiar aquel matrimonio que la bendición de Cristo había hecho tan bello y grande, en una vulgar asociación de placer y de interés, matando en sí mismos todo verdadero amor.

No os ocurrirá a vosotros así, queridos recién casados. Vuestro amor vivirá, perdurará, hará vuestra felicidad, aun en medio de las inevitables vicisitudes de la vida, porque permanecerá cristiano, porque vosotros no cesaréis jamás de mantener su íntima fuerza ligándola a su verdadera fuente, en un profundo espíritu de fe, en un constante cumplimiento de las prácticas religiosas que la Iglesia os manda u os aconseja, en una inviolable fidelidad a los deberes, a todos los deberes, de vuestro estado.

Para que la gracia divina, cada vez más abundante, os ayude a caminar hasta el fin por esta vía de salvación y de verdadera alegría, os impartimos de todo corazón, como prenda de los celestiales favores, la bendición apostólica.

¹ Ez. XXXVI, 26.

L

LOS HEROISMOS DE LA VIDA CRISTIANA

13 de Agosto de 1941. (Ecclesia, 15 de Sept. de 1941.)

196. Cuántas veces habéis oído, queridos recién casados, repetir que “la vida del hombre sobre la tierra es una milicia”! Sí la vida del hombre sobre la tierra es una milicia, puesto que él está compuesto de espíritu y cuerpo, esa milicia tiene dos campos de lucha y de combate: el uno, de combate corporal sobre el terreno material; el otro, de combate espiritual en el interior de su espíritu. Cada combate y cada campo tiene sus peligros, sus pruebas, sus virtudes, sus héroes y actos heroicos, sus heroicos triunfos y sus coronas.

Las luchas corporales son abiertas y patentes; en cambio, en el campo interior, a menudo todo está escondido: batallas, victorias y coronas son ocultas, conocidas sólo para Dios y sólo por El premiadas. Por Él únicamente son plenamente conocidos también las pruebas y los méritos que exaltan y levantan sobre los altares a los héroes de la virtud.

¡Cuántos heroísmos de aquella fortaleza de ánimo que afronta los peligros de muerte, resplandecen hoy sobre los campos de batalla, en el cielo y en los mares! Heroísmos manifiestos de jóvenes soldados y de intrépidos capitanes, de unidades enteras de los Ejércitos, de sacerdotes que en medio del furor de la contienda consuelan a los heridos y a los moribundos, de enfermeros y de enfermeras que les curan sus dolencias y heridas. Pues, si cualquier guerra que se enciende entre los pueblos contrista y llena de horror a todo corazón noble, en que vive y forcejea y todo lo inflama la caridad de Cristo, que abraza a los amigos y a los adversarios, no se puede negar, sin embargo, que estos torbellinos tan fieros y crueles, junto con las austeras obligaciones que imponen a las combatientes y a los no combatientes, producen horas y momentos de pruebas luminosas en las cuales se revelan las grandezas, muchas veces insospechadas e inesperadas, de tantas almas heroicas que lo sacrifican todo, incluso la propia vida, por el cumplimiento de aquellos deberes que les dicta su conciencia cristiana.

197. Pero estaría muy equivocado quien creyese que la grandeza de alma y el heroísmo son virtudes reservadas, como flores extraordinarias, solamente a los campos sangrientos, a los tiempos de guerra, de catástrofes, de crueles persecuciones y de trastornos sociales y políticos. Junto a estos heroísmos más abiertos y visibles, junto a estas grandezas y estas valentías más fúlgidas, brotan y crece en los repliegues de los valles y de los campos, en las calles y en las sombras de las ciudades, ocultos por la marcha vulgar de la vida cotidiana, muchos actos no menos heroicos que proceden silenciosamente de almas no menos grandes y fuertes, emuladoras secretas de los hechos más bellos que se proponen a la admiración común.

¿Acaso no es heroico el hombre de negocios, el patrón de una gran industria, el cual – viéndose reducido a situación apurada y casi a la ruina por adversas vicisitudes imprevistas, cuando el camino cierto para salvarse sería para él recurrir a uno de esos expedientes que el mundo fácilmente excusa y absuelve, si los corona el éxito, pero que no admite la moral cristiana – entra en sí mismo, y, después de interrogar a su conciencia, no desmaya ante su respuesta, sino que, como fiel cristiano, rehusa un medio que daña a la justicia y prefiere la ruina y la miseria a una ofensa de Dios y del prójimo?

¿No es heroica la muchacha pobre que trabajosamente puede dar un mendrugo de pan a su madre anciana y sus hermanos huérfanos con el escaso salario que recibe, pero rechaza cualquier condescendencia fácil y custodia con fortaleza su honor y su corazón, repeliendo intrépidamente los favores del que le ofrece trabajo en condiciones inmorales, desdeñando las ganancias abundantes “mal adquiridas, aunque la liberarían de sus estrecheces económicas?”

No es heroica una doncella, mártir de su pureza, que ofrece a Dios, teñido con su propia sangre, el lirio de sus virtudes virginales?

Todos éstos son heroísmos de justicia, heroísmos de dignidad femenina cristiana, heroísmos dignos de los ángeles, heroísmos secretos que se corresponden con los heroísmos de la fe, de la con-

fianza en Dios, de la paciencia, de la caridad en los hospitales civiles y militares o en el camino, dondequiera que la fortaleza de alma se une al amor de Dios y del prójimo.

Nada tiene, pues, de sorprendente, que también a la sombra de las paredes domésticas se oculte el heroísmo de la familia, y que la vida de los esposos cristianos tenga también sus heroísmos ocultos, heroísmos extraordinarios en situaciones duramente trágicas, frecuentemente ignoradas por el mundo; heroísmos cotidianos en la complicada serie de sacrificios renovados a cada momento; heroísmos del padre, heroísmos de la madre, heroísmos conjuntos de uno y otro.

198. En uno de nuestros próximos discursos, necesariamente breves para las audiencias generales, nos reservamos indicar y exponer de un modo más detallado y concreto los heroísmos de los esposos cristianos. No quisiéramos mientras tanto, amados hijos e hijas, que el oírnos hablar de heroísmos necesarios, de los sacrificios heroicos que os esperan, turbase vuestros corazones, abiertos ahora por entero a la alegría de la unión sagrada contraída por vosotros hace poco delante de Dios y de su ministro. Pretendemos, al contrario, que nuestra palabra aumente vuestro gozo con la alta consideración de vuestra misma unión, elevada por Cristo a sacramento y fuente permanente de poderosas gracias, siempre prontas para iluminaros y fortificaros a la hora de cualquier sacrificio, incluso extraordinario, que Dios requiera de vosotros. El estrecho e inviolable vínculo nupcial es signo y símbolo de la indisoluble unión de “Cristo con la Iglesia”¹; y el matrimonio cristiano es manantial de grandeza y de perennidad para la Iglesia, no menos que para el pueblo cristiano. La unión de los esposos cristianos es también un camino de santidad, por lo cual la Iglesia con el pueblo fiel exalta y venera a sus héroes en los templos y en los altares. Es en la familia cristiana donde el Divino Esposo de la Iglesia recoge a los hijos de Dios, regenerándolos en el agua y en el Espíritu Santo. De allí elige a sus levitas y llama a sus héroes del bien, a sus vírgenes consagradas, a sus heroínas de la caridad, a sus sacerdotes, a los propagadores de su Evangelio, a sus caballeros y héroes de los claustros, a los Obispos y a los pastores de sus ovejas, a los sucesores de su Primer Vicario en el gobierno universal de toda su grey.

Levantad en alto vuestros corazones y vuestros pensamientos. No perdáis el ánimo en el umbral de vuestra nueva vida. Afrontad virilmente, heroicamente, el porvenir, bajo el amparo de la benévola providencia de Dios, en cuyas manos está vuestra felicidad y la aurora de todos vuestros días, ordinarios y extraordinarios, serenos o tempestuosos.

Dios no permitirá jamás que la prueba, cualquiera que sea, sobrepase las fuerzas que Él os otorgue con su liberalidad paterna y su gracia siempre pronta, una gracia tan amplia y generosa en sus beneficios, que os hará encontrar y buscar aquí abajo, en la fidelidad a los deberes más difíciles, una de las más dulces y profundas alegrías de vuestra vida.

LI

LOS HEROISMOS DE LOS ESPOSOS CRISTIANOS

20 de Agosto de 1941. (Ecclesia, 15 de Sept. de 1941)

199. Al ver reunido aquí, en tornos a Nos, un grupo tan numeroso y devoto de recién casados cristianos, nuestro animo se regocija y da gracias a Dios, del cual son dones preciosos la fe, la esperanza, la confianza especial que os es dado poner en aquella divina bendición que nuestro paterno afecto se alegra de invocar sobre vuestras personas y vuestros anhelos.

Si la piedad de Dios para con la humana miseria, da potencia y fuerza a Nuestra invocación, es omnipotente la bendición que descende de Dios; porque, cuando habla Él, brotan de la nada el cielo y la tierra; de las tinieblas, el sol; de la tierra y de las aguas, toda la naturaleza viviente. Entonces, formado por el Creador, el hombre se yergue del fango para recibir, como aliento de la boca divina, un espíritu inmortal², y para escuchar, juntamente con su compañera semejante a él, sacada

¹ Ef. V, 32.

² Gen. II, 7.

de su costado, aquella bendición, que es un mandato, de crecer y multiplicarse y de llenar la tierra¹. Vosotros, recién casados, que habéis creído en el nombre de Cristo, nuestro Salvador y Redentor, habéis sido bendecidos en este nombre ante el altar, para que por vosotros se aumente la muchedumbre de los hijos de Dios y se complete el número de los elegidos. El Señor se ha dignado llamarnos a este altísimo fin, querido por Él mismo, al instituir el matrimonio como un deber de naturaleza y al elevarlo a la dignidad sobrenatural de sacramento, cuando os ha unido con aquel santo vínculo indisoluble que enlaza vuestros corazones y vuestras vidas.

200. No hay, pues, por qué maravillarse – como hubimos de indicar ya en nuestro último discurso – de que un estado tan noble exija también sus heroísmos extraordinarios en situaciones excepcionales, y heroísmos impuestos por la vida cotidiana; heroísmos frecuentemente ocultos, mas no por ello menos admirables, sobre los cuales Nos proponemos hoy llamar vuestra atención de un modo más detallado. En los tiempos modernos, lo mismo que en los primeros siglos del cristianismo, en aquellos países del mundo en que las persecuciones religiosas se enconan aquí o allá, declaradas o solapadas, pero no menos duras, los fieles más humildes pueden encontrarse en cualquier momento frente a la dramática necesidad de escoger entre su fe, que tiene el deber de conservar intacta, y la propia libertad, los medios para sustentar su vida, y hasta la vida misma. Pero aun en las épocas normales, en las vicisitudes y en las circunstancias ordinarias de las familias cristianas, ocurre a veces que las almas se ven colocadas bruscamente en la alternativa de violar un deber ineludible o de exponerse a sacrificios y riesgos dolorosos y agobiantes en la salud: es decir, puestas en la necesidad de ser y de mostrarse heroicas, si quieren mantenerse fieles a sus obligaciones y permanecer en la gracia de Dios.

Cuando nuestros Predecesores, de santa memoria, y particularmente el Sumo Pontífice Pío XI en la carta encíclica “*Casti connubi*”, proclamaban y recordaban las santas e inviolables leyes de la vida matrimonial, ponderaban y se daban perfectamente cuenta de que en no pocos casos se exige a los esposos cristianos un verdadero heroísmo para cumplirlas inviolablemente. Sea que se trate de respetar los fines del matrimonio queridos por Dios, o de resistir a los incentivos ardientes y lisonjeros de las pasiones y de las tentaciones que mueven a un corazón inquieto a buscar en otro lugar lo que no ha encontrado en su legítima unión de un modo que le satisfaga plenamente, como había esperado; sea que para no romper o no aflojar el vínculo de las almas y del amor mutuo, llegue la hora de saber perdonar, de olvidar una desavenencia, una ofensa, un choque quizá grave... ¡Cuántos dramas íntimos nacen y desarrollan sus amarguras y sus lances detrás del velo de la vida diaria! ¡Cuántos heroicos sacrificios ocultos! ¡Cuántas angustias de espíritu para convivir y para mantenerse cristianamente constante en su puesto y en su deber!

Y esta misma vida cotidiana, ¡cuánta fortaleza de ánimo no demanda muchas veces: cuando todas las mañanas se ha de volver a los mismos trabajos tal vez rudos y fastidiosos en su monotonía; cuando hay que soportar, en bien de la paz, con la sonrisa en los labios, amablemente, alegremente, los defectos recíprocos, los contrastes nunca vencidos, las pequeñas divergencias de gustos, de hábitos, de ideas, a los que da lugar frecuentemente la vida en común; cuando en medio de incidentes y dificultades menudas, muchas veces inevitables, no se debe turbar ni menguar la calma y el buen humor; cuando en un choque impensado, hay que ayudarse del saber callar, de contener a tiempo la queja, de cambiar y dulcificar la palabra, que, de ser pronunciada, desahogaría los nervios irritados, pero difundiría una nube oscura en la atmósfera de las paredes domésticas! Son mil detalles insignificantes, momentos fugaces de la vida cotidiana, cada uno de los cuales es muy poca cosa, casi nada; pero que acaban por hacerse muy gravosos con su continuidad y su acumulación, y en los cuales, sin embargo, viene a tejerse y a encadenarse en su mayor parte, gracias a la recíproca tolerancia, la paz y la alegría de un hogar.

201. Sin embargo, la fuente, el alimento y el sostén de la alegría y de la paz de la familia, debe ser particularmente la mujer, la esposa, la madre. ¿No es ella la que aumenta, une y vincula con lazos de amor al padre con los hijos, la que con su afecto viene a compendiar en sí la familia, vela sobre ella, la guarda, la protege y la defiende? Ella es el canto de la cuna, la sonrisa de los niños rosados y

¹ Gen. I, 28.

vivos, o llorosos y enfermos; la primera maestra que les hace levantar la vista al cielo, que lleva a sus hijos e hijas a postrarse ante los altares sagrados, que les inspira a veces los pensamientos y deseos más sublimes. Dadnos una madre que sienta profundamente en su corazón la maternidad espiritual, no menos que la natural, y veremos en ella la heroína de la familia, la mujer fuerte, a la cual podréis ensalzar con el canto del Rey Samuel en el libro de los Proverbios, y decir de ella: “La fortaleza y el decoro son su vestidura, y mira con confianza el porvenir. Abre su boca a la sabiduría, y la ley de la bondad gobierna su lengua. Vigila ella misma la marcha de su casa, y no come el pan en la ociosidad. Sus hijos se levantan para llamarla bienaventurada, y su marido para elogiarla”¹. Permitid que demos a la madre y a la mujer fuerte otra alabanza, la alabanza del heroísmo en el dolor, como corresponde a la que, con frecuencia, en la escuela de la desventura, de la aflicción y de la pena, es más valiente, intrépida y resignada que el hombre, porque sabe aprender del amor el dolor. Contemplad a las piadosas mujeres del Evangelio, que siguen a Cristo y le asisten con sus medios, y sobre el camino del Calvario le acompañan llorando hasta la Cruz². El corazón de Cristo es todo misericordia hacia las lágrimas de la mujer: lo supieron las llorosas hermanas de Lázaro, la doliente viuda de Naín, la Magdalena que lloraba ante el sepulcro. Y también hoy, en esta hora tan cruenta, ¿quién sabría decir a cuántas madres, aunque nos les resucite el hijo muerto, la benignidad del Redentor derrama en el seno el bálsamo de su palabra consoladora. “Noli flere”, “No llores”?³.

No dudéis, queridos recién casados: mirad esperanzados a la alta meta del heroísmo en el camino de la vida que emprendéis. Siempre ha sido verdad que, desde las cosas mas pequeñas, se emprende la marcha hacia las mas grandes, y que la virtud es una flor que corona el crecido tallo, regado por la fatiga asidua de cada día. Este es el heroísmo cotidiano de la fidelidad a los deberes acostumbrados y comunes de la vida ordinaria; heroísmo que forma. y prepara las almas, que las eleva y las temple para las jornadas en que Dios tal vez les pedirá un heroísmo extraordinario.

202. No busquéis en otra parte la fuente de tales heroísmos. En las vicisitudes de la vida familiar, como en todas las circunstancias del vivir humano, el heroísmo tiene su raíz esencial en el sentimiento profundo y dominador del deber, de aquel deber con el cual no es posible transigir ni pactar, que tiene que prevalecer en todo y sobre todo; sentimiento del deber que, para los cristianos, es el reconocimiento consciente del dominio soberano de Dios sobre nosotros, de su soberana autoridad y de su bondad soberana, sentimiento que nos enseña que la voluntad de Dios claramente manifestada no admite discusiones, sino que impone un sometimiento total; sentimiento que, por encima de todas las cosas, nos hace comprender que esta voluntad divina es la voz de un infinito amor para nosotros; sentimiento, en una palabra, que no es de un deber abstracto o de una ley prepotente e inexorable, hostil, y destructora de la libertad humana en el querer y en el obrar, sino que responde y se inclina a las exigencias de un amor, de una amistad infinitamente generosa, que trasciende y gobierna las multiformes vicisitudes de nuestra vida de aquí abajo.

Un sentimiento cristiano tan potente del deber, crecerá y se reforzará en vosotros, hijos e hijas, con la fidelidad perseverante a vuestros deberes y obligaciones cotidianas más humildes. Los sacrificios menudos, las pequeñas victorias sobre vosotros mismos, irán vigorizando y enraizando de día en día el hábito virtuoso de no preocuparos de impresiones, impulsos o repugnancias, que broten en el sendero de vuestra vida, cada vez que se trate de un deber, de una voluntad de Dios que cumplir. El heroísmo no es fruto de un día, ni madura en un mañana. Las almas grandes se forman y elevan a través de lentas ascensiones, para encontrarse prontas, cuando llegue la ocasión, a las gestas magníficas y a los supremos triunfos que nos llenan de admiración.

A fin de que en vuestras almas crezcan estos sentimientos cristianos del deber y esta alegre y valerosa confianza, os damos de todo corazón, como prenda de los favores celestes más grandes, Nuestra paternal bendición apostólica.

¹ Prov. XXXI, 25-28.

² Lc. VIII, 1-3, 23-27.

³ Lc. VII, 13.

LII
LA AUTORIDAD DE LA FAMILIA:
1) MARIDO Y MUJER

10 de Septiembre de 1941. (Ecclesia, 15 de Oct. de 1941.)

203. Cuando hace unos días, queridos recién casados, bajo la mirada de Dios y en presencia del sacerdote, haciéndoos ministros del gran Sacramento que recibíais, cambiasteis recíprocamente vuestro solemne y libre consentimiento en la obligación de indisoluble comunidad de la vida, sentisteis en ese sagrado acto, dentro de vuestra alma, que estabais y obrabais en condiciones de perfecta igualdad, de manera que el contacto matrimonial ha sido concluido entre vosotros con plena independencia, como entre personas que tienen derechos estrictamente iguales. Allí se manifestó vuestra dignidad humana en toda la grandeza de su libre voluntad.

Pero en aquel mismo momento fundasteis una familia. Ahora bien, toda familia es una sociedad de vida; toda sociedad bien ordenada requiere un jefe; toda potestad de jefe proviene de Dios. Por eso también la familia fundada por vosotros tiene un jefe investido por Dios de autoridad sobre aquella que se le ha dado por compañera para constituir su primer núcleo, y sobre aquellos que con la bendición del Señor vendrán a acrecentarlo y alegrarlo, como vigorosos retoños alrededor del tronco del olivo.

Sí; la autoridad del jefe de la familia viene de Dios, como vino de Dios a Adán la dignidad y la autoridad de primer jefe del género humano, dotado de todos los dones que había de transmitir a su prole; por eso él fué formado primero, y Eva después; y, como dice San Pablo, Adán no fué engañado, sino que fué la mujer quien se dejó seducir y prevaricó¹. La curiosidad de Eva al mirar el hermoso fruto del Paraíso terrestre, y su conversación con la serpiente, ¡cuánto daño causaron al primer hombre, a ella misma, a todos sus hijos y a nosotros! A ella, además de multiplicarle los afanes y los dolores, Dios le dijo que quedaría sometida al marido². ¡Oh esposas y madres cristianas! No cedáis nunca a la sed de usurpar el centro de la familia. Vuestro cetro – cetro de amor – debe ser el que os pone en las manos el Apóstol de las gentes; el salvador, mediante la procreación de los hijos, si os conserváis en la fe, en la caridad y en la santidad, con modestia³.

204. En la santidad, por medio de la gracia, los cónyuges están unidos con Cristo de un modo igual e inmediato. En verdad, aquellos que han sido bautizados en Cristo y se han revestido de Él – escribía San Pablo –, son todos hijos de Dios, y no existe diferencia entre hombres y mujer, porque todos son uno solo en Cristo Jesús⁴. En cambio, en la Iglesia y en la familia, en cuanto son sociedades visibles, la condición es diferente. Por eso el mismo Apóstol amonestaba: “Quiero que sepáis que la cabeza de todos los hombres es Cristo, y la cabeza de la mujer es el marido, y la cabeza de Cristo es Dios”⁵. Del mismo modo que Cristo, en cuanto hombre, está sometido a Dios, y todo cristiano está sometido a Cristo, del cual es miembro, así la mujer está sometida al hombre, el cual, en virtud del matrimonio, se ha convertido con ella en una sola carne”⁶. El gran Apóstol advertía la necesidad de recordar esta verdad y este hecho fundamental a los convertidos de Corinto, porque muchas ideas y costumbres del mundo pagano se los podían haber hecho olvidar fácilmente, o no comprenderlos y desfigurarlos. ¿No sentiría quizá la misma necesidad de sus amonestaciones, si hablara con no pocos cristianos de hoy día? ¿No sopla en nuestros tiempos un aire malsano de paganismo renacido?

205. Las condiciones de vida que se derivan al presente del estado económico y social, por lo que se refiere a la orientación hacia las profesiones, las artes y los oficios, y por la entrada de hombres y mujeres en las fábricas, en las oficinas y en los diversos empleos, tienden a engendrar e introducir prácticamente una amplia paridad de las actividades de la mujer con las del hombre, de tal manera

¹ I Tim. II, 13-14.

² Gen. III, 16.

³ I Tim. II, 15.

⁴ Gal. III, 26-28.

⁵ I Cor. XI, 3.

⁶ Mt. XIX, 6.

que los esposos se encuentran no pocas veces en una situación que casi raya en la igualdad. Marido y mujer ejercen a menudo profesiones de la misma categoría, aportan con su trabajo personal una contribución casi idéntica al presupuesto familiar, al tiempo que, por su mismo trabajo, se ven obligados a llevar una vida asaz independiente el uno del otro. Mientras tanto, los hijos que Dios les envía, ¿qué vigilancia reciben, qué custodia, qué educación, qué instrucción? Se les ve, no digamos abandonados, pero sí muy a menudo entregados desde el principio a manos extrañas, formados y guiados por otros más que por su madre, apartada de ellos por el ejercicio de su profesión. ¿Qué de extraño tiene que se debilite y disminuya, hasta perderse, el sentido de la jerarquía familiar, si el gobierno del padre y la vigilancia de la madre no consiguen hacer grata y amable la conveniencia doméstica?

206. Sin embargo, el concepto cristiano del matrimonio, que San Pablo enseñaba a sus discípulos de Éfeso, lo mismo que a los de Corinto, no puede ser más abierto ni mas claro: “Las mujeres deben estar sometidas a sus maridos, lo mismo que al Señor: porque el hombre es la cabeza de la mujer, como Cristo es la cabeza de la Iglesia... Como la Iglesia está sometida a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. Vosotros, hombres, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó Él mismo por ella. Cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y la mujer respete a su marido”¹.

Esta doctrina y esta enseñanza de Pablo no son otra cosa que la enseñanza y la doctrina de Cristo. El Divino Redentor vino a restaurar de esta manera lo que el paganismo había trastornado. Atenas y Roma, faros de la civilización, aunque derramaron tanta luz de naturaleza sobre los vínculos familiares, no consiguieron, ni con las altas especulaciones de la filosofía, ni con la sabiduría de la legislación, ni con la severidad de la censura, colocar a la mujer en su verdadero puesto en la familia.

En el mundo romano, a pesar del respeto y la dignidad de que estaba rodeada la madre de familia: “*Uxor dignitatis nomen est, non voluptatis*”², la mujer estaba jurídicamente sometida, según el antiguo derecho quirritario, a la ilimitada y total potestad del marido o del pater-familias, que tenía el dominio de la casa “*qui in domo dominium habet*”³, porque también ella estaba “*in mariti manu mancipioque aut in eius, in cuius mariti manu mancipioque esset*”⁴. Por eso el austero censor Catón proclamaba delante del pueblo romano: “*Maiores nostri nullam, ne privatam quidem rem agere feminas sine tutore auctore voluerunt; in manu esse parentum, fratrum, virorum*”⁵.

Pero en los siglos posteriores, caído en desuso todo el derecho gentilicio de los antiguos⁶, aquella férrea disciplina desapareció, y las mujeres quedaron prácticamente dependientes de toda autoridad marital.

207. Es cierto que continuaron dándose nobles ejemplos de mujeres y madres excelentes, imitadoras de las antiguas matronas, como aquella Ostoria, de ilustre familia, de la cual un sarcófago recientemente descubierto en las criptas vaticanas – ya mencionado por Nos en otra ocasión – ha conservado en su inscripción, probablemente del siglo III después de Cristo, este elogio: “*Incomparabilis (sic) castitatis et amoris erga maritum exempli femina*”⁷, documento que sobrevive para demostrar que semejantes virtudes de castidad y de fidelidad conyugal., aun siendo entonces demasiado raras, no cesaban de merecer la estimación de los romanos. Pero a tales caracteres irrepreensibles se oponía y contrastaba el número siempre creciente de mujeres, especialmente de la alta sociedad, reacias y esquivas a los deberes de la maternidad, ansiosas de ocupaciones y de aptitudes propias

¹ Ef. V, 22-25, 33.

² Spartiani Aelius Verus, %, 12. (N. T.: “el nombre de mujer es nombre de dignidad, no de placer”).

³ Ulpiano, L. 195, 2, De v. s. 50-16. (N. T.: “que tiene el dominio en la casa”).

⁴ Gellii Noctium Attic. XVIII, 69. (N. T.: “en poder y servicio del marido, o de aquel a quien tiene al marido en su poder y servicio”).

⁵ Tito Livio Ab urbe cond. L. 34, c. 2. (N. T.: “nuestros antepasados prohibieron a las mujeres desempeñar cualquier cargo, aún privado, sin la autorización de un tutor; las querían sujetas a sus padres, a los hermanos, a los hombres”).

⁶ Gaii Institut. III, 17.

⁷ N. T.: “mujer de incomparable castidad, modelo de amor hacia su marido”.

hasta entonces solamente de los hombres, al mismo tiempo que, con la multiplicación de los divorcios, la familia se iba disolviendo, y las costumbres y los afectos femeninos se desviaban del camino recto de la vida virtuosa, hasta el extremo de arrancar a Séneca la conocida amarga lamentación: “¿Por ventura queda alguna mujer que se ruborice de romper el matrimonio, después que tantas ilustres y nobles damas cuentan sus años no por el número de los Cónsules, sino por el de los maridos, y se divorcian para casarse, y se casan para divorciarse?”¹. La, mujer tiene un gran poder sobre la moral pública y privada, por que tiene un gran poder sobre el hombre: recordad que Eva, seducida por la serpiente, dió el fruto prohibido a Adán, y éste también lo comió.

208. Restablecer en la familia la jerarquía indispensable a su unidad y a su felicidad, y restituir al mismo tiempo el amor conyugal a su primitiva y verdadera grandeza, fué una de las mayores obras del cristianismo desde el día en que Cristo afirmó a la faz de los fariseos y del mundo: “*Quod ergo Deus coniunxit, homo non separet*”², lo que Dios ha unido, no intente separarlo el hombre. Esta es la jerarquía esencial de naturaleza, insita en la unidad del matrimonio, que la Divina Providencia creadora ha señalado con las cualidades distintas, recíprocamente complementarias, de que quiso dotar al hombre y a la mujer: “Ni el hombre sin la mujer, ni la mujer sin el hombre, según el Señor”³, exclamaba San Pablo. Al hombre la primacía en la unidad, el vigor en el cuerpo, los dones necesarios para el trabajo con que ha de proveer y asegurar el sustento de la familia; a él le fué dicho, en efecto: “Con el sudor de tu frente te ganarás el pan”⁴. A la mujer le ha reservado Dios los dolores del parto, los trabajos de la lactancia y de la primera educación de los hijos, para los cuales no valdrán nunca tanto los mejores cuidados de personas extrañas, como las afectuosas solicitudes del amor maternal.

209. Pero sin dejar de mantener firme la dependencia de la mujer respecto al marido, sancionada en las primeras paginas de la Revelación⁵, el Apóstol de las gentes recuerda que Cristo, todo misericordia para nosotros y para la mujer, ha endulzado ese poco de amargura que aun quedaba en el fondo de la Ley antigua, y ha mostrado, en su divina unión con la Iglesia, desposada con Él “la sangre bendita”, cómo la autoridad del jefe y la sujeción de la esposa, sin que se mermen en nada, pueden ser transfiguradas por la fuerza del amor, de un amor que imite a aquel con que Él se une a su Iglesia; y de que manera la constancia del mando y la docilidad respetuosa de la obediencia pueden encontrar, en un amor activo mutuo, el olvido de sí mismo y el generoso don reciproco, de tal modo que también de aquí nazca y se consolide la paz doméstica que, como una flor del orden y del cariño, fué difundida por San Agustín como la ordenada concordia de mandar y de obedecer entre aquellos que viven juntos: “*Ordinata imperandi obediendique concordia co-habitantium*”⁶. Este ha de ser el modelo de vuestras familias cristianas.

Vosotros, maridos, habéis sido investidos de la autoridad. Cada uno de vosotros es el jefe en vuestro hogar, con todos los deberes y las responsabilidades que este título significa. No dudéis ni vaciléis, pues, en ejercer dicha autoridad; no os sustraigáis a esos deberes, no huyáis de esas responsabilidades. La indolencia, el descuido, el egoísmo y la distracción no os deben hacer abandonar el timón de la navecilla de vuestra casa, confiado a vuestras manos; pero, ¿qué delicadeza, qué respeto, cuánto cariño deberá demostrar y practicar vuestra autoridad, en cualquier circunstancia alegre o triste, respecto a aquella que habéis escogido para compañera de vuestra vida? Como dice el gran Obispo de Hipona antes nombrado, vuestros mandatos deben tener dulzura de consejos, para que la obediencia obtenga de ellos consuelo y estímulo. En la casa del cristiano, que vive por la fe y es todavía peregrino hacia la ciudad celeste, los mismos que mandan sirven a aquellos sobre los que parecen mandar; porque no mandan por ansia de señorear, sino por oficio de aconsejar; no por soberbia de prevalecer, sino por misericordia de proveer⁷. Tomad ejemplo de San José. Él contempla-

¹ Séneca, “De Beneficiis”, L. III, 16, 2.

² Mt. XIX, 6.

³ I cor. II, 11.

⁴ Gen. III, 19.

⁵ Gen. III, 16.

⁶ De Civ. Dei, L. 19, c. 14. (N.T.: la armonía, ordenada en el mandar y obedecer de los que conviven juntos”).

⁷ San Agustín, loc. cit.

ba frente a sí a la Santísima Virgen, mejor, más alta y más excelsa que él mismo; un respeto soberano le hacía venerar en ella a la Reina de los ángeles y de los hombres, a la Madre de Dios: sin embargo, él permanecía y continuaba en su puesto de jefe de la Sagrada Familia, sin faltar a ninguna de las altas obligaciones que le imponía semejante título.

210. Vosotras, esposas, levantad vuestros ánimos. No os contentéis con aceptar y casi soportar esta autoridad del marido, a que Dios os ha sometido en las ordenaciones de la naturaleza y de la gracia. Debéis amarla en vuestra sincera sumisión, y amarla con el mismo amor respetuoso que tributáis a la misma autoridad de nuestro Señor, de la cual proviene toda potestad de jefatura. Sabemos bien que del mismo modo que la paridad en los estudios, las escuelas, las ciencias, los deportes y las competiciones hace subir el orgullo a no pocos corazones femeninos, así también vuestra susceptible sensibilidad de mujeres modernas, jóvenes e independientes, se plegara, no sin dificultad, a la sujeción casera. En torno a vosotras, muchas voces os la representarán como una cosa injusta, os sugerirán un dominio más altivo de vosotras mismas; os repetirán que sois iguales en todo a vuestros maridos, incluso superiores a ellos en muchos aspectos. Delante de esas voces serpentinas, tentadoras, no seáis como otras tantas Evas que se dejen desviar del camino que únicamente puede conducirlos, incluso aquí abajo, a la verdadera felicidad. La mayor independencia, a la cual tenéis un derecho sagrado, es la independencia de un alma fuertemente cristiana delante de las imposiciones del mal. Allí donde surja la obligación, y grite y advierta a vuestra mente y vuestro corazón, cuando os halléis frente a cualquier mandato que vaya contra los preceptos inviolables de la ley divina, contra los deberes imprescriptibles de cristianas, de esposas y de madres, allí debéis conservar y defender respetuosamente, tranquilamente, afectuosamente, pero firmemente e irrevocablemente, toda la inalienable Y sagrada independencia de vuestra conciencia. A veces hay en la vida días en que relampaguea la hora de un heroísmo o de una victoria de la que Dios y los ángeles son, en el secreto, los únicos e invisibles testigos. Pero en todo lo demás, cuando se os pida el sacrificio de un capricho o de una preferencia personal, aun muy legítimas, alegraos de que estas leves renunciaciones encuentren su compensación ganando cada día más el corazón que se ha dado a vosotras, acrecentando y robusteciendo continuamente aquella íntima unión de pensamientos, de sentimientos y de voluntades que es el único medio que podrá haceros factible y dulce la alta misión que se os ha confiado respecto a vuestros hijos, misión que se perturbaría gravemente por cualquier falta de concordia entre vosotros. Y puesto que en la familia, como en cualquiera asociación de dos o más personas en atención a un fin, es indispensable una autoridad que la encamine y la dirija hacia ésta, salvaguardando eficazmente la unión, vosotras debéis amar ese vínculo que hace de ambos un solo querer, aunque en el camino de la vida el uno vaya por delante y la otra le siga; debéis amarlo con todo el amor que sentís por vuestro hogar doméstico.

La bendición apostólica que os damos desde el fondo de Nuestro corazón paterno, sea para vosotros, queridos recién casados, prenda de gracias cada vez más abundantes cuanto más avancéis en el sendero de la vida, gracias que os ayudarán a perseverar en esta unión de vuestras almas y en la fidelidad absoluta a vuestros recíprocos deberes.

LIII

LA AUTORIDAD EN LA FAMILIA:

2) PADRES E HIJOS

24 de Septiembre de 1941. (Ecclesia, 15 de Nov. de 1941.)

211. Con doble y estrecho lazo, queridos recién casados, se desarrolla y suele crecer la familia que vosotros habéis inaugurado a los pies del altar y del sacerdote con tanto gozo y tanta esperanza. Es el lazo que une y estrecha bajo el mismo techo común los cónyuges entre sí y los padres, con los hijos. El primer vagido que sale de una cuna hace rebosar de gozo a la madre, al padre, a los parientes y amigos; y en aquella aurora de una vida primeriza, he aquí que aparece por vez primera la autoridad del padre, y después de él, la de la madre, los cuales sienten en sí el deber y tienen solícito

cuidado de que el bautismo haga de aquel niño un hijo de Dios, borre su culpa original, le comunique la vida de la gracia y le abra las puertas del paraíso; porque de los niños es el reino de los cielos. ¡Cómo no debe ennoblecer este pensamiento a un padre que se gloria de su fe en Cristo, y consolar a una madre que ama la salvación de sus hijos! Así, todo niño que recibe el sello de la adopción divina y bebe de la fuente del agua sobrenatural, inicia en la Iglesia, como viandante, el camino de la vida a través de los senderos inciertos y peligrosos del mundo. ¿Qué será de este niño? Los niños son cañas agitadas por el viento; son flores de cuya corola aún los céfiros arrebatan algún pétalo; son tierra virgen en cuyo fondo ha puesto Dios las semillas de la bondad, a la que acechan los sentidos y los pensamientos del corazón humano inclinados al mal desde la adolescencia, por la soberbia de la vida y por el incentivo de los ojos y del placer. ¿Quién asegurará aquellas cañas? ¿Quién defenderá aquellas flores? ¿Quién cultivará aquellos macizos y hará germinar en ellos las semillas de la bondad contra las asechanzas del mal? En primer lugar, la autoridad que rige la familia y los hijos; vuestra autoridad, oh padres.

212. Los padres y madres se quejan con frecuencia, en nuestros días, de que no logran hacerse obedecer de sus hijos. Niños caprichosos que a nadie hacen caso. Adolescentes que rehuyen toda guía. Jóvenes y muchachas que no toleran ningún consejo, sordos a todo aviso, afanosos de ser los primeros en los juegos y en las carreras, encaprichados en hacerlo todo por su cuenta y razón, creyendo que sólo ellos comprenden las necesidades de la vida moderna. En fin – se dice –, la nueva generación no está de ordinario dispuesta (salvo raras y apreciables excepciones) a inclinarse ante la autoridad del padre y de la madre. ¿Y cuál es la razón de esta actitud indócil? La que ordinariamente se da, es que hoy día los hijos no poseen muchas veces el sentido de la sumisión y del respeto debido a los padres y a su voz; que en la atmósfera de ardiente altivez juvenil en que viven, todo tiende a hacer que se desprendan de toda deferencia hacia sus padres y terminen por perderla; que todo lo que ven y oyen a su alrededor acaba por aumentar, inflamar y exasperar su natural y poco domada inclinación a la independencia, su desprecio del pasado, su avidez del porvenir. Si Nos ahora habláramos a niños o jóvenes, sería nuestra intención y proyecto examinar y considerar estas causas de su escasa y reacia obediencia. Pero dirigiéndose la palabra a vosotros, recién casados, que pronto tendréis que ejercitar la autoridad paterna y materna, queremos guiar vuestra atención hacia otro aspecto de tan importante materia.

213. El ejercicio normal de la autoridad depende no sólo de los que deben obedecer, sino también, y en gran escala, de los que tienen que mandar. En términos más claros: una cosa es el derecho a la posesión de la autoridad, el derecho de dar órdenes, y otra cosa es aquella preeminencia moral que constituye y adorna la autoridad efectiva, eficaz, que logra imponerse a los otros y obtener de hecho la obediencia. El primer derecho os lo confiere Dios con el hecho mismo de haceros padres y madres. La segunda prerrogativa hay que adquirirla y conservarla; puede perderse como puede aumentarse. Ahora bien: el derecho a mandar a vuestros hijos alcanzará muy poco de éstos si no va acompañado de aquel otro poder y de aquella autoridad personal sobre ellos que os asegure el ser realmente obedecidos. ¿De qué modo, con qué arte sabia podréis adquirir, conservar y aumentar ese poder moral?

Dios concede a algunos el don natural del mando, el don de saber imponer a otros la propia voluntad. Es un don precioso; no es fácil decir si reside en el alma o, en gran parte, en la persona, en el porte, en la palabra, en la mirada, en el rostro; pero no deja de ser al mismo tiempo un don temible. No abuséis de él, si lo tenéis, al tratar con vuestros hijos; correríais peligro de encoger y cerrar en el temor sus almas, de hacerles esclavos y no hijos amorosos. Templad esta fuerza con la expansión del amor que corresponda a su afecto, con la bondad suave, paciente, solícita, alentadora. Oíd al gran Apóstol San Pablo, que os exhorta: “Padres, no provoquéis la indignación de vuestros hijos, para que no decaigan de ánimo”. Recordad, oh padres, que el rigor es un mérito sólo cuando hay dulzura de corazón.

214. Hermanar la dulzura con la autoridad, es vencer y triunfar en la lucha que os plantea vuestro oficio de padres. Por otra parte, para todos los que mandan, la condición fundamental de un dominio benéfico sobre la voluntad de los otros es el dominio de sí mismos, de las propias pasiones e

impresiones. Una autoridad cualquiera no es fuerte ni se hace respetar sino cuando los súbditos la sienten en sus almas, dirigida en sus movimientos por la razón, por la fe y por el sentimiento del deber; porque entonces los súbditos sienten que al deber de ella ha de responder también su propio deber. Si las órdenes que deis a vuestros hijos, si las reprensiones que les hagáis, proceden de impulsos del momento, de ímpetus de impaciencia, de imaginaciones o de sentimientos ciegos o mal ponderados, no podrá menos de suceder que las más de las veces sean arbitrarias, incoherentes, quizás aun injustas e inoportunas. Hoy seréis para aquellos pequeños de una exigencia irracional, de una severidad inexorable, mañana pasaréis por todo. Empezaréis por negarles una cosilla, pero un momento más tarde, hartos de su lloriqueo o de su murria, se la concederéis con demostraciones de ternura, ansiosos de acabar de una vez con la escena que os irrita los nervios. ¿Por qué, pues, no sabéis dominar los movimientos de vuestro humor, refrenar vuestra fantasía y regiros a vosotros mismos mientras queréis y procuráis regir a vuestros hijos? Si en algunos momentos no os parece sentirlos del todo dueños de vosotros mismos, dejad para más tarde, para un tiempo mejor, la reprensión que queréis dar, el castigo que os creéis en el deber de imponer. En la serena y tranquila firmeza de vuestro espíritu, vuestra palabra y vuestro castigo tendrán una eficacia más diversa, un poder más educador y más autorizado que los pronto provocados por una pasión mal dominada. No olvidéis que los niños, aun los pequeñines, son todo ojos para observar y advertir, y en un momento se darán cuenta de los cambios de vuestro humor. Desde la cuna, apenas lleguen a distinguir a la madre de toda otra mujer, pronto se percatarán del poder que tiene sobre los padres débiles un mohín o un pucherito, y no dejarán de abusar en su inocente picardía. Guardaos, por lo mismo, de todo lo que pudiera disminuir vuestra autoridad ante ellos. Guardaos de mermar esta autoridad con el prurito de continuas e insistentes recomendaciones y observaciones que acaben por aburrirles; harán como si os oyese, pero no les darán ninguna importancia. Guardaos de burlar o llamar a engaño a vuestros hijos con razones o explicaciones vanas o falaces, dadas a la buena de Dios para salir del apuro y libraros de preguntas importunas. Si no os parece bien exponerles las verdaderas razones de una orden vuestra o de un hecho, os será más útil invocar su confianza en vosotros y vuestro amor para con ellos. No falseéis la verdad; si acaso, calladla; ni sospecháis siquiera tal vez, qué turbaciones y qué crisis pueden ocasionarse en aquellas almitas el día en que vengan a conocer que se ha abusado de su natural credulidad. Guardaos también de dejar transparentar una señal cualquiera de desunión entre vosotros, una diferencia cualquiera en el modo de tratar a vuestros hijos: muy pronto caerían ellos en la cuenta de que podrán valerse de la autoridad de la madre contra la del padre, o de la del padre contra la de la madre, y difícilmente resistirían a la tentación de ayudarse de esta disparidad para la satisfacción de todos sus caprichos. Guardaos, finalmente, de esperar que vuestros hijos hayan crecido en edad para ejercer sobre ellos vuestra autoridad bondadosa y serena, pero al mismo tiempo firme y franca, no plegable a escena ninguna de llantos o lloriqueos; desde los principios, desde la cuna, desde los albores de su sencilla razón, haced que prueben y sientan sobre sí manos acariciadoras y delicadas, pero también sabias y prudentes, vigilantes y enérgicas.

215. La vuestra ha de ser autoridad sin debilidad, pero autoridad que nace del amor, toda impregnada y sostenida por el amor. Sed vosotros los primeros educadores y los primeros amigos de vuestros hijos. Si, efectivamente, inspira vuestras órdenes el amor paterno y materno – un amor cristiano bajo todo aspecto, y no una complacencia egoística, más o menos inconsciente –, harán éstas mella en vuestros hijos, que las acogerán en lo profundo de sus almas sin necesidad de muchas palabras; porque el lenguaje del amor es más elocuente en el silencio de la obra que en los acentos de los labios. Un relampaguear de pequeñas señales: una inflexión de voz, un gesto imperceptible, una ligera expresión del rostro, una señal de aprobación, les revelarían, mejor que todas las protestas, cuánto afecto anima a una prohibición que les aflige, cuanta benevolencia se esconde en una amonestación que les resulta molesta; y entonces la palabra de la autoridad aparecerá a sus corazones, no como peso grave o yugo odioso que hay que sacudir cuanto antes, sino como la suprema manifestación de vuestro amor. ¿Y, con el amor, no correrá parejas el ejemplo? ¿Cómo podrán los niños, pronto imitadores por naturaleza, aprender a obedecer si ven en todas las ocasiones, que la madre no hace ningún caso de las órdenes de su padre, sino que se queja de él; si bajo el techo doméstico

oyen continuas e irreverentes críticas en contra de toda autoridad; si notan que sus padres son los primeros en no cumplir lo que mandan Dios y la Iglesia? Haced, en cambio, que tengan ante los ojos un padre y una madre que, en su manera de hablar y de obrar, den ejemplo del respeto a la legítima autoridad, de la fidelidad constante a sus propios deberes; ante un espectáculo tan edificante, aprenderán, mejor que de la exhortación más estudiada, cuál es la verdadera obediencia cristiana y cómo la deben observar respecto a sus padres. Estad convencidos, queridos recién casados, de que el buen ejemplo es el patrimonio más precioso que podéis dar y dejar a vuestros hijos. En la visión inolvidable de un tesoro de obras y de hechos, de palabras y de consejos, de actos piadosos y pasos virtuosos, que se imprimirá para siempre en su memoria y en su corazón como uno de los recuerdos más conmovedores y queridos que les evocará y resucitará vuestras personas en las horas de duda y de incertidumbre entre el bien y el mal, entre el peligro y la victoria. En los momentos oscuros, cuando el cielo se nubla, volveréis a apareceros a ellos en un horizonte que iluminará y dirigirá su camino con el camino que vosotros seguisteis a costa de aquel trabajo y de aquella paciencia, que es el precio de la felicidad aquí y en el cielo. ¿Un sueño tal vez? No: la vida que habéis comenzado con vuestra nueva familia no es un sueño: es un sendero que recorréis vestidos de una dignidad y de una autoridad que ha de ser escuela y aprendizaje para los que hereden vuestra sangre. El Padre celestial que, al llamaros a participar de la grandeza de su paternidad, os ha comunicado también su autoridad, se digne concederos el ejercitarla a imitación suya, con sabiduría y con amor. Implorando de Él esta gracia para vosotros y para todos los padres cristianos, os damos, queridos recién casados, con toda la efusión de Nuestro corazón de padre la bendición apostólica.

LIV

EL ROSARIO EN LA FAMILIA

8 de Octubre de 1941. (Ecclesia, 1 de Nov. de 1941.)

216. Venidos a Roma, queridos recién casados, a pedir la bendición del Padre común de los fieles para vuestros nuevos hogares, Nos quisiéramos que llevarais al mismo tiempo una mayor devoción al Santo Rosario de la Virgen, a la cual se consagra este mes de octubre. Devoción a la cual la piedad romana está ligada por tantos recuerdos, y que se armoniza tan bien con todas las circunstancias de la vida doméstica, con todas las necesidades y disposiciones de cada miembro de la familia.

En vuestras visitas al Santuario de esta Eterna Ciudad, cuando alguna de sus basílicas, y de sus gloriosas tumbas de santos os ha conmovido en mayor grado, y no contentos con un rápido pasaje, os habéis entretenido allí, en fervorosa plegaria por vuestras comunes intenciones, oración que os ha venido espontáneamente a los labios, o ha sido con frecuencia la recitación de alguna parte nuestro Rosario?

217. *Rosario de los nuevos esposos*, que vosotros, el uno junto a la otra, recitasteis en la aurora de vuestra nueva familia ante la vida que se abría para vosotros con sus alegres perspectivas, pero también con sus misterios y con sus responsabilidades. ¡Es tan dulce, en la alegría de estos primeros días de intimidad total, poner de esta manera esperanzas y propósitos del porvenir bajo la protección de la Virgen, toda pura y poderosa, de la Madre misericordiosa y amante, cuyas alegrías, y dolores, y glorias pasan por delante de los ojos de vuestra alma, a medida que se deslizan las decenas de Avemarías, recordándoos los ejemplos de la más santa de las familias!

218. *Rosario de los niños*. – Rosario de los pequeños, los cuales, teniendo entre sus deditos todavía inexpertos las cuentas del Rosario, repiten lentamente, con aplicación y esfuerzo, pero ya con tanto amor, el Padrenuestro y las Avemarías que la madre pacientemente les ha enseñado. Se equivocan a veces, dudan y se confunden, pero ¡hay un candor tan confiado en la mirada que dirigen a la imagen de María, de aquella que saben ya reconocer como su gran Madre del cielo! Después, será el Rosario de la Primera Comunión, que tiene un lugar aparte entre los recuerdos de tan gran día; hermoso, pero que no debe ser un vano objeto de lujo, sino un instrumento que ayude a rezar y que lleve el pensamiento a la Virgen Santísima.

219. *Rosario de la joven*. – Ya mayor, alegre y serena, pero al mismo tiempo seria y pensativa acerca de su porvenir que confía a María, Virgen inmaculada, prudente y benigna, los deseos de entrega y don de sí misma, a los cuales siente abrirse su corazón; que ruega por aquel que todavía le es a ella desconocido, pero conocido de Dios, que la Providencia le destina y que ella quisiera que fuese también cristiano ferviente y generoso. Este Rosario, que tanto le gusta recitar el domingo juntamente con sus compañeras, deberá durante la semana rezarlo otra vez entre los cuidados de la casa y al lado de su madre, o en las horas del trabajo en la oficina, o en el campo, cuando tenga un momento libre para ir a la humilde iglesia próxima.

220. *Rosario del joven*. – Aprendiz, estudiante, agricultor, que se prepara trabajando valerosamente para ganar un día el pan para sí y para los suyos. Rosario que conserva preciosamente consigo, como un protector de la pureza que desea llevar intacta al altar el día de sus nupcias. Rosario que reza, sin respeto humano, en momentos libres para el recogimiento y la oración; que le acompaña bajo el uniforme militar, en medio de las fatigas y peligros de la guerra; que apretarán sus manos por última vez el día en que acaso la Patria le pida el supremo sacrificio, y que sus compañeros de armas encontrarán conmovidos entre sus dedos fríos y ensangrentados.

221. *Rosario de la madre de familia*, de la obrera, de la, campesina, sencillo, sólido, usado ya desde mucho tiempo, que acaso no puede tener en la mano sino a la noche cuando, bien cansada de su trabajo, encontrará todavía en su fe y en su amor fuerza para rezarlo, luchando con el sueño, por todos los seres queridos, por aquellos especialmente que ella sabe más expuestos a peligros del alma y del cuerpo, que teme sean tentados o afligidos, que ve con tanta tristeza alejarse de Dios. Rosario de la mujer de mundo, acaso rica, pero con frecuencia cargada de preocupaciones y de angustias todavía más pesadas.

222. *Rosario del padre de familia*, del hombre trabajador y enérgico que nunca olvida de llevar consigo su Rosario, juntamente con la pluma estilográfica y el cuadernito de los negocios; a veces gran profesor, renombrado ingeniero, célebre clínico, abogado elocuente, artista genial, agrónomo experto, no se avergüenza de rezarlo con devota sencillez en aquellos momentos arrancados a la tiranía del trabajo profesional para templar su alma de cristiano en la paz de una iglesia a los pies del Tabernáculo.

223. *Rosario de los viejos*. – Anciana abuela que hace correr incansablemente las cuentas entre sus dedos ya gastados, en el fondo de la iglesia, mientras puede arrastrarse hasta allí con sus piernas ya casi rígidas, y durante las horas de forzada inmovilidad en su silla al lado del fuego. Anciana tía, que ha consagrado todas sus fuerzas al bien de la familia y ahora, aproximándose al término de una vida empleada en buenas obras, alterna con inagotada abnegación los pequeños servicios que todavía puede prestar con sus numerosas decenas de Avemarías, que repite sin cansarse con su Rosario.

224. *Rosario del moribundo*, apretado en la hora extrema, como su último apoyo entre sus manos temblorosas, mientras en torno a él, los seres queridos lo rezan en voz baja; rosario que quedará sobre su pecho juntamente con el Crucifijo y demostrará su confianza en la divina misericordia y en la intercesión de la Virgen, de que estaba lleno aquel corazón que ha cesado de palpitar.

225. *Rosario*, en fin, *de la familia entera*, rezado en común entre todos, pequeños y grandes; que reúne por la noche a los pies de la Virgen a los que el trabajo del día había separado; que los reúne con los ausentes y con los desaparecidos, cuyo recuerdo se aviva en una oración fervorosa, que consagra de esta manera el lazo que los une a todos, bajo la protección materna de la Virgen inmaculada, Reina del santísimo Rosario.

En Lourdes, como en Pompeya, la Virgen María ha querido demostrar con innumerables gracias cuán grata le es esta oración, a la cual ella incitaba a su confidente, Santa Bernardita, acompañando las Avemarías de la niña con el lento discurrir de su hermoso Rosario, reluciente como las rosas de oro que brillaban a sus pies.

Responded, queridos nuevos esposos, a estas invitaciones de vuestra Madre celestial, conservando a su Rosario un puesto de honor en las oraciones de vuestras nuevas familias; familias que Nos bendecimos gozosa y paternalmente, a la vez que a todos los otros hijos Nuestros e hijas aquí presentes, en el nombre del Señor.

LV
EL CORAZON ABIERTO

12 de Noviembre de 1941. (Oss. Rom., 13 de Nov. de 1941)

226. Gran cosa, queridos recién casados, es el corazón del hombre y de la mujer, cuando se unen en la comunidad de la vida para fundar una familia. Del corazón nacen los primeros anhelos, las primeras miradas, las primeras palabras que atraviesan los labios para encontrarse y cambiarse con otras que salen de otro corazón, mientras ambas se abren mutuamente en el sueño de una felicidad doméstica. Pero ¿qué es el corazón? El corazón es fuente de la vida, porque en él se inicia, avanza, se vigoriza, madura, se extiende, envejece y termina el movimiento de la vida; y todas las vicisitudes, todas las alternativas y variaciones de la vida repercuten en él según los movimientos de las pasiones que despiertan sus saltos y latidos, sacudiendo sus fibras por encontrados afectos de amor o de odio, de deseo o de miedo, de alegría o de tristeza, de esperanza o de aliento, de humildad o de orgullo, de temor o de audacia, de suavidad o de ira.

El corazón abierto es fuente de felicidad en la vida común de dos esposos, mientras un corazón cerrado disminuye su gozo y su paz. No os engañéis al hablar del corazón: es el símbolo e imagen de la voluntad. Así como el corazón físico es el principio de todos los movimientos corporales, la voluntad es el principio de todos los movimientos espirituales, porque ella mueve el entendimiento, mueve las facultades inferiores y las pasiones, mueve las fuerzas exteriores para la ejecución de la obra intentada por el entendimiento y por los sentidos internos y externos¹. ¡Pobre corazón humano, inescrutable con frecuencia para el mismo que lo lleva en el pecho! ¿Quién lo conocerá? Y, sin embargo, muchos se dedican a penetrarlo hasta en los demás y hacerlo conocer en sus afectos y en sus movimientos.

227. Más de una vez, renombrados escritores han representado en sus relatos, en sus novelas, en sus dramas, el estado moral, paradójico, a veces hasta trágico, de dos excelentes esposos, nacidos para entenderse perfectamente; pero que, por no saber abrirse el uno a la otra, viven la vida común como extraños entre sí, dejan nacer y crecer en sí mismos incomprensiones y malentendidos que, poco a poco, turban y merman su unión y no rara vez la encaminan por una vía de tristes catástrofes. Tal condición espiritual de dos cónyuges no existe sólo en las invenciones novelescas: se verifica y se encuentra, en grados diversos, en la vida real, aun entre buenos cristianos. ¿Cuál será su causa? Acaso será aquella forma de timidez natural que hace que ciertos hombres y mujeres sientan una repugnancia instintiva a manifestar sus íntimos sentimientos, a comunicarlos a cualquiera; acaso será una falta de sencillez que nace de una vanidad, de un orgullo escondido, acaso inconsciente; en otros casos, una educación defectuosa, excesivamente dura y demasiado exterior, habrá acostumbrado al alma a replegarse sobre sí misma, a no abrirse y a no confiarse por temor de ser herida en lo que tiene de más profundo y delicado.

Ahora bien, queridos hijos e hijas: esta confianza mutua, esta apertura recíproca de corazón, esta simplicidad mutua para comunicaros vuestros pensamientos, vuestras aspiraciones, vuestras preocupaciones, vuestras alegrías y tristezas, es una condición necesaria, un elemento, incluso un alimento esencial de vuestra felicidad.

228. Ante vuestros nuevos deberes, vuestras nuevas responsabilidades, una unión puramente exterior de vuestras vidas no puede bastar para poner a vuestro corazón en una viva disposición que responda a la misión que Dios os ha confiado al inspiraros que fundéis una familia, y para que permanezcáis en la bendición del Señor, persistáis en su voluntad y viváis en su amor. Para vosotros, vivir en el amor de Dios es sublimar en su amor el recíproco afecto vuestro, que no debe ser sólo benevolencia, sino aquella soberana amistad conyugal de dos corazones que se abren mutuamente queriendo y desechando las mismas cosas, y se estrechan y unen cada vez más en el afecto que los anima y mueve. Si debéis sosteneros mutuamente y daros la mano y apoyaros para hacer frente a las

¹ Cfr. Sto. Tomás, I-II, q. 17, a. 9 ad 2.

necesidades materiales de la vida, el uno dirigiendo la familia y asegurándole con el trabajo los medios necesarios para su sustento, la otra cuidando y vigilando todas las cosas en la marcha interna familiar, mucho más conviene que os completéis entre vosotros, os socorráis y prestéis mutua ayuda para superar las necesidades morales y espirituales de vuestras dos almas y de aquellos que Dios confiará a vuestra solicitud, las almas de vuestros queridos angelitos. Pero tal mutuo sostén y ayuda, ¿de qué modo llegaríais a dárselo, si vuestras almas permanecieran extrañas la una a la otra, conservando cada una celosamente sus propios secretos de negocios, de educación o de contribución a la vida común? ¿No sois como dos arroyos que nacen de las fuentes de dos familias cristianas y corren por el valle de la sociedad humana, para confundir sus límpidas aguas y fecundar el jardín de la Iglesia? ¿No sois como dos flores que asocian sus corolas, y a la sombra de la paz doméstica se abren y se hablan con el lenguaje de sus colores y con la expansión de sus perfumes?

229. No diremos que esta mutua apertura de corazón haya de ser sin límites; que sin restricción de ninguna clase tenga que exponer y abrir el uno ante la otra, en alta voz, cuanto os ha pasado u os pasa por la mente, o tiene despierto vuestro pensamiento o vuestra vigilancia. Hay secretos inviolables, que la naturaleza, una promesa, una confianza, cierran y hacen enmudecer sobre los labios. Ante todo, vosotros podéis, el uno y la otra, llegar a ser depositarios de secretos que no os pertenecen: un marido médico, abogado, oficial, funcionario del Estado, empleado de una administración, sabrá o podrá saber muchas cosas que el secreto profesional no le permite comunicar a nadie, ni siquiera a su mujer, la cual, si es sabia y prudente, le demostrará la confianza propia respetando escrupulosamente y admirando su silencio, sin hacer o intentar nada por penetrarlo. Recordad que en el matrimonio se ha suprimido vuestra responsabilidad e imputabilidad. Pero aun en lo que personalmente se refiere a vosotros, y a vosotros mira, puede darse el caso de confidencias que se harían sin utilidad y no sin peligro, que podrían hacer nociva y turbar la unión en lugar de hacerla mas estrecha, más concorde, más alegre. Un marido y una mujer no son confesores: los confesores los encontraréis en las iglesias, en los tribunales de la penitencia, donde por su carácter sacerdotal, están elevados a una esfera superior a la vida misma de la familia, a la esfera de la realidad sobrenatural, y dotados del poder de curar las llagas del espíritu; allí pueden recibir cualquier confidencia, inclinarse sobre cualquier miseria. Ellos son los padres, los maestros y los médicos de vuestras almas.

230. Pero fuera de estos secretos personales y sagrados, de la vida interior y exterior, vosotros debéis poner en común vuestras almas, como para formar de las dos un alma sola. ¿Acaso no es de suma importancia para dos novios el asegurarse que sus vidas son tales que pueden concordarse y ponerse plenamente en armonía? Si uno de los dos es sinceramente, profundamente cristiano, y el otro – como por desgracia puede ocurrir – poco o nada creyente, poco o nada cuidadoso de los deberes y de las prácticas religiosas, comprenderéis bien que entre estas dos almas quedará, pese a todo un mutuo amor, una penosa disonancia, que no se armonizará enteramente, sino en el día en que se verifique, en su más pleno sentido, la palabra de San Pablo: “*Santificatus est vir infidelis per mulierem fidelem, et sanctificata est mulier infidelis per virum fidelem*”¹.

231. Cuando, en cambio, en una casa, un ideal común de vida une ya a los dos cónyuges, y ambos son por la gracia santificante hijos de Dios y moradas del Espíritu Santo, entonces es posible y dulce confiarse recíprocamente alegrías y tristezas, temores y esperanzas, planes y designios sobre el orden interno de la casa, sobre el porvenir de la familia, sobre la educación de los hijos: todo esto lo pensarán entre los dos y lo preverán, procurarán y llevarán a cabo con confiada concordia. Entonces, cuando sea necesario, el mutuo amor y el común espíritu cristiano harán esfumarse toda discordancia y se cambiarán en ayuda y fuerza para vencer las dudas y las vacilaciones de una timidez natural, incierta sobre sus pasos, para dominar aquellas inclinaciones y hábitos de aislamiento o de repliegue en el propio ánimo, que fácilmente crean y alimentan un silencioso descontento: no se torcerá ante el vigor necesario para tal necesidad y victoria, porque se comprenderá su importancia. De este mismo amor, de donde nace el deseo de íntima fusión de vuestras vidas, tomaréis el ardor y el arrojo para las oportunas modificaciones y convenientes adaptaciones de vuestros gustos, de

¹ I Cor. VII, 14.

vuestras costumbres, de vuestras preferencias o predilecciones naturales, no cediendo a las insinuaciones del egoísmo y de la indolencia. ¿No es esto lo que la providencia de Dios, que os ha unido, pide a la generosidad de vuestro corazón, a aquel espíritu de verdadera comunidad de vida que hace suyo lo que agrada a la persona con quien se vive? ¿No es acaso conforme al intento divino de vuestra unión el tomaros interés por cuanto interesa a vuestro marido o a vuestra mujer?

La indiferencia y el descuido son las peores entre las innumerables formas del egoísmo humano. Nada hará tan posible entre vosotros las confianzas mutuas, como el interés verdadero, sencillo, sincero, cordial, sentido y manifestado para todo lo que quiere aquel con quien compartís la vida. Aquella carrera, aquellos estudios, aquel trabajo, aquel oficio, aquel empleo, no serán los vuestros, oh esposas, y no os dirán nada a vosotros; pero son la carrera, los estudios el trabajo, el oficio, el empleo de vuestro marido, por los cuales él se apasiona y suda, a los cuales liga los sueños de su porvenir, las esperanzas de un mejoramiento familiar y personal; ¿y podría esto no tener para vosotras importancia? Y a vosotros, esposos, es cierto que no os faltan graves preocupaciones profesionales; pero ante los mil cuidados de vuestra mujer para hacer más confortable el interior de vuestra morada común, para hacerlo más tranquilo, ante sus industrias para gustaros ella misma cada vez más en todo, ante sus atentas inquietudes por la educación de los hijos, por las obras de bien y de utilidad religiosa y social, ¿quedaréis fríos, olvidadizos, incluso groseros y gruñones?

232. Pero la buena familia que acabáis de iniciar, es hija de vuestras dos familias que os han hecho crecer, os han educado e instruído: en cierto modo, cada uno de vosotros ha entrado en la familia del otro; familia que de ahora en adelante ya no os es extraña, y hasta podéis llamarla vuestra, porque junto a aquel hogar habéis encontrado vosotros vuestra compañera o vuestro compañero. No olvidéis, pues, a aquellos vuestros afines, a aquel padre, a aquella madre que os han dado su querida hija o su hijo; tomad parte en todo cuanto les interesa, en sus alegrías como en sus lutos; haced por comprender sus ideas, sus gustos, maneras, demostradles con el afecto concorde, el vínculo que a ellos os liga. También en aquella familia, vuestro corazón debe saber abrirse y entrar en una generosa y confiada entrega de ánimo y de pensamientos.. ¡Qué pena sería para vuestro marido, para vuestra mujer, si os mantuvierais esquivos y despreocupados de aquellas personas y de aquella casa que son los suyos!

El corazón abierto, si por todos los escritores que a través de los siglos han descrito y cantado los elogios de la amistad, ha sido llamado y exaltado con el fundamento del vínculo que ata en el afecto a dos amigos, ha de exigirse más en la vida conyugal, como vértice del santuario, de la paz y de la alegría doméstica, donde un corazón que se abre a vosotros, y al que se os ha concedido en todo momento poder abrir el vuestro, así sea la mañana, el mediodía o la tarde de vuestra jornada, es siempre fuente y alimento de aquella felicidad que, más que en la simple amistad, se goza en el matrimonio cristiano, cristianamente vivido. Que Dios, queridos recién casados, os conceda con su gracia el afrontar con ánimo cada vez más generoso los pequeños sacrificios que acaso requiere el gustar, plenamente de tanta felicidad. Esto le pedimos para vosotros, mientras de corazón os impartimos Nuestra paterna bendición apostólica.

LVI

POR QUE HABLA EL PAPA A LOS RECIEN CASADOS

21 de Enero de 1942. (Oss. Rom., 22 de Enero de 1942)

233. Vuestra agradable presencia, amados recién casados, reaviva y trae a Nuestro pensamiento y presenta ante nuestros ojos las numerosas series de esposos venidos, como hoy vosotros, a pedir la bendición apostólica sobre aurora rosada y sobre las encendidas esperanzas de sus nuevas familias, a las cuales Nos, ya en muchas ocasiones habíamos dirigido la palabra que, recogida por los diarios católicos o en pequeños volúmenes, ha caído tal vez también bajo vuestra mirada. Pero creemos hoy que, junto con el anhelo de Nuestra bendición, llevaréis escondida en vuestro pecho la pregunta de

por qué Nos nos afanamos tanto en multiplicar cuanto lo hemos hecho Nuestras audiencias a los amados recién casados.

¿Qué podríamos, que deberíamos responderos? Queréis penetrar en Nuestro corazón. Intentáis sorprender sus palpitaciones, los pensamientos que suben del corazón y se inflaman sobre los labios de un padre de la universal familia cristiana, de un padre que, como Pedro, de quien es sucesor, arde con aquella caridad hacia Cristo y hacia su esposa la Iglesia, que le hace amar las ovejas y los corderos, que en los brotes de la familia cristiana ve regenerarse a. los hijos de Dios, dilatarse el jardín de la fe y de la gracia, educarse y multiplicarse las flores del cielo; de un Padre que habla con sus hijos, que sois vosotros, sobre las cosas de la familia, y que con tal propósito resucita ante vosotros un recuerdo que le anima, un viejo y bello recuerdo de la familia apostólica, que se remonta a. los orígenes mismos de la Iglesia, gran Madre de la familia cristiana.

234. Un día, los jefes de esta familia, los Doce – el primero de los cuales era Pedro, cuyo lugar ocupamos ahora indignamente –, en medio de las fatigas de su apostolado, observaron que, creciendo de día en día el número de los discípulos, no hubieran podido por sí mismos proveer a todo lo necesario para su grey, especialmente en la asistencia cotidiana a las viudas y en el servicio de las mesas. Convocaron por ello a los fieles y les invitaron a escoger entre ellos siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de Sabiduría – los diáconos –, a los cuales confiarían aquel oficio mientras ellos – Pedro y los demás Apóstoles – continuarían aplicándose “a la oración y al ministerio de la palabra”: *“Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus”*¹. Apóstoles escogidos por Cristo y enviados como maestros de todas las gentes, ¿no debían acaso, ante todo, dar testimonio de su divina misión y transmitir su buena nueva? Y, en realidad, jamás se dispensaron de hacerlo de viva voz y por escrito, entre peligros y persecuciones, dentro y fuera de los confines del Imperio Romano, prontos a sellar, incluso con su sangre, la palabra infatigable y noblemente anunciada a las gentes. Si es verdad que han pasado diecinueve siglos, su voz, que es camino, verdad y vida, ha llegado desde la tierra de Palestina, de edad en edad, de región en región, de monte en monte, de mar en mar, de continente en continente, de pueblo en pueblo, de boca, en boca, difundida por ardientes heraldos de su fe, hasta los confines de la tierra. El pequeño grano de mostaza, germinado entonces en Jerusalén, ha crecido hasta ser árbol inmenso: sus ramas cubren el mundo; su follaje presta asilo a cerca de 400 millones de creyentes. Éste es el Reino de Dios, del Padre celestial, que el Divino Redentor hace pedir en la oración dominical que venga sobre la tierra. Reino sin duda espiritual, pero que se desenvuelve y opera en este mundo, donde somos peregrinos, camino de una patria más allá de las estrellas; gran Reino en el que se ha dilatado y crecido, ávida y segura de un porvenir que se cerrará con los siglos humanos, la pequeña familia de los primeros años. El cual, compuesto de hombres visiblemente unidos entre sí, como un inmenso rebaño bajo un único Sumo Pastor, no puede carecer de un orden de gobierno, de una subordinación de personas, de una administración de cosas. Son por ello numerosos los que, émulos de los primeros diáconos, ayudan con tanto celo aquí en Roma, y a través del mundo entero al Papa, sucesor de Pedro, en el cumplimiento de su grave oficio. Pero por muy vasta y múltiple que haya venido a ser su preocupación en el gobierno de la Iglesia, ¿podría, acaso, el que se sienta en la Cátedra Apostólica desmentir aquel “ministerio de la palabra”, que San Pedro consideraba, junto con la oración, como el principal entre sus deberes de Apóstol? ¿Y no le había dicho Cristo a él y a los otros discípulos: “Id, enseñad a todas las gentes lo que yo os he enseñado”². ¿Y no gritaba el Apóstol Pablo: “Soy deudor de mi palabra a los sabios y a los ignorantes”³. ¿No entra, acaso, por el oído, la fe en los corazones? ¿Y no es la palabra de Dios el camino, la verdad y la vida? Ella es viva y eficaz, más afilada que una espada de dos filos, penetrante hasta dividir el alma y el espíritu, los tendones y la medula, y escrutadora del pensamiento y de las intenciones del corazón⁴. Amamos la palabra de Dios porque en ella refulge, se manifiesta y como que se encarna por segunda vez para nosotros el Verbo Divino.

¹ Act. VI, 4.

² Cfr. Mt. XXVIII, 19.

³ Cfr. Rom. I, 14.

⁴ Hebr. IV, 12.

235. Sin duda, Nos ejercitamos tal ministerio, en primer lugar, cuando en ocasiones solemnes nos dirigimos a toda la Iglesia, a los Obispos, nuestros hermanos en el Episcopado; pero Padre de todos como somos, hasta de los más humildes, Pastor no solamente de las ovejas, sino también de los corderos, ¿cómo tendríamos ánimo para renunciar al ejercicio sencillo y santo del ministerio de la palabra, y llevar directamente a Nuestros hijos, con Nuestra voz, las enseñanzas que nos ha confiado Cristo Nuestro Maestro? Y en el corazón de todo sacerdote, de todo Obispo, por la gracia misma de la ordenación sacerdotal y de la consagración episcopal, ¿acaso no ha puesto y encendido Dios la sed inextinguible de este sagrado ministerio con relación al pueblo cristiano? ¿No es todo ministro de Dios maestro también de las almas?

De aquí comprenderéis vosotros, amados hijos e hijas, qué íntimo gozo y qué verdadera consolación penetrará e inflamará Nuestra alma cuando en medio de los grandes cuidados de la Iglesia universal, podemos venir aquí a vosotros con un sentimiento idéntico al del padre que goza conversando con sus hijos, del sacerdote que a los oyentes que Dios le envía, parte el pan vivo y nutritivo de la palabra evangélica, cooperando directamente al trabajo de la gracia, para revigorizar, acrecer, consolidar en su espíritu la fe, la confianza y el amor a Dios virtudes que santifican para el cielo el curso alegre o triste, según el Señor lo disponga, de esta vida, He aquí, abriéndoos Nuestro corazón, por qué gustamos de hablaros; tampoco esta vez os dejaremos partir de nuestro lado sin añadir alguna enseñanza para vuestras almas. En realidad, estas Nuestras mismas confidencias, ¿no expresan acaso una enseñanza? ¿no os muestran el gran valor de la palabra de Dios? ¿no os manifiestan el aprecio que debéis hacer de ellas cuando se os distribuyen, aun en la forma más sencilla y sobria y en las más humildes de vuestras parroquias? El Apóstol San Pablo daba gracias al Señor porque sus amados tesalonicenses “habían acogido la palabra de Dios, no como palabra de hombres, sino, como en realidad es, como palabra de Dios, la cual se muestra eficaz en los que la han creído”¹.

236. Si, en estos tiempos de vida difícil, uno de vuestros primeros pensamientos, al tratar de fundar un nuevo hogar, ha sido conocer y proveer cómo podréis asegurar a vuestra familia el pan cotidiano, poned una no menor solicitud en procurar también a vuestras almas un seguro pan espiritual. El más grave de los castigos con que Dios, por boca del profeta Amós, amenazaba al pueblo de Israel, como castigo de su inquietud, era que mandaría sobre la tierra el hambre: “Hambre no de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Dios... Se agitarán cerca de la palabra de Dios, y no la encontrarán”². Más todavía que todas las dificultades y privaciones en el aprovisionamiento material, a que las circunstancias presentes pueden exponeros, temed, amados nuevos esposos, el hambre, la falta de la palabra de Dios. Amad, buscad el pan para vuestras almas, la palabra de la fe, el conocimiento de la verdad, necesario para la salvación humana, para que vuestra inteligencia no se oscurezca por los fabricantes de sofismas y de inmoralidad con diversos errores e ignorancias. Que vuestras almas, las almas de vuestros hijos y de vuestras hijas, no descendan en el camino de la virtud y del deber y del bien, por no haberse saciado del alimento de la palabra de Dios, alimento sobresustancial que infunde fuerza y vigor para cumplir el camino de esta ida y llegar así a la ciudad feliz, donde los elegidos “no tendrán ya hambre ni sed”³.

237. No seáis negligentes, ni tardos, ni sordos a la palabra de Dios. La hora del dolor es la hora en que Dios habla: más que en los regocijos de la alegría, en los campos ensangrentados por el enorme conflicto y en la desolación de la ciudad. Dios es el dueño de las nubes y de la tempestad, a las cuales impera con su palabra. Tras de las nubes, los relámpagos y los truenos, habló un día desde el Sinaí para promulgar el decálogo de su Ley, tan violada después por los hombres. Hoy lanza su palabra a los vientos y a la tormenta, entre el terror de los mortales, y parece callar, mientras pasa sobre el inestable elemento de los mares y de los océanos, entre el rumor de la borrasca que sacude las naves fabricadas por la mano de los hombres en los arsenales de la tierra. Adoremus su paso y su silencio. Esta hora tempestuosa es la hora del retorno a Dios y del pensamiento de Dios⁴;

¹ Cfr. I Tes. II, 13.

² Amós, VIII, 11-12.

³ Apoc. VII, 16.

⁴ Cfr. Salmo LXXII, 34-35.

es la hora de la súplica y de la invocación al Altísimo, la hora de aquella verdad que dice que el Señor trastorna los proyectos de las gentes y vuelve vanos los pensamientos de los pueblos. Él gobierna y rige los testimonios de toda nave humana para conducirla entre las olas hacia el bien que Él mismo ha querido. En estos momentos de tan grande prueba, la palabra de Dios, humildemente escuchada, meditada en ferviente plegaria, es la única voz que penetra en el corazón para tranquilizar sus temores y sus ansias, para animar su seguridad y su confianza; es la única voz que se eleva para iluminar la mente sobre los misterios de la inescrutable Providencia Divina; es la única voz que conforta, sostiene y calienta, amados recién casados, vuestras almas, y os mantendrá y avivará la fe, la esperanza y el amor. Escuchadla, pues, y recogedla ávida y dócilmente de los labios de vuestros pastores. Caiga ella en vosotros, en vuestros corazones bien dispuestos, a fin de que produzca allí aquellos frutos abundantes del treinta, del sesenta y del ciento por uno, de que habla nuestro Señor en su parábola¹. Nos pedimos al Divino Maestro que fecunde Él mismo la buena semilla con copiosa gracia, de la que sea prenda la bendición apostólica que de corazón os impartimos.

LVII

LA MUJER EN LA FAMILIA

1. Responsabilidad de la mujer en la vida conyugal

25 de Febrero de 1942. (Ecclesia, 21 de Marzo de 1942.)

238. En el cursó de nuestra vida, amados recién casados, es, como sin duda alguna habréis oído repetir muchas veces, una milicia sobre la tierra, la vida de dos cónyuges cristianos es también una milicia de dos almas que se han puesto de acuerdo para prepararse conscientemente a sufrir las pruebas y las luchas, a las que a veces está expuesto el cerrado campo de la familia, en donde, según las palabras de San Pablo, no faltan las aflicciones y las angustias: "*Tribulationem tamen carnis habebunt huiusmodi*"².

Vosotros entráis con alegría por el sendero de la vida conyugal; el sacerdote ha bendecido la unión de vuestros corazones; también Nos os bendecimos, augurándoos aquellas gracias y consuelos que la oración de la Iglesia ha llamado sobre vosotros para alegría de vuestro hogar. Pero desde vuestro umbral doméstico echad una mirada alrededor, a las muchas familias que veis, que conocéis, que habéis conocido o de las que habéis oído hablar y contar la historia, familias vecinas o lejanas, humildes o grandes. ¿Fueron y son felices los matrimonios que las fundaron? ¿Pacíficos y tranquilos, satisfechos sus deseos y sus rosáceos pronósticos? Sería vano esperarlos. Las molestias, aunque no se busquen, aunque no se les dé ocasión o motivo, vienen no raras veces a buscar por sí mismas los muros domésticos. "Los males, diremos con el gran novelista cristiano, vienen muchas veces porque se les ha dado ocasión; pero la conducta más cauta y más inocente no basta para tenerlos alejados; y cuando vienen, con culpa o sin ella, la confianza en Dios los endulza y los hace útiles para una vida mejor"³.

Los vuestros, amados hijos e hijas – queremos creerlo así – son todos matrimonios felices, a los que en el Señor sonríe la confianza recíproca, el mutuo afecto, la voluntad y el ánimo concorde frente al porvenir que el cielo os prepara. Estáis en la aurora de una nueva vida común; una hermosa mañana es principio de un día hermoso, y todos os desean que el mediodía de la larga jornada de vuestro vivir brille siempre fúlgido y tranquilo, sin que sea jamás turbado por las nieblas, vientos, nubes y tormentas. Pero precisamente para asegurar el firme y durable curso de vuestra felicidad presente, ¿no es acaso oportuno investigar cómo podría ésta disminuir y ofuscarse, y qué causas la pondrían en peligro, más o menos próximo, de perderse completamente?

239. Las vidas conyugales más infelices son aquellas en las que la ley de Dios se viola gravemente por una de las partes o por las dos. Pero aunque estas culpas son la más funesta fuente de las des-

¹ Mt. XIII, 8, 23.

² I Cor. VII, 28: "Pero estos tales sufrirán tribulaciones en su carne".

³ Manzoni, "Los novios", al fin.

venturas familiares, no queremos hoy detenernos en ellas. Pensamos ahora más bien en aquellos cónyuges ordenados en su conducta, fieles a los deberes esenciales de su estado, pero que, por otra parte, no son felices en su matrimonio y sienten enojo, malestar, alejamiento, frialdad, choque. ¿De quién es la responsabilidad y de quién la culpa de esta turbación y desconsuelo en la vida común?

240. Es cierto e indudable que, para la felicidad de un hogar doméstico, la mujer puede más que el hombre. Corresponde la parte principal al marido en el asegurar la subsistencia y el porvenir de las personas y de la casa, en las determinaciones que comprometen a él y a los hijos para el futuro; pero, en cambio, atañen a la mujer aquellos mil, pero atentos, detalles, aquellas imponderables atenciones y cuidados diarios, que son los elementos de la atmósfera interior de una familia, y que, según procedan rectamente, o en cambio se alteren o falten, la hacen o sana, fresca y confortable, o pesada, viciada e irrespirable. Entre las paredes domésticas, el trabajo de la esposa debe ser siempre la labor de la mujer fuerte, tan exaltada por la Sagrada Escritura; de la mujer a la cual el esposo confía su corazón, y que le devolverá bien y no mal para todos los días de su vida¹.

241. ¿No es acaso una verdad antigua y siempre nueva – verdad arraigada hasta en las condiciones físicas de la vida de la mujer, verdad inexorablemente proclamada, no sólo por la experiencia de los siglos más remotos, sino aun por los más recientes de nuestra época de industrias devoradoras, de reivindicaciones igualitarias, de concursos deportivos – que la mujer hace el hogar y tiene su cuidado, y el hombre jamás podrá suplirla en esto? Es la misión que la naturaleza y la unión con el hombre le han impuesto para bien de la sociedad misma. Arrastradla, traedla fuera y lejos de su familia, con el aliciente de una de las muchas cosas que rivalizan entre sí para vencerla y atarla; la veréis abandonar su hogar; sin este fuego, el aire de la casa se enfriará; el hogar dejará prácticamente de existir, y se cambiará en un precario refugio de algunas horas; el centro de la vida diaria desplazará para ella, para el marido y para los hijos.

242. Ahora bien, se quiera o no se quiera, para el casado, hombre o mujer, y resuelto al mismo tiempo a permanecer fiel a los deberes de su estado, el hermoso edificio de la felicidad no puede alzarse más que sobre el cimiento estable de la vida de familia. Pero, ¿dónde encontraréis verdadera vida de familia sin un hogar, sin un centro visible, real, de reunión, que agrupe esta vida, la recoja, la arraigue, mantenga, profundice, desarrolle y haga florecer? No digáis que materialmente el hogar existe desde el día en que las manos, después de haberse mutuamente colocado el anillo nupcial, se han juntado, y los dos recién casados viven bajo el mismo techo, en su casa, en su habitación, ancha o estrecha, rica o pobre. No; no basta el hogar material para el edificio espiritual de la felicidad. Es necesario elevar la materia a un ambiente más respirable y hacer surgir del fuego terrestre la llama viva y vivificante de la nueva familia. No será el trabajo de un día, especialmente si se vive en un hogar no preparado ya por las generaciones precedentes, sino más bien – como hoy suele suceder, sobre todo en las ciudades – en un domicilio de paso, alquilado sencillamente. ¿Quién creará entonces, poco a poco, día tras día, el verdadero hogar espiritual, sino el trabajo espiritual de aquella que ha venido a ser “señora de casa”, de aquella a quien se confía el corazón de su esposo? El marido podrá ser obrero, agricultor, profesional, hombre de letras o de ciencias, artista, empleado, funcionario; en todos los casos es inevitable que su trabajo se ejercite la mayor parte del tiempo fuera de casa, o que en casa permanezca confinado en el silencio continuado de su estudio, que escapa a la vida de familia. Para él el hogar doméstico será el lugar en donde, al, final del trabajo diario, restaurará sus fuerzas físicas y morales en el reposo, en la calma, en la alegría íntima. Para la mujer, en cambio, ordinariamente, este hogar será siempre el refugio y el nido de su labor principal., de aquella labor que poco a poco hará de este retiro, por pobre que sea, una “casa” de alegre y tranquila convivencia, embellecida, no con muebles o con objetos como un hotel, sin estilo ni sello personal, sin expresión propia, sino con recuerdos, que dejan sobre los muebles o fijan en las paredes la memoria de la vida vivida juntos, los gustos, los pensamientos, las alegrías y las penas comunes, trazas y señales, a veces visibles, algunas casi imperceptibles, pero de las que, con el ala del tiempo, el hogar material sacará su alma. Pero el alma de todo, será la mano y el arte femenino, con el que la esposa hará atrayente todo rincón de la casa, si no con otra cosa, por lo menos con el cuidado, con

¹ Prov. XXXI, 11-12.

el orden y con la limpieza, con tener preparado o preparar todo lo necesario en el momento oportuno: el manjar para reponerse de las fatigas, el lecho para el descanso. A la mujer, más que al hombre, ha concedido Dios el don, con el sentido de la gracia y del agrado, de hacer lindas y agradables las cosas más sencillas, precisamente porque ella, hecha semejante al hombre como ayuda para formar con él la familia, ha nacido hecha para derramar la gentileza y la dulzura en torno al hogar de su marido, y hacer que la vida de los dos se armonice y se afirme fecunda, y florezca en su real desarrollo.

243. Y cuando a la esposa haya concedido el Señor en su bondad la dignidad de madre junto a una cuna, el vagido del recién nacido no disminuirá ni destruirá la felicidad del hogar, antes bien la aumentará y la sublimará con aquella aureola divina con la que los ángeles celestiales resplandecen y de donde descende un rayo de vida que vence a la naturaleza, y a los hijos de los hombres los regenera como hijos de Dios. ¡He ahí la santidad del tálamo conyugal! ¡He ahí la elevación de la maternidad cristiana! ¡He ahí la salvación de la esposa! Porque la mujer, proclama el gran Apóstol Pablo, se salvará en su misión de madre, con tal que permanezca en la fe, y en la caridad, y en la santidad con modestia¹. Ahora comprenderéis cómo “la piedad es útil para todo, teniendo prometida la vida presente y futura”² y siendo, como explica San Ambrosio, el fundamento de todas las virtudes³. Una cuna consagra a la madre de familia, y muchas cunas la santifican y glorifican ante el marido y los hijos, ante la Iglesia y la Patria. ¡Necias, inconscientes y desgraciadas las madres que se quejan si un nuevo pequeño se abraza a su pecho y pide alimento a la fuente de su seno! Es contrario a la felicidad del hogar doméstico el lamentarse de la bendición de Dios, que le rodea y aumenta. El heroísmo de la maternidad es orgullo y gloria de la esposa cristiana; en la desolación de su casa, si se halla sin la alegría de un angelito, su soledad se convierte en oración e invocación al cielo; sus lágrimas se juntan al llanto de Ana, que, a la puerta del templo, suplicaba al Señor el don de su Samuel⁴.

Alzad, pues, amados recién casados, vuestro pensamiento a la consideración de vuestra responsabilidad de la serena alegría de la vida conyugal, de la cual no os es desconocida la parte difícil y grave. Por hoy, Nos contentamos con confortaros, invocando del Señor los más exquisitos favores de su gracia contra las turbaciones de vuestra alegría, mientras os damos con paternal afecto la bendición apostólica.

LVIII

LA MUJER EN LA FAMILIA

II. La esposa y la madre, sol gozo del hogar doméstico

11 de Marzo de 1942. (Ecclesia, 11 de Abril de 1942.)

244. En el curso de vuestra vida, amados recién casados, el recuerdo que conservaréis de la casa del Padre Común y de su bendición apostólica, os acompañará como dulce consuelo y augurio en el camino que comenzaréis con tantas rosadas esperanzas, bajo la protección divina, en un tiempo tan revuelto como el presente, hacia una meta que apenas os deja adivinar la oscuridad del futuro. Pero ante estas tinieblas vuestro corazón no teme; os impulsan el ardor y la audacia de la juventud; la unión de los espíritus y de los deseos de los pasos de la vida, el mismo sendero que pisáis, no os turban la tranquilidad del espíritu, sino que os la renuevan y dilatan. Sois felices dentro de las paredes domésticas; no veis oscuridad; la familia tiene un sol propio: la esposa.

Oíd cómo de ella nos habla y razona la Escritura: “La gracia de la mujer hacendosa alegra al marido y le llena de jugo los huesos. La buena crianza de ella es un don de Dios. Es cosa que no tiene precio una mujer discreta y amante del silencio y con el ánimo morigerado. Gracia es sobre

¹ Cfr. I. Tim. II, 15.

² I Tim. IV, 8.

³ Exposit. In Psalm. CXVIII, Serm. 18, n. 44. Migne, PL., t. 15, col. 1544.

⁴ Reg. I.

gracia la mujer santa y vergonzosa. No hay cosa de tanto valor que pueda equivaler a esta alma casta. Lo que es para el mundo el sol al nacer, en las altísimas moradas de Dios, eso es la gentileza de una mujer virtuosa para el adorno de una casa”¹.

245. Sí; la esposa y la madre es el sol de la familia. Es el sol con su generosidad y sumisión, con su constante prontitud, con su delicadeza atenta y providencial en todo lo que sirve para alegrar la vida al marido y a los hijos. Difunde en torno suyo la vida y el calor; y, si suele decirse que un matrimonio es feliz cuando uno de los cónyuges, al contraerlo, pretende hacer feliz, no a sí mismo, sino a la otra parte, este noble sentimiento e intención, aunque toca a los dos, es, sin embargo, virtud principal de la mujer, que nace con las palpitaciones de madre y con la madurez del corazón; aquella madurez o entendimiento que, si recibe amarguras, quiere solamente devolver alegrías; si recibe humillaciones, no desea restituir sino dignidad y respeto, del mismo modo que el sol, que alegra la nebulosa mañana con sus albores y dora las nubes con los rayos de su ocaso.

La esposa es el sol de la familia con la claridad de su mirada y con la llama de su palabra; mirada y palabra que penetran dulcemente en el alma, la vencen y enternecen y la levantan lejos del tumulto de las pasiones, y llaman al hombre a la alegría del bien y de la conversación familiar, después de una larga jornada de continuo y a veces penoso trabajo profesional o campestre, o de imperiosos negocios de comercio o de industria. Su ojo y su boca arrojan una luz y un acento, que en un rayo tienen mil fulgores y en un sonido mil afectos. Son rayos y sonidos que brotan del corazón de madre, crean y vivifican el paraíso de la infancia e irradian siempre bondad y suavidad, aun cuando adviertan o reprendan, porque las almas juveniles, que sienten con más fuerza, recogen con mayor intimidad y profundidad los dictámenes del amor.

La esposa es el sol de la familia con su cándida naturaleza, con su digna simplicidad y con su cristiano y honesto decoro, tanto en el recogimiento y en la rectitud, del espíritu cuanto en la sutil armonía de su actitud y de su vestido, en su adorno y en su porte, reservado a un tiempo y afectuoso. Sentimientos tenues, encantadoras señales del rostro, ingenuos silencios y sonrisas, un condescendiente movimiento de cabeza, le dan la gracia de una flor escogida y, sin embargo, sencilla, que abre su corola para recibir y reflejar los colores del sol. ¡Oh, si supieseis qué profundos sentimientos de afecto y de gratitud suscita e imprime en el corazón del padre de familia y de los hijos esta imagen de esposa, y de madre! ¡Oh ángeles, que custodiáis sus casas y escucháis sus oraciones, impregnad de perfumes celestiales aquel hogar de felicidad cristiana!

246. Pero, ¿qué sucede cuando la familia está privada de este sol? ¿Qué sucede cuando la esposa, continuamente o en cada circunstancia, aun en las relaciones más íntimas, no duda en hacer sentir que le cuesta sacrificios la vida conyugal? ¿Dónde está su amorosa dulzura cuando una dureza excesiva en la educación, una excitabilidad mal dominada y una frialdad airada en la vista y en las palabras, sofocan en los hijos la alegría y el consuelo feliz que habrían de encontrar en su madre; cuando ella no hace otra cosa que perturbar con tristeza y amargar con voz áspera, con lamentos y reprensiones, la confiada convivencia en el ambiente de la familia?

¿Dónde está aquella generosa delicadeza y aquel tierno cariño, cuando ella, en vez de crear con una sencillez natural y prudente una atmósfera de agradable serenidad en la mansión doméstica, toma una actitud de inquieta, nerviosa y exigente señora, muy de moda? ¿Es ésto un esparcir benévolos y vivificantes rayos solares, o más bien un congelar con viento glacial del norte el jardín de la familia? ¿Quién se extrañará entonces de que el hombre, no encontrando en aquel hogar nada que le atraiga, le retenga y consuele, se aleje lo más posible, provocando al mismo tiempo el alejamiento de la mujer, de la madre, cuando no es más bien el alejamiento de la mujer el que prepara el del marido; uno y otra, encaminándose así a buscar en otra parte, con grave peligro espiritual y con perjuicio de la trabazón familiar, el descanso, el reposo, el placer que no les concede la propia casa? ¡En este estado de cosas, los más desventurados son, sin duda, los hijos!

247. He aquí, esposas, hasta dónde puede llegar vuestra parte de responsabilidad en la concordia de la felicidad doméstica. Si a vuestro marido y a su trabajo corresponde procurar y hacer estable la vida de vuestro hogar, a vosotras y a vuestro cuidado pertenece el rodearlo de un bienestar conve-

¹ Eccli. XXVI, 16-21.

niente y el asegurar la pacífica serenidad común de vuestras dos vidas. Esto es para vosotras no sólo una obligación natural, sino un deber religioso y un ejercicio de virtudes cristianas con cuyos actos y méritos, crecéis en el amor y en la gracia de Dios.

“¡Pero – dirá tal vez alguna de vosotras – de esa manera se nos pide una vida de sacrificio!” Sí; vuestra vida es vida de sacrificio, pero no sólo de sacrificio. ¿Creéis, acaso, que en este mundo se puede gozar una verdadera y sólida felicidad sin conquistarla con alguna privación o renuncia? ¿Pensáis que en algún rincón de este mundo se encuentra la plena y perfecta dicha del Paraíso terrestre? ¿Y creéis tal vez que vuestro marido no tiene también que hacer sacrificios, a veces muchos y graves, para procurar un pan honrado y seguro a la familia? Precisamente, estos mutuos sacrificios, soportados juntos y con recíproca utilidad, dan al amor conyugal y a la felicidad de la familia su cordialidad y firmeza, su santa profundidad y aquella exquisita nobleza que se imprime en el recíproco respeto de los cónyuges y que los exalta en el afecto y en la gratitud de los hijos. Si el sacrificio materno es el más agudo y doloroso, lo temple la virtud de lo alto. De su sacrificio aprende la mujer a tener compasión de los dolores del prójimo. El amor a la felicidad de su casa, no la cierra en sí misma; el amor de Dios, que en su sacrificio la eleva sobre sí misma, le abre el corazón a la piedad y la santifica.

248. “Pero – se objetará tal vez todavía – la moderna estructura social, obrera, industrial y profesional, empuja a muchas mujeres, aun casadas, a salir fuera de la familia y a entrar en el campo del trabajo y de la vida pública”. Nos no lo ignoramos, queridas hijas. Es muy dudoso si esa condición de cosas constituye para una mujer casada lo que se dice el ideal. Sin embargo, hay que tener en cuenta el hecho. Con todo, la Providencia, siempre vigilante en el gobierno de la humanidad, ha insertado en el espíritu de la familia cristiana fuerzas superiores capaces de mitigar y vencer la dureza de semejante estado social y de prevenir los peligros que indudablemente se esconden en él. ¿No habéis observado tal vez cómo el sacrificio de una madre, que por especiales motivos debe, además de sus deberes domésticos, ingeniarse para procurar, a costa de un duro trabajo cotidiano, el sustento de la familia, no sólo conserva, sino que alimenta y aumenta en los hijos la veneración y el amor hacia ella, y da fuerzas a su gratitud por sus afanes y fatigas, cuando el sentimiento religioso y la confianza en Dios constituyen el fundamento de la vida familiar?

Si es ese el caso en vuestro matrimonio, unida la plena confianza en Dios, que ayuda siempre al que le teme y sirve, unid, en las horas y días que podréis consagrar enteramente a vuestros seres queridos, un doble amor y un celoso cuidado, no sólo para asegurar el mínimo indispensable para la verdadera vida de familia, sino para hacer que se desprendan de vosotras, hacia el corazón del marido y de los hijos, rayos luminosos de sol que conforten, abriguen y fecunden, aun en las horas de la separación externa, la trabazón espiritual del hogar.

249. Y vosotros, esposos, puestos por Dios como cabeza de vuestras esposas y de vuestras familias, al mismo tiempo que contribuyáis con vuestro trabajo a su sustento, prestad vuestra ayuda también a la obra de vuestras mujeres en el cumplimiento de la santa y elevada – y no raras veces fatigosa – misión. Colaborad con ellas, con aquella solicitud y afecto que hace uno de dos corazones, y una misma fuerza y un mismo amor. Pero sobre esta colaboración y sus deberes, y las responsabilidades que se derivan, también para el marido, habría mucho que decir, y por eso Nos lo reservamos para hablarlos en otras audiencias.

Ante vosotros, recién casados, que sucedéis a otros grupos semejantes que os han precedido delante de Nos y han sido por Nos bendecidos, Nuestro pensamiento nos trae a la mente el gran dicho del Eclesiastés: “Pasa una generación y sucede otra; pero queda siempre la tierra”¹. Así corren nuevos siglos, pero Dios no cambia; no cambia el Evangelio ni el destino del hombre para la eternidad; no cambia la ley de la familia; no cambia el inefable ejemplo de la familia de Nazaret, gran sol de tres soles, el uno de fulgores más divinos y más ardientes que los otros dos que le rodean. Mirad a aquella modesta y humilde mansión, oh padres y madres: contemplad a Aquel que se creía “hijo del carpintero”², nacido del Espíritu Santo y de la Virgen esclava del Señor; y confortaos en los

¹ Eccles. I, 4.

² Mt. XIII, 55.

sacrificios y en los trabajos de la vida, Arrodillaos ante ellos como niños; invocadlos, suplicadles; y aprended de ellos cómo las contrariedades de la vida familiar no humillan, sino exaltan; cómo no hacen al hombre ni a la mujer menos grandes o queridos para el cielo, sino que valen una felicidad, que en vano se busca entre las comodidades de este mundo, donde todo es efímero y fugaz.

Terminaremos Nuestras palabras elevando a la Santa Familia de Nazaret una ardiente súplica por todos y cada uno de vuestros hogares, para que vosotros, queridos hijos e hijas, cumpláis vuestro oficio a imitación de María de José, y así podáis educar y hacer crecer a aquellos pequeños cristianos, miembros vivos de Cristo¹, que están destinados a gozar con vosotros un día la eterna bienaventuranza del cielo.

Es lo que pedimos al Maestro divino, mientras con todo el corazón os damos Nuestra paterna bendición apostólica.

LIX

LA COLABORACION ENTRE LOS ESPOSOS, BASE DE LA FELICIDAD CONYUGAL

18 de Marzo de 1942. (Ecclesia, 18 de Abril de 1942.)

250. La vida del hombre sobre la tierra, queridos recién casado, es un yugo. El Espíritu Santo lo proclama claramente así en las páginas de la Sagrada Escritura cuando afirma que “un grave yugo pesa sobre los hijos de Adán desde el día en que nacen del seno de su madre, hasta que vuelven a la tierra, madre de todos. Viven llenos de cuidados y de sobresaltos de corazón, en recelo de lo que esperan y del día de la muerte. Desde el que está sentado sobre un glorioso trono, hasta el que yace por tierra y sobre la ceniza; desde el que viste suntuosamente y lleva corona, hasta el que se cubre de lienzo crudo, para todos hay tortura, angustia, recelo, temor de la muerte, querellas y contiendas. Aun al tiempo de reposar en el lecho, el sueño nocturno turba la mente del hombre”².

Pero este yugo de miseria, peso angustioso de la culpa de Adán, Nuestro Señor Jesucristo, nuevo Adán, nos lo aligera con el yugo de su gracia y de su Evangelio cuando nos dice: “Venid a mí todos los que estáis cansados. y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo y ligera mi carga”³. ¡Oh yugo feliz de Cristo que no turba nuestra mente ni nuestro corazón; que, en vez de humillarnos, nos exalta delante de Él y tranquiliza nuestra alma en la paz y en la amistad de Dios!

251. Yugo de gracia es también para vosotros, queridos esposos, el gran sacramento del matrimonio que, delante del sacerdote y en el altar de Cristo, os ha unido con vínculo indisoluble en una vida de dos para que caminéis juntos aquí abajo y os ayudéis recíprocamente, colaborando en sostener el peso de la familia, de los hijos y de su educación. En la vida de la familia unos son los deberes propios del varón, y otros los de la mujer y la madre; pero ni la mujer puede permanecer enteramente extraña al trabajo del marido, ni el marido a la preocupación de la mujer. Todo lo que se hace en la familia debe ser de algún modo fruto de colaboración, obra común, en cierto grado, de los dos esposos.

¿Qué quiere decir colaborar? ¿Significa, tal vez, la simple suma de dos fuerzas, operante cada una por su cuenta, como cuando a un tren demasiado pesado se le enganchan dos locomotoras que reúnen su energía para arrastrarlo? Esta no es una colaboración verdadera; en cambio, sobre cada una de las máquinas, el maquinista y el fogonero – o el maquinista y su ayudante en los modernos locomotores de tracción eléctrica – colaboran, en sentido propio, material y conscientemente, para asegurar la buena marcha. Cada uno de ellos hace su trabajo peculiar; pero no sin preocuparse de su

¹ I Cor. VI, 15.

² Eccli. XL, 1-5.

³ Mt. XI, 28-30.

compañero, sino acompasando su acción con la del otro, según lo que éste necesita y puede esperar de él.

La colaboración humana tiene que hacerse con la mente, con la voluntad y con la sanción. Con la mente, porque en realidad solamente las criaturas inteligentes pueden colaborar entre sí uniendo su libre actividad. El que colabora no añade solamente sus esfuerzos por su cuenta, sino que los adapta a los de los otros para secundarlos y fundirlos en un efecto común. La colaboración consistirá, por lo tanto, en subordinar orgánicamente la obra de cada uno a un pensamiento común, hacia un fin común que ordenará y proporcionará jerárquicamente todo en sí, y cuyo común deseo aproximará a todas las inteligencias en un mismo interés y estrechará los ánimos en una afección recíproca, moviéndoles a aceptar la renuncia a la propia independencia para plegarlos a todas las necesidades que demande la consecución de aquel fin. En un pensamiento, en una fe y en una voluntad común, está la raíz de cualquier colaboración verdadera, la cual será tanto más estrecha y fecunda cuanto más intensamente obren el pensamiento, la fe y el amor, y persistan más vivamente en la acción.

252. Comprenderéis por esto que la colaboración, empeñando la mente, la voluntad y la obra, no es siempre cosa fácil de realizar perfectamente. Junto a esta gran idea de la unión y de la cooperación de las fuerzas, con esta íntima convicción del fin que hay que conseguir, con esta ansia ardiente de conseguirlo a toda costa, la colaboración supone también la mutua comprensión, la estima sincera y el sentido del concurso necesario de lo que los otros hacen y deben hacer al mismo fin, una amplia y juiciosa condescendencia para considerar y admitir las diversidades inevitables entre los colaboradores, no para enojarse con ellas, sino para aprovecharlas. Y para esto hace falta también aquella abnegación personal que sabe vencerse y ceder, en lugar de querer hacer prevalecer en todo el parecer propio y reservarse los trabajos que agradan y complacen más, no negándose incluso, a veces, a desaparecer y ver cómo el fruto del trabajo de uno se pierde, por así decirlo, en el anónimo, en el incógnito indistinto del provecho común.

253. Y, sin embargo, por difícil que parezca una colaboración tan íntima y concorde, es indispensable que sea así para el bien ordenado por Dios en la familia. Son dos personas el hombre y la mujer, que caminan juntos y se dan la mano y se ligan con el vínculo de un anillo; nudo amoroso que el mismo paganismo no dudó llamar "*vinculum iugale*"¹. ¿Pues qué otra cosa es la mujer sino la ayuda del hombre, aquella a la que Dios concedió el don sagrado de hacer nacer al hombre al mundo, aquella cuya hermana mayor, "umile ed alta piú che creatura, termine fisso d'eterno consiglio", debía darnos al Redentor del género humano y regocijar, con el primer milagro de Él, el nudo conyugal de las bodas de Caná?

Dios ha establecido que en el fin esencial y primario del vínculo conyugal, que es la generación de los hijos, cooperasen el padre y la madre con una colaboración libremente aceptada y querida, sometiénose a todo lo que pueda suponer en sacrificios un fin tan magnífico, por el cual el Creador hace a los progenitores casi partícipes de aquella potencia suprema con la que creó del barro al primer hombre, reservándose para sí la infusión del "*spiraculum vitae*", el soplo de la vida inmortal, como haciéndose Sumo Colaborador en la obra del padre y de la madre, ya que Él es la causa del obrar, y obra en todos los que obran². Por eso es suya vuestra alegría, oh madres, cuando olvidáis todas las penas para exclamar al nacimiento de un niño: "*Natus est homo in mundum*": Ha nacido un hombre para el mundo³. Se ha cumplido en vosotros aquella bendición que Dios dió primeramente en el Paraíso terrenal a nuestros progenitores, y repitió después del Diluvio al segundo padre del género humano, Noé: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra"⁴. Pero, además de la vida física del niño, y a su salud, vosotros debéis colaborar a su educación en la vida espiritual, porque en aquella alma tierna dejan huellas poderosas las primeras impresiones, y el fin principal del ma-

¹ Aeneid. L. IV, v. 16 y 59.

² Contra Gentes, L. III, c. 66-67.

³ Jn. XVI, 21.

⁴ Gen. I, 28; VIII, 17.

trimonio es no sólo procrear a los hijos, sino también educarlos¹ y hacerlos crecer en el temor de Dios y en la fe para que en la colaboración que ha de penetrar y animar enteramente la vida conyugal encontréis y gustéis aquella felicidad de que la Divina Providencia ha preparado tantos gérmenes, fecundándolos con su gracia en la familia cristiana.

254. Pero tampoco el pensamiento y el cuidado de un niño, cuyo nacimiento ha coronado y consagrado la unión de los dos esposos, bastaría para hacerlos colaborar toda la vida de un modo automático y espontáneo, si faltase o disminuyese la voluntad y el cordial propósito de colaborar. El propósito nace de la voluntad; el propósito debe estar precedido de la convicción de la necesidad de la colaboración. ¿Acaso comprende bien esta necesidad el que entra en la vida conyugal pretendiendo llevar a ella y conservar celosamente su propia libertad y no sacrificar nada de su independencia personal? ¿No es ésto, más bien, ir en busca de los peores conflictos, soñar y arrogarse una situación imposible y quimérica en la realidad de la vida común? Conviene comprender y aceptar a un tiempo sincera y plenamente, con amor y condescendencia y no solamente con resignación, esta condición capital de la vida elegida; luego hay que abrazar generosamente, con valentía y con alegría, cuanto haga posible, concorde y cortés esta colaboración, incluso el sacrificio de gustos, preferencias, deseos o costumbres personales, incluso la monotonía cotidiana de trabajos humildes, oscuros y penosos.

Voluntad de colaborar. ¿Qué es lo que hay que querer? Hay que querer y buscar esta colaboración; hay que amar el trabajo juntos, sin esperar a que os sea ofrecido, pedido o impuesto; hay que echarse adelante, saber dar los primeros pasos, poner principio de hecho; hay que desear vivamente la prosecución de estos primeros pasos, cuando sea necesario, y perseverar, con atención intensa y vigilante, para encontrar el modo de anudar realmente vuestras dos actividades, sin decaimientos ni impaciencias si el concurso o la ayuda de la otra parte pudiera parecer insuficiente o no proporcionada ni correspondiente a los esfuerzos propios, animados siempre por la resolución de no considerar nunca demasiado alto cualquier precio que sirva para proporcionaros una concordia tan indispensable, deseable y provechosa para cooperar y tender al bien de la familia.

Propósito cordial de colaborar. Es decir, aquel propósito que no se aprende en los libros, sino que es enseñado por el corazón, que ama el acuerdo y el concierto activo en el gobierno y en la marcha del hogar doméstico; aquel propósito que es afección recíproca, mutua atención y solicitud por el nido común; aquel propósito que observa para aprender, que aprende para hacer, que hace para echar una mano al otro o a la otra; aquel propósito, en fin, que es una lenta y mutua educación y formación conyugal, necesaria para dos almas que se amaestran recíprocamente para llegar a la consecución de una verdadera e íntima colaboración. Si antes de vivir juntas, bajo el mismo techo, cada una de las dos almas ha vivido sus días y se ha formado por cuenta propia; si una y otra proceden de dos familias que, aunque sean semejantes, no serán nunca idénticas; si cada una llevará, por lo tanto, a la morada común, maneras de pensar, de sentir, de obrar y de tratar que nunca se encontrarán, de primera intención, en plena y total armonía entre sí, bien veis vosotros que será necesario, antes que nada, para ponerse de acuerdo al obrar, conocerse mutuamente más a fondo de lo que haya sido posible durante el tiempo del noviazgo, investigar y discernir, de circunstancia en circunstancia, las virtudes y los defectos, las capacidades y las deficiencias, no ya para promover críticas y disputas o preferirse a sí mismo, no viendo más que los lunares en aquel o en aquella con quien se ha ligado vuestra propia vida, sino para darse cuenta de lo que se puede esperar, de lo que habrá tal vez que compensar o que suplir.

255. Una vez conocidos los pasos con los que habrá que concertar los vuestros, vendrá la voluntariosa tarea de modificar, acomodar y armonizar los pensamientos y las costumbres; tarea que el afecto recíproco hará marchar insensiblemente, y no será turbada por transformaciones, cambios y sacrificios que no deben recaer exclusivamente sobre una de las partes, sino que cada una de ellas tomará su porción con mucho amor y confianza, pensando en el próximo amanecer del día en que el gozo del completo acuerdo entre las dos almas en la mente, en la voluntad y en la acción, alegrará y aliviará el fruto pleno y felicidad de la familia.

¹ Can.. 1013 §1.

Todos los hombres son aquí abajo peregrinos de Dios¹, dirigidos hacia Él por el camino de los vivientes; pero sobre el trillado sendero de la vida conyugal, más de una vez, la diferencia de caracteres de los dos caminantes transforma el viaje de uno de ellos en un ejercicio de virtud tan grande, que se levanta a las luces de la santidad. El que lee la vida de la Beata Ana María Taigi, se queda asombrado ante la diferencia de origen, temperamento, educación, inclinaciones y gustos que existía entre ella y su marido, el mozo de servicio Domingo. Y, sin embargo, ella se había acomodado maravillosamente a un alma tan diversa de la suya. Ojalá que esta heroica madre de familia os obtenga a cada uno y a cada una de vosotros, queridos recién casados, la abundancia de gracias celestes que hagan en todas vuestras familias conseguir y florecer una colaboración tan exacta y cristiana en el servicio de Dios. Así se lo pedimos a Nuestro Señor y lo invocamos sobre vosotros, mientras con el corazón paternamente afectuoso os damos Nuestra bendición apostólica.

LX

LA “PORCION DE DIOS” EN LA FAMILIA CRISTIANA

25 de Marzo de 1942. (Ecclesia, 25 de Abril de 1942.)

256. “Una palabra, amados recién casados, que querríamos que llegase también a los no recién casados, próximos o lejanos, es la que queremos deciros hoy a vosotros; o más que deciros, recordaros. Porque es una palabra que siempre ha exaltado la familia y los cónyuges cristianos. Esta palabra es “la parte que toca a Dios” en el banquete familiar, que algunas veces Jesús quiere reservar para sí, como amigo o como una persona que tiene necesidad de ayuda. En el hermoso libro de Tobías, inspirado por Dios para enseñar a los hombres las virtudes de la vida doméstica, se cuenta que un día de fiesta, habiéndose preparado en casa un gran convite, le dijo Tobías a su hijo: “Anda y trae a alguno de nuestra tribu, temeroso de Dios, para que banquetee con nosotros”². Y en otros tiempos fue costumbre piadosa y amable de muchas familias cristianas, especialmente en el campo, reservar en las fiestas solemnes una parte de la comida para el pobre que la Providencia enviara y que así habría sido llamado a tomar parte en la alegría común. Es lo que en algunos sitios se solía llamar “la porción de Dios”.

Una porción semejante podría el Señor un día venir, y a lo mejor, a pedir a vuestro hogar, cuando se alegre vuestra mesa con las florecientes joyas de vuestros hijo de vuestras hijas, con los rostros ardientes y serios jovencitos y jovencitas, animados por pensamientos y afectos escondidos, que dejan entrever una vida y un camino, que les acerca a los ángeles. Jesús, que ha bendecido vuestra unión, que hará fecundo vuestro tálamo, que haría crecer al pie de vuestro olivo los alegres brotes de vuestras esperanzas, pasará acaso en aquella hora que Él solo sabe, para llamar a la puerta de alguna de vuestras casa como un día, sobre las orillas del lago de Tiberíades, llamaba, para que le siguiesen, a los dos hijos del Zebedeo³ como en Betania dejaba a Marta entre las faenas domésticas y acogía a María a sus pies para que oyese y gustase aquella palabra que el mundo ignora⁴. Él es quien dijo a los Apóstoles: “La mies es mucha, pero los obreros son pocos. Rogad al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies”⁵. Él, el Redentor, cuyas miradas contemplan el inmenso campo de las almas rescatadas su sangre, no deja de pasar a través del mundo, ante los umbrales de las cabañas y de las ciudades, a lo largo las playas, de los lagos y de los mares, y volverse hacia los que ha elegido, repitiéndoles, con las secretas inspiraciones de su gracia, el “Ven, sígueme”⁶ del Evangelio, llamándole, unas veces a roturar y trabajar tierras todavía no ocupadas; otras, a recoger el grano que ya amarillea.

¹ I Cor. V, 6.

² Tob. II, 2.

³ Mt. IV, 2.

⁴ Lc.. X, 38 y ssgtes.

⁵ Mt. IX, 37-38.

⁶ Mt. XIX, 21.

257. El campo de Cristo, que es su viña, viva imagen del pueblo de Dios, que los pastores de la Iglesia deben cultivar, esta Iglesia universal en el tiempo y en el espacio, la cual, como dice San Gregorio Magno, “desde el justo Abel hasta el último elegido, que nacerá al fin del mundo, a manera de vid, produce tantos sarmientos cuantos santos engendra¹; esta Iglesia, amados hijos e hijas, sabéis que es también el campo de Nuestra solicitud como Vicario de Cristo; así que su celo y su oración, su amor y su dolor, se convierten en Nuestro amor, Nuestro dolor, Nuestro celo y Nuestra plegaria; y por eso sentimos el ímpetu de “la caridad de Cristo” que “nos urge”² mientras los admirables progresos del ingenio humano, acortando las distancias a través de las tierras, de los mares y de los cielos, parecen hacer más pequeño y estrecho nuestro globo. Al ver abrirse constantemente ante Nos nuevas vías de predicación del Evangelio en los lejanos pueblos todavía paganos, o de próximo apostolado en medio de las almas agitadas, turbadas, hambrientas, acaso sin saberlo, de un anhelo divino de la verdad eterna; una de las grandes tristezas que invade Nuestro corazón es el saber lo insuficiente que es el número de los generosos que nuestro deseo puede enviar para ayudarles. ¿Quién sabe si alguno de los elegidos por el cielo, perdido entre el pueblo cristiano o errante por las regiones infieles, acaso no sea, en los designios divinos, ligado a la palabra o al ministerio de uno de los hijos que el Señor os querrá conceder? ¿Quién podrá investigar las profundidades del consejo de Dios, Nuestro Salvador, que “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”³.

258. Pensad, amados hijos e hijas; de la familia, fundada según el querer divino por la legítima unión del hombre y de la mujer, Cristo y la Iglesia universal sacan sus ministros y los Apóstoles del Evangelio; traen los sacerdotes y los heraldos que apacientan al pueblo cristiano y atraviesan los mares para iluminar y salvar las almas. ¿Qué haríais vosotros si el Maestro Divino viniese a pedir os “la porción de Dios”, es decir, uno u otro de vuestros hijos o hijas, de los que se digna concederos, para formar su sacerdote, su religioso, su religiosa? ¿Qué responderíais cuando, recibiendo sus confidencias filiales os manifestasen las santas aspiraciones, despertadas en su alma por la voz de Aquel que amorosamente murmura: “¿Sí quieres... ?” Sea, y en nombre de Dios os lo pedimos; no, no cerréis la puerta y el oído a la divina llamada. Vosotros no conocéis las auroras y los ocasos del sol divino sobre el lago de un corazón joven, sus afanes y su aliento, sus deseos y esperanzas, su llama y sus cenizas. El corazón tiene abismos inescrutables también para un padre y una madre; pero el Espíritu Santo, que sostiene nuestra debilidad, pide por nosotros con gemidos inenarrables, y Aquel que escruta los corazones conoce lo que desea el Espíritu Santo⁴.

Sin duda ninguna, frente a un deseo de vida sacerdotal o religiosa, los padres tienen el derecho – y en ciertos casos aun el deber – de asegurarse de que no se trata de un simple impulso de imaginación o de sentimiento que anhela un hermoso sueño fuera de casa, sino una deliberación seria, ponderada, sobrenatural, examinada y aprobada por un sabio y prudente confesor o director espiritual. Pero si a la realización de tal deseo, se quisiesen imponer retrasos arbitrarios, injustificados, irracionales, sería luchar contra los designios de Dios; y peor aun si se tratase de tentar, probar o experimentar su solidez o firmeza con pruebas inútiles, peligrosas, atrevidas, que arriesgarían, no solamente desanimar una vocación, sino aun poner acaso en peligro la misma salud del alma.

259. Como verdaderos cristianos, que sienten en sí la grandeza y la elevación de la fe en el gobierno divino de la Iglesia y de la familia, cuando Dios hiciese un día el honor de pedir uno de vuestros hijos o de vuestras hijas para su servicio, sabed apreciar el valor y el privilegio de una gracia tan grande, para el hijo o para la hija escogidos, para vosotros y para vuestra familia. Es un gran don del cielo que se os mete en casa; es una flor, crecida en vuestra sangre, regada con el rocío celeste, olorosa con perfume virginal, que ofrecéis al altar y al obsequio del Señor, para que allí viva una vida consagrada a Él y a las almas; vida, para quien rectamente corresponde a la invitación

¹ Hom. XIX, in Ev., n. 1.

² Cor. V, 14.

³ I Tim. II, 4.

⁴ Rom. VIII, 26-27.

divina con la que ninguna otra puede compararse, la más hermosa y la más bella que se puede vivir acá abajo; vida que aun para vosotros y para los vuestros, es una fuente de bendiciones.

260. Nos parece ver a este hijo a esa hija, entregado al Señor por vosotros, postrarse en su presencia e invocar sobre vosotros la abundancia de los favores celestiales como compensación al sacrificio que se os ha pedido al amor vuestro, pidiéndole a Él. ¡Qué votos, qué oraciones harán por vosotros, por sus hermanos, por sus hermanas! ¡Qué plegarias acompañarán todos los días vuestros pasos, vuestras acciones y vuestras necesidades!; en las horas difíciles y tristes serán más ardientes y frecuentes; y en todo el curso de vuestra vida os seguirán hasta el último suspiro, y aun más allá en aquel mundo que es sólo de Dios. No creáis que estos corazones, entregados enteramente al Señor y a su servicio, os amarán o deban amaros con un amor menos fuerte o menos tierno; el amor de Dios no niega ni destruye la naturaleza, sino que la perfecciona y exalta de una esfera superior, en donde la caridad de Cristo y el sentimiento humano se encuentran, en donde la caridad santifica al sentimiento y juntos se unen y se abrazan. Y si la dignidad y autoridad de la vida sacerdotal y religiosa exigen alguna renuncia o alguna manifestación del afecto filial, no lo dudéis: este mismo afecto no disminuirá ni se entibiará, sino que será más libre de todo egoísmo y de toda división humana¹; porque Dios solo se repartirá con vosotros aquellos corazones.

Eleaos en el amor de Dios y en el verdadero espíritu de fe, amados esposos, y no temáis el don de una santa vocación, que descende del cielo en medio de vuestros hijos. Para quien cree y se eleva en la caridad, para quien entra en un sagrado templo o en un retiro religioso, ¿acaso no es un consuelo, un honor, una felicidad el ver en el altar al propio hijo que, vestido con los ornamentos sacerdotales, ofrece el incruento sacrificio y se acuerda de su padre y de su madre? ¿No es acaso una consolación, que hace vibrar con íntimos latidos el seno maternal, el ver a una hija esposa de Cristo, que le sirve, que le ama en los tugurios de los pobres, en los hospitales, en los asilos en las escuelas, en las misiones, y aun en los campos de batalla, en los refugios de los heridos y de los moribundos? Dad gloria a Dios y agradecedle que de vuestra sangre escoja sus héroes predilectos, y heroínas para servirle; y no seáis menos que muchos padres cristianos, que piden a Dios que se digne tomar su porción en la bella corona de su hogar, prontos también para ofrecer el retoño único de sus esperanzas.

261. Pero vuestra plegaria de padres cristianos debe ser movida y dirigida por los altos pensamientos del Espíritu Divino. En otros tiempos, o acaso allí donde las condiciones del clero son menos inciertas, donde la vida sacerdotal o religiosa puede aparecer todavía a los ojos profanos como una profesión deseable, el que algunos padres la deseen no estaría lejos de tener su causa en motivos más o menos humanos e interesados, mejorar o elevar el estado de la familia gracias a la influencia y a las ventajas de un hijo sacerdote; esperanza de encontrar a su lado, en favor de sí mismos, después de una vida laboriosa, un reposo tranquilo en la edad senil. Y si estos pensamientos, desgraciadamente frecuentes en años no lejanos, no revisten al presente el carácter de bajos cálculos ambiciosos o de interés, siguen siendo siempre de naturaleza demasiado terrenal y no tienen valor en nuestras devotas invocaciones en la presencia del Señor...

Sursum corda... Más arriba ha de elevarse vuestro espíritu y la intención de vuestra alma. Como para las familias que reservan la “porción de Dios” en los bienes recibidos de Él y de los que gozan, lo mismo para vosotros lo que sobre todo conviene que excite vuestra ambición santa de tan bella vocación para alguno de vuestros hijos, debe ser el pensamiento de lo que en la vida espiritual tan abundantemente da Dios por medio de su Iglesia a sus sacerdotes y a sus religiosos. Vivís en un país de vieja fe católica, en donde el celo de los ministros de Dios vela sobre vosotros y os conforta en los trabajos y en las penas, en donde las iglesias y oratorios os ofrecen, para vuestra piedad y devoción, pasto de sacramentos, de oficios, de misas, de predicación, de obras santas, con todos los socorros que para bien de vuestras almas la solícitud maternal de la Iglesia multiplica en todas las circunstancias, alegres o tristes, de la vida. ¡Qué cuidado para vosotros, para vuestros hijos, para vuestra felicidad, en el corazón del piadoso sacerdote que os visita y está al cuidado de todos los que se le han confiado! ¿De qué familia ha salido aquel sacerdote? ¿Cómo ha venido a estar entre

¹ Cfr. I Cor. VII, 32-34.

vosotros? ¿Quién le envía? ¿Quién le ha infundido para con vosotros el amor paternal, la palabra y el consejo amistoso? Le envía la Iglesia, le manda Cristo.

262. ¿Y serán solamente los otros, dando a Dios sus hijos y sus hijas, los que han de procurar y asegurar la continua recepción de tan grande abundancia de bienes espirituales? ¿Vuestro ardor patriótico, se conformaría acaso de estarse quieto perezosamente y dejar a los demás el peso del sacrificio en favor de la prosperidad y de la grandeza de vuestro país? ¿Y dónde quedaría la altura vuestro sentido cristiano, si quisierais excusaros del honor de concurrir, cooperar y ayudar también vosotros, no sólo con las ofertas materiales, sino también con el don más precioso de los hijos que Dios os pidiese, a la exaltación y a la propagación de la fe y de la Iglesia católica, en una palabra, al cumplimiento de su divina misión en el mundo, en favor de las almas de vuestros hermanos?. Ayudad a la Esposa de Cristo, amados esposos, ayudad a Cristo, salvador de los hombres, aun con los hijos de vuestra sangre; ayudadnos a Nos, indigno Vicario suyo, pero que llevamos en el corazón a todos los hombres como hijos Nuestros, ovejuelas reunidas en el único ovil o dispersos por los áridos pastos; debemos a todos el camino, la verdad y la vida que es Cristo. Haced crecer a vuestros hijos e hijas en la fe, que es la victoria que vence al mundo¹; no ahoguéis en sus almas el espíritu que viene del cielo; plantad aquella fe no fingida, sino sincera, que el Apóstol Pablo estaba cierto de hallarse en su amado discípulo Timoteo, como antes en su abuela Loide y en su madre Eunice². No seáis avaros con Dios; devolvedle aquella parte de bendiciones que Él está para pedir a vuestro nido.

No os resulte, pues, inoportuno, amados esposos, si a la bendición Apostólica, que os damos con toda efusión de Nuestro corazón de Padre para vosotros y desde ahora también para los hijos que vendrán a rodearnos, añadiremos la plegaria de que entre ellos el Divino Maestro, si así le agrada, os conceda el honor y la gracia de escoger su porción y os dé fe y amor para no rehusársela y negársela, sino para darle gracias, no sólo como del mejor de sus beneficios, sino también como de la señal más segura de sus predilecciones para con vosotros y del premio que os prepara en el cielo.

LXI

LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE EN LA FELICIDAD DEL HOGAR DOMESTICO

9 de Abril de 1942. (Ecclesia, 9 de Mayo de 1942.)

263. No es maravilléis, amados recién casados, si en estas reuniones semanales con nuestros fieles y devotos hijos, Nos tenemos gusto en dirigiros la palabra especialmente a vosotros; de tal manera que nuestro pensamiento, en la variedad de sus movimientos, ordinariamente viene a dar vueltas dentro de la órbita de la nueva familia que inauguráis. La familia humana es el último sublime portento de la mano de Dios entre las cosas naturales del Universo, la última maravilla colocada por Él como corona del mundo visible, en el último y séptimo día de la creación; cuando en el Paraíso de delicias, por Él plantado y preparado, plasmó y colocó al hombre y a la mujer, poniéndoles allí para que lo cultivaran y custodiaran³, y dándoles el dominio sobre los pájaros del aire, los peces del mar y los animales de la tierra⁴. ¿No es ésta la grandeza real, de la cual, aun después de su caída junto a la mujer, el hombre conserva las señales, y que le levanta sobre el mundo, que él contempla en el firmamento y en las estrellas; sobre el mundo, por cuyos océanos audazmente navega; sobre el mundo, que pisa con sus pies, doma con su trabajo y con su sudor, para arrancarle el pan que le restaure y sostenga la vida?

264. Acaso, oh esposas, al leer las palabras por Nos recientemente pronunciadas sobre la responsabilidad de la mujer en el hogar doméstico, habréis pensado en vuestro interior que esta responsabili-

¹ I Jn. V, 4.

² II Tim. I, 5.

³ Cfr.. Gen. II, 8, 15.

⁴ Cfr. Gen. I, 28.

dad no alcanza solamente a las esposas, sino que es recíproca y concierne no menos al marido que a la mujer. Y a vuestro pensamiento habrá vuelto acaso la imagen de más de una mujer, que conocéis o de la que habéis oído hablar, mujer y esposa ejemplar, consagrada al cuidado de la familia hasta más allá de sus fuerzas, pero que, después de muchos años de vida común, se encuentra todavía ante el egoísmo indiferente, grosero y acaso aun violento del marido, egoísmo que, lejos de disminuir, ha ido creciendo con la edad. Tales heroicas madres de familia, hijas, sí, de Eva, pero mujeres fuertes, imitadoras generosas de la segunda Eva, María, que aplasta la cabeza de la serpiente tentadora y sube al doloroso Calvario, hasta colocarse al pie de la Cruz, Nos las conocemos; de la misma manera que no Nos son desconocidos los continentes, a veces finos y afectuosos, a veces descuidados y duros de los maridos, sobre cuya responsabilidad en el gobierno de la familia, ya en otras ocasiones por Nos solamente indicada, nos habíamos reservado hablar con más tranquilidad. Es el tema que vamos a, tratar brevemente en nuestro discurso de hoy.

265. I.- La responsabilidad del hombre ante la mujer y los hijos, nace, en primer lugar de los deberes para con su vida, en los cuales está ordinariamente envuelta su profesión, su arte o su oficio. Él debe procurar, con su trabajo profesional, a los suyos una casa y el alimento cotidiano, los medios necesarios para un sustento seguro y para un conveniente vestir. Su familia tiene que sentirse feliz y tranquila bajo la protección que le ofrece y da, con pensamiento previsor, la fecunda actividad de la mano del hombre.

En bien diversas condiciones está el hombre sin familia del que tiene mujer e hijos, a quienes proveer. Él tiene a veces ante sí empresas peligrosas que le incitan con la esperanza de grandes ganancias, pero que fácilmente conducen a la ruina por senderos insospechados. Los sueños de fortuna muchas veces engañan al pensamiento más de lo que apagan los deseos; la moderación del corazón y de los sueños es una virtud que nunca perjudica, porque es hija de la prudencia. Por eso el hombre casado, aunque no haya otras dificultades de orden moral, no debe pasar los límites debidos; límites impuestos por la obligación que tiene de no exponer, sin motivos gravísimos, a un peligro, la segura, tranquila y necesaria subsistencia de la mujer e hijos, que ya están en el mundo o esperados todavía. Otra cosa sería si, sin culpa ni cooperación suya, circunstancias independientes de su voluntad y de su poder pusiesen en peligro la felicidad de la familia, como suele suceder en las épocas de grandes trastornos políticos o sociales que, derramándose por el mundo, traen a millones de casas las, tristes olas del ansia, de la miseria y de la muerte. Por eso siempre conviene que él, al hacer o al abstenerse, al emprender o al atreverse, se pregunte sí mismo: ¿puedo yo cargar con esta responsabilidad ante mi familia?

266. Pero el hombre casado está atado con vínculos no sólo para con la familia, sino también para con la sociedad. Son vínculos para él la fidelidad en el ejercicio de la profesión, del arte o del oficio; la confianza, sobre la que sus superiores puedan incondicionalmente apoyarse; la corrección e integridad en la conducta y en la acción. que le procuren la confianza de los que le tratan: vínculos que ciertamente son eminentes virtudes sociales. Y tales hermosas virtudes, ¿no constituyen el antemuro de la defensa de la felicidad doméstica, de la pacífica existencia de la familia, cuya seguridad, según la ley de Dios, es el primer deber de un padre cristiano?

Podríamos añadir, ya que es honor y honra de la mujer la pública virtud y estima del marido, que el hombre, por consideración a ella, debe procurar sobresalir y señalarse entre sus iguales, en la propia profesión. Toda mujer, en general, desea poder estar orgullosa del compañero de su vida. ¿No es, pues, de alabar el marido que, por noble sentimiento y afecto hacia la mujer, se esfuerza por hacer lo mejor que puede su oficio, y, en cuanto puede, cumplir algo notable y más grato?

267. II.- Pero si el elevarse digna y honestamente el hombre, por su profesión o por su trabajo, en la sociedad, honra y consuela a la mujer y a los hijos, ya que honor de los hijos son sus padres¹, el hombre no debe tampoco olvidar cuánto ayuda a la felicidad de la convivencia doméstica el que guarde y demuestre siempre, tanto en su interior como en su modo exterior y en sus palabras, respeto y estima a su mujer, madre de sus hijos. La mujer no es solamente el sol, sino también el santua-

¹ Prov. XVII, 6.

rio de la familia, el refugio de las lágrimas de los pequeños, la guía de los pasos de los mayorcitos, el consuelo en los afanes, la tranquilidad en las dudas, la confianza en su porvenir.

Dueña de la dulzura, es también ama de la casa. De vuestro aspecto, de vuestra actitud, de vuestras miradas, de vuestros labios, de vuestra voz, de vuestro saludo, distingán, sientan y vean los hijos y los criados la consideración, ¡oh jefes de familia!, que tenéis a vuestra esposa. No suceda jamás que, como suele decirse, las parejas de casados se distingán de las de no casados, por los modales indiferentes, menos atentos o del todo descorteses o groseros con que el hombre trata a la mujer. No; la conducta toda del hombre para con la mujer no debe nunca estar sin aquel carácter de natural, noble y digna atención y cordialidad que dice bien en los hombres de temperamento íntegro y de ánimo temeroso de Dios; en hombres que, con su entendimiento, saben ponderar el valor inestimable que los modales virtuosos y amables entre los cónyuges tienen para la educación de la prole. Es poderoso el ejemplo de los padres para con los hijos; él es para ellos un vigoroso y vivo estímulo para mirar a la madre y al mismo padre con respeto, veneración y amor.

268. III.- Pero la cooperación del hombre para la felicidad del hogar doméstico no puede detenerse ni restringirse al respeto y consideración para la compañera de su vida: debe ir más allá hasta ver, apreciar y reconocer el trabajo y los esfuerzos de la que, con silencio y asiduidad, se dedica a hacer más confortable, más grata y más alegre la habitación común. Con qué amoroso cuidado aquella joven esposa ha dispuesto todo para festejar, tan alegremente como se lo permiten las circunstancias, el aniversario del día en que ella, ante el altar, se ha unido a aquel que debía resultar el compañero de su vida y de su felicidad y que en este momento está para volver a casa de la oficina o del taller. Mirad aquella mesa: la embellecen y la alegran flores delicadas. La comida ha sido preparada por ella con todo cuidado; ha escogido lo mejor que tiene, lo que más le gusta a él. Pero he aquí que el hombre, cansado por las largas horas de trabajo, acaso más penoso de lo ordinario, abatido por contrariedades imprevistas, vuelve, más tarde que otras veces, sombrío y preocupado con otros pensamientos: las palabras, alegres y afectuosas que le acogen, caen en el vacío y le dejan mudo; en la mesa, con tanto amor preparada, no cae en la cuenta de nada; sólo mira y observa que aquel plato, aun habiendo sido tan bien preparado para agradarle, ha estado demasiado sobre el fuego y se lamenta, sin pensar que la razón no es otra que su retraso y la larga espera. Come de prisa, porque debe, como él dice, salir en seguida. Y apenas ha acabado, la joven esposa que había soñado con la alegría de una dulce tarde pasada juntos, llena toda de recuerdos renovados, se encuentra sola en las habitaciones desiertas y necesita toda su fe y todo su valor para retener el flujo de las lágrimas, que quieren asomarse a los ojos.

Alguna escena semejante es raro que falte en el curso de la vida. Un principio, proclamado por el gran filósofo Aristóteles¹, dice que, como cada uno es en sí mismo, tal le aparece el fin del obrar; en otros términos, que las cosas parecen al hombre convenientes o no según sus disposiciones naturales y las pasiones de que es movido², y vosotros veis de qué manera las pasiones aun inocentes, los negocios y los sucesos, lo mismo que los afectos, hacen cambiar ideas y tendencias, olvidar conveniencias y atenciones debidas, rehusar y descuidar amabilidades y gustos. Sin duda, el marido podrá achacarlo al pesado trabajo de una jornada de fatiga intensa, más desagradable todavía por los disgustos y los fastidios. Pero, ¿cree o piensa él que su mujer no siente o experimenta nunca cansancio ni halla molestias? El amor verdadero y profundo en el uno y en el otro deberá ser y mostrarse mas fuerte que el cansancio y el fastidio, más fuerte que los sucesos y las adversidades cotidianas, más fuerte que los cambios del tiempo y de las estaciones, más fuerte que las alteraciones de los humores personales y las desgracias imprevistas. Conviene dominarse a sí mismo no menos que a los acontecimientos exteriores, sin ceder y sin abandonarse a ellos. Conviene saber hallar en la fuente del amor reciproco la sonrisa, la gratitud, la estima de los afectos y de las cortesías, el dar alegría a quien os da pena. Cuando, pues, hombres, os halléis en casa, donde la conversación y el reposo conceden descanso a vuestras fuerzas, no seáis fáciles en ver y buscar los defectos pequeños, inevitables en toda cosa humana; fijaos más bien en todo lo bueno, poco o mucho, que se os ofrece

¹ *Ética Nicomaquea*, L. III, c. 7.

² *S. T. I*, q. 83, a. 1 ad 5; *I-II*, q. 9 ad 2.

como fruto de penosos esfuerzos, de cuidadosas vigili-
as, de afectuosas intuiciones femeninas, para
hacer de vuestro hogar, aunque sea modesto, un pequeño paraíso de felicidad y de alegría.

No os conforméis con considerar bien tan grande y amarle sólo en el fondo de vuestro pensa-
miento y vuestro corazón, no: hacedlo notar y oír abiertamente también a aquella que no ha ahorra-
do ningún trabajo para procurároslo y cuya mejor y más dulce recompensa será aquella sonrisa
amable, aquella mirada atenta y complaciente, aquella palabra graciosa que le harán comprender
toda vuestra gratitud.

Alguna otra advertencia que nos queda por añadir a los hombres nos la reservamos para que
no perjudique a la prometida brevedad de este discurso para otra audiencia próxima. Ahora, la ben-
dición apostólica que os vamos a dar, amados recién casados, mientras deseamos que se extienda a
todos los que nos escuchan, y a sus personas amadas, pretendemos que descienda hoy de modo es-
pecial sobre los hombres, que no sólo en el gobierno de la familia y en su sustento llevan un peso a
veces tan grave, sino que además tienen y conocen, para con la sociedad y el bien público, espe-
cialmente en esta hora de grandes pruebas, obligaciones y deberes que muchas veces les arrastran
lejos del hogar doméstico entre molestias y sacrificios, y en el cumplimiento de aquel heroísmo se
unen con aquel mutuo amor que la lejanía no mengua, sino que reanima y exalta en una más subli-
me palpitación de fe y de virtud.

LXII

MISION DEL MARIDO EN LA FAMILIA

15 de Abril de 1942. (Ecclesia, 13 de Junio de 1942.)

269. Para quien considera y contempla todo el mundo creado, amados recién casados, es grande
ocasión de maravilla el ver la suma variedad que nos ofrecen las cosas inanimadas, como los mine-
rales y la tierra; o el inmenso reino de los vegetales, como la hierba, las flores, los frutos, los cerea-
les y los árboles; o el vastísimo imperio de los animales, que se nos muestran en el aire y en las
aguas, sobre los montes, en las llanuras y en las selvas. En tal variedad notáis cómo, aun en la mis-
ma especie, los individuos se diferencian por sus caracteres morfológicos y fisiológicos, por su vi-
gor y por la belleza de sus colores y formas. Y vosotros mismos, en los hijos que el Señor se digne
concederos, podréis observar y discernir las diferentes inclinaciones que distinguen a un niño de
una niña y, de modo diverso, dan sello y preparan al hombre y a la mujer en la vida que Dios les
prepara.

De la misma manera, en la unión conyugal el hombre es cabeza de la mujer¹ y, de ordinario,
la supera en fuerza y en vigor. Pero esta distinción no la humilla a ella, porque, si frecuentemente se
dedica a obras en apariencia ligeras, realmente efectúa cosas grandes y fuertes por la responsabili-
dad que tiene de procurar el feliz estado de la familia y de merecerse la gratitud del marido.

270. Sin embargo, por muy cordial que sea este reconocimiento, vosotros, hombres, podéis y de-
béis hacer más. Vuestra perfección de jefes de familia no consiste solamente en la realización de los
trabajos pertinentes a vuestra profesión, a vuestro oficio, a vuestro arte particular, dentro o fuera de
la casa; en la misma, que es el dominio de vuestra mujer, tenéis también una activa parte que reali-
zar. Vosotros, más fuertes; vosotros, frecuentemente más hábiles en el uso de los instrumentos y de
las herramientas; vosotros, en el arreglo de vuestra casa, encontraréis lo primero de todo y, en mu-
chos pequeños trabajos, tiempo y lugar para cosas que son más propias del hombre que de la mujer.
No serán faenas y quehaceres como los de vuestro oficio, oficina o taller donde soléis ir, ni serán
tampoco indignos de vuestra dignidad: serán, sin embargo, una participación cuidadosa en las aten-
ciones de vuestra mujer, sobrecargada, con frecuencia, de cuidados y de trabajos; un echar una ma-
no amigablemente para levantar un peso, que será para ella una ayuda y para vosotros casi una dis-
tracción y un cambiar de ocupación.

¹ I Cor. XI, 3.

Para cultivar un huerto o un jardín, si es que la Providencia os hace el regalo de tenerlo; para cualquier adorno, para cualquier reparación, para tantas cosas, más o menos ligeras, que hay que mover, que colocar, que ordenar, como continuamente sucede, ¿no serán acaso más propias y prontas vuestras manos que las de vuestra esposa? Y en general, cuando un trabajo exija más fuerza, ¿no os hará vuestro corazón amable y prudente reservároslo para vosotros? ¿Y qué podría hallarse en una casa cristiana más triste y contrario al sentido católico que aquello que de cualquier manera recuerde el cuadro y la escena, en un tiempo demasiado frecuente entre los pueblos todavía no iluminados y suavizados por el divino misterio de Nazareth: la mujer que camina doblada bajo el pesado fardo, como una bestia de carga, ante su señor, que la sigue y la vigila fumando tranquilamente?

Uno de los grandes beneficios sociales de los tiempos pasados fué aquel trabajo a domicilio, entonces tan común aún entre los hombres, que unía al marido y a la mujer en un mismo trabajo, uno junto a otro, en una misma casa, junto al hogar de los hijos. Pero el progreso de la técnica, el gigantesco engrandecerse de las fábricas y de las oficinas, el dominador multiplicarse de toda clase de máquinas han hecho hoy tal trabajo doméstico muy raro fuera del campo y, muchas veces, han obligado y separado al uno del otro a los padres y les han arrastrado lejos de los hijos durante muchas horas del día... “¡Oh necesidad, señor tirano de los míseros mortales, y que no rompe tu fiereza indómita!”¹. Pero, por muy imperiosa que pueda ser, ¡oh hombres!, la ocupación de aquel trabajo que os entretiene gran parte del día lejos de las personas amadas, Nos no dudamos de que al fervor de vuestro afecto le quedarán todavía fuerzas, habilidad y cuidado para los pequeños servicios domésticos, que os procurarán la más cordial y benévola gratitud cuanto más se note que lo hacéis superando todo el cansancio y el deseo de reposo, gracias a aquella condescendencia para ayudar también en las pequeñas necesidades de la familia, que une a todos en el procurárselos y gozar sus bienes.

271. Y no es que en la vida familiar jamás haya ocasiones más difíciles, horas y tiempos que mezclan alegrías y tristezas, penas y sudores, incomodidades y lágrimas: horas de nacimiento, de enfermedades, de lutos. Entonces sí que habrá más que hacer. Entonces la mujer no podrá de ningún modo, o solamente con dificultad y con tremenda fatiga, satisfacer los múltiples deberes, convertidos en más graves y urgentes. Entonces todos los de casa tendrán que hacer todo lo que puedan, aun los pequeños con sus pequeñas ayudas, pero el primero que se ha de poner al trabajo, ¿no es acaso el padre, el jefe de familia, el que en los momentos difíciles tendrá que dar ejemplo de prestarse, prevenir y proveer, empleando, sin ahorro e inmediatamente, su propia persona?

En estas ocasiones y dificultades se mostrará la sabia dignidad paterna en el vigor de su acción eficaz en el gobierno de la familia. A tan importantes e inevitables pruebas os habéis de preparar, ¡oh esposos amados!, confirmando vuestro ánimo y vuestra mente, porque el porvenir que os aguarda difícilmente será diverso del Común de todos los hogares. Por lo que pasa a los otros, aprended a iluminaros y a guiaros a vosotros mismos. Y que os ilumine y guíe también el curso diario de la vida cotidiana. Dentro del recinto de vuestro casa no os detengáis en calcular, medir o comparar para ver quién se cansa o afana más, quién da más su tiempo y sus fuerzas. El verdadero amor no sabe de estos cálculos, de estas comparaciones: se da estimando siempre poco lo que se hace por quien se ama. Lo que dice la “Imitación de Cristo” del amor divino² se puede aplicar también a un amor tan profundo y tan santo como el conyugal: “El amor no siente peso, no conoce fatiga, desea más de lo que puede, no se excusa con la imposibilidad... Lo puede todo y cumple y acaba muchas cosas, en las cuales el que no ama falta y sucumbe”. Por eso no os admiréis si el Apóstol de las Gentes, tan lleno también en su mente y en su corazón de la caridad de Cristo hasta levantarla sobre las profecías, sobre los misterios y la fe de los milagros, sobre las lenguas y la ciencia, so-

¹ Parini: Odas, “La necesidad”.

² Libro III, cap. V.

bre la liberalidad para con los pobres y la entrega al martirio¹, no temió comparar el amor de los maridos hacia sus mujeres con el amor de Cristo para con la Iglesia²

272. ¡Oh, sí!; amad a vuestras mujeres. Les sois responsables de este deber del amor como del más alto y necesario don, porque en este don está la tutela de la castidad conyugal y de la paz familiar; porque en este amor se confirma la fidelidad, se glorifica la prole, se perpetúa inviolable el sacramento de la presencia de Dios. Santificad a vuestras mujeres con el ejemplo de vuestra virtud; concededles el honor de que os imiten en el bien y en la vida religiosa, en la asidua laboriosidad y en la intrepidez en los momentos duros y en los no leves sufrimientos que no faltan en la vida humana. ¿Podría, acaso, el esposo olvidar qué pesos y dolores y, a veces, qué peligros y sublimes sacrificios representa para su esposa aquella maternidad que le dará a él el gozo de ser y de llamarse padre? Y allí donde el amor maternal le ha hecho a ella aceptarlo todo sin poner nada en la cuenta, ¿el amor conyugal y paterno, le permitirá a él escatimar su propia entrega?

273. Echad una mirada a la historia de la Iglesia, esposa de Cristo. ¡Cuántos héroes y cuántas heroínas en el secreto del santuario de la familia! ¡Cuántas virtudes conocidas solamente por Dios y por los ángeles! En aquella época, a veces dura, de la Edad Media, entre el pueblo, en los viejos castillos, en los palacios, para no hablar de los monasterios, ¡qué almas de mujer recogían el homenaje del respeto mezclado con la ternura! Jóvenes, novias, esposas, madres, parecían circundadas por una aureola celestial, irradiación sobre todas las hijas de Eva del amor inspirado a aquellos corazones creyentes por la nueva Eva, la Madre de Cristo y de los hombres, o por alguna otra idea procurada por la fe que, brotando del profundo espíritu cristiano, hacía florecer en ellos aquel sentido de deferente y afectuosa cortesía, desconocida para los antiguos y modernos paganismos, ufanos con su orgullo viril y con las revueltas del orgullo femenino. Entonces, ante la mujer, la fe exaltaba al poeta, que prorrumplía en un canto alabando a la “Virgen y Madre, hija de su Hijo”, a la “Virgen hermosa, con el sol vestida”, para que “encomendase a su Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre, que acogiese en paz nuestro último suspiro”.

274. ¡Oh, hombres!, volved la mirada a Nazareth, entrad en aquella pequeña y modesta morada. Mirad a aquel, carpintero, custodio santísimo de los secretos divinos, que con sus sudores sustenta a la familia humilde y elevada más que la de los Césares de Roma; observad con qué veneración y respeto ayuda y venera a aquella Madre, su esposa inmaculada y pura; mirad al que se cree “Hijo del carpintero”, Virtud y Sabiduría omnipotente que hizo el cielo y la tierra y sin el cual nada se ha hecho, como ningún hombre puede sin Él hacer nada, y que, sin embargo, no se desdeña de los pequeños servicios de la casa y del taller, y de estar sometido a María y a José; contemplad un tan grande modelo de santa vida familiar, espectáculo que maravilla a las jerarquías angélicas, que lo adoran. ¡Ojalá que esta contemplación conserve en vuestros corazones aquellos sentimientos de grata y tierna entrega de vosotros mismos, que en sus diarias manifestaciones constituirán vuestro generoso concurso al bien y a la tranquilidad de la casa. Si en la vida profesional creéis que es honor vuestro no huir de ninguna responsabilidad que os toque, sea también en vuestra vida cristiana noble franqueza y orgullo de vuestra conciencia el tomar con amplitud y amor aquella porción de colaboración y de cuidado, que es vuestra, para formar la felicidad doméstica!

Mientras, por lo tanto, pedimos a Dios que os conceda a los unos y a los otros, amados hijos e hijas, las gracias necesarias para esta fecunda y santa cooperación, os damos de todo corazón nuestra paternal bendición apostólica.

¹ Cfr. I Cor. XIII, 1 y ssgtes.

² Cfr. Ef. V, 25-29.

LXIII
LA DIGNIDAD INVIOlable DEL MATRIMONIO,
UNO E INDISOLUBLE

22 de Abril de 1942. (Ecclesia, 6 de Junio de 1942.)

275. No os será difícil, amados recién casados, elevar la mente a un alto concepto de la vida conyugal iniciada por vosotros, si atentamente, ayudados por vuestro devocionario, volvéis a considerar las conmovedoras ceremonias de las nupcias, en las que la sagrada liturgia está toda penetrada y resumida en la atadura que desde aquel momento viene a unir al esposo con la esposa. ¡Qué dulces pensamientos, qué ilusiones os han llevado hasta el altar santo! ¡Qué esperanzas y qué felices visiones han iluminado vuestros pasos! Pero aquel ligamen es uno e indisoluble. “*Ego coniungo vos*”, en el nombre de Dios, ha dicho el sacerdote, testigo cualificado de la unión que habéis realizado; y la Iglesia ha tomado bajo su protección y su tutela aquel vínculo contraído por vosotros, con la consagración y la fuerza de un sacramento, escribiendo vuestros nombres en el gran libro de los matrimonios cristianos, mientras como conclusión del rito nupcial había dirigido a Dios la invocación: “*Ut qui te auctore iunguntur, te auxiliante serventur*”, para que los que con tu autoridad se unen, con tu ayuda se salven¹.

El vínculo conyugal es uno. Mirad en el paraíso terrenal, primera imagen del paraíso familiar, al primer vínculo establecido por el Criador entre el hombre y la mujer, del cual el Hijo de Dios encarnado dirá un día: “*Quod Deus coniunxit, homo non separet*”, lo que Dios ató, ya no se atreva el hombre a separarlo; porque “*iam non sunt duo, sed una caro*”, ya no son dos, sino una sola carne². En aquella unión de nuestros progenitores en el jardín de las delicias está todo el género humano, todo el futuro curso de las generaciones, que llenarán la tierra y lucharán para conquistarla, y con el sudor de su frente la rendirán para que dé un pan empapado en la amargura de la primera culpa, nacida en el fruto violado del Edén. Y, ¿por qué Dios ha unido en el Paraíso al hombre y la mujer? No sólo para que custodiasen aquel jardín de felicidad, sino también, digámoslo con las palabras de Santo Tomás de Aquino, el gran Doctor, porque por el matrimonio estaban ordenados al fin de la generación y de la educación de la prole y además a una vida común de familia³.

276. En la unidad del vínculo conyugal ved impreso el sello de la indisolubilidad. Es, ciertamente, un vínculo al cual inclina la naturaleza, pero que no está causado necesariamente por los principios de la naturaleza, sino que se realiza mediante el libre albedrío; pero si la simple voluntad de los contrayentes lo puede contraer, no lo puede desatar. Esto se dice no solamente de las nupcias cristianas, sino en general de todo matrimonio válido que se haya contraído sobre la tierra con el mutuo consentimiento de los cónyuges. El “sí”, que brotaba de vuestros labios por el impulso de vuestro querer, ata en vuestro derredor el vínculo conyugal y al mismo tiempo liga para siempre vuestras voluntades. Su efecto es irrevocable; su sonido, expresión sensible de vuestro consentimiento, pasa; pero el consentimiento mismo formalmente queda fijo, no pasa, es perpetuo, porque es consentimiento en la perpetuidad del vínculo, mientras que un consentimiento de vida solamente para algún tiempo entre los esposos no valdría para constituir el matrimonio. La unión de vuestros “sí” es indivisible; de donde no hay verdadero matrimonio sin inseparabilidad, ni hay inseparabilidad sin verdadero matrimonio⁴.

Elevaos, pues, a lo alto con el pensamiento y recordad que el matrimonio no es solamente deber de naturaleza, sino que para las almas cristianas es un gran sacramento, un gran símbolo de la gracia y de una cosa sagrada, como lo son los desposorios de Cristo con la Iglesia, hecha suya y conquistada con su sangre, para regenerar a la nueva vida del espíritu a los hijos de los hombres que crecen en su nombre, nacidos no de la sangre ni de la concupiscencia de la carne ni de querer de

¹ Rit. Rom.

² Mt. XIX, 6.

³ Cfr. S. T. Suppl., q. 44, a. 1.

⁴ Cfr. S. T. Suppl. 41, a. 1.; q. 40, a. 3.

varón, sino de Dios¹. El símbolo y luz del sacramento, que, por decirlo así, arrastran más allá de la naturaleza al oficio de la naturaleza, dan al matrimonio una nobleza de sublime honestidad que comprende y reúne en sí no solamente la indisolubilidad del sacramento².

277. Pero si la voluntad de los esposos, cuando ya lo han contraído, no puede desatar el vínculo matrimonial, ¿podrá acaso hacerlo, la autoridad, superior a los cónyuges, instituida por Cristo en la vida religiosa de los hombres? El vínculo del matrimonio cristiano es tan fuerte que si ha alcanzado su plena estabilidad con el uso de los derechos conyugales, ningún poder en el mundo, ni aun el nuestro, es decir, el del Vicario de Cristo, es capaz de romperlo. Es verdad que Nos podemos reconocer y declarar que un matrimonio contraído como válido en realidad era nulo, o por vicio substancial en el consentimiento o por defecto de forma substancial. Podemos también, en determinados casos y por graves motivos, disolver matrimonios privados del carácter sacramental. Podemos, finalmente, si hay una causa justa y proporcionada, desatar el vínculo de los esposos cristianos, el “sí” por ellos pronunciado ante el altar, cuando conste que no ha llegado a su cumplimiento con la actuación de la convivencia matrimonial. Pero, una vez que esto ha sucedido, aquel vínculo queda sustraído a cualquier ingerencia humana. ¿Por ventura Cristo no ha restituido la comunidad matrimonial a aquella dignidad fundamental que el Creador le había dado, en la paradisiaca mañana del género humano, y a la dignidad inviolable del matrimonio uno e indisoluble?

278. Jesucristo, Redentor de la humanidad caída, no había venido a abolir, sino a cumplir y a restaurar la ley divina; a verificar, como más legislador que Moisés, como más sabio que Salomón, como más profeta que los profetas, cuanto de Él había sido predicho, preanunciado semejante a Moisés suscitado del pueblo de Israel, sobre cuyo labio el Señor había puesto su palabra, mientras que el que no le hubiese escuchado habría sido exterminado fuera del pueblo de Dios³. Por eso Cristo, con su palabra que no pasa, elevó en el matrimonio al hombre y realzó a la mujer, que los siglos anteriores habían rebajado a la condición de sierva y que el más austero censor de Roma había equiparado a una “naturaleza desenfrenada e indómito animal”⁴; como el mismo Redentor había en sí ensalzado no sólo al hombre, sino también a la mujer, tomando de una mujer la humana naturaleza y sublimando a su madre, bendita entre todas las mujeres, hasta hacerla espejo inmaculado de virtud y de gracia para todas las familias cristianas a través de los siglos, coronada en los cielos Reina de los ángeles y de los santos.

279. Jesús y María, con su presencia, santificaron las bodas de Caná; allí el Divino Hijo de la Virgen hizo el primer milagro, como para demostrar antes de tiempo que iniciaba su misión en el mundo y el reino de Dios por la santificación de la familia y la unión conyugal, origen de la vida. Allí comenzó la elevación del matrimonio, que debía levantarse en el mundo sobrenatural de las señales exteriores, que producen la gracia santificante, como símbolo de la unión entre Cristo y su Iglesia⁵; unión indisoluble, inseparable, nutrida de aquel amor absoluto y sin fin, que brota del corazón de Cristo. ¿Cómo podría el amor conyugal ser y decirse símbolo de tal unión cuando fuera deliberadamente limitado, condicionado, desatable, cuando fuese una llama solamente de amor temporal? No: elevado a la excelsa y santa dignidad del sacramento, estampado y unido en tan íntima conexión con el amor del Redentor y con la obra de la redención solamente puede ser y afirmarse indisoluble y perpetuo.

280. Frente a tal ley de indisolubilidad, las pasiones humanas en todos los tiempos, por ella frenada y reprimidas en la libre satisfacción de sus desordenados apetitos, han procurado de todas las maneras sacudir el yugo, no queriendo ver con ella más que una dura tiranía que pesase arbitrariamente sobre las conciencias con insoportable peso, con una esclavitud en pugna con los sagrados derechos de la persona humana. Es verdad; un vínculo puede a veces constituir un gravamen, una servidumbre como las cadenas que atan al prisionero. Pero puede ser también una ayuda poderosa y una ga-

¹ Jn. I, 12-13.

² Cfr. S. T. Supl. q. 49, a. 2 ad 4 y ad 7.

³ Cfr. Deut. XVIII, 15 y ssgtes.; Act. III, 22-23.

⁴ T Livio *ab Urbe condita*, L. XXXIV, cap. 2.

⁵ Ef. V, 32.

rantía segura, como la cuerda que ata al alpinista a sus compañeros de ascensión y como los ligamentos que unen las partes del cuerpo humano y le hacen expedito y franco en sus movimientos; y precisamente este es el caso del vínculo indisoluble del matrimonio.

Esta ley de la indisolubilidad aparecerá y se entenderá como manifestación de vigilante amor maternal, especialmente si se la considera en la luz sobrenatural en que Cristo la ha puesto. En medio de las dificultades, de los roces, de las codicias que la vida acaso sembrará bajo vuestros pasos, vuestras dos almas, tan inseparablemente unidas, no se hallarán solas ni desarmadas: la omnipotente gracia de Dios, fruto propio del sacramento, estará siempre con ellas, para sostener a cada paso su debilidad, para endulzar todos los sacrificios, para confortarlas y consolarlas al prolongarse las pruebas, aun las más duras. Si para obedecer la ley divina fuere necesario rechazar las lisonjas de los goces terrenos, vislumbrados en la hora de la tentación y renunciar a “volver a hacerse una vida”, la gracia estará allí todavía para recordar, con toda su fuerza, las enseñanzas de la fe: es decir, que la única vida verdadera, que nunca hay que poner en peligro, es la del cielo, que precisamente con estas renunciaciones nos aseguramos; renunciaciones que son, como todos los sucesos de la vida presente, algo provisional, destinado sencillamente a preparar el estado definitivo de la vida futura, que será tanto más feliz y luminosa cuanto más valerosa y generosamente hayamos aceptado las inevitables aflicciones del camino de acá abajo.

Pero acaso se os ocurra decir: demasiado austeras son estas consideraciones, cuando todos nos sonríe en el sendero que se abre ante nosotros; ¿acaso nuestro amor, del cual estamos seguros, no nos garantiza ya la indefectible unión de nuestros corazones?

¡Amados hijos e hijas! Recordad el aviso del Salmista¹: si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda. Aun esta ciudad, tan hermosa y fuerte, de vuestra presente felicidad, sólo Dios puede mantenerla intacta con su ley y con su gracia. Todo lo que es sencillamente humano es demasiado frágil y precario para que a sí mismo se baste; pero la fidelidad a los mandamientos divinos asegurará la inviolable constancia de vuestro amor y de vuestra alegría a través de los azares de la vida.

Es lo que para vosotros imploramos al Señor, mientras de todo corazón os damos Nuestra paternal bendición apostólica.

LXIV LA PERPETUIDAD E INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

29 de Abril de 1942. (Ecclesia, 27 de junio de 1942.)

281. Cuando viniendo desde cualquier región os recogéis, amados recién casados, en esta casa del Padre Común, jamás sois extranjeros a nuestro corazón, al cual la inmensa bondad divina concede vibraciones que no saben distinguir entre rostros y vestidos, linajes altos y humildes, cielos y confines. Nuestro corazón se ensancha al veros, al contaros, y con su ardor responde a vuestro filial afecto, y Nos pone en los labios un vivo afecto de alabanza a Dios, que nos hace exclamar: ¡Qué hermosas y brillantes hace la fe las desparramadas tiendas de la familia cristiana! A nuestra vista resplandece en vosotros la dignidad de los esposos, no solamente condecorados con el místico crisma, común a todos los fieles, para ser gente santa y sacerdocio real, según la palabra del Apóstol Pedro², sino elevados también en el acto santo de vuestras nupcias y con el libre y mutuo consentimiento vuestro a ministros del sacramento del matrimonio; matrimonio que, al representar la unión perfectísima de Cristo con la Iglesia, no puede ser sino indisoluble y perpetuo.

282. Pero ¿qué dice la naturaleza acerca de esta perpetuidad? Mientras la gracia, con su acción, no muda la naturaleza, sino que siempre y en toda cosa la perfecciona, encontrará acaso en ella una enemiga que se le oponga? No; el arte de Dios es suave y admirable; jamás deja de ir de acuerdo

¹ Salmo CXXVI, 1.

² Ped. II, 9.

con la naturaleza, de la que Él es autor, Aquella perpetuidad e indisolubilidad que la voluntad de Cristo y la mística significación del matrimonio requieren, la quiere también la naturaleza, cuyas ansias cumple la gracia dándole fuerzas para ser aquello, de lo cual su mejor saber y querer la inspira el deseo.

Preguntad a vuestro corazón, amados recién casados. Es inescrutable para los demás, pero no para vosotros. Sí recordáis el momento en que a vuestro afecto sentisteis que correspondía otro amor, ¿no os parece acaso como si ya, desde aquel instante hasta el “sí” que había que pronunciar juntos ante el altar, hubiese sido para vosotros un avanzar de hora en hora con pasos de ansiosa esperanza y de trémula expectación? Ahora aquella esperanza no tiene ya “la flor verde” sino que es una rosa florida; y la expectación espera otras alegrías. ¿Se ha desvanecido acaso vuestro sueño? No; se ha hecho realidad. ¿Y quién lo ha cambiado en realidad de unión ante el altar? El amor, que no ha desaparecido, sino que ha permanecido y se ha hecho más fuerte, más estable y en su firmeza os ha hecho exclamar: ¡Este amor debe permanecer inmutado, intacto, inviolado, para siempre! Si el afecto conyugal sabe de albas y auroras, no debe saber de atardeceres, y de estaciones, ni de días nublados y tristes, porque el amor quiere ser siempre joven, inquebrantable al soplo de los vientos.

Así vosotros, sin caer en la cuenta, íbamos a decir que atribuíis a vuestro amor nupcial, con celo santo, aquella señal característica que el Apóstol Pablo atribuía a la caridad, cuando decía al exaltarla: “*Caritas numquam excidit*”¹. Nunca fenece la caridad. El puro y verdadero amor conyugal es un limpio arroyuelo, que por la fuerza de la naturaleza brota en la roca inquebrantable de la fidelidad, que se desliza tranquilo entre las flores y las espinas de la vida, hasta que se pierde en el hueco de la tumba. La indisolubilidad del matrimonio es, pues, la satisfacción de un impulso del corazón puro y sano, del “*anima naturaliter christiana*”, y se disipa sólo con la muerte. En la vida futura no habrá nupcias, porque los hombres vivirán en el cielo como los ángeles de, Dios: “*in resurrectione neque nubent, neque nubentur, ser erunt sicut angeli Dei in coelo*”². Pero si el amor conyugal, en cuanto a este carácter suyo particular, termina con el cesar del fin para que está ordenado sobre la tierra; sin embargo, en cuanto ha obrado en las almas de los cónyuges y las ha unido la una con la otra en el mayor vínculo de amor que une a los corazones con Dios y entre sí, tal amor permanece en la otra vida, como permanecen las almas mismas en las cuales había demorado acá abajo.

283. Pero la indisolubilidad del matrimonio es exigida por la naturaleza también por otra razón, porque tal dote es necesaria para proteger la dignidad de la persona humana. La convivencia conyugal es una institución divina, radicada en la naturaleza humana, como unión de dos seres formados a imagen y semejanza de Dios, que les llama para proseguir su obra en la conservación y propagación del género humano. Hasta en sus más íntimas expresiones esta convivencia aparece como algo extremadamente delicado; hace felices, ennoblece y santifica las almas cuando se eleva sobre las cosas sensibles con el ala de la simultánea entrega espiritual y desinteresada de cada uno de los cónyuges para con el otro, con la conciencia, viva y arraigada en ambos a dos, de querer pertenecer totalmente el uno al otro fieles en todos los sucesos y acaecimientos de la vida, en los días buenos y en los tristes, en la salud y en la enfermedad, en los años jóvenes y en la vejez, sin limitaciones o condiciones, hasta que quiera Dios llamarles a la eternidad. En esta conciencia, en este propósito de exaltar la dignidad humana, se exalta el matrimonio, se exalta la naturaleza, que se ve respetar a sí misma y a sus leyes; se alegra la Iglesia, que ve, en esta comunidad de vida conyugal, resplandecer la aurora de la primera ordenación de la familia establecida por el Creador y el mediodía de su divina restauración en Cristo. Cuando no suceda así, la vida común corre el peligro de resbalar en el fango del ansia egoísta, que no busca más que la propia satisfacción, ni piensa en la dignidad personal ni en el honor del consorte.

284. Echad una mirada a la sociedad moderna en los países en donde rige el divorcio, y preguntad: ¿Tiene el mundo la clara conciencia y la visión de cuántas veces en ellos, la dignidad de la mujer ultrajada y ofendida, conculcada y corrompida, viene a yacer casi enterrada en el envilecimiento y

¹ I Cor. XIII, 8.

² Mt. XXII, 30.

en el abandono? ¡Cuántas lágrimas secretas han bañado ciertos umbrales, ciertas habitaciones! ¡cuántos gemidos, cuántas súplicas, cuántos desesperados votos y acentos han resonado en ciertas entrevistas, por ciertas calles y callejas, en ciertos rincones y lugares desiertos! No, la dignidad personal del marido, como la de la mujer, pero sobre todo la de la mujer, no tienen mejor defensa y tutela que la indisolubilidad del matrimonio. Están en un error funesto los que creen que se puede mantener, proteger y elevar la cultura de la mujer y su digno decoro femenino, sin ponerle como fundamento el matrimonio uno e indisoluble. Si la Iglesia, cumpliendo la misión recibida de su divino Fundador, con gigantesco e impávido uso de una santa e indomable energía, ha afirmado siempre y difundido por el mundo el matrimonio inseparable, alabadla y glorificadla porque con ello ha contribuido en gran manera para defender el derecho del espíritu frente a los impulsos de los sentidos en la vida matrimonial, salvando, con la dignidad de las nupcias, la de la mujer, no menos que la de la persona humana.

285. Cuando en el fondo de la voluntad no está firme el propósito de la custodia perenne e inviolable del vínculo conyugal, llegan a vacilar también y a faltar al padre, a la madre y a los hijos aquella conciencia del porvenir tranquilo y seguro, aquel sentimiento que sostiene la incondicionada y recíproca confianza, aquel nudo de estrecho e inmutable enlace interior y exterior, suceda lo que suceda, en que se funda y se nutre una raíz, grande y esencial, de la felicidad doméstica.

¿Por qué, preguntaréis acaso, extendemos a los hijos tales consecuencias? Porque ellos reciben de sus padres tres cosas importantísimas: el ser, la nutrición y la educación¹, y para su sano desarrollo tienen necesidad de una atmósfera de alegría; ahora bien, una juventud serena, una armónica formación e instrucción no puede concebirse sin la indudable fe de los padres. ¿No alimentan acaso los hijos el vínculo del amor conyugal? La ruptura de este vínculo viene a ser para ellos una crueldad y un desconocimiento de su sangre, una humillación de su nombre y una vergüenza de su rostro, una división de sus corazones y una separación de los hermanos y del techo doméstico, la amargura de su felicidad juvenil y, lo que es más grave para su espíritu, un escándalo moral. ¡Cuántas heridas en las almas de millones de jóvenes! ¡Qué tristes y lamentables ruinas en muchos casos! ¡Cuántos implacables, remordimientos engendrados en las conciencias! Los hombres espiritualmente sanos y moralmente puros, los alegres y contentos, los íntegros de carácter y de costumbre, en los que la Iglesia y la sociedad civil depositan su esperanza, proceden, ordinariamente, no de hogares turbados por la discordia o por el vacilante afecto, sino de familias donde reina profundo el temor de Dios e inviolable la fidelidad conyugal. Quien hoy sigue la pista de las causas a las que se pueda imputar la descomposición moral, el veneno que viene corrompiendo a una no pequeña parte de la familia humana, no tardará en hallar una de las fuentes más malhadadas y culpables en la legislación y en la práctica del divorcio. Las creaciones y las leyes de Dios tienen siempre una acción benéfica y poderosa; pero cuando la inconsideración o la malicia humana se meten en medio y las perturban y desordenan, entonces al fruto benéfico, que desaparece, sucede y se hace incalculable el cúmulo de los daños, como si la misma naturaleza indignada se resolviese contra la obra de los hombres. Y, ¿quién podrá negar o dudar que sea creación y ley de Dios la indisolubilidad del matrimonio, firmísimo sostén para la familia, para la grandeza de la nación, para la defensa de la Patria, que en los pechos de sus gallardos jóvenes encontrará siempre el escudo y el brazo de su prosperidad?

Vosotros, amados recién casados, dad gracias a Dios por la intachable familia en la que, rodeados por el amor de unos padres temerosos de Dios, habéis recibido el don de crecer hasta la plena madurez de cristianos y de católicos. Tened como honor y gloria, en un tiempo, por desgracia, tan caracterizado por tan amplia separación de la ley de Dios, el desarrollar, actuar y profesar en toda vuestra vida conyugal la gran idea del matrimonio, como fué establecido por Cristo. En la común plegaria cotidiana elevad los corazones a Dios, para que Él, que os ha concedido benignamente el principio, se digne, con la potente eficacia de su gracia, daros también el cumplimiento feliz. Con este augurio, y en prenda de los más singulares favores celestiales, os damos de corazón nuestra paternal bendición apostólica.

¹ S. T. Supl. q. 41, a. 1.

LXV
LOS ENEMIGOS DE LA UNION CONYUGAL

I. La desunión de los corazones

17 de Junio de 1942. (Ecclesia, 18 de Julio de 1942.)

286. Aunque es grande la tristeza de la hora presente, no cala, sin embargo, tan hondamente en vuestros corazones enardecidos por la fe, la esperanza y el amor, que retarde sus latidos y congele o extinga o menoscabe la llama de afecto cristiano que ha unido vuestras vidas en la alegría, queridos recién casados, y en la alegría os ha conducido a esta Roma, corazón de la Iglesia, para invocar sobre vuestra unión, como sello de vuestro sacrosanto e indisoluble lazo la paterna bendición del Vicario de Cristo.

Alegría santa, que no conoce restricciones ni reservas. Y, sin embargo, estamos persuadidos de que no sin emoción habéis franqueado el umbral de la casa de vuestros padres para poneros en camino, el uno junto a la otra, inseparables hasta la muerte. Una lágrima, sin duda, ha brillado en vuestras pupilas en el momento de la partida al recibir el beso de adiós de vuestro padre y de vuestra madre: en aquel beso, en el que vibraban todos los más dulces recuerdos de vuestra infancia y de vuestra adolescencia, vuestro pecho ha sentido la herida de la separación. ¿Quién podrá tacharos por ello? Qué corazón de esposo o de esposa podrá mirarlo con recelo? ¿Acaso debe renunciar a ello y romper todo vínculo establecido en los hijos por la naturaleza, vuestro amor mutuo, a pesar de que quiere ser tan fuerte hasta sacrificar sin vacilaciones las dulzuras de la ternura filial a la vida común?

Si es mandato de Dios el abandonar la morada paterna, es también precepto, no reñido con el primero, amar y honrar a los padres. En su alto y sabio consejo sobre el género humano, aquel mismo Dios que impone a los hijos el deber del amor y de la adhesión a quienes les han dado la vida, les manda también separarse del padre y de la madre para estrecharse a su esposa¹; y asimismo ordena a la esposa seguir, a través de todas las contingencias de la vida, los pasos de su esposo. Establecidos por Dios, dos amores están tan lejos de oponerse entre sí, que más bien la piedad filial es una de las más seguras garantías de la concordia y felicidad conyugal. Porque ¿qué confianza podríais poner en la unión y felicidad recíproca de aquellos infelices que van al matrimonio sólo para desatarse y librarse del lazo tan dulce y del yugo tan suave de la vida familiar en el hogar paterno? Esa disposición de ánimo, no desprovista de ejemplos, cede en desestima y deshonor de un joven y una joven; es un triste presagio de que así como no se han conducido como hijos respetuosos y cariñosos, así tampoco serán esposos fieles y virtuosos. No ha sido un amor más potente que el afecto familiar el que los ha acercado uno a otro; sino el egoísmo, ávido, más que de unirse, de vivir su vida” paralelamente, sellando el pacto tácito, y a veces incluso explícito, de un fermento e indiferente afecto conyugal y de una independencia mutua bajo el velo de una unión aparente, estéril y revocable. ¿Son tal vez éstos los matrimonios consagrados por el legítimo sentimiento cristiano y la bendición de Dios?

287. Dichosos vosotros, amados recién casados, que, obedientes a la ley divina, habéis comprendido su santidad y gustado su dulzura; y que no habéis dudado en sellar con el sacramento ante Dios y los hombres el pacto del don recíproco para toda la vida; el pacto de la ternura que va hasta el sacrificio, hasta el olvido de vosotros mismos; el pacto del cariño fecundo que aspira a florecer y fructificar en una familia numerosa y bendecida. En la ley de Dios que proclama la indisolubilidad del matrimonio, habéis iniciado el camino de vuestra nueva vida; en aquella ley habéis jurado seguir y caminar, porque la habéis acogido, no como un yugo de amor; no como una coacción de vuestra voluntad, sino como la sanción celestial de vuestro recíproco e inmutable afecto; no como una imposición de esclavitud espiritual, sino como la garantía divina, fuente de inquebrantable confianza, contra todo peligro que quisiera acechar o amenazar la sólida roca de vuestra unión.

¹ Cfr. Gen. II, 24.

288. Hacéis muy bien en alimentar en vosotros esta confianza; pero requiere en su camino encontrar como compañeras a la humildad y la prudencia bajo la protección de Dios. La historia de las familias presenta ejemplos de jóvenes esposos que, aun habiendo entrado en la vida conyugal con las mismas buenas condiciones que a vosotros os animan, han dejado luego, a medida que pasaba el tiempo sobre esta unión antes tan íntima y tierna, engendrarse un gusano corruptor que ha devorado y eliminado día tras día parte del primer vigor y lozanía unitiva. Asechanza que, como cantaba un gran poeta italiano, sufres también tú, belleza del universo; ya que

*il Tempo edace
fatal nemico, colla man rugosa
ti combatte, ti vince e ti disface.
Egli il color del giglio e della rosa
toglie alle gote più ridenti, estende
dappertutto la falce ruinosa.
(Monti, Belleza dell'universo.)*

De la misma manera también aquellos esposos han venido a poco a tomar su lazo como una esclavitud; han intentado y procurado finalmente, si no romperlo, cuando menos aflojar su vigor; toda vez que aquel vínculo no era ya para ellos un vínculo de amor. ¿Deberéis acaso desanimaros o ver perturbada la alegría de vuestras almas ante ejemplos tan dolorosos? ¡Oh, no! El conocimiento que tenéis vosotros mismos, la experiencia que iréis adquiriendo de la inconstancia y volubilidad del pobre corazón humano, no deben mermar vuestra confianza, sino que la deben hacer más discreta, más alerta, más humilde, más prudente, menos ilusoria, menos presuntuosa, menos falaz; por el contrario, abrirán vuestra alma para recibir con espíritu filial los paternos avisos con que Nos quisiéramos preservaros de esa miseria conyugal, señalándoos y explicándoos la raíz y las causas de esa tan lamentable degeneración de la vida común y los medios para prevenirla y para preservaros de ella o, si hiciera falta, para atajarla a tiempo.

289. ¿De dónde puede nacer, amados hijos e hijas, este empeoramiento, esta evolución? ¿Ha comenzado acaso de repente, como por capricho, o por el descubrimiento imprevisto de una incompatibilidad de caracteres, o por algún trágico accidente? De ordinario, los corazones que el día de las bodas estaban tan firme y amorosamente resueltos a vivir juntos, no emprenden de esa manera el camino hacia aquel desamor, hacia aquella fría indiferencia que, paso a paso y grado a grado, llevan a la antipatía, a la desunión y separación moral, triste preludio con harta frecuencia de una desgarradura todavía más real y más grave. Aquellos caprichos, aquellos descubrimientos, aquellos incidentes trágicos que parecen haber señalado el principio de esa mudanza, no han sido en realidad sino la ocasión reveladora que ha precipitado la ruptura. Bajo la ceniza se escondía el rescoldo ardiente.

Penetrad y sondead las profundidades de aquellos corazones. Las separaciones morales conscientes, mas o menos manifiestas al público, o tal vez escondidas en el secreto del hogar, salvando exteriormente con cuidado las apariencias, nunca habrán dejado de estar precedidas de una disonancia, a los principios tal vez imperceptibles para los mismos esposos, semejante a la resquebrajadura oculta de un hermoso vaso de alabastro. Si el amor hubiera sido total, si hubiera sido absoluto, si hubiera sido el amor que consiste en la entrega de sí mismo, si, no hubiera conocido otros límites que los del amor de Dios, o, por mejor decir, si aquel amor humano se hubiera levantado por encima de los sentidos para apoyarse, fundarse y fundirse en un común amor de Dios, total y absoluto, entonces sí que ningún ajeno tumulto hubiera turbado su armonía, ningún choque lo hubiera roto, ninguna nube hubiera oscurecido su cielo. También en el amor hay que contar con el dolor. San Agustín lo dice con su acostumbrado vigor expresivo: “Donde reina el amor, o está ausente la pena, o se ama la misma pena”¹.

¹ “*De bono viduitatis*”, c. 21. Migne, P. L., t. 40, col. 448.

¿Quién es, según eso, el que ha producido en aquel amor, en aquella santa unión de almas, una herida invisible y muchas veces fatal? No es necesario buscarlo muy lejos. Buscadlo cerca; buscadlo en los corazones. Allí está el enemigo; allí está el culpable. Es aquel amor propio tan vario como solapado en sus manifestaciones y desfogue, aquel amor de sí mismo que nace con el hombre, vive con él y que apenas si muere con él.

290. Pero diréis: ¿acaso tenemos que odiarnos a nosotros mismos? ¿La misma naturaleza no nos inclina a amar y buscar nuestro bien? Sí: la naturaleza dispone al hombre a amarse a sí mismo, pero para aquel bien que según la razón es propio suyo. Ahora bien: la razón enseña al hombre y a la mujer no sólo el bien individual, sino también el bien de la familia, que en la unión y en la lealtad conyugal se eleva a bien de la prole. Hay, amados recién casados, un amor de vosotros mismos bueno y otro malo, a saber: el amor propio, que es un sinónimo más decente, pero no menos maligno del egoísmo. El hombre y la mujer han sido hechos por Dios. Dios que creó su naturaleza, no es autor de su corrupción; la corrupción de la naturaleza derivó de la culpa de Eva y de Adán. Debemos amarnos a nosotros mismos conforme a la naturaleza hecha, por Dios, no según la corrupción causada por nuestros primeros padres, y amar nuestra alma y nuestro cuerpo con aquel amor de caridad con que amamos las cosas de Dios y a Dios mismo¹, mientras se difunde y nos une con los allegados y con el prójimo. ¿Qué amor es éste? Es un amor que salva nuestra alma, que salva la unión de los corazones en la vida común y en la familia: es un amor que se transforma en odio de la corrupción del alma en este mundo para custodiarla para la vida eterna, conforme a las palabras de Cristo: “El que odia su alma en este mundo, la custodia para la vida eterna”².

Frente a un amor tan santo y saludable, hay otro amor perverso; y con ese amor “el que ama su alma, la perderá”³. ¿Qué amor es éste? Es el amor de la corrupción; es el egoísmo, es el amor propio fuente de todo mal, y por eso dice el angélico santo Tomás que “el amor de sí mismo es la raíz de toda iniquidad”⁴. Os lo señalamos, amados recién casados, como el mayor enemigo de vuestra unión, como el veneno de vuestro amor sagrado. Dos egoísmos odian el sacrificio de sí mismos; no constituyen aquella sólida amistad de dos cónyuges, en la que no hay más que un querer y un no querer, en la que todo es común, la alegría y el dolor, el trabajo y la ayuda. El amor propio desune la vida común; y si el egoísmo del marido no está siempre a la par del egoísmo de la mujer, todo, a veces los dos egoísmos corren parejas en la culpa.

El amor propio es un gran seductor de todas las pasiones humanas. Centro de todos los pensamientos, de todos los deseos y de todos los movimientos, llega no raras veces a erigirse como un ídolo a quien se rinde el culto de la belleza que apacienta la mirada, de la armonía que halaga el oído, de la dulzura que recrea el gusto, del perfume que deleita el olfato, de la molición que acaricia el tacto, de la alabanza y admiración que hacen presa en el corazón. El amor desordenado de sí mismo, dirige el pensamiento, la acción y la vida al placer propio, a la ventaja propia, a la propia comodidad, y sigue más los desarreglados apetitos que la razón y el impulso de la gracia, no escuchando ni atendiendo el imperio del deber para con Dios y para con el compañero o la compañera del hogar doméstico. Pero la vida conyugal, el lazo indisoluble del matrimonio, pide que se sacrifique el amor propio al deber, al amor de Dios, que ha elevado y consagrado vuestros latidos comunes al amor de los hijos para quienes habéis recibido la bendición del sacerdote y del cielo. ¡Oh, esposas! No rehuséis el dolor que, si por un momento os hace fruncir el ceño, os lleva al gozo de una cuna, donde el vagido de un niño hace estremecer vuestro corazón, donde unos labios infantiles buscan vuestro seno, donde una manecita os acaricia y una sonrisa de ángel os embelesa. Ante una cuna, amados recién casados, renovad la consagración de vuestro amor, haced holocausto de vuestro amor propio con todos sus sueños; y que vuestra alegría materna y paterna disipe toda nube, como el sol disuelve y esfuma, al nacer, toda niebla.

¹ S. t. II-II, q. 25, a. 4-5.

² Jn. XII, 25.

³ Íbid.

⁴ In Ep. 2 Tom. 3, 2; cap. 3, lect. 1.

Contra este amor propio – del que hoy nos hemos contentado con mostraros en general la naturaleza que acecha contra vuestra inseparable unión, pero del que nos reservamos hablar más en especial en la próxima audiencia –, vuestra victoria, amados hijos e hijas, consiste en el sacrificio que día por día acompaña a vuestra convivencia y comunidad de vida; sacrificio mezclado de alegría y de trabajo, que encuentra aliento y sostén en la oración y en la gracia de Dios que Nos invocamos poderosa y amplia sobre vosotros, impartiendoos con toda la efusión del alma Nuestra paterna bendición apostólica.

LXVI LOS ENEMIGOS DE LA UNION CONYUGAL

II. El amor desordenado de sí mismo

8 de Julio de 1942. (Ecclesia, 25 de Julio de 1942.)

291. ¡Qué grata nos es, amados recién casados, vuestra presencia en torno a Nos, que vemos en vosotros y en vuestra alegre y devota fila la continuación de las que os han precedido para recibir de nuestros labios el saludo paterno y la felicitación y bendición apostólica al emprender el camino de su nueva vida! Y vosotros habéis venido después de haber consagrado y confiado vuestras nacientes familias al amor infinito del Corazón de Jesús, amor que difunde consuelo y gracia, amor que exhala humildad y mansedumbre, amor divino que tiene el poder de ennoblecer y santificar el amor humano y de dar a vuestro mutuo afecto pureza, hondura e inquebrantable constancia.

Hemos ya hablado en la última audiencia a los recién casados, del amor desordenado de sí mismo (muy distinto del recto y saludable), como enemigo de la indisoluble unión del matrimonio cristianos: hoy nos proponemos indicaros más especialmente su mala conducta, tan en oposición, en sus pequeñas exigencias, en sus pequeñas tiranías y en sus pequeñas crueldades, con aquellas sublimes virtudes de la benignidad generosa, de la afectuosa mansedumbre y de la humildad que Jesucristo tan encarecidamente os presenta como lección y ejemplo.

Pequeñas exigencias del egoísmo. El amor propio parece dormido cuando la solicitud y cuidado de los otros, por obligación o condescendencia, colma sus tendencias, aspiraciones o necesidades. Hasta el matrimonio, muchas veces ambos esposos vivían, casi sin darse cuenta, del trabajo paterno y de los cuidados maternos, acostumbrados tranquilamente desde la infancia y la adolescencia a apoyarse en sus padres y en los demás de casa. Ahora cada uno de los dos, entrando dentro de sí mismo, debe olvidarse un poco de sí para dedicarse al bien común; y he aquí que esto le hace comenzar a comprender cuánto costaba al padre el trabajo y la fatiga, qué continua abnegación animaba los desvelos de la madre y con qué facilidad la naturaleza egoísta, si se le prestase oídos, querría dejar a otros el cuidado y la molestia de preocuparse de todo. ¿No veis vosotros insinuarse por este camino en el verdadero amor el desordenado amor de sí mismo? Todavía no es más que una sutil resquebrajadura, pero que lo raja. Aprended del Corazón de Jesús aquella generosidad del sacrificio que templó las exigencias del amor propio con la indulgente cortesía del afecto.

292. Pequeñas tiranías del egoísmo. Si es verdad que el verdadero amor suele conducir a una noble y elevada comunidad de sentimientos, en cambio el amor propio hace consistir esa conformidad en la plena sumisión y subordinación de la otra parte a sus propios gustos y repugnancias. Y está tan lejos de caer en la cuenta de esto, que cuando quiere hacer algún regalo o favor toma consejo de su agrado personal más bien que del gusto de aquel o aquella a quien quiere contentar. De los cambios de impresiones que aniplían los horizontes de ambos se pasa a la discusión, a la que muy pronto se añade la perentoria sentencia del tiránico amor propio: y eso que al principio la resquebrajadura no parecía importante. La humildad del Corazón de Jesús os enseña a domar el orgullo de salir con la vuestra aun en las pequeñas luchas y preferencias, en que el ceder es no pequeña victoria sobre el amor propio.

293. Pequeñas crueldades del egoísmo, Ninguno es perfecto en este mundo. Muchas veces durante el noviazgo el amor estaba ciego; no veía los defectos o incluso se le antojaban virtudes. Pero el

amor propio es todo ojos; observa y distingue, aun cuando no le causen molestia, las más inofensivas extravagancias del uno o de la otra. A poco que le desagraden o que le procuren sencillamente fastidio, las señala en seguida con una mirada suavemente irónica, luego con una palabra ligeramente punzante, tal vez con un escarnio dicho al vuelo en presencia de los otros. Ninguno más lejos de sospechar que él la flecha que lanza, la herida que abre; mientras por su parte se irrita de que los otros, aunque sea en silencio, se den cuenta de sus defectos por lo molestos que puedan resultar a los demás. ¿Se trata aún de un sencillo resquebrajamiento? Ciertamente que no es aquella afable conducta de mansedumbre, conforme al ejemplo del Corazón de Jesús, quien amando y soportando perdona tantas cosas en los otros.

Si el egoísmo no domina más que en una de las partes, el otro corazón queda secretamente herido en su profunda y plegable virtud; pero si los dos egoísmos se encabritan y se afrontan, tenemos la hostilidad trágica; tenemos aquel no ceder, aquel petrificarse en que se cristaliza el amor de sí mismo y del parecer propio. ¡Oh! qué sabias son las consideraciones y consejos que nos ofrece la “Imitación de Cristo”: “Muchos se buscan ocultamente a sí mismos en lo que hacen y no reparan en ello. Parece que gozan de paz cuando las cosas les van conforme a su querer y sentir; pero si proceden diversamente, prueban en seguida resentimiento y tristeza... Procura tolerar con paciencia los defectos y debilidades del prójimo, cualesquiera que sean, ya que también en ti hay muchas cosas que tienen necesidad de la tolerancia ajena... Nos gusta ver a los otros perfectos, pero no enmendamos los propios defectos”¹.

294. Es verdad que las diferencias de temperamentos y de carácter no son, en sí mismas, de extrañar tratándose de dos esposos que unen sus vidas: son diferencias cuya aparición no sorprende, toda vez que no traspasan los límites y las normas del mutuo acuerdo; tanto, que también caracteres diversos muchas veces se amoldan e integran maravillosamente, perfeccionándose entre sí. El mal comienza desde el momento que el uno o la otra, o tal vez el uno y la otra, se niegan a ceder en cuestiones fútiles, en cosas de gusto sencillamente, en deseos puramente personales. Es la resquebrajadura: el ojo no llega a descubrirla, pero al choque más ligero se advierte que el sonido del vaso no es el mismo. La resquebrajadura se ensancha: los contrastes se suceden más frecuentes y más acalorados; aun sin plena ruptura, queda un acercamiento exterior más bien que una unión de las dos vidas que penetre los corazones. ¿Qué pensarán y dirán de ello los hijos? Si son testigos de semejantes escenas, ¡qué desastre en sus almas y en su amor! Si la casa está desierta de hijos, ¡qué tormento en la convivencia conyugal! ¿Quién puede ver o prever a qué extremo conduce a veces el camino de tan pequeñas crueldades del amor propio?

295. Pero de los dramas y tragedias de ciertas familias, vosotros, amados hijos e hijas, habéis aprendido sin duda que la historia es testigo de los tiempos y maestra de vida; y presentís y preparáis en vuestras almas el medio de no caer en tan fatal error y de prevenir una tan deplorable evolución de vuestros corazones, decididos y resueltos como estáis a atajarla y cortarla de raíz si por desgracia la vierais brotar en vosotros. ¿Cuál es este medio y este propósito? Es el propósito y el medio de aprender y de resolveros desde hoy a renunciaros a vosotros mismos, a dominar y domar vuestro amor propio con amor de hechos, con la alegría del sacrificio, en la continua unión con Dios, con aquel secreto que no trasluce hacia afuera, tanto en las cosas grandes, en las grandes contrariedades, como en las pequeñas, trátense de fastidios, o molestias, o disgustos, o trabajos cotidianos, lo que muchas veces no es menos arduo y penoso superar.

Mejor todavía será que hagáis, como suele decirse, de la necesidad virtud, porque la virtud es un hábito bueno que se, engendra y adquiere con la repetición de los buenos actos. Conquistad aquella costumbre de la paciencia, de soportaros recíprocamente, de perdonaros mutuamente las faltas y defectos; entonces os haréis superiores a vuestro amor propio; vuestra victoria sobre vosotros mismos no será ya una renuncia, sino una ganancia. Entonces, como por instinto o impulso natural, cada uno de vosotros hará suyos los juicios, los gustos y las inclinaciones del otro o de la otra; y estos juicios, estos gustos, estas inclinaciones, armonizándose, se alizarán, se pulirán, se embellecerán, se enriquecerán con mutua ventaja, de modo que uno y otra, lejos de perder nada en ello,

¹ “Imitación de Cristo”, L. I, cap. 14 y 16.

obtengan aquella abundancia de frutos que nace de la colaboración, de que hablamos ya a otro grupo de recién casados.

296. Verdad es que para estas concesiones, que endulzan la comunidad de pensamientos y afectos en la diversidad de caracteres, hay un límite. ¡Quiera Dios que vosotros no tengáis nunca que probar esa dolorosa experiencia! Es un límite señalado por el deber, por la verdad, por la moral, por los intereses sagrados. Vosotros comprendéis que Nos queremos aludir ante todo a la santidad de la vida conyugal, a la fe y a las prácticas religiosas, a la buena educación de los hijos. En esos casos, la firmeza, si hay conflicto, es una necesidad ineludible. Pero cuando no están en juego estos grandes y solemnes principios y vuestra virtud os impulsa a consentir de buen grado a las recíprocas concesiones que tanto favorecen la paz familiar, será muy difícil que nazca el conflicto y no habrá margen para la oposición intransigente. Será mucho más raro que la discordia encuentre terreno y cebo para echar raíces, si antes del matrimonio los novios, en vez de comprometerse con un consentimiento precipitado, a la ligera, seducidos por motivos completamente externos y secundarios o por vulgares intereses, se toman tiempo para conocerse mejor; no se hacen sordos a los sabios consejos; y si, aun advirtiendo las diferencias de índole de que hablábamos hace poco, caen en la cuenta al mismo tiempo de que no son incompatibles. En esas condiciones, si acaso se manifestase en uno de los esposos alguna variación o alteración, aunque leve, de las ideas, tendencias y afectos, el corazón del otro con su entrega inalterable, con su paciente longanidad, con sus corteses y delicadas atenciones, con la fuerza que inspira la oración, podrá fácilmente mantener seguro o hacer volver a la unión conyugal el ánimo perplejo y la voluntad vacilante. El marido verá crecer en su mujer la seriedad y desaparecer la frivolidad; ni olvidará con los años el dicho del profeta: “No seas infiel a la mujer de tu juventud”¹. La mujer verá reafirmarse tanto la fe y lealtad como el afecto de su marido y lo atraerá a una devoción sólida y amable. Uno y otra rivalizarán en hacer del hogar doméstico una morada tan pacífica, alegre y agradable, que no se les ocurrirá buscar en otra parte el reposo, la diversión o el desquite; ni el amor propio, padre de turbaciones, acechará allí el orden y la tranquilidad de la familia. El corazón de Jesús reinará allí como soberano y asegurará su verdadera, íntima e indestructible felicidad.

Amados recién casados: ¡qué, como fruto de la unión y del amor, una bulliciosa corona de niños rodee como pimpollos de olivo vuestra mesa!; he ahí el augurio paterno que nuestra alma exhala ante Dios, mientras con todo el afecto del corazón os damos la bendición apostólica.

LXVII

LOS ENEMIGOS DE LA UNION CONYUGAL

III. Las separaciones forzadas

15 de Julio de 1942. (Ecclesia, 1 de Agosto de 1942.)

297. Sereno y alegre es el espectáculo que vosotros amados recién casados, ofrecéis a la mirada de la muchedumbre que va y viene y circula por las calles y plazas de Roma; espectáculo al que dan animación y vida – más que la majestuosa grandeza de los recuerdos y monumentos de la urbe – la fe y la religión cristiana, que hacen sagrados sus hipogeos, sus anfiteatros y circos, sus colinas y sus admirables basílicas. Quien os ve salir de las iglesias o dirigiros a San Pedro para cumplir vuestra piadosa peregrinación y venir a pedir nuestra bendición apostólica, detiene un instante los ojos sobre vosotros y a vosotros dedica una sonrisa placentera y un augurio de felicidad, admirando en vuestros dos corazones que, estrechamente unidos uno a otro, latén en una vida nueva, la confianza y la alegría del porvenir. Pero en más de uno de los que os contemplan y os envuelven en su simpatía, aquella sonrisa parece velarse como con una gran sombra de ansiedad.

Y, sin embargo, vuestros corazones no sueñan ansias ni dudas. Unidos como estáis en virtud del sacramento del matrimonio, avanzáis en el camino de la vida iniciada para permanecer indisolublemente unidos hasta la muerte, y quisierais no conocer nunca separación alguna. Ese es el propó-

¹ Malac. II, 15.

sito de los esposos cristianos; esa su ansia. A uno de los grupos que os han precedido, Nos, hablando recientemente, dábamos paternos consejos para conservar en todo tiempo, tierna y recia, la unión de su amor, para ponerla y guardarla al seguro de debilidades humanas, origen tan frecuente de la separación de los corazones.

Pero también cuando los corazones permanecen firmes, se ven, no raras veces, presionados y agobiados por otras separaciones, menos perniciosas y amargas si queréis, pero no menos dolorosas, que no son achacables ni a una ni a otra de las partes: son las separaciones forzosas; formas temporales de viudez, más o menos duradera. Observad este tiempo de guerra y los varios campos de la lucha en tierra, mar y cielo. ¡Cuántas jóvenes parejas se han visto separadas por la llamada de la patria! ¡Cuántos han anticipado el día de su boda para unirse definitivamente ante Dios antes de dejarse, pasando el hombre, se puede decir que del altar al campo o al cuartel! ¡Cuántos con el corazón noblemente resuelto, pero desgarrado, esperan, de un día a otro, la llamada del arduo deber! ¡Cuántos ven alargarse indefinidamente su lejano destierro o su cautividad! Son separaciones que penetran profundamente en las almas de los esposos, en las que el verdadero amor vence batallas no menos gloriosas que las del brazo en la contienda de las armas.

Mas, aun en tiempo de paz, no pocos se ven obligados a separaciones bruscas, en cierto sentido libres, pero dictadas o exigidas por razones superiores, en que van mezclados el oficio, el arte y la necesidad. La profesión, en algunos casos verdadera vocación e impulso del ingenio, tiene apartados de la casa durante meses o años al piloto, al marinero, al colono, al viajero, al explorador de tierras y mares, al buscador de metales y de los inaccesibles refugios humanos. La necesidad, imperiosa compañera en los senderos de la vida, obliga muchas veces y lleva a ganar el pan para la familia a un cargo, a un empleo, a un servicio, a un lugar donde la lejanía no permite o no se presta sino a raras y breves vueltas al hogar doméstico. ¿Y qué decir del emigrante, a quien separa de los suyos la inmensidad del océano?

298. Esas separaciones son un tema doloroso. ¿Y por qué creéis vosotros que hablamos de ellas a los nuevos esposos? ¿Acaso para ofuscar vuestra serena alegría, para turbar vuestros dulces sueños respecto al futuro? Ciertamente que no. Pero vuestra presencia aquí ante Nos ¿podría tal vez hacernos olvidar a los ausentes y las separaciones que sufren? Vosotros probáis ahora el gozo de encontraros juntos, el uno junto a la otra; pero tanto vuestro gozo como el nuestro al veros aquí unidos, no debe omitir ni temer evocar también en vosotros el compasivo recuerdo de los que se ven privados de tan grande alegría. Por otra parte – ¡el cielo os salve y os guarde! –, ¿no podrían esas pruebas y esas separaciones tocaros también un día a vosotros? Nos place daros hoy algunos consejos y exhortaciones que rebasando el recinto de este auditorio, lleguen también a los que las circunstancias y vicisitudes de la vida tienen tan duramente separados en el sobresalto de sus corazones.

Prueba, dolor, sí; pero también peligro: el peligro de que el alejamiento prolongado, acostumbrando poco a poco el alma a la separación, enfríe y disminuya el amor, según aquel triste proverbio: ojos que no ven, corazón que no quiebra; el peligro de que en la ausencia del esposo legítimo se insinúe en el espíritu amargado la tentación de buscar o aceptar ciertas compensaciones ilegítimas del corazón y de los sentidos; el peligro, en una palabra, de ceder a los asaltos más o menos descubiertos o disimulados de gentes importantes, apasionadas e interesadas.

Un peligro semejante está por ahora lejos de vosotros. En este momento la sola idea de que eso pudiera suceder os llena de horror. Vuestro corazón os parece tan seguro y lo sentís tan resuelto, que lo creéis inaccesible a la tentación, más fuerte que las lisonjas, más alerta y cauto que los engaños de las pasiones. Y sin embargo, la experiencia enseña que han caído otros que tenían esa misma seguridad de sí mismos, y se creían a sí mismos indefectibles. Y si el alma perseveró fiel, si su voluntad permaneció firme, sin embargo un día, una mañana, una tarde, ¡qué tempestad en el lago del corazón! ¡Qué agonía para no hundirse en las olas de la angustia y poder vencer las pasiones! Han experimentado sobre el borde del abismo el terror del vértigo. ¿Por qué, pues, disimular el peligro mientras Nos os lo señalamos nada más que para ayudaros a salvaros de él, a esquivarlo y hacerlo menos dañoso a vosotros y a vuestra virtud?

299. No os asombréis, por lo tanto, si os decimos que este peligro puede surgir del fondo de vosotros mismos, o que, cuando viene de fuera, puede encontrar en vosotros una puerta sin defensa suficiente. El corazón sensible y delicado, fuente para vosotros de las castas alegrías del amor conyugal bendecido y ratificado por Dios y por la Iglesia, ¿cesa acaso de latir y de sentir el inquieto impulso de amar y ser amado? Reclama él la unión de presencia y la unión de efecto¹. La ausencia se vuelve para él, por lo tanto, amargura y llanto de separación, tormento del alma, privación de la dulzura de aquel amor puro, tristeza de abandono y extravío. Entonces, si no se le guarda y vigila cuidadosamente, un oculto instinto lo invitará e inclinará a soñar, a desear, a buscar, tal vez a gustar – aunque todavía sin una verdadera infidelidad y sin pasar los límites de una correcta conveniencia – ciertas compensaciones, ciertas reciprocidades, o cuando menos ciertos consuelos, que lo dejarán más débil y vacilante, cuando no ya del todo desarmado frente a la tentación. Y la tentación vendrá.

Vendrá bajo el velo de las distracciones, con apariencias de remedios para distraer de la melancolía de la ausencia, pero que en realidad distraerá del ausente mismo. El galeote será el amor impuro que transformará en una insidia el afán del afecto más casto. Las callejas del mal suelen comenzar al margen de los floridos caminos del bien. Vendrá la tentación de los que os rodean: se os querrá, con loable intención y sin sospecha alguna, consolar y alentar; la compasión sincera por una parte, y por otra la gratitud cortés comprometerán y pondrán en riesgo vuestro cariño inclinándolo y aumentándolo insensiblemente; los intereses materiales o morales de la casa, de los hijos, del mismo ausente, añadirán su voz haciendo necesario recurrir a consejos, apoyos y ayudas. En esta correspondencia entre la más leal y desinteresada solicitud y la confianza más franca y honesta, puede insinuarse furtivamente el afecto de vuestro tierno corazón.

300. Pero – ocurre preguntar –, ¿habrá que romper o excluir por este temor las relaciones irrepreensibles cuya utilidad o necesidad puede hacerlas un deber? No. Con todo, quien conoce el terreno del peligro, conviene que sepa esquivarlo o superarlo con la defensa de un amor firme y generoso. Este amor lleva, sin duda, en la frente una cierta austeridad y dignidad de vida, de vestido, de modales, de hábitos en el trato; en este comportamiento se echará de ver y se hará reconocer aun por los extraños la presencia invisible del ausente. San Francisco de Sales, hablando del vestido – y la observación vale para todo lo demás – nota agudamente: “La mujer casada puede y debe adornarse cuando está con el marido si éste lo desea; pero si hiciera lo mismo cuando no está con él, los otros se preguntarían a qué ojos quiere ella agradar con aquel aliño especial”². ¿No os decíamos acaso ahora mismo que en el estado de separación forzosa los esposos se vienen a encontrar temporalmente en una especie de viudez? Escuchad, pues, la lección de San Pablo, cuando trata de las viudas cristianas. Las pone él en guardia contra las muchas relaciones y las muchas visitas, contra la ociosidad, la locuacidad y las habladurías; quiere, por el contrario, que se dediquen al cuidado de la familia y de la casa, a las buenas obras, a la oración, y que con la seriedad de su conducta no den ocasión alguna de hablar mal³.

Si Nos prevenimos a los esposos contra estos peligros, ya veis el motivo en el perjuicio que podría resultar de ellos para la fidelidad conyugal y su asidua custodia. Pero si el amor conyugal es un sentimiento que la misma naturaleza inspira en el alma del hombre y la mujer, debéis también pensar y ponderar que la razón debe ser la que rija la naturaleza; ahora bien, según razón vive el hombre que domina sus pasiones, mientras la gracia y el sacramento mandan sobre las mismas pasiones, elevando y perfeccionando la naturaleza. No olviden los esposos que la virtud está en un término medio, apartado por igual de los extremos contrarios; y así sabrán evitar aquel excesivo “sentimentalismo” que busca fuera del refugio doméstico ajenas y desordenadas satisfacciones y consuelos; y procuren, en cambio, mantener y guardar vivo, firme, inmutable y tierno su mutuo recuerdo.

301. Pero, ¿en qué y cómo conservarán este precioso vínculo del recuerdo? Lo han de conservar y defender en todo el cuadro de su ser. En la misma casa, todo hable del ausente; las paredes con las

¹ Cfr. S. T. I-II, q. 28, a. 1.

² Introducción a la vida devota, III parte, cap. 25.

³ I Tim. V.

fotografías, con los documentos de las varias contingencias y del curso de su vida, bautismo, primera comunión, matrimonio, progresos escolares, certificados del mérito y del trabajo; las habitaciones con las imágenes piadosas, los libros, los objetos familiares y queridos. Para quien vive lejos, el escondido y pequeño aposento, la cabina o el ángulo más oscuro aparecerán como iluminados por los retratos y recuerdos de las personas que se han dejado con augurios y esperanzas y que aguardan la vuelta del amado. En esta luz secreta e íntima los dos corazones separados se darán cita en la silenciosa hora de la noche, reuniendo sus latidos en la oración, en aquel encuentro sobrenatural en que sobre el uno y la otra, vela la mirada y la protección de Dios.

A pesar de todo, la distancia queda. ¿Quién vencerá su amargura y separación? ¿Quién la quitará en cierta manera de entre los dos corazones? La correspondencia epistolar – cuando sea posible – será el mensajero recíproco de todas las confidencias. ¡Qué consuelo llevan estas cartas al corazón! ¡Qué aliento al alma! Hacen ellas común a ambas partes cada hora del día con sus serenidades y sus nubes; haciendo comunes no sólo las cosas grandes y los graves sucesos, sino también los pequeños pormenores de la vida cotidiana, ocultando sólo los pequeños estorbos y las molestias importunas que pudieran excitar angustias inútiles que la lejanía suele acrecentar. Se comunican recíprocamente, tanto las verdaderas penas para sostenerse mutuamente, como las verdaderas alegrías para compartir y gustarlas juntos; se cambian consejos y pareceres; se vigila, sobre todo, y se trabaja de común acuerdo en la educación de los hijos. En una palabra, la jornada del uno se hace presente al otro en la visión en que se desarrolla la vida, de modo que al reunirse en el hogar doméstico les parecerá que nunca han estado separados. ¿No es acaso esta correspondencia mucho más eficaz que la simple relación de cosas y hechos? ¿No reconocéis en la caligrafía de la carta los conocidos rasgos de la mano que mil veces ha estrechado la vuestra? ¿No sentís la mente y el corazón que se descubren a sí mismos y confían a la pluma sus pensamientos y sus movimientos y latidos, sus ideas y sus sentimientos? Así se encuentran, se vuelven a ver y se vuelven a unir las almas para subir siempre, para franquear y recuperar las distancias, para elevarse a veces muy arriba, donde está todo consuelo y toda tranquilidad por encima de las tempestades de la vida, para subir hacia Dios que otorga no menos el gozo que la angustia.

302. Ahora bien; si Dios es, como debe ser, el lazo de vuestro amor, lo sellará por su parte tan firmemente, que nada en el mundo podrá aflojarlo o disminuirlo. Escuchad una vez más lo que dice San Francisco de Sales: “El primer efecto de este amor es la unión indisoluble de vuestros corazones. Cuando se encolan dos trozos de abeto, si la cola es fina, la unión es tan fuerte que es mucho más fácil romper los trozos en otros lugares que no en el de su unión. Pero Dios une al marido con su mujer en su propia sangre; por eso esta unión es tan fuerte, que antes se separará el alma del cuerpo del uno o de la otra, que no el marido de su mujer. Ahora bien, esta unión no se ha de entender principalmente del cuerpo, sino del corazón, del afecto y del amor”¹. Acordaos, sin embargo, que si Dios ha elevado el vínculo nupcial a sacramento, fuente de gracia y de energía, no da la perseverancia en él sin vuestra propia y constante cooperación, mediante la oración cotidiana, mediante el dominio sobre vuestras inclinaciones y afectos (sobre todo si debéis estar lejos uno de otra durante algún tiempo); mediante la estrecha unión con Jesucristo en la divina Eucaristía, pan de los fuertes, de aquellos fuertes que aún a costa de sacrificios y de renunciaciones saben conservar inviolada la castidad y la fidelidad conyugal.

Que ninguna separación de tiempo o de lugar turbe, amados recién casados, el vínculo de vuestro amor: Dios lo ha bendecido, Dios lo ha consagrado. Sed fieles a Él: Él os lo guardará inmaculado y fecundo, como Nos os lo deseamos dándoos con toda la efusión de nuestro corazón paterno la bendición apostólica.

¹ Introducción a la vida devota, III p. cap. 38.

LXVIII LOS AUXILIARES DEL HOGAR

I. Amos y criados

22 de Julio de 1942. (Ecclesia, 8 de Agosto de 1942.)

303. Esta casa del Padre Común en que vosotros, amad recién casados, os habéis dado cita, es una casa de fe. La colina sobre la cual se levanta, sus muros, sus imágenes, sus recuerdos y su historia hablan de fe; y la fe ha sido la guía y el impulso que os ha traído aquí. En la fe de Cristo habéis sellado vuestra unión; en la fe de Cristo habéis venido a Nos, no sólo con la idea de cumplir un acto de piedad filial, sino también con la esperanza de que nuestra palabra sea para vosotros luz en el sendero de vuestros nuevos deberes, y nuestra bendición consuelo y ayuda para llevar dignamente su peso. Hemos ya examinado y explicado diversos puntos y aspectos de vuestra multiforme responsabilidad de la vida conyugal y familiar, y otros nos proponemos aún examinar y explicar; lo que hemos dicho a los jóvenes esposos que os han precedido en estas audiencias, Nos quisiéramos exhortar a considerarlo con espíritu de fe y de confianza, y más adelante a leer asimismo lo que, Dios mediante, diremos a los otros que os seguirán. Hoy Nos proponemos entreteneros acerca de una materia demasiadas veces ignorada en nuestros días, y, sin embargo, en sí misma y en sus consecuencias, importante y necesaria.

Vosotros sois jóvenes; sois más del presente y del futuro que del pasado; es el privilegio y el orgullo de los jóvenes. Vosotros contempláis el presente, pero la historia ha progresado ya antes de vosotros. Desde hace más de un siglo, las condiciones y relaciones sociales se han desarrollado y transformado con rapidez siempre creciente; estos sucesos periódicos de guerras y de trastornos universales han precipitado su transformación, y la transformación ha entrado también en los muros domésticos. Si, por una parte, se han hecho más escasas las familias que tenían un considerable número de personas de servicio, por otra se han ido multiplicando las que por necesidad deben recurrir a la ayuda ajena. Aun prescindiendo de las casas nobles y acomodadas, veis muchas madres de familia que, retenidas fuera de casa por las ocupaciones cotidianas una gran parte del tiempo, se ven obligadas, por lo menos durante algunas horas del día, a valerse de los servicios y de la vigilancia de otros.

304. En estas necesidades y prestaciones de trabajo, no creáis, amados hijos e hijas, que la naturaleza humana encuentra humillación y menosprecio. En la sumisión del servicio está escondido el sentido de un gran misterio divino. Dios es el sumo y único Señor y Amo del universo: todos nosotros no somos más que siervos suyos. El mismo Jesucristo, “igual a Dios en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y reconocido en su condición como hombre; se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz; por lo cual Dios lo enaltecó y le dió un nombre sobre todo nombre, gracias al cual hemos de salvarnos”¹. Por lo que no dudó en afirmar que “el Hijo del Hombre no había venido para ser servido, sino para servir”². ¿No veis cómo en Él se realizó de un modo sublime que quien se humilla será exaltado? ¿Y por qué? Porque servir, a Dios es reinar, y el conocerle es vivir. ¿No es este acaso el fin de nuestra vida, como enseña el catecismo: conocer, amar y servir a Dios? Todos somos siervos de Dios; Nos mismo, en este puesto, somos el “*Servus servorum Dei*”. Y vosotros, en el hogar doméstico, servís a Dios en la propagación del género humano y de los hijos de Dios hasta los heroísmos de la maternidad. Se sirve a Dios, se sirve a Cristo, se sirve a la Iglesia, se sirve a la Religión, se sirve a la patria, se sirve a los superiores, se sirve a los inferiores, se sirve al prójimo. Todos somos siervos de la Providencia, que gobierna al mundo y que todo lo endereza a la gloria divina, así el bien como el mal, que en este mundo turba al hombre, a los pueblos y a las naciones. ¿Qué es el mundo sino el campo en que Dios hace resplandecer su sol y bajar su lluvia sobre todos los trabajadores, siervos obedientes o rebeldes?³ ¿Qué es la Iglesia sino la casa de Dios, en la que, como dice

¹ Fil. II, 7 y ssgtes.; Act. IV, 12.

² Mt. XX, 28.

³ Cfr. Mt. V, 45.

el gran apóstol Pablo a los efesinos, “vosotros no sois ya peregrinos y moradores en tierra extraña, sino que sois conciudadanos de los santos y pertenecientes a la familia de Dios?” “*Et domestici Dei*”¹.

305. La familia cristiana es una imagen de la Iglesia, un santuario doméstico. En ella viven juntos los padres con los hijos, y con los hijos los criados y criadas, aunque en situación especial respecto a los amos en cuya casa moran. Sin duda, que por su origen y por su sangre, no son ellos de la familia, ni siquiera en virtud de una adopción legal propiamente dicha; pero puede, sin embargo, considerarse como una forma de adopción el hecho de introducirlos en casa para vivir bajo el mismo techo, de suerte que vengan a ser en realidad los continuos testigos de la intimidad de la familia. Pero en un hogar cristiano, ¿no tiene acaso su modesta y discreta belleza la vida de un criado y una sirvienta? Es verdad que más bien va enrareciéndose; pero todavía no ha desaparecido del todo, ni de la historia, ni de nuestra edad. Es, pues, oportuno señalarlos para que la admiréis y la améis, y se despierte así en vuestros corazones el noble deseo de hacerla florecer en la sociedad.

306. No es nuestro propósito recordaros la dura noción y la historia más dura aún de los siervos en que se transformaban los esclavos de la antigüedad; pero Nos parece bastante no olvidar que en el mismo Imperio romano – aun con las mitigaciones que a través de los tiempos introdujeron en las costumbres públicas la legislación y el sentido práctico de aquel gran pueblo –, su condición y su vida eran no pocas veces muy miserables. En la literatura de aquella edad resuenan todavía, por ejemplo, el eco de las voces de matronas airadas y de los lamentos de sus siervas. Son muy conocidos los episodios de la dama elegante que castiga con un latigazo a la infeliz Psecas, mientras le arregla la cabellera, por un rizo que le va demasiado alto², y de Lalage, que también por un solo rizo no bien hecho, “*unus de toto preccaverat orbe comarum anulus*”, a quien una aguja no bien puesta restaba gracia, golpea con el espejo, revelador del defecto, a la peinadora Plecusa, que cae por tierra. Pero la ira pagana femenil fué templada sobre todo por el cristianismo, que tiene por Jefe y Maestro a un Dios manso y humilde de corazón.

307. Con todo, la distinción entre amos y sirvientes no ha desaparecido de la sociedad familiar. Al entrar en su primer servicio – y con frecuencia este contacto inicial con una vida diversa adquiere especial importancia –, aquellos jóvenes y aquellas jovencitas, a veces todavía adolescentes, pertenecían tal vez a una numerosa y honrada familia de labradores, estimada en el pueblo. En la heredad paterna habían visto a los peones, respetuosos y respetados, ayudar a sus padres en las fatigas demasiado gravosas aun para su joven edad. Entretanto, se ha pensado encontrarles una colocación en la ciudad, como sirvientes a su vez, para ganarse la vida y formarse en un centro de más amplios horizontes que abra en lo futuro el camino a una situación mejor. Con el corazón esponjado e incierto, al dejar la casa y la parroquia, han escuchado consejos y advertencias llenas de cordura y de fe de labios de sus padres; se les ha recomendado la fidelidad a Dios y a sus amos. A veces han venido a estos señores acompañados por el padre o por la madre, que en cierto modo delegaban en ellos su autoridad y solicitud paterna o materna.

¿No es, pues, como acabamos de decir, una especie de adopción la acogida que se hace a estos jóvenes o adolescentes en la nueva familia? ¡Y qué responsabilidad contraen aquellos a quienes un padre o una madre han hecho señores y superiores de sus hijos! Es una responsabilidad que ata su conciencia ante Dios y los hombres con deberes que hay que conciliar entre sí para ejercitar paternal y dulcemente esta autoridad y cuidado, y al mismo tiempo mantener y guardar, como es justo, a estos sirvientes y criados en la actitud y espíritu de su condición.

¿Qué cosa más conmovedora que la escena del criado enfermo del centurión contada por el sagrado Evangelio? Un centurión tenía enfermo y cercano a la muerte a un siervo que le era queridísimo. Por eso, habiendo él oído hablar de Jesús, le mandó a los ancianos para que le suplicaran que viniese a curar a su siervo. Jesús, fue con ellos. Y cuando distaban ya poco de la casa, el centurión le envió a los amigos para decirle: “Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo; pero di una sola palabra y mi siervo sanará”. Y de hecho, los que habían sido envia-

¹ Ef. II, 19.

² Juvenal, sat. VI, 486 y ssgtes.

dos, al volver a casa, lo encontraron curado¹. Admirad la solicitud de este centurión para con su siervo, pero sobre todo el amor de Cristo, que consuela a cuantos están angustiados y afligidos y recurren a Él.

308. Si un gentil nos ofrece un ejemplo tan bello, ¡cuántos y cuáles modelos no menos luminosos nos proporcionaría la historia de las familias cristianas! Hojead sus páginas, y a través de los siglos veréis, con más frecuencia de lo que pensáis, a la dueña de la casa que, cuidadosa como una madre, acoge a la criadita como a una hija, inicia a la inexperta, la ayuda en su poca destreza, la despliega en sus encogimientos, pone finura y luz en sus tosquedades, sin perjuicio de aquella sencillez, ingenuidad e inocencia que forman la gracia de una jovencita que pasa del campo a la ciudad y franquea un umbral acomodado. Podréis ver a aquella jovencita responder a la tarde con los demás a las oraciones que reza el padre de familia; la podéis observar toda conmovida en su timidez al recordar las oraciones que en aquella misma hora ofrecen a Dios en su pueblo sus seres queridos.

Cuando el sentimiento cristiano de los criados corresponde, con una devoción a toda prueba, al sentimiento cristiano de los amos, es un espectáculo que arrebatara las miradas de los ángeles. Porque en aquel sentimiento cristiano recíproco obra la fe que enaltece al amo, pero no rebaja al criado, sino que los iguala ante Dios en aquella comunión de espíritus que rebasa hasta la perfección de los deberes propios de cada uno. Basta ver cómo no sólo en las habitaciones mas a la vista, sino aun en los más bajos aposentos de la servidumbre, todo relumbra, y el orden y la limpieza más aseada ennoblecen los rincones más oscuros, en que ninguno se fija, pero que son también partes de la casa, para imaginarse con qué amor tan cuidadoso cumple la sirvienta su humilde y fatigoso trabajo, su monótono oficio, el mismo todos los días, y todos los días vuelto a tomar con el mismo ardor, ya que la característica de su trabajo es precisamente ese volver a comenzar con cada amanecer. Veinte veces interrumpida tal vez en sus faenas, veinte veces llamada, correrá a la puerta para abrirla a quien viene, y recibirá a todos con el mismo agasajo, con la misma deferencia y respeto, dispuesta a volver a la penumbra y proseguir su fatiga con serena alegría, con tranquila ufanía y con asidua diligencia. Todos los que la vean reconocerán en sus virtudes el reflejo de las virtudes de sus amos. ¿Acaso no tiene también la virtud su resplandor? Aquella joven, aquella sirvienta, que en la paz de una buena familia cristiana encuentra y gusta el perfume de un santuario doméstico, probará por su parte poderosos alicientes para el bien en la afectuosa benevolencia que la rodea: los años aumentarán y reforzarán en ella, a medida que vayan pasando, su devoción y adhesión a sus señores y a su casa.

¡Qué hermoso es ver más tarde a estas sirvientas y a estos criados crecidos junto al hogar de sus señores, y contemplarlos prodigando cuidados y respetuoso cariño junto a las cunas que vienen a alegrar la casa! Entonces la solicitud y benevolencia de los señores se transforma en confianza con el criado o la sirvienta, quienes, sin abusar nunca y sin faltar a una discreta reserva, ejercitan sobre los niños la vigilancia que se les encomienda. Y estos niños, hechos adolescentes, hechos hombres, conservarán en sus casas sincera gratitud y respeto hacia quienes, entrados ya en años y encanecidos, sirvieron antes a sus abuelos y a sus padres y vieron nacer una o dos generaciones.

Los años vuelan; amos y criados envejecen, las arrugas surcan sus frentes, los cabellos caen o se blanquean, las espaldas se encorvan; sobrevienen las horas de las enfermedades y de las pruebas. Entonces entre amos y criados parece que los lazos se estrechan cada vez más y que el servicio se cambia en una como amistad entre dos viajeros, que, fatigados en el camino de la vida, se apoyan uno sobre otro para seguir adelante. Nos mismos hemos conocido muchas veces ejemplos de esta naturaleza o hemos tenido ocasión de leerlos; y tal vez no os será desagradable el recordar alguno de ellos. Una sirvienta que había servido cincuenta y un años en la misma familia, juzgaba que esta su larga fidelidad le había granjeado no derechos sino deberes de parentesco; al ver a sus señores en la indigencia, vino a ofrecer todos sus ahorros para sacarles del apuro, rehusando toda garantía. Otra, alegando también a su favor medio siglo de servicio, resolvió no agravar más el balance de una familia puesta en graves apreturas por la guerra; se dedicó enteramente a servir a su “señora”,

¹ Cfr. Lc. VII, 2 y ss.

venida a pobreza y enferma, y cuando ésta murió, para que no le faltase una sepultura digna de su antigua fortuna, empleó en ella una suma recibida de una Sociedad de beneficencia¹.

309. Ejemplos más sublimes en que, además de la caridad cristiana, brilla entre amos y criados la unión en la confesión de la fe y en el martirio nos presenta la historia de las persecuciones en los primeros siglos del cristianismo. Ahí tenéis a San Agatodoro, criado de San Papilo y de su hermana Agatómica, martirizados juntos en Pergamo². Ahí tenéis en Alejandría al anciano San Julián, imposibilitado para andar por su enfermedad, que se hace llevar al juez por dos siervos, de los que, si uno fué, por desgracia, infiel renegando a su fe, el otro, en cambio, Euno, fué heroico compañero del amo en el martirio y en la palma recogida entre los tormentos³. Ahí tenéis a las celeberrimas mártires de Cartago, Vibia Perpetua y su sierva Felicitas, quienes, expuestas a las fieras y gravemente heridas por ellas, cayeron luego, víctimas de Jesucristo, apuñaladas en la garganta⁴. Ni callaremos a la heroica sierva Blandina, quien en la persecución de Lyón el año 177, mientras su misma señora temía que ella, como tierna y frágil doncella, no pudiese perseverar en la confesión cristiana, no sólo soportó con alegría los suplicios más crueles, sino que exhortó y animó a la constancia en la fe al jovencito de quince años Pontico⁵.

Las guerras, las revoluciones y las incomodidades nos presentan también hoy ante los ojos parecidos admirables, héroes y heroínas animados por la caridad y la fe. Si tan nobles heroísmos se han hecho más escasos, es necesario que vuelvan a florecer. Orad, velad, obrad: haced de vuestro hogar doméstico una casa, en la que quien entre y os alargue la mano, respire y absorba la atmósfera mas pura. Entonces vuestra labor resplandecerá como la perla de una diadema en la restauración de la sociedad cristiana, en la que, según la gran frase del apóstol Pablo, ya no existe bajo los nombres de amos y criados más que la santa e inmensa familia de los hijos de Dios⁶.

Para que, con el fin de cumplir una obra tan meritoria, levantéis a Dios vuestra súplica y le ofrezcáis vuestros votos a Él, que es el único que puede iluminaros y guiaros, Nos, amados recién casados, os damos con toda la efusión de nuestro ánimo la bendición apostólica.

LXIX

LOS AUXILIARES DEL HOGAR

II. Deberes recíprocos

5 de Agosto de 1942. (Ecclesia, 22 de Agosto de 1942.)

310. En el último discurso a los recién casados reunidos en nuestro derredor, procuramos iluminar la religiosa belleza de que están revestidas las relaciones entre amos y criados, cuando los unos y los otros están animados por aquel espíritu cristiano, que hace a los “domésticos”, en cierto modo, miembros de la familia de sus amos. Tan hermosas relaciones familiares, decíamos también, hoy más raras que en el pasado, no han desaparecido, sin embargo, completamente; y Nos augurábamos que estas tradiciones, tan santas y antiguas, volviesen a florecer en las nuevas familias que los jóvenes esposos, iniciando su vida común, constituyen y forman. ¿No es éste, acaso, también, amados hijos e hijas, vuestro deseo? ¿No ansiáis tan precioso consuelo y sostén para la paz y alegría de la casa? Pero para los hechos no bastan los deseos y ni siquiera una buena voluntad en general o una admiración puramente ideal. Conviene que por ambas partes, quien manda y quien sirve, esté cada uno en su propio sitio y cumpla el propio deber; sitio y deber, en su diversidad, que tiene su fundamento en lo que es como vínculo común entre amos y criados. Lo dice muy bien San Agustín: “La

¹ Disc. d. L. Madelin. “Academie Française”, 17 de diciembre de 1936.

² Cfr. Acta Maryrol. Rom., 1940, p. 136-137.

³ Íbid, p. 178.

⁴ Íbid, p. 186.

⁵ Íbid, p. 220. Eusebio, His. Eccl., lib. V, c. 1-3.

⁶ Cfr. Gal. III, 26-28.

primera y diaria potestad de un hombre sobre un hombre es la del patrón sobre el siervo... Patronos y siervos; he ahí dos diversos apelativos; pero hombres y hombres son dos nombres iguales”¹.

Penetremos en estas palabras del santo Doctor. Esconden un pensamiento que, echando sus raíces en la unidad de la naturaleza humana, se une con la fe y nos alza hacia Dios; porque hallamos que estos hombres, amo y criado, son los unos y los otros igualmente siervos de Dios; y porque son hijos de Dios, son hermanos; y porque son cristianos, son miembros y órganos, diferentes, si pero de un mismo cuerpo, del cuerpo místico de Jesucristo. Esta triple comunidad de dignidad engendra comunidad de relaciones y de deberes recíprocos:

311. I.- El primero de estos caracteres comunes, que los hace iguales e igualmente servidores de Dios, porque el universal género humano, lo quiera o no lo quiera, no puede sustraerse al servicio y al cumplimiento de los recónditos designios divinos, si iguala a los amos y a los criados ante Dios, no borra en ellos aquellas diferencias sociales de condición, de fortuna y de necesidades, que Él dispone y regula o el libre querer humano elige y actúa.

De donde, con el ser servidores de Dios, ha de componerse y acordarse el vínculo de las relaciones entre amos y criados en la justicia y en la humanidad. No lo dudéis, hasta entre Dios y sus servidores triunfan la justicia y la humanidad; aquella justicia suprema, que se lo debe todo a sí misma y nada a nadie, porque no tiene iguales, y corona la sede de Dios, justo juez de los méritos y de los deméritos de sus siervos en la observancia de sus mandamientos y de su ley; aquella humanidad, que en su corazón toma el nombre de misericordia, que llena la tierra y se eleva sobre todas las obras divinas. Por la sabiduría de Dios, que es fuente de la justicia, reinan los reyes²; por la misma sabiduría Él somete los pueblos a los reyes³. Así también en la familia ha de reproducir el gobierno divino de justicia y de humanidad, con el que Dios reduce a su servicio a todo el género humano. Bastante se habla de justicia, y con razón, porque el dar a cada uno lo suyo interesa a todos y a cada uno; pero con demasiada frecuencia tal justicia queda reducida al rigor de una fórmula, al hecho de que uno dé, estrictamente, el trabajo a que se ha comprometido y el otro pague, puntualmente, el salario que ha prometido.

En cambio, es más alto el concepto de justicia y de equidad para quien considere o medite cómo bajo la diferencia de los nombres de amo y criado está la idéntica realidad del nombre de hombres, los dos criaturas de Dios, los dos elevados sobre la materia y la naturaleza; de modo que estos dos hombres son, el uno y el otro, por el mismo título, siervos del mismo único y eterno Amo y Señor, que es Dios. Hombres el uno y el otro, poseen el uno y el otro – además de los bienes, de los derechos y de los intereses materiales – los bienes, los derechos y los intereses más sagrados de su cuerpo y de su mente, de su corazón y de su alma.

Por lo tanto, no se trata de puras relaciones mutuas de simple justicia, restringida, en el frío sentido de la palabra, al sólo dar y tener, y ni siquiera de simple equidad, sino que conviene juntar con la justicia la “humanidad”, aquella humanidad que se parece a la misericordia y a la bondad divina y que sublima la justicia humana por encima de la materia en una aura espiritual.

312. Imaginaos, si os es posible, el aislamiento de una pobre criada, que por la tarde, al acabar una jornada de fatigoso trabajo, se retira a su cuartito, acaso oscuro, triste y carente de toda comodidad. Ha trabajado todo el día y sufrido para servir; no le ha faltado, como puede suceder, alguna riña, acaso con tono duro, áspero, altanero; se le han dado órdenes, acaso con aquel ademán que parece tener el placer amargo de no mostrarse jamás contentos. Sin llegar a tanto, se la ha mirado como a una de la cual los demás se acuerdan solamente cuando falta o cuando se retrasa, aunque sea breves momentos, algo que se espera; parece tan natural a algunos el quererlo todo perfecto y siempre hasta el último detalle. A nadie se le pasa por la cabeza cuánta fatiga, cuánta dedicación, cuánta sagacidad y cuánta aflicción le ha costado la diligencia que realmente ha puesto en su trabajo; y jamás viene a animarla una palabra dulce, una sonrisa de ánimo a sostenerla y a guiarla, una mirada amable a confortarla. En la soledad de su cuartito, ¿qué recompensa más preciosa que el dinero no sería

¹ Enarr. In Psalm. 127, n. 7 (Migne, P. L. t. 37, col. 1653).

² Cfr. Prov. VIII, 15.

³ Cfr. Salmo CXLIII, 2.

ahora, no habría sido durante todo el día una palabra, una mirada, una sonrisa verdaderamente humana, que la hiciese sentir aquel vínculo que establece la naturaleza también entre amos y criados? De noche, esperando que los señores vuelvan a casa, la pequeña criada velará junto a los niños que duermen, mientras su pensamiento y su corazón volará a su pueblo estimando y llamando más afortunados que ella a los criados que trabajan en la choza de su padre¹. ¡Y si el tiempo y el servicio le han aumentado los años, pensará acaso con nostálgica añoranza en el hogar, que también ella habría podido fundar, hogar modesto, pero en el que, junto a sus cunas, habría alegrado con sus cantos y con sus caricias a sus propios hijos!

Entrad en el alma de esta criada, en donde, al cansancio del cuerpo, es compañera de sus recuerdos la angustia del corazón. Los señores de casa, si son gente mundana, raramente caerán en la cuenta; acaso pensarán más en su espíritu. No se atreverán, es de creer, a prohibirle el cumplimiento de sus deberes de cristiana; pero sucede que con frecuencia no se le dejan para este fin ni la posibilidad ni el tiempo, y menos todavía se le concede atender y proveer a los impulsos de su íntima devoción y a los intereses de su vida moral y espiritual.

313. La dueña de casa, sin duda, no es siempre de índole dura y mala; antes bien, muchas veces es piadosa, es visitadora de los pobres de la ciudad; es favorecedora de los necesitados y de las obras buenas; pero – y no pretendemos ciertamente generalizar – mira la pobreza más fuera que dentro de la casa, ignora que una pobreza más triste, la pobreza del corazón, se alberga bajo su propio techo. Ni siquiera cae en la cuenta; jamás se ha acercado maternalmente a su criada, con corazón de mujer, en las horas de su trabajo o de su retiro. Aquellos quehaceres domésticos ¿cómo sabría o podría comprenderlos, si en su vida los ha aprendido? ¿Dónde está aquí aquella laudable y cortés dignidad de ama, que no teme perder el propio decoro tratando bien a una joven criada? ¿Por qué no se acerca a aquel pobre corazón, constante en la humildad de su obra en el trabajo de la vida y en la obediencia más que reverente para con quien no es su madre? Dueña y criada son dos nombres diferentes, pero la naturaleza humana es la misma en las dos, aun cuando una sea en esta tierra, por lo menos aparentemente, más feliz y más afortunada que la otra. ¿Por qué, pues, se olvida el que la menor es sierva de Dios en su espíritu, antes que sierva de los hombres con su trabajo? Gracias a Dios, vuestros sentimientos, amados hijos e hijas, son bien diversos; y el cuadro por Nos esbozado no reproduce, creedme, el que habéis tenido bajo vuestros ojos en vuestras propias familias.

314. Sin embargo, si la rectitud y la benevolencia deben ser en los amos respeto para con los criados, ¿no tienen acaso estos, por su parte, deberes propios y especiales para con los amos? ¿No son virtudes también para ellos la justicia y la humanidad? ¿Se portarían acaso justa y humanamente aquellos servidores o aquellas criadas que faltasen a su amos, que manifestasen los secretos de la familia con quien viven, que de la misma familia hablasen mal con peligro de causar daño, que no tuviesen cuidado de las cosas que les confían, de manera que sufriesen perjuicio? ¿O aquellos servidores o criadas que no atendiesen a su trabajo o lo cumpliesen descuidadamente, o que cumpliéndolo, ni más ni menos de lo que el servicio exigía, se apartasen tanto de la convivencia familiar que no sintiesen ni mostrasen un corazón humanamente delicado y propenso a la entrega de sí mismo en las circunstancias y en las horas de enfermedad, de cansancio, de desgracia, de luto de los amos o de sus hijos? Si además de esto fueran irreverentes (no queríamos decir insolentes), fríos en su actitud, indiferentes a todo lo que concierne a la casa; si con palabras, con las murmuraciones, con los modos de tratar viniesen a ser entre los demás criados, o acaso aun entre los hijos, sembradores de mal contento, de mal espíritu o (¡lo que Dios no permita!) de escepticismo, de impiedad, de impureza, de malas costumbres, ¿con qué nombre se deberían llamar tales servidores o domésticos, deshonor de su clase, tan benemérita? Dejamos que vosotros mismos lo penséis y lo juzguéis.

315. Pero, si por la posesión de la misma naturaleza humana, formada por el Criador en nuestros progenitores, amos y criados tienen un común Señor y Amo, que es Dios, ante Dios los unos y los otros se diferencian con su libre voluntad, que está en la mano del hombre. De esta manera encontráis amos buenos y amos malos, siervos buenos y fieles y siervos inútiles y malvados; pero Dios, justo Juez, juzgará y retribuirá a los unos y a los otros, según sus méritos y sus culpas no sólo en el

¹ Cfr. Luc. XV, 17.

servirle a Él, sino también en el servir a los hombres. Que los amos no se ensoberbezcan por su autoridad en el mando; de lo alto viene toda su autoridad. Y por eso la mirada del cristiano se levanta para contemplar en toda autoridad, en todo superior, aun en el amo, un reflejo de la autoridad divina, la imagen de Cristo, que se humilló desde su forma de Dios, adoptando la forma de siervo, nuestro hermano, según la naturaleza humana. Escuchad lo que enseña el Apóstol San Pablo: “Siervos, obedeced a vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillo corazón, como a Cristo, no sirviéndolos solamente cuando tienen puesto el ojo sobre vosotros, como si no pensaseis más que en complacer a los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios, y servidlos con amor, haciéndoos cargo que servís al Señor, no a hombres: estando ciertos de que cada uno, de todo el bien que hiciere, recibirá del Señor la paga, ya sea esclavo, ya sea libre. Y vosotros, amos, haced otro tanto con ellos, excusando las amenazas: considerando que unos y otros tenéis un mismo Señor allá en los cielos: y que no hay en Él acepción de personas”¹. “Tratad a los siervos según lo que dictan la justicia y la equidad: sabiendo que también vosotros tenéis un amo en el cielo”². Elevemos, pues, los ojos al cielo; y en la luz de este pensamiento que amos y criados deben considerarse iguales ante la faz de su común Amo y Señor, miremos allá arriba al extático evangelista Juan, que ante el Cordero, que le ha guiado e instruido, se postra a sus pies para adorarlo. Y ¿qué le dice el Ángel?: “Guárdate de hacerlo: que yo soy un consiervo tuyo y de tus hermanos los profetas y de los que observan las palabras de la profecía de este libro. Adora a Dios”³.

316. II.- Adoremos aquí abajo a Dios también nosotros y superemos la naturaleza, según la cual los ángeles y los hombres son, naturalmente, siervos de Dios; pero en el orden de la gracia están elevados a ser más que siervos hijos de Dios. La fe cristiana sube más alto que la naturaleza. “Mirad, exclamaba el mismo Apóstol San Juan, qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto”⁴. Hijos, por consiguiente, de un mismo Dios, clamarnos: Padre nuestro que estás en los cielos: luego el amo y el criado se hallan y son hermanos. Oíd al Apóstol y Doctor de las gentes San Pablo, que, recomendando a su amado Filemón un esclavo fugitivo, Onésimo, que al mismo tiempo él había convertido a la fe, le escribía: “Recíbele no ya como siervo, sino como hermano carísimo”⁵. Que entre el amo y el siervo triunfe la dulzura, triunfe la ciencia, triunfe la fraternidad.

Se dirá que es menester mantener el propio grado, aun delante de los criados. Sí; mantened vuestro grado, pero también vuestro grado de hermanos, como lo mantiene el Hijo de Dios hecho hombre, que nos dio ejemplo de humildad y de mansedumbre y vino a la tierra, no para ser servido, sino para servir⁶. No os maravilléis de ello: en esto no se trata de faltar ni a la dignidad ni a la autoridad de jefe de familia o de amo de casa. De tal santa fraternidad enseña en pocas palabras toda la doctrina San Juan Crisóstomo en el comentario de la carta de San Pablo que acabamos de citar: “No nos enfurezcamos, avisa, con vehemencia con nuestros siervos, sino aprendamos a perdonar sus faltas; no seamos siempre ásperos; ni nos ruboricemos de vivir con ellos, si son buenos. Si Pablo no tuvo vergüenza de llamar hijo a Onésimo y hermano carísimo, ¿por qué nos debemos ruborizar nosotros? ¿Y qué dijo Pablo? El Señor de Pablo, no se ruborizó de llamar a nuestros siervos sus hermanos; y nosotros, ¿nos ruborizaremos? Mira, más bien qué honor nos hace a nosotros mismos llamando a nuestros siervos, sus hermanos, amigos y coherederos”⁷.

317. III.- Pero de una luz pasemos a otra luz. Es honor de nuestra fe el revelarnos misterios cada vez más altos y profundos, cuanto más refulgen de verdades escondidas y divinas. De servidores de Dios, de hijos de Dios por la regeneración del agua y del Espíritu Santo en el Bautismo, de hermanos ante el Padre celestial, como lo somos todos en la comunidad cristiana, el gran Apóstol Pablo se eleva más alto para hacernos contemplar en admirable figura la doctrina de Cristo, afirmando que,

¹ Ef. VI, 5-9.

² Colos. IV, 1.

³ Apoc. XXII, 8-9.

⁴ I Jn. III, 1.

⁵ Fil. 16.

⁶ Mt. XX, 28.

⁷ In Eph ad Philem. Hom. 2, n.3; Migne, P. g. t. 62, col. 711.

como cristianos, somos, más que hermanos, miembros de un mismo cuerpo, el cuerpo místico de Cristo. ¿No concilia acaso esta doctrina luminosamente la diversidad de las condiciones y de los oficios de los hombres con la unión más íntima, más vibrante, más sensible, que es la de los miembros diversos de un mismo cuerpo vivo? ¿No ilumina y hace descollar el servicio de los más nobles y la nobleza de los más humildes? 'Porque así como el cuerpo humano es uno – dice él – y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también el cuerpo místico de Cristo. A cuyo fin todos nosotros somos bautizados en un mismo espíritu para componer un solo cuerpo... y todos hemos bebido un mismo espíritu. Ni puede decir el ojo a la mano: no he menester tu ayuda; ni la cabeza a los pies: no me sois necesarios... Por donde si un miembro padece, todos los miembros se compadecen: y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él’¹

La imagen es tan transparente que no tiene necesidad de comentario y explicación, y se puede útilmente aplicar a las relaciones entre amos y criados. Quien se precia de la dignidad y del nombre de amo verdaderamente cristiano, no puede, si su corazón está movido por el espíritu de Cristo, dejar de sentir los sufrimientos y las necesidades de sus inferiores; no puede dejar de notar sus necesidades y sus trabajos; no sólo temporales y materiales, sino también los del alma, frecuentemente ignorados o incomprendidos por ellos. Elevándose sobre el bajo mundo del interés, procurará promover y favorecer en sus dependientes y servidores su vida cristiana; procurará que en las instituciones creadas para provecho de los criados y criadas encuentre un refugio en las horas peligrosas del tiempo libre y una sólida educación e instrucción sobrenatural de sus mentes y de su espíritu. Por su parte, el buen servidor, la fiel criada, sentirá redundar sobre sí lo que es honor de la familia en la cual vive, habiendo cooperado con su humilde trabajo, con su amor., con su virtud, al decoro, al esplendor, a la santidad de la casa.

Tal espectáculo familiar nos recuerda las alabanzas con las cuales la reina de Sabá, por lo que había visto en el palacio de Salomón, exclamó en su presencia: “Bienaventurados tus hombres y bienaventurados tus siervos, que están siempre en tu presencia”².

Y para que estas Nuestras paternales palabras, amados recién casados, con el favor de la gracia divina, sean para vosotros fecundos augurios de felicidad y de buen gobierno en las familias cristianas que habéis fundado, con toda la efusión de Nuestra alma os damos la bendición apostólica.

LOS AUXILIARES DEL HOGAR

III. Responsabilidad

20 de Agosto de 1942. (Oss. Rom., 21 de Agosto de 1942.)

318. Vuestra presencia en torno a Nos, amados recién casados, en la aurora de vuestra vida conyugal, es para Nos un testimonio muy grato de vuestro deseo de recibir la bendición y de escuchar las exhortaciones del Vicario de Cristo para hacer de ellas la luz y la guía en el camino que habéis emprendido. Nuestro corazón se complace al contemplar y exaltar la familia cristiana, fundamento de salud y grandeza moral de la sociedad, y de analizar y explicar sus variados bienes y nobles aspectos, no menos que los lados más expuestos a insidias y peligros. En nuestros últimos discursos, hablando de las relaciones mutuas entre amos y criados y de los deberes que de ellas se derivan, hemos mostrado su religiosa belleza a la clara luz de la fe y en la cálida llama de la caridad. Estas relaciones y deberes no pueden ser estériles, sino que son raíces fecundas que engendran recíproca responsabilidad en el campo familiar.

Considerad, en efecto, cómo se desenvuelve dentro del ámbito doméstico el influjo de los que en él entran a servir. Si se tratara de un simple contrato de trabajo entre dos personas, las responsabilidades que de él surgieran serían limitadas: ciertamente resultaría desagradable al amo ser mal

¹ I Cor. XII, 12-13, 21, 26.

² III Reg. II, 8.

servido o sufrir cualquier daño en los propios bienes; pero de ordinario no serían muy grandes el disgusto y la pérdida, y ningún otro sufriría perjuicio. Aquí, al contrario, hay en realidad una relación que generalmente no mira solamente a un amo y un sirviente, sino a toda una casa, y es en realidad más que un mero alquiler de trabajo; es la entrada de un extraño en convivencia familiar, para formar parte en cierta manera del hogar doméstico, no por una o varias horas del día, sino de día y de noche.

319. Aunque sean vigilantes los amos y cuan prudentes queráis; aunque tomen las más estrechas precauciones, por discreta que pueda ser aquella doméstica, aquella camarera, ella vive de continuo con ellos, en las horas claras y en las oscuras; de día en día viene necesariamente a conocer el carácter, el temperamento, las disposiciones, las costumbres de cada uno y cada una de la familia, hasta las debilidades, hasta las pasiones, sus enfados y aquellas predilecciones que acaso llegan a ser manías. ¿Cómo podría ocurrir de otro modo? ¿No penetra ella con pie seguro en todos los rincones de la casa, en los dormitorios, en los despachos, en el salón, para arreglarlos y ponerlo todo en orden? Su mirada atraviesa toda sombra, traspasa todo vidrio, lo ve todo o lo adivina bajo los velos. Por servir a la mesa está presente en las comidas, oye al vuelo fragmentos de la conversación, los cambios de tema y los saltos de argumento, oye y nota las inflexiones y las insistencias, las chanzas familiares y los altercados, las disputas y las disensiones, los recuerdos y las anécdotas más o menos íntimas y aquellas mil insignificancias frecuentemente más reveladoras que las confidencias voluntarias. Vosotros la véis a la puerta para abrir e introducir a los visitantes, a los parientes, a los amigos y a los conocidos; ella termina por conocer a todos los que van y vienen por casa y con qué rostro, y de que modo se recibe y trata a cada uno; nada, ni siquiera la cara de un acreedor inoportuno e insistente, se le oculta.

Por todo esto se comprende bien de qué importancia puede resultar para la vida y para la suerte de la familia el hecho de acoger en el hogar doméstico a tal o cual persona que hasta ayer le era extraña. Con tal admiración en casa, el padre de familia, conservando la debida proporción, ¿no viene acaso a ser responsable del sirviente y de la doméstica como de sus hijos? Y su primera responsabilidad, ¿no proviene, por ventura, de la elección que de ellos ha hecho?

Estas responsabilidades, mayores que las que al principio pueden parecer, vienen a ser vastas, y su gravedad no se manifiesta con frecuencia, sino demasiado tarde, cuando el tiempo hace aparecer las consecuencias, sea en la misma morada doméstica, sea en el círculo de los parientes y conocidos, sea en la sociedad entera.

320. I.- En la casa tales consecuencias se ven, en primer lugar, con respecto a los hijos. En los adolescentes y en los jóvenes, en las niñas y en las muchachas, amargas desiluciones asombran, tal vez, el ánimo de los padres como revelaciones repentinas e insospechadas. Se atribuye acaso cualquier capricho o desdén al hervor de la edad. Pero no se acierta a encontrar la razón última de sus malas tendencias, de su carácter difícil, independiente, crítico, escéptico, cerrado. Se sorprende y maravilla uno al ver surgir como de repente en los hijos ciertos malsanos instintos y ejercitar sus violencias con un ímpetu superior al que suele comportar la crisis moral del crecimiento. Y, ¿qué hacen los padres? ¿qué piensan? Alarmados, desolados, se preguntan entre sí, se examinan, cavilan: ¿se ha hecho todo para educar bien a aquellos hijos? Sí; nada, según parece, ha faltado; ni los buenos ejemplos, ni los buenos consejos, ni las advertencias oportunas, ni la firmeza, ni la bondad. Se ha vigilado sobre las amistades, sobre las diversiones; hasta ahora nada había engendrado ninguna sospecha. Pero, mientras para descubrir las raíces del mal se escrutan todas las páginas y todos los rincones de la historia del presente y del pasado próximo, he aquí que se suscitan latentes recuerdos; despiertan más claros, se enlazan y se refuerzan recuerdos cuya primera impresión se remonta a la niñez: palabras, chistes, maneras, libertades incorrectas y aún únicamente demasiado familiares de una persona de servicio, imprudente o menos delicada. No digáis que aquellos niños todavía pequeños no podían entender. Acaso – quién lo sabe – en el momento no lo comprendieron; pero después, ya crecidos, recuerdan y entienden. No olvidéis, padres recién casados, que en los sentidos del niño la naturaleza ha puesto una gran fuerza observadora y retentiva, y que el hombre tiene desde su nacimiento la tendencia a la imitación en las palabras y en las obras. ¿Qué responsabilidad crea, por lo

tanto, en el padre y en la madre, el hecho de que en casa haya servidores en contacto permanente y continuo con sus hijos?

Notad bien que Nos no hablamos de niños abandonados por negligencia, como con frecuencia ocurre, y dejados al cuidado de domésticos más asiduos en guardarlos y asistirlos que la propia madre, ocupada, o distraída, o frívola; ni nos referimos necesariamente a sirvientes – Dios no lo permita – corrompidos y corruptores. De todas maneras, ¿qué ha ocurrido? Se ha plantado con la casa un árbol malo que produce frutos semejantes a sí. ¿Cómo se debían escoger el criado y la sirvienta? ¿Cómo se les debía vigilar? ¿Cómo se les debía advertir? Que los dueños de casa echen la culpa a su elección sin discernimiento, a sus informes mancos o insuficientes, al capricho y a la impresión falaz.

321. Es una responsabilidad delicada, que crece en los padres a medida que crecen los hijos. Por inocentes que se supongan, que se estimen o que realmente sean, lo mismo que las personas quizá igualmente jóvenes que los rodean, su inocencia no impide a la naturaleza despertar en la hora hirviente de la adolescencia, mientras la experiencia que suele acompañarla vela y disimula los peligros hasta el día en que el bramido misterioso del corazón y de los sentidos les advierte que es inminente la lucha y que se encuentran desarmados. ¡Qué enorme responsabilidad frente a los hijos y a los criados en el contacto inevitable de la vida diaria!

Respecto a los hijos, ésto es claro; pero no es menos claro en cuanto a los criados. Aquella criada joven que, para el buen servicio, hasta conviene que lo observe todo en la casa, verá los cuadros, los grabados colgados de las paredes; las revistas y diarios ilustrados abandonados en desorden o abiertos sobre mesas y sobre muebles; escuchará las relaciones y las aventuras más o menos licenciosas que cuentan los hijos mayores y sus amigos, uno u otro de los cuales, de paso, rápidamente, le dirigirá una sonrisa o un gesto un tanto libre que, con la novedad, resultará para ella, acaso inexperta, el peligro más sutil e insidioso. Suponed que, según avanzan las cosas, un día imponga el deber a los padres, para bien de los hijos, el que alejen a aquella criada, no culpable de los inconvenientes o del peligro del que no había venido a ser sino involuntaria ocasión. El jefe de casa, que la verá partir humillada en su inocencia, ¿no sentirá acaso en el corazón el remordimiento de haber sido él, con otros, menos prudente que ella misma, menos vigilante, menos firme y fuerte? ¿No se deberá imputar a sí mismo la culpa de ella y de su incierto porvenir?

Cuando además hay en una familia muchos criados, especialmente si son de sexo diverso, de distinta edad, de educación moral y religiosa diferente, las relaciones de vida común entre ellos vienen a hacer más y mayores las responsabilidades. Nada diremos de los casos en que el mal espíritu de uno solo echa por tierra todo el orden de la casa y pervierte en los otros la mente y el corazón; ¡pero cuántas veces un escándalo estalla de repente o no es sofocado y oculto sino por la malicia, más culpable aún, de un seductor y por el extravío de una pobre criatura imprudente o demasiado débil!

322. II.- Si entre amos y criados o entre los criados mismos entre sí hay acaso horas y momentos de desengaño y desconfianza, de descontento y desorden, de reprobación y repulsa, no rara vez surgen también con los padres y con los amigos disturbios, malas inteligencias, choques, discordias, que no tienen otro origen sino las conversaciones o los juicios referidos o divulgados – muchas veces aún sin intención de hacer daño – por las personas de servicio. Estas han sentido o creído sentir una observación descortés, una argucia o una picardía, un movimiento de ira, conversaciones acaloradas, que si quedaran en lo íntimo de la casa no causarían sino males, pero en cuanto traspasan el umbral provocan en otros resentimientos y ofensas, aunque no se añadan exageraciones y comentarios al referirlos. Cuánto más sí, como suele ocurrir, tales palabras, al pasar de boca, se difunden aumentadas y amargadas. Añadid cualquier charla o rumor en los encuentros fortuitos, en los negocios, o entre “taxistas” o sirvientes que, a las mismas puertas o incluso en la puerta de la iglesia, esperan a los amos. Allí se sueltan las lenguas; los criados hablan tal vez con mayor malicia en el ánimo de la que los amos tenían; pero la desdicha ha nacido, el mal se ha hecho y acaso es irreparable. No se puede – se dirá – contar y pesar cada palabra que viene a los labios. Pero algo se habría hecho sin duda si se hubieran previsto, medido y pesado las consecuencias.

A veces el mal es todavía mayor. A la mesa, en un salón, en una reunión, una crítica anodina, una queja de pasada, una agudeza maliciosa – por no decir una falsa insinuación – hiere a cualquier persona respetable y a quien de hecho se respeta en el fondo del alma. Es una flecha que cae sobre el maestro, sobre el párroco, sobre una autoridad de cualquier género, hasta las más altas, hasta las más sagradas. Los dueños que han hablado así, o como suele decirse, que han pensado en alta voz, no tienen por esto menor reverencia y estima hacia aquel a quien han dirigido su burla inconsiderada. Pero en los domésticos, aquellas palabras oídas y aquella sonrisa vista han herido o disminuido la veneración hacia personas dignas ¿No es verdad que también los rumores infundados se esparcen y se comentan? Cuando después se deploran los efectos dañosos producidos acaso a aquellos a quienes se estimaba y se amaba, se querrá echar la culpa de todo al mundo, que es siempre perverso y malicioso; se hablará de ello con dolor y lamentaciones, en vez de mirar de dónde había partido el primer golpe e indagar si la propia conciencia y la propia lengua era inocentes y no tenían nada que reprocharse.

323. III.- Ved, por lo tanto, cómo la lengua que no se cuida viene a ser fuente de discordia y de males, Y cómo del mismo modo estallan de repente trastornos que afectan a la sociedad entera y por largo tiempo. No hay que engañarse; también. la casa, el salón, la mesa son una escuela, y los discursos que allí se hacen resultan lecciones para los hijos, para los criados y para todos los que escuchan. Preclaros ingenios no han dudado en afirmar que la imprudencia de las palabras y de los juicios fué no pequeña causa de las violencias que acompañaron el completísimo movimiento de la Revolución francesa, facilitando la penetración entre el pueblo de aquellos principios y de aquellas doctrinas en que con tanta ligereza se complacía el mundo elegante de entonces. De este modo, inundaba la calle el turbio torrente de inmoralidad y de irreligión al que se había dado suelta en la alta sociedad con sus desórdenes, con la ostentación sin medida de su inmoderado lujo. Tal espectáculo estaba continuamente bajo los ojos de los criados: la envidia y el rencor mordían en su alma. Escuchaban ellos en los salones mundanos aquellas conversaciones atrevidas, filosóficas, sociales, políticas, condimentadas con agudezas y chistes libertinos en desprestigio y mofa de la religión, con ampulosas declamaciones que defendían una libertad sin frenos. Su espíritu se adhería con entusiasmo a las teorías; su corazón se llenaba de odio hacia los refinados teóricos, que se convertían en su propugnadores. Los efectos, que en cierto modo eran también consecuencias de aquellos discursos y de aquellas lecciones, vosotros los conocéis, han quedado grabados indeleblemente en las páginas de la historia.

324. Sería un error creer que el mundo de hoy no es ya como el de hace siglo y medio. Si es cierto que la apariencia exterior ha cambiado, lo es también que la humanidad es sustancialmente la misma. Los apetitos de la naturaleza corrompida, la concupiscencia de la carne y de los ojos y la soberbia de la vida¹ no han cesado de extenderse y exasperarse: los sanos principios que los frenaban se han debilitado y nublado en muchos corazones. Las ideas se extienden por todas partes; los rumores, como el rayo, se difunden con más rapidez y amplitud que en el pasado. El juicio del pueblo es inexorablemente lógico; mientras escucha, ve y lee, siente en sí el rugido del alma y de la razón, y hoy, acaso más que nunca, pesa y conforta con sus verdaderas aspiraciones y con sus necesidades los hombres y las cosas.

Muy graves son estas consideraciones; pero para comprender el fondo de verdad en que se apoyan, pensad que a constituir la sociedad entera concurre todo el conjunto de las familias, y que el bien y el mal de toda familia semeja una onda, limpia o sórdida, que desemboca y se dirige hacia la gran riada de la vida pública y social. Para formar parte de tal vida social, ¿no es acaso, queridos recién casados precisamente el día de vuestro matrimonio el que conduce formando con vosotros una nueva familia que en el movimiento de toda la convivencia humana tiene un sendero propio y un destino propio ante Dios, ante la Iglesia y ante la Patria?

Por eso a vosotros, que habéis iniciado un hogar reciente, os decimos con toda la ternura de nuestra solicitud: grabad profundamente en vuestra mente y vuestro corazón el sentido y la importancia consciente de aquellas responsabilidades: tomadlas sobre vosotros con la íntima seriedad que

¹ Cfr. I Jn. II, 16.

es empeño y honor del espíritu cristiano. Pero os añadimos; tomadlas también sin temor, porque la gracia celeste que os hace servidores de Dios, hijos de la Iglesia y vivientes de la caridad de Cristo, no dejará de ayudaros a llevarlas. Pedimos al Señor que haga descender sobre vosotros una gracia tan grande, mientras os damos de corazón Nuestra paternal bendición apostólica.

LXXI

LA FIDELIDAD CONYUGAL

I. Belleza de la fidelidad

21 de Octubre de 1942. (Ecclesia, 14 de Nov. de 1942.)

325. La luz tan pura que brilla en vuestros ojos, amados recién casados, manifiesta a todas las miradas la santa alegría que inunda vuestros corazones, el contento de haberos dado el uno al otro para siempre. ¡Para siempre! Nos hemos insistido ya sobre esta idea cuando hablábamos a otras parejas de recién casados, que os han precedido en torno a Nos, de la indisolubilidad del matrimonio. Sin embargo, lejos de haberse agotado el tema, se puede decir que no hemos rozado todavía la superficie. Por eso queríamos entrar en él más profundamente, más íntimamente, hablando de aquella piedra preciosa que es la fidelidad conyugal, de la cual hoy nos limitaremos a haceros ver la belleza y haceros gustar el encanto.

Como contrato indisoluble, el matrimonio tiene la fuerza de constituir y vincular a los esposos en un estado social y religioso, de carácter legítimo y perpetuo y tiene sobre todos los demás contratos la superioridad de que ningún poder en el mundo – en el sentido y con la extensión ya por Nos explicados – es capaz de rescindirlo. En vano una de las partes pretenderá desatarse de él; el pacto violado, renegado, roto, no afloja sus lazos; continúa obligando con el mismo vigor que el día en que fue sellado ante Dios con el consentimiento de los contrayentes; ni siquiera la víctima puede ser desatada del sagrado vínculo que la une a aquel o a aquella que le ha traicionado. La atadura no se desata, o más bien, no se rompe sino con la muerte.

326. A pesar de eso, la fidelidad dice todavía algo más poderoso, más profundo y al mismo tiempo más delicado y más infinitamente dulce. Porque, uniendo el contrato matrimonial a los esposos en una comunidad de vida social y religiosa, es necesario que determine con exactitud los límites dentro de los cuales obliga, que recuerde la posibilidad de una coacción exterior, a la cual una de las partes puede acudir para obligar a la otra al cumplimiento de los deberes libremente aceptados. Pero mientras estas determinaciones jurídicas, que son como el cuerpo material del contrato, le dan necesariamente como un frío aspecto formal, la fidelidad es en él como el alma y el corazón, la prueba abierta, el testimonio patente.

Aunque más exigente, la fidelidad cambia en dulzura lo que la precisión jurídica parecía poner en el contrato de más riguroso y más austero. Sí, más exigente; porque ella juzga infiel y perjurio no sólo al que atenta con el divorcio, por otra parte inútil y sin efecto, a la indisolubilidad del matrimonio, sino también al que, sin destruir materialmente el hogar por él fundado, aun continuando la vida conyugal, se permite establecer y mantener paralelamente otro vínculo criminal; infiel y perjurio el que, aun sin establecer una ilícita relación durable, dispone, aunque sea una sola vez, para el placer ajeno o para la propia, egoísta y pecaminosa satisfacción de un cuerpo – para usar la expresión de San Pablo¹ –, sobre el cual, solamente el esposo y la esposa legítima tienen derecho. Más exigente todavía y más delicada que esta estricta fidelidad natural, la verdadera fidelidad cristiana señorea y alcanza más allá; reina e impera, como soberana amorosa, en toda la amplitud del dominio real del amor.

Porque, efectivamente, ¿qué es la fidelidad sino el religioso respeto del don que cada uno de los esposos ha hecho al otro, don de sí mismo, de su cuerpo, de su mente, de su corazón, para toda la vida, sin otra reserva que los sagrados derechos de Dios?

¹ I Cor. VII, 4.

327. I.- La frescura de la juventud en flor, la honesta elegancia, la espontaneidad y la delicadeza de las maneras, la bondad interior del alma, todos estos buenos y hermosos atractivos, que plasman el encanto indefinible de la joven cándida y pura, han conquistado el corazón del joven y le han elevado tanto hacia ella, con el empuje de un amor ardiente y casto, que en vano se buscaría en la naturaleza una imagen que ni por comparación pueda expresar un encanto tan exquisito. Por su parte, la joven ha amado la hermosura viril, la mirada valiente y noble, el paso firme y resuelto del hombre, sobre cuyo brazo vigoroso apoyará, puesta junto a él, la mano delicada a lo largo del áspero camino de la vida.

En esa primavera brillante el amor sabía ejercitar sobre los ojos el poder fascinador, dar a los actos más insignificantes un esplendor deslumbrante, cubrir o transfigurar las más evidentes imperfecciones. Cuando la promesa, al realizarse, ha sido mutuamente hecha delante de Dios, los esposos se han otorgado el uno al otro en la alegría natural, pero santificada, de su unión, con la noble ambición de una lozana fecundidad, ¿Es ésto acaso ya la fidelidad en todo su fulgor? No; todavía no se ha probado.

Pero los años, pasando sobre la belleza y sobre los sueños de la juventud, le han arrebatado un tanto de su frescura, para darle, en cambio, una dignidad más austera y reflexiva. La familia, con su crecimiento, ha aumentado la fatiga del peso que carga sobre las espaldas del padre. La maternidad, con sus penas, sus sufrimientos, sus riesgos, pide y exige valor: la esposa, sobre el campo del honor del deber conyugal, no ha de ser ni mostrarse menos heroica que el esposo sobre el campo del honor del deber civil, en donde ofrece a la patria el don de su vida. Si a ésto se añaden las lejanías, las ausencias, las separaciones forzadas, de las cuales igualmente hace poco hablábamos, u otras delicadas circunstancias que obligan a vivir en la continencia, entonces, recordándose que el cuerpo del uno pertenece al otro, los esposos cumplen sin vacilar su deber con sus exigencias y consecuencias, y mantienen con corazón generoso y sin debilidades la austera disciplina que impone la virtud.

Cuando, finalmente, con la vejez se multiplican las enfermedades, los achaques, las decadencias humillantes y penosas, todo el cortejo de miserias que sin la fuerza y el sostén del amor harían repugnante aquel cuerpo antes tan seductor, se le prodigan con la sonrisa en los labios los cuidados de la más delicada ternura. He aquí la fidelidad del mutuo don de los cuerpos.

328. II.- En los primeros encuentros durante el noviazgo, con frecuencia todo era encantador: el uno prestaba al otro, con ilusión tan sincera como ingenua, aquel tributo de admiración que hacia sonreír, con indulgencia complaciente, a los que lo veían. No reparéis demasiado en aquellas pequeñas disputas que, según el poeta latino, son más bien señal de amor: "*Non bene si tollas praelia, datur amor*". "No hay de veras amor si no hay riñas". Era la plena, la absoluta comunidad de ideas y de sentimientos en el orden material y espiritual, natural y sobrenatural, la armonía perfecta de los caracteres. La expresión de la alegría y del amor daba a sus conversaciones una espontaneidad, una viveza, un brío que hacían chispear las almas, brillar agradablemente el tesoro de los conocimientos que podían poseer, tesoro a veces bien escaso, pero al que todo contribuía para hacerlo valer. Es el atractivo, es el entusiasmo; no es todavía la fidelidad.

Pasa esta estación; las faltas no tardan en aparecer, la disparidad de los caracteres en manifestarse, aumentarse; acaso hasta la pobreza intelectual, en hacerse más patente. Se han terminado los fuegos artificiales: el amor ciego abre los ojos y queda desilusionado. Entonces es cuando, para el amor verdadero y fiel, comienza la prueba y al mismo tiempo el encanto. Con los ojos bien abiertos cae en la cuenta de cada una de estas faltas, pero las recibe con afectuosa paciencia, consciente de sus propios defectos; y todavía con clarividencia mayor penetra hasta descubrir y apreciar, bajo la vulgar corteza, las cualidades de juicio, de sentido común, de sólida piedad, ricos tesoros escondidos oscuramente, pero de subidos quilates. Y al tiempo que con solicitud descubre y valoriza estos dones y estas virtudes del alma, con no menos habilidad y vigilancia disimula a los ojos de los demás las lagunas y las sombras de la inteligencia o del saber, los caprichos o las asperezas del carácter. Sabe buscar, para las expresiones erróneas o inoportunas, una interpretación benigna y favorable, y siempre se alegra cuando la encuentra. Ahí le tenéis dispuesto a ver lo que les mancomuna y une, y no lo que les divide; a rectificar cualquier error, disipar cualquier ilusión, con tan buena gra-

cia que jamás ofende ni lastima. Lejos de mostrar su superioridad, con delicadeza interroga y pide el consejo de la otra parte, dejando ver que si tiene algo que dar también tiene gusto en recibir. ¿No véis cómo de ese modo se establece entre los esposos una unión de los espíritus, una colaboración intelectual y práctica que les hace elevarse hacia la verdad, en donde reside la unidad, hacia la verdad suprema, hacia Dios? ¿Y ésto qué es, sino la fidelidad del mutuo don de sus inteligencias?

329. III.- Los corazones se han entregado para siempre. Por el corazón, sobre todo por el corazón, era poderoso el impulso que ha unido a los jóvenes esposos; pero también, sobre todo, por él, las desilusiones, cuando vienen, tiene sabor de amargura, porque el corazón es el elemento más sensible, pero también el más ciego del amor. Y cuando el amor vive todavía intacto, ya en las primeras pruebas de la vida conyugal la sensibilidad puede disminuir y estropear, a veces estropea necesariamente, alguna llama de su ardor excesivo y fácilmente ilusorio. Ahora bien, en la constancia y la perseverancia en el amor, en la actuación cotidiana del don recíproco y, si es necesario, en la prontitud y en la plenitud del perdón, ha de hallarse la piedra de toque de la fidelidad.

Si desde el principio el amor fué verdadero y no solamente una búsqueda egoísta de satisfacciones sensuales, este amor nunca cambiado del corazón vive siempre joven, jamás vencido por los años que pasan. Ninguna cosa hay más edificante y encantadora, ninguna más conmovedora que el espectáculo de aquellos venerables ancianos cuyas bodas de oro tienen en su celebración algo de más tranquilo, pero también de más profundo, hasta diríamos de más tierno, que aquellas de la juventud. Sobre su amor han pasado cincuenta años: trabajando, amando, sufriendo, rezando juntos, han aprendido a conocerse mejor, a descubrir el uno en el otro la verdadera bondad, la verdadera belleza, la verdadera palpitación de un corazón devoto, o adivinar todavía más lo que al otro puede agradar; y de aquí aquellas premuras exquisitas, aquellas pequeñas sorpresas, aquellas innumerables pequeñeces, en las que solamente encontraría chiquilladas el que no sabe descubrir la grandiosa, la hermosa dignidad de un inmenso amor. Esta es la fidelidad del mutuo don de los corazones.

Felices vosotros, jóvenes esposos, si habéis podido, si podéis todavía contemplar semejantes escenas en vuestros abuelos. Acaso vosotros, cuando muchachos, habéis bromeado con ellos delicada y amorosamente; pero ahora, el día de vuestras bodas, vuestras miradas se han posado conmovidas sobre estos recuerdos con santa envidia, con la esperanza de ofrecer un día vosotros mismos un espectáculo semejante a vuestros nietos. Nos lo auguramos y sobre vosotros invocamos del Señor la gracia de esta larga, indefectible y deliciosa fidelidad, mientras, con toda la efusión del corazón, os damos Nuestra paternal bendición apostólica.

LXXII

LA FIDELIDAD CONYUGAL

II. El pecado de la infidelidad secreta

4 de Noviembre de 1942. (Ecclesia, 28 de Nov. de 1942.)

330. Con sobrada razón, después de celebrar vuestras bodas, venís, amados recién casados, a invocar para vosotros, para vuestro amor y vuestra fidelidad, la bendición del Vicario de Cristo. La ley del Redentor Divino, que es ley de amor, es también protectora y conservadora del verdadero amor y de la verdadera fidelidad. Es una ley de amor que no se limita ni se ciñe a las prescripciones minuciosas y exteriores de un código, sino que penetra en el espíritu y en el corazón hasta excluir aun el pecado de mero deseo¹.

¿Hay, según eso, aun salvando las apariencias una infidelidad secreta escondida en los más íntimos repliegues del corazón? Sin duda alguna; porque del corazón, lo dijo Nuestro Señor, brotan los malos pensamientos y las demás inquietudes²; y, sin embargo, este pecado de infidelidad secreta es, por desgracia, tan frecuente que el mundo no le presta atención y la conciencia adormecida se adapta a él como en el embeleso de una ilusión.

¹ Cfr. Mt. V, 27-28.

² Cfr. Mt. XV, 19.

Pero siempre, frente a todo hechizo engañoso, se yergue y descuelga la verdadera fidelidad, que, como dijimos en nuestro último discurso, tiene por objeto y fundamento el recíproco don, no sólo del cuerpo de ambos esposos, sino también de su espíritu y de su corazón. ¿No es acaso verdad que la mínima infracción de esta fidelidad exquisita y cordial conduce fácilmente, antes o después, a las grandes quiebras de la vida y de la felicidad conyugal?

331. I.- Delicadísima virtud la de la fidelidad, simbolizada por el anillo nupcial! Antes de ser formulada y promulgada por Nuestro Señor había sido esculpida por el Creador en el fondo de los corazones de los justos, de donde la celebridad de la frase de Job sobre el pacto que había hecho con sus ojos de abstenerse de toda mirada impura¹.

Comparad con esta austera reserva, que es prerrogativa de un ánimo dueño de sí, la conducta de tantos cristianos bañados desde su nacimiento en las aguas de la regeneración y crecidos en la radiante luz del Evangelio. Semejantes a los niños, propensos siempre a ver una exageración en los afanes de la solicitud materna, los veis sonreírse ante las ansiedades morales de su Madre la Iglesia. Y con todo, no es ella la única que de ello se preocupa; todas las personas honradas, aunque alejadas del sentimiento cristiano, lanzan un grito de alarma. En las calles públicas, en las playas, en los espectáculos, mujeres y jovencitas se presentan y se exhiben sin rubor a miradas indiscretas y sensuales, a vecindades deshonestas en promiscuidades indecorosas. ¡Con qué fermento surgen las pasiones en esas condiciones y encuentros! Si se exceptúa el último paso, el de la caída en la infidelidad formal – aún suponiendo que casi por milagro no se llegue a él –, ¿qué diferencia puede concebirse entre semejantes costumbres y la conducta de esas infelices que pisotean abiertamente todo pudor?

Y no se comprende si no es por culpa de la languidez del sentimiento moral cómo hombres de honor pueden soportar que sus mujeres y novias permitan a otros miradas y familiaridades tan audaces; ni cómo una novia o una esposa, que tengan gran estima del decoro de su dignidad, llegan a tolerar que el marido o el novio se tomen con otras semejantes libertades y familiaridades. ¿Quién no ve alzarse y surgir contra tan graves ultrajes a la santa fidelidad de un amor casto y legítimo, todas, aun las menores centellas de honesto sentimiento?

332. II.- Pero baste cuanto hemos dicho sobre tan inconvenientes y desconcertantes bajezas. En el orden del espíritu y del corazón el discernimiento entre el bien y el mal es todavía más delicado. Es verdad que hay simpatías naturales irrepreensibles en sí mismas a las que las presentes condiciones de la vida brindan más fáciles y frecuentes ocasiones. Aunque a veces puedan presentar algún peligro, no ofenden por sí mismas la fidelidad. Sin embargo, Nos os queremos poner en guardia contra ciertas intimidades secretamente voluptuosas. Contra un amor que se quiere llamar platónico, pero que demasiadas veces no es sino el preludio que inicia o el discreto velo que cubre un afecto menos lícito y puro.

Mientras la simpatía intelectual se detiene en la armonía entre las concepciones sinceras y espontáneas del espíritu y en el goce y admiración de la altura y de la nobleza de un alma, no hay todavía de suyo nada de reprochable. Sin embargo, San Juan de la Cruz amonesta a las mismas personas espirituales contra las desviaciones que se pueden seguir². Insensiblemente el recto orden sale de aquí muchas veces invertido, de suerte que de los principios de una simpatía honesta hacia una persona, por influjo de la armonía de las ideas, de las inclinaciones y de los caracteres, se pasa, con inconsciente consentimiento, a armonizar y concertar las propias ideas y las propias concepciones con las ideas y concepciones de la persona admirada. En un principio se deja uno avasallar por ella en cuestiones de poca monta; luego en cosas más serias, en materias de orden práctico, en asuntos de arte y de gusto, que tienen ya más carácter íntimo; más tarde en el campo propiamente intelectual o filosófico y, por fin, en las doctrinas religiosas y morales, hasta el punto de renunciar al propio criterio personal para no pensar ni juzgar sino bajo aquella influencia preconcebida. Se echan por tierra los principios y se sacuden las normas de vida. ¿Cómo explicar entonces una tan entera sumi-

¹ Job XXXI, 1.

² Cfr. San Juan de la Cruz: "Noche oscura", L. I, cap. IV, n. 7.

sión y tan plena sujeción a las ideas ajenas, siendo así que el espíritu humano es naturalmente, y muchas veces hasta el exceso, orgulloso en la adhesión al juicio propio?

333. Pero al mismo tiempo que de este modo el espíritu propio va modelándose poco a poco conforme al de un extraño o de una extraña, se enajena por el contrario cada día más del alma del esposo o de la esposa legítimos. Llega a sentir por todo lo que éstos piensan y dicen un irresistible instinto de contradicción, de irritación, de desprecio. Ese sentimiento, tal vez inconsciente, pero no por eso menos peligroso, indica que la inteligencia ha sido conquistada y acaparada, que se ha dado a merced de otros el espíritu del que se había hecho don irrevocable el día de las bodas. ¿Es esto fidelidad?

¡Ilusión sutil y mal comprendida! Pudo muy bien suceder que gracias al influjo de almas elevadas, ardientes y movidas por el celo más puro, una simpatía intelectual se convirtiese en la aurora de una conversión; pero las más de las veces se trató sólo de una aurora; rara vez la luz de la mañana subió hasta el pleno día. ¡Cuántos, por el contrario, perdieron de este modo la fe y el sentimiento cristiano! Ejemplos ilustres, aunque muy raros, bastan para tranquilizar a algunos, que se imaginan ver en sí mismos una Beatriz y un Dante. En muchos casos sucede, por el contrario, que en su doble ceguera caminan a lo largo de un margen resbaladizo y caen ambos en el hoyo¹.

334. III.- Aun suponiendo que el espíritu no haya sido, como alguien ha dicho, la “dupe du coeur”², la víctima de un engaño del corazón, el corazón, ciego a su vez, acompaña al espíritu y no tarda, a su vez, en arrastrarlo con su impulso. Tras del espíritu se entrega el corazón; pero no se entrega sino haciéndose traidor a la persona a quien desde un principio se había entregado con lazo indisoluble.

Bien puede el mundo proclamar fiel a la esposa que no ha consumado materialmente la transgresión y celebrar la excelencia de su fidelidad porque con un sacrificio tal vez heroico, aunque de un heroísmo puramente humano, continúa viviendo sin amor al lado del esposo a quien había unido su vida, mientras su corazón, todo entero, pertenece definitivamente y apasionadamente a otra persona. ¡Más austera y santa es la moral de Jesucristo! Se enaltece por ahí la nobleza de una pretendida unión de corazones, castamente unidos “como los astros y las palmeras”; se envuelve esta pasión en la aureola de una vaga religiosidad, que no es sino desvarío alimentado de poesía y de novela, no de Evangelio y de vínculo cristiano; se engríen de mantener este amor en alturas serenas; la naturaleza, después del pecado original, no es dócil hasta este punto a los aforismos ingenuamente vanidosos de los espíritus ilusos y la fidelidad ha sido ya violada con la ilícita pasión del corazón.

¡Oh jóvenes esposos: guardaos de tales ilusiones! Iluminados con la luz divina, bajo la protección de María, Madre purísima, amaos santamente el uno al otro, apretando cada vez más la unión de vuestras vidas, de vuestros espíritus, de vuestros corazones; unión sobre la que invocamos con toda la efusión de nuestro ánimo paternal las más abundantes gracias divinas, dándoos la bendición apostólica.

LXXIII

LA FIDELIDAD CONYUGAL

III. Escollos e imprudencias

18 de Noviembre de 1942. (Ecclesia, 12 de Dic. de 1942.)

335. Es un espectáculo tan hermoso el ver la perfecta felicidad de dos esposos, que, lejos de languidecer con los años, crece en vigor y entrega mutua y en concordia hasta la vejez, cada vez más discreta y más serena, y que más allá de esta vida terrena se abre radiante en el cielo, que Nos sentimos el deber de poneros en guardia contra algunos peligros y algunas imprudencias, acaso inadvertidas e incomprensibles, que podrían comprometer su solidez, o por lo menos una sombra de ansiedad sobre su exquisita delicadeza que tuvimos cuidado en describir en los últimos discursos a los recién casados.

¹ Cfr. Mt. XV, 14.

² La Rochefoucauld: “Réflexions ou sentences et maximes morales”, n. CII.

No es necesario poseer un amplio conocimiento y experiencia de la historia y de los sucesos familiares para saber qué frecuentes son las caídas lamentables que han derrumbado y extinguido amores bien nacidos y sinceros, y más aún para comprender aquellas debilidades volubles como la pasión, pero cuya herida deja una punzante cicatriz en lo más íntimo de los dos corazones.

Nos proponemos hoy hablaros, no tanto del camino por el que paso a paso se baja hasta la culpa, hasta la profundidad del abismo, cuanto de las imprudencias y miserias por las que el esposo fiel, sin darse cuenta, abre al otro el peligroso camino; imprudencias y miserias que podemos reducir a tres capítulos: la ligereza, la austeridad excesiva, los celos.

336. I.- La ligereza es, sobre todo, el escollo de los primeros meses, antes de que la sonrisa y los vagidos de los niños vengan a abrir y madurar el espíritu de los padres. Pero muchas veces se prolonga bastante más allá, favorecida y sostenida por la falta de carácter, más aún que por el ardor de la juventud. En la falsa idea, cultivada y favorecida con complacencia, de que el matrimonio todo lo hace lícito, los esposos se permiten a veces las más imprudentes libertades. El marido conduce, sin sentir escrúpulos, a su joven mujer a diversiones escabrosas, por no decir reprobables, creyendo recrearla sin malicia, pensando tal vez iniciarla por este camino en la experiencia de la vida. La mujer, cuando no es de aquella seriedad fervorosamente cristiana, que da franqueza de carácter, las más de las veces se dejará arrastrar sin resistencia alguna, o en el caso de oponer un ademán de reacción, no le desagradará en el fondo el que no resulte excesivamente eficaz o victoriosa. Si hasta el matrimonio su inocencia ha sido custodiada y preservada, más bien que verdaderamente formada y esculpida a fondo por la vigilancia y la solicitud de padres cristianos, veréis que acepta con agrado, aunque ruborizándose un poquito, satisfacer una cierta curiosidad, cuyo inconveniente y peligro, no se le muestra claramente. Si, en cambio, su vida de muchacha ha sido mundana y disipada, se tendrá y estimará por feliz al poder librarse – honestamente, según ella piensa, ya que se encuentra con su marido – de aquel poco de recato que antes le imponía su edad juvenil.

337. De los espectáculos y de las diversiones atrevidas, la ligereza pasa fácilmente a relajación de criterios y de conciencia por lo que se refiere a las lecturas. En esta materia, además de los atractivos de que hemos hablado, entra, en escena un aliciente todavía más sutil: el amor descrito en las novelas, que parece interpretar tan bien los sentimientos, sin duda legítimos, que los esposos experimentan entre sí. ¡El novelista y sus héroes y heroínas dicen con tal viveza y con frases tan enardecidas y exquisitas lo que aun en el secreto de los íntimos coloquios no se sabría o se osaría expresar tan eficazmente y con el mismo ardor! ... La consecuencia es que con la apariencia de enardecer el amor, esas lecturas excitan todavía más la imaginación y los sentidos y dejan a las almas débiles y desarmadas contra las ineludibles tentaciones. En aquellas narraciones de trances de infidelidad, de culpas, de pasiones ilegítimas o violentas, no es raro que el afecto de dos esposos pierda algo de su pureza, de su nobleza y santidad, que quede falseado en su estima y concepción cristiana y se transforme en un amor puramente sensual y profano, olvidando los elevados fines de las nupcias bendecidas.

Aun no tratándose de obras inmorales o escandalosas, el apacentarse habitualmente con lecturas y espectáculos novelescos envuelve frecuentemente al sentimiento, al corazón y a la fantasía en la atmósfera de una vida imaginaria ajena a la realidad.

Esos episodios románticos, esas aventuras sentimentales, esa vida de galanteo fácil, cómoda, caprichosa y brillante, ¿qué son de hecho sino invenciones creadas por los autores a su desenfrenado talante sin tener en cuenta las dificultades económicas y las innumerables oposiciones de la realidad práctica y concreta? El abuso de semejantes lecturas y espectáculos, aunque no sean cada uno de por sí censurables, acaba por extraviar la estima de las cosas y estraga el gusto de la vida real, quitándole la sal que hace grata la realidad en que se desarrolla la vida deliciosamente austera de trabajo y de sacrificio y de atención vigilante en medio de los cuidados de una familia sana y numerosa. Pensad por una parte en el marido que no da abasto con el sudor de su frente para todos los gastos de una vida de lujo; por otra parte, en la mujer que cargada de hijos y de cuidados, y provista de medios limitados, no puede cambiar como una varita mágica el modesto hogar en un castillo de cuentos de hadas; y decid luego si a estos esposos no les parecerán muy mezquinos sus días siempre

iguales, sin vicisitudes, extraordinarias, comparados con, aquellas fantasías novelescas. Muy amargo es el despertar para quien vive continuamente en un sueño dorado; muy viva es la tentación de prolongarlo y continuarlo en la realidad. ¡Cuántos dramas de infidelidad no han tenido otro origen sino éste! Y si uno de los esposos, conservado fiel, llora, sin caer en la cuenta de nada, el extravío del culpable, aun entonces querido y amado, está muy lejos de sospechar su parte de responsabilidad en aquel desliz que ha llegado hasta la caída. Ignora que el amor conyugal, desde el momento en que pierde su sana serenidad, su fuerte ternura y su santa fecundidad, para asemejarse a los amores egoístas y profanos, fácilmente se siente tentado a obtener en otra parte el pleno goce.

338. No menos imprudentes son los maridos que por dar gusto a sus mujeres o por satisfacer su propia vanidad las alientan a abandonarse a todos los caprichos y a todas las más audaces extravagancias de la moda en el vestido y en el modo de obrar. Esas jóvenes mujeres mal aconsejadas, lanzadas así a la aventura, no imaginan siquiera a qué peligros se exponen a sí mismas y a los demás. No busquéis en otra parte el origen de no pocos escándalos que asombran a muchos; ¡a muchos, pero no a los que reflexionan sobre los caminos del mal, no a los amigos cuerdos, que a tiempo llamaron la atención del sendero peligroso y no fueron oídos!

339. II.- La virtud está en medio; contra el exceso de condescendencia se puede caer también en el opuesto exceso del rigor. El caso es sin duda raro, pero se da en la realidad. El rigor exagerado, que transformase el hogar doméstico en una morada triste, sin luz ni alegría, sin sanas y santas distracciones, sin amplios horizontes de acción, podría terminar en los mismos desórdenes de la ligereza. ¿Quién no prevé que cuanto la estrechez sea más rigurosa, tanto más violenta amenaza ser la reacción? La víctima de esta tiranía – el hombre o la mujer, tal vez aun el mismo opresor – una u otra vez sentirá la tentación de romper la vida conyugal. Pero si las ruinas y efectos de la ligereza muchas veces no tardan en hacer abrir los ojos y en hacer volver a mejor consejo y a mayor seriedad, los extravíos ocasionados por una austeridad exasperante se suelen atribuir en cambio a falta de suficiente rigor, entonces éste se hará todavía más áspero y seguirá creciendo el mal que ha causado y la reacción que provoca.

Lejos de estos extremos – la excesiva condescendencia y la excesiva severidad –, reine entre vosotros la moderación, que no es otra cosa sino el virtuoso sentido de la medida y de lo que conviene. Que el marido desee y guste ver a su mujer vestirse y actuar con decente elegancia, conforme a sus medios y a su condición social, animándola y complaciéndola para el caso con algún don delicado, con una amable complacencia y alabanza de su encanto y gracia. Que la mujer, por su parte, destierre de la casa todo inconveniente que ofenda a la mirada cristiana o al sentimiento que sería de pesadumbre para el corazón. Que ambos gusten leer, aun juntos, hermosos, buenos y útiles libros, que los instruyan, que amplíen sus conocimientos de las cosas y de las obras y de los criterios de su arte y de su trabajo, que los informen sobre el curso de los sucesos y los conserven firmes y más ilustrados en la fe y en la virtud. Que se concedan de buena gana, con discreción, los sanos y honestos esparcimientos que dan reposo y mantienen la alegría; lecturas y esparcimientos que serán fuente de perenne y sabroso alimento para sus íntimas conversaciones y debates. Que cada uno de ellos se complazca en ver al otro descollar en la actividad profesional o social, en el hacerse amable con su sonriente afabilidad entre los amigos comunes; que ninguno piense que el otro le hace sombra.

340. III.- Finalmente, un gran escollo que hay que sortear son los celos, que pueden surgir de la ligereza o ser provocados por el rigor: peligrosísimo escollo para la fidelidad. Aquel incomparable psicólogo que fué San Juan Crisóstomo los describió con magistral elocuencia: “Todo lo que diga de este mal no bastará para expresar nunca su gravedad. Una vez que un hombre comienza a sospechar de aquella a quien ama sobre todas las cosas de la tierra y por la que daría gustoso aun su vida, ¿en qué cosa podrá encontrar consuelo?... Pero si el hombre se agita angustiado en medio de estos males, aun cuando no tienen fundamento ni razón, la pobre e infeliz mujer se ve todavía más gravemente atormentada. El que debería ser el consuelo de todas sus penas y su apoyo, se muestra cruel con ella y no le demuestra más que hostilidad... Un espíritu, prevenido así y atacado por esta enfermedad, está dispuesto a creerlo todo, a aceptarlo todo, a aceptar todas las denuncias sin distinguir lo verdadero de lo falso, más inclinado a escuchar al que confirma sus sospechas que a quien

querría disiparlas... Todo es espiado, las salidas, las entradas, las palabras, las miradas, los mínimos suspiros; la pobre mujer debe soportarlo todo en silencio; encadenada, por decirlo así, al lecho conyugal, no puede permitirse un paso, una palabra, un suspiro sin tener que dar cuenta de ella a los mismos siervos”¹.

Una vida así ¿no puede acaso hacerse casi intolerable? ¿Y qué maravilla que al faltar la luz y el sostén de una verdadera virtud cristiana, se busque la evasión y la fuga con el naufragio de la felicidad?

El espíritu cristiano, jóvenes esposos, gozoso sin frivolidad, serio sin excesivo rigor, ajeno a las sospechas temerarias, confiado en un afecto mutuo fundado en el amor de Dios, asegurará vuestra fidelidad recíproca, sincera y perennemente sagrada. Este es el voto que formulamos para vosotros y que rogarnos a Dios acoja y realice, mientras de todo corazón os damos Nuestra paternal bendición apostólica.

LXXIV

LA FIDELIDAD CONYUGAL

IV. Las pruebas de la fidelidad

9 de Diciembre de 1942. (Ecclesia, 2 de Enero de 1943.)

341. Hablando últimamente de los escollos en los que tal vez podía venir a chocar la fidelidad de los jóvenes esposos, Nos les poníamos en guardia contra las imprudencias en que podrían fácilmente caer. Pero, después de todo, los escollos no son otra cosa que pruebas; y de las pruebas o de los riesgos de la fidelidad, queremos hoy hablar, amados recién casados, mientras que al mismo tiempo pensamos en los dolores que sobre la fidelidad se derraman y en las tentaciones a que estos dolores que suceden dan origen.

Estas pruebas, sin falta alguna del uno o del otro, pueden provenir de deficiencia o de imprudencia de la otra parte; pueden ocasionarse también sin que ni una ni otra parte tengan la más pequeña culpa. Como quiera que sea, de estas pruebas, como de todas las que la Providencia permite en sus arcanos designios, es posible siempre, con la gracia y con la virtud, salir más grandes y más fuertes.

No os maravilléis si ante vosotros nos ocupamos también de aquella pruebas, de las que uno de los esposos es responsable. No es que dudemos de vosotros; antes bien, confiamos en que vuestra vida cristiana y vuestra humilde prudencia, unida a la oración, os obtendrán de Dios gracia de conservaros y de perseverar y crecer en las disposiciones en que hoy os halláis. Pero Nos nos dirigimos a vosotros también como a Nuestros caritativos mensajeros, para haceros heraldos de consuelo y de paz ante los demás, puesto que esperamos que llevaréis lejos el eco de nuestra palabra. ¡Ojalá sirva de consuelo y de sostén a los que viven en la prueba! ¡Ojalá vosotros mismos, cuando en el curso de la vida halléis a otros en pruebas semejantes, podáis ser ángeles que les socorran y conforten, para curar y endulzar sus corazones heridos, para aliviar sus almas desalentadas por la profundidad de la angustia y la violencia de la tentación! ¡Qué obra tan hermosa de caridad haréis con vuestra ayuda!

342. I.- La primera de estas pruebas, y la más sensible, es la traición. Por desgracia, no es rara. Es verdad que entre un simple galanteo superficial y transitorio y el abandono del hogar, doméstico hay muchos pasos y muy diversos; pero aun la herida más leve hiere profundamente un corazón leal, que se había dado plenamente y sin reserva. Y además es siempre un primer paso en una pendiente resbaladiza; por otra parte, para el esposo (o la esposa) ofendido y engañado es el declive de la tentación, acaso también el pretexto del primer escalón de la bajada, Y si falta fuerza para soportar la prueba y salir de ella triunfante, cae él mismo más abajo y toda la trama de la tragedia se conculca y se concluye.

¹ Io. Chrys. De Virginitate, Migne, P. G. t. 48, col. 574-575.

Pero si a la infidelidad conduce un primer momento de extravío; si de ahí se sigue un vínculo que, poco a poco, se va estrechando cada vez más; si, por fin, lejos de los suyos, el infiel lleva una vida descuidada y ha fundado una familia ilegítima, entonces la prueba llega al colmo; colmo de sufrimiento, colmo de la tentación en esta viudez más triste que la muerte, que ni siquiera da consuelo de las lágrimas sobre una tumba amada ni concede la posibilidad de volver a construir un nuevo nido. La vida está rota, pero no apagada, y perdura en una prueba que tiene mucho de terrible. Y sin embargo, ¡cuánto se eleva aquel o aquella que saben soportar esto digna y santamente! ¡Aquella madre, aquella mujer que debe sostener y educar una familia ella sola es grande, es, heroica en su aflicción, es digna de toda la admiración! Pero una angustia acaso más aguda y más amarga es del padre, que no puede dar una segunda madre a sus hijos, todavía pequeños y necesitados de una caricia, para sustituir a aquella que les ha abandonado. ¡Oh, y cómo sangra el corazón al pensar en estos niños que, al crecer acabarán por comprender su desgracia, si es que no es necesario revelarles todavía antes el desorden moral de un padre o de una madre que viven lejos de ellos!

¡Qué horrible tentación de acabar con la vida o del edificarse una vida diversa y un diverso hogar! Sin embargo, si hay tempestad en el corazón, el faro del deber está inmóvil en la playa de la vida; deber riguroso, que con los resplandores de su claridad escruta la conciencia y le impone la obligación de por su parte ser fiel al juramento recíproco que la otra parte ha violado y pisoteado.

343. Algunas veces el esposo culpable no rompe la convivencia conyugal, pero su infidelidad, especialmente si va unida a modales duros y ásperos, hace la vida común cada vez más difícil y casi intolerable. Sin duda, permaneciendo firme el vínculo conyugal, el derecho permite la separación al cónyuge inocente en casos determinados. Pero salvo el peligro de escándalo o el interés superior de los hijos u otra causa grave que se oponga a ello, la caridad, que se acomoda a todo¹, invita e inclina a aquél a soportar y callar, para reconquistar un corazón extraviado. ¡Cuántas veces habría sido posible de este modo la reconciliación! La enmienda habría podido suceder al extravío pasajero y con ella la reparación, el rescate del pasado con una vida ejemplar, que habría sepultado todo en el olvido. En cambio, si la caridad cristiana no vence, si la parte inocente se alborota, aquella alma, que acaso estaba para arrepentirse, o estaba ya arrepentida, se encuentra empujada a un abismo, todavía más profundo que aquel del que habría buscado la salida. ¡Se han dado casos de estos sublimes perdonos!

Sucede a veces – y vosotros lo sabéis muy bien – que el hombre, fiel a su siempre amada esposa, al volver, después de una larga ausencia, acaso de un cautiverio de guerra, al amado hogar, ve sonreír o siente dar vagidos a una de aquellas cunas, que se han llamado justa y dolorosamente “cunas trágicas”. Se siente conmover por la piedad; después de un momento de vacilación y de lucha interna se acerca y se inclina sobre aquella cuna; besa la frente del pequeño, también él víctima inocente: lo toma como suyo. Ciertamente el deber no obliga a tanto; puede ser también que en algunos casos la razón aconseje un acto semejante; pero ante tales héroes de la caridad y de la fidelidad no se puede pasar sin admiración.

344. II.- Otra prueba, por desgracia todavía más frecuente, a la que está expuesta la fidelidad, deriva del desconocimiento, por parte de uno de los esposos, de la santidad del deber conyugal. Por temor de ver multiplicarse el peso de la familia; por temor del trabajo, del sufrimiento, de un riesgo que a veces se exagera; por el temor, incomparablemente más fútil, de sacrificar alguna línea de la propia elegancia, algún jirón de la propia vida de placer y de la libertad, alguna vez aun por frialdad de corazón y mezquindad de alma por mal humor o por la ilusión de una virtud mal entendida, uno de los esposos se rehusa al otro y no se presta si no es dejando entender su descontento o sus aprensiones. Evidentemente, no hablamos aquí del acuerdo culpable de dos esposos para tener lejos de su hogar la bendición de los hijos.

Tal prueba es bien dura para un esposo o para una esposa que procuran cumplir su propio deber; y cuando se repite, cuando se prolonga, cuando se convierte en permanente y como decretada definitivamente, nace fácilmente con ella la tentación de buscar en otra parte alguna ilícita compensación. El Apóstol San Pablo lo dice expresamente: “No queráis defraudaros el derecho recíproco, a

¹ I Cor. XIII, 17.

no ser por algún tiempo de común acuerdo, para dedicaros a la oración; y después volved a estar juntos, no sea que os tienta Satanás por vuestra incontinencia”¹.

Sin embargo, aunque la prueba agrave el espíritu, hay que salir victorioso. ¡Desgraciado del que perece en ella! ¿No debía luchar y orar? “Orad para no caer en la tentación”². A pesar de todo, ha sido vencida su voluntad. Pero, junto con la lucha y con la oración, ¿ha hecho todo lo que debía, todo lo que podía? Le quedaba todavía algo grande, algo hermoso. Aquel marido, aquella mujer, a quien se ama, a quien se ha ligado la propia vida, es un alma queridísima, y esta alma está en peligro; más todavía, está más en peligro, porque vive habitualmente en estado de pecado mortal, del cual no puede salir más que con el arrepentimiento y con la voluntad de cumplir con su deber en el porvenir. ¿Y no se pondrá todo el interés posible, todo absolutamente y cueste lo que cueste, por salvarla? ¿No es éste uno de los primeros deberes de la fidelidad y el más urgente de todos los apostolados? Apostolado difícil, pero que un amor poderoso y puro haría fructuoso. Sin duda ninguna hace falta constancia, energía dulce y paciente, es necesaria la persuasión, es necesaria la oración, mucha oración suplicante y confiada; pero es necesario también el amor, el amor de todos los momentos, amor delicado, tierno, dispuesto a todos los sacrificios, a todas las concesiones que no sean contra la conciencia, amor solícito para satisfacer, para prevenir cualquier deseo, acaso también cualquier capricho inocuo, para reconquistar el corazón extraviado y volverlo a traer al camino del deber.

Pero a pesar de todo, dirán acaso algunos, semejante esfuerzo no siempre tendrá éxito. Aunque solamente lo obtuviera una vez, valdría de verdad la pena de intentarlo con toda decisión. Hasta que no se ha hecho este esfuerzo a fondo, de todas las maneras, con perseverancia, no se puede decir que se ha hecho todo; y hasta que no se ha hecho todo, no hay derecho a desesperar del éxito. ¡Es un alma, un alma tan preciosa!. Y aunque no se llegase a triunfar sobre la obstinación o la pusilanimidad del culpable, la lucha haría a aquella alma más fuerte para mantenerse, a pesar de la prueba, en una irreprochable fidelidad.

345. III.- Nos hemos enumerado recientemente las separaciones forzadas de los cónyuges entre los enemigos de la unión indisoluble; debemos ahora computarlas también entre las pruebas de la fidelidad. Ninguno de los dos esposos es culpable; pero hay aquí también una prueba dura y peligrosa. Nos no volveremos hoy sobre el tema sino para indicar brevemente una forma especial de esta separación; separación parcial y de la que ningún extraño cae en la cuenta, pero que no es por eso menos grave y penosa. Nos referimos a las dolencias, a las en que imponen a veces durante un largo período de tiempo una continencia perfecta, mientras se sigue juntos, amándose como el primer día y deseando vivir cristianamente. Entonces, para conservar la fidelidad en su indefectible perfección, en su exquisita delicadeza, es menester que el amor sea fuerte, que la fe sea viva. Entonces hay que vigilar, luchar, orar, fortificar el alma, el corazón y los sentidos con el alimento divino de la Santa Comunión. Entonces conviene elevar el espíritu al ideal del amor verdadero y noble, que supera incomparablemente al pobre amor puramente humano, siempre más el menos egoísta. ¿Qué prueba, qué hora es esta? Es la prueba y la hora en que el amor conyugal se confunde, sublimándose, con el amor del prójimo hacia el herido, caído junto al camino de Jericó, para socorrerle, para curarle, para consolarle, para amarle como a sí mismo. ¿Y qué prójimo más prójimo que el marido para la mujer y la mujer para el marido? Entonces el uno para con el otro se hacen el piadoso samaritano o la piadosa samaritana, y la asistencia mutua y afectuosa, los cuidados y las oraciones son un nuevo sello de la fidelidad jurada ante Dios y en su amor.

A quien así se eleva, y lucha, y ora, y vive de Dios, no se le puede nunca negar la gracia. Nos rogamos al Señor que aleje de vosotros semejantes pruebas; pero si su amorosa providencia dispusiese otra cosa, le suplicamos que no sufra el que seáis tentados o probados por encima de vuestras fuerzas, sino que os procure con la tentación, el camino de la evasión y del triunfo, para que podáis sosteneros³. Con este voto os damos de todo corazón nuestra paternal bendición apostólica.

¹ I Cor. VII, 5.

² Mat. XXVI, 41.

³ Cfr. I Cor. X, 13.

LXXV
LAS VIRTUDES DEL HOGAR DOMESTICO

I. ¿Qué es un hogar?

27 de Enero de 1942. (Ecclesia, 13 de Febrero de 1943.)

346. El gozo que Nos siempre experimentamos al acoger a nuestro alrededor a los recién casados que vienen a pedir nuestra bendición, nace, entre otros motivos, de la esperanza que nos infunde el contemplar y considerar en ellos el santo y vasto oficio que Dios les confía, como es el de restaurar y fomentar una sociedad sana, fuerte, animada de espíritu y de sentimientos profunda y prácticamente cristianos. ¿Y no es eso lo que les está pidiendo el simple hecho de ser llamados a fundar un hogar?

¡El hogar! ¡Cuántas veces, sobre todo desde que pensasteis en bodas, desde el tiempo de vuestro noviazgo, vosotros, arriados recién casados, habéis escuchado resonar en vuestros oídos esta palabra entre el coro de los parabienes y felicitaciones de vuestros parientes y amigos!

¡Cuántas veces ha subido espontáneamente de vuestro corazón a vuestros labios! ¡Cuántas veces os ha llenado de una dulzura inefable, compendiando en sí todo un ensueño, todo un ideal, toda una vida! ¡Palabra de amor, palabra de encanto que todas las almas buenas comprenden y escuchan con deleite, sea que saboreen su intimidad actual, sea que piensen en ella con dolor en la lejanía, en la ausencia, en la cautividad, sea que alegremente abriguen la esperanza de un pronto regreso!

Sin embargo, tal vez este mismo encanto conduce fácilmente a una concepción vaga del hogar, como envuelto y en una nube de rosa y de oro. Nos, por lo mismo quisiéramos esta mañana haceros profundizar más en su significado. Nunca quitará la precisión a su poesía, sino que manifestará mejor su belleza, su grandeza y su fecundidad.

347. I.- Mucho dice, pues, el hogar, y puede referirse a muchas y variadas cosas. Se llama así la casa en que nacemos: el hogar paterno, conyugal, doméstico, o también, en sentido lato, el hogar del estudiante, del artista, del soldado. Hay también hogares de estudio, de ciencia, de oraciones, de acción, de apostolado. En el orden material, ahí tenéis el hogar con verdadero fuego, al que se acude para calentarse o para cocer los alimentos; el hogar de hornos para la elaboración del hierro y otros metales; el hogar de la caldera de vapor, que da a la máquina su fuerza motriz. ¿No descubre el médico en su enfermo el foco de infección que pone su vida en peligro, o el foco epidémico cuando una enfermedad ataca al mismo tiempo a varias personas de una misma manzana o de un mismo barrio? La antigüedad pagana tenía por sagrado el culto del hogar doméstico, cuya diosa era Estia, y enaltecía el heroísmo de aquellos esforzados que combatían por sus altares y sus hogares: “*pro aris et focis*”¹. ¿No se deriva del mismo vocablo “focus” el término “enfoque” de la lente y del espejo, que es el punto en que confluyen los rayos refringidos o reflejos?

Todas estas acepciones y sentidos deben tener como base algo común que justifique el común apelativo. La leyenda –no la queremos llamar historia– narra que en el cerco de Siracusa el gran Arquímedes se sirvió de potentes espejos cóncavos para incendiar desde lejos la flota de Marcelo. Sin recurrir a semejantes ejemplos, ¿no os ha sucedido nunca entre las diversiones de vuestra niñez prender fuego, con una lente mantenida en el punto preciso, a algunos trozos de papel o a un poco de estopa? Los rayos del sol convergen en un punto fijo para desviarse luego, difundiéndose de nuevo con una intensidad de calor y de luz considerablemente aumentada, como si este punto, este “enfoque”, hubiera sido a su vez un pequeño sol. Ese es el hogar en cualquiera de los órdenes a los que se aplique este nombre: el punto en que todo se encuentra para irradiarse de nuevo.

348. II.- El hogar del que ahora queremos hablar es el de la familia que habéis fundado y encendido con vuestro matrimonio. Pero para merecer la alabanza de este hermoso nombre hay que cumplir una doble condición: la de encontrar e irradiar calor y luz. ¿Constituyen acaso un hogar los jóvenes

¹ Cicerón “De nat. Deorum”, L. III, cap. 40.

esposos cuyo placer consiste en salir lo más posible de casa y no tienen buen humor sino en las fiestas, en las visitas, en los viajes y temporadas de recreo y en los espectáculos mundanos o más que mundanos? No, no es un hogar la habitación descuidada, fría, desierta, muda, oscura, sin la serena y cálida lumbre de la convivencia familiar. Pero tampoco son verdaderos hogares aquellas moradas demasiado cerradas, clausuradas y casi inaccesibles, en las que no convergen la luz y el calor de fuera y que no irradian hacia el exterior, semejantes a cárceles o a yermos de solitarios.

Y sin embargo, ¡es tan hermoso un hogar íntimo, pero que irradie! ¡Sea así el vuestro, amados hijos e hijas, a imagen y semejanza del hogar de Nazaret! No ha habido ninguno más recogido que aquél, pero al mismo tiempo más cordial, más amable, más pacífico en su pobreza, más irradiador; porque, ¿no vive acaso y no se ilumina con su irradiación la sociedad cristiana? Mirad: a medida que se aleja de ella, el mundo se entenebrece y se hiela.

349. III.- ¿Cuáles son, pues, esos rayos que deben aunarse y concentrarse en vuestro hogar para encontrar allí la belleza de expansionarse luego en amplios haces de luz y de calor? Son variadísimos, como son varios los que emanan del sol con su gama infinita de colores y graduaciones, unos más luminosos, otros más cálidos. Son las gracias y los alicientes del espíritu, del corazón, del alma; se les suele llamar cualidades, dones, talentos: unos son el tesoro de una doble herencia atávica: otros se han adquirido por el trabajo, el esfuerzo y la lucha: los más preciosos son las virtudes infundidas misteriosamente en la naturaleza humana por la gratuita caridad del Espíritu Santo y aumentados mediante el ejercicio de la vida cristiana.

Vuestras familias eran hasta ayer ajenas una a otra: ambas tenían sus tradiciones, sus recuerdos, sus rasgos propios de espíritu y corazón, que les daban una fisonomía peculiar; ambas tenían sus relaciones de parentesco y amistad; cuando he aquí que estos dos coros el día de vuestra boda se han concertado en vosotros en una nueva armonía, que se prolongará en vuestra descendencia, pero que comienza ya a resonar a vuestro alrededor. Dotados de esta doble herencia, os enriquecéis además con vuestras aportaciones personales puestas en común: los sucesos y encuentros de vuestra vida doméstica, profesional y social, vuestras conversaciones y lecturas, vuestros estudios literarios, científicos, artísticos, tal vez incluso filosóficos, pero sobre todo religioso, os devuelven a las horas de intimidad, cargados de polen, como las abejas cuando se vuelven a las colmenas; y en vuestros confidenciales coloquios destiláis una miel dulcísima, nutritiva, ante todo, para vosotros mismos y que comunicaréis, tal vez sin daros cuenta, a los que os traten¹. En el contacto de cada día, en la necesaria concordia recíproca de pensamientos y de vida que se consigue por medio de innumerables pequeñas concesiones e innumerables pequeñas victorias, conseguiréis y aumentaréis de grado las virtudes morales, la fuerza y la dulzura, el ardor y la paciencia, la franqueza y la delicadeza. Ellas os unirán en un afecto siempre creciente, pondrán vuestro sello en la educación de vuestros hijos y darán a vuestra morada el atractivo de un encanto que no cesará de irradiarse en la sociedad que os trata u os rodea.

350. Tales han de ser las virtudes del hogar doméstico: en los esposos cristianos y en la familia santificadas y elevadas al orden sobrenatural, y por lo mismo son de un valor incomparablemente superior a todas las capacidades naturales, porque cuando fuisteis hechos hijos de Dios se os injertaron con la gracia en el alma esas facultades de orden divino que ni los más heroicos esfuerzos puramente humanos serían capaces de engendrar tan siquiera en un grado ínfimo.

De estas virtudes hablaremos a los jóvenes esposos que os sigan, cristianos como vosotros. Nos esperamos que leáis estas nuestras enseñanzas: más aún, confiamos en que serán leídas con fruto también por almas rectas y nobles, aunque no tengan, como vosotros, la dicha de vivir esta vida divina. Cultivando y perfeccionando leal y generosamente sus virtudes naturales atraerán sobre sí con su generosidad y su lealtad la luz y la ayuda de Dios; ansiarán con santa envidia estos dones sobrenaturales de la fe, la esperanza y la caridad, que dan a la vida del hombre, aun en este mundo, una dignidad incomparable para hacerlo en la eternidad partícipe de la felicidad de Dios. Ansiando así estos dones sublimes, tenderán su mirada hacia el cielo, invocarán al Padre de las luces, se volverán hacia la Cruz del Redentor, única esperanza; se abrirán al Espíritu, que es amor y serán llenas

¹ Cfr. Cant. IV, 11.

de Él, porque a quien cumple rectamente con su propio deber, tal como lo conoce, y no peca contra la luz, Dios le da la luz en mayor abundancia para llegar a Él, y nunca rehusa su gracia.

Esta gracia la imploramos con todo corazón para vosotros y para todos aquellos a quienes por la irradiación de vuestro hogar llegará nuestra palabra paterna, mientras, en prenda y auspicio de los dones divinos os damos con especial afecto la bendición apostólica.

LXXVI LAS VIRTUDES DEL HOGAR DOMESTICO II. ¿Qué es la virtud?

7 de Abril de 1943. (Ecclesia, 24 de Abril de 1943.)

351. Bienvenidos seáis, amados recién casados, a quienes la fe y la esperanza hacen correr hasta Nos para recibir, con nuestra bendición, la bendición de Cristo sobre el hogar que habéis fundado en el amor. Vosotros os imagináis hermoso este hogar; no que os lo imaginéis sin pruebas y sin lágrimas, porque sabéis que esto sería acá abajo una esperanza vana. Pero os lo imagináis hermoso porque, a pesar de las pruebas y de las lágrimas, queréis que sea casto, santo, amable, atrayente, radiante; en una palabra como hemos procurado describíroslo en nuestro último discurso a los recién casados que os han precedido.

¿Pero cómo llevar a la práctica lo mejor que se pueda, un ideal tan elevado? Desde vuestro noviazgo habéis hecho sabios propósitos y fervorosos preparativos para construir, ordenar, establecer y montar viva y risueña vuestra casa; os lo exigían la prudencia y la previsión; pero más que nada triunfaba el deseo común de ayudaros mutuamente para perfeccionaros y crecer en todas las virtudes, a emularos mutuamente en el bien y en el mutuo acuerdo, que son los elementos necesarios para la constitución del hogar que vosotros deseáis.

352. Pero ¿qué son estas virtudes? Y más en especial, ¿qué son las virtudes del hogar doméstico?

Es realmente una desgracia que una palabra tan noble como es la de “virtud” haya sido profanada, no tanto, es verdad, por desprecio o por burla, cuanto por el abuso y extensión que de ella se ha hecho, diluyéndola hasta hacerla equívoca, mezquina y hasta disgustosa al oído de la gente verdaderamente virtuosa. El sentido propio la palabra “virtud”, “virtus” derivada de “vir”, significa fortaleza¹, y sirve para designar una fuerza capaz de producir un fin bueno². Así por ejemplo, en el orden puramente físico (en donde las potencias naturales obran necesariamente según normas fijas) se habla de la “virtud” de algunas plantas medicinales; en cambio, en el orden jurídico y social (en donde los seres racionales son libres en el obrar) el superior manda en “virtud” de su autoridad, mientras que el inferior se siente obligado en “virtud” de la ley divina o humana natural o positiva; cada uno puede estar obligado a hacer un acto, que podría omitir libremente si no estuviese ligado en “virtud” de su juramento o de su palabra de honor. También el orden intelectual tiene sus “virtudes”: la sabiduría, la inteligencia, la ciencia, la prudencia, que guían la voluntad; nuestra memoria tiene la virtud de conservar los datos que le han sido confiados; la imaginación tiene la virtud de hacernos sensibles las formas de las cosas ausentes, lejanas o pasadas, de representarnos las que son espirituales y abstractas; la inteligencia tiene la virtud de elevarnos más allá de los sentidos y aun descubrirnos lo que hemos recibido por ellos.

Pero más comúnmente el nombre de virtud se aplica al orden moral, en el que las virtudes del corazón, de la voluntad y de la inteligencia dan la dignidad, la nobleza y el verdadero valor de la vida.

De estas virtudes del orden moral nos proponemos hablaros, y lo haremos en cuanto que son virtudes del hogar y adquieren importancia por la intimidad y la irradiación de la familia. ¿De dónde efectivamente nace y resulta la verdadera vida de un buen hogar doméstico, sino precisamente

¹ Cfr. Cic. Tusc. 2, 18, 43.

² Cfr. S. T. I-II, q. 55.

del concurso de estas virtudes, tan variadas, tan sólidas y encantadoras, que los dos novios desean encontrar el uno en el otro y con las que querrían adornarse como con las joyas más preciosas?

353. Imaginaos uno de estos hogares verdaderamente modelo. Véis allí a cada uno diligente y solícito en cumplir a conciencia y eficazmente el propio deber, en agradar a todos, practicar la justicia, la sinceridad, la dulzura, la abnegación de sí mismo con la sonrisa en los labios y en el corazón, la paciencia en el soportar y en el perdonar, la fuerza en la hora de la prueba y bajo el peso del trabajo. Veis allí a los padres que educan a los hijos en el amor y en la práctica de todas las virtudes. En este hogar Dios es honrado y servido con fidelidad, el prójimo es tratado con bondad. ¿Hay o puede haber nada más hermoso y edificante?

En realidad no habría ni podría haber nada más hermoso que un hogar semejante si Dios, que ha creado al hombre dotado de facultades que sirven para adquirir, perfeccionar y practicar estas virtudes y hacer fructificar estos dones, no hubiera sido todavía más soberanamente bienhechor y generoso, acudiendo de nuevo para comunicarle una vida divina, la gracia, que le hace hijo adoptivo de Dios, e infundirle con ella ciertas potencias, fuerzas nuevas de carácter divino, ayudas infinitamente más allá de la capacidad de toda naturaleza creada. Por eso estas virtudes son llamadas “sobrenaturales” y esencialmente lo son. En cuanto a las otras, las virtudes naturales y humanas de orden moral, la naturaleza da la inclinación y la disposición para ellas, no la perfección, y el hombre puede adquirirlas y aumentarlas con su esfuerzo personal¹; pero la adopción divina con la forma de la caridad sobrenaturaliza los actos y los hace resplandecer con un fulgor y una eficacia que vale para la vida eterna².

354. Estas virtudes sobrenaturales se llaman infusas por que han sido en cierto modo derramadas en el alma, unidas con la gracia santificante, con lo cual el alma queda elevada a la vida divina y a la dignidad de hija de Dios.

De la misma manera que nuestros órganos, en virtud de su oficio y de su constitución fisiológica, aseguran la conservación, el desarrollo y la salud de nuestra vida corporal, como nuestro espíritu, en virtud de sus facultades, mantiene, alimenta, perfecciona y enriquece nuestra vida intelectual; como nuestra voluntad, en virtud de su libertad iluminada y vigilada por la conciencia, asegura y dirige nuestra vida moral, por los senderos de la justicia, hacia el bien y la felicidad de nuestra naturaleza humana, o por lo menos hacia lo que así le parece; así la actividad de una vida sobrenatural de la gracia, en fuerza de aquellas facultades superiores que son las virtudes infusas, nos dirige hacia la plenitud del vigor espiritual acá abajo, hacia la participación de la felicidad divina, un día, en el cielo, durante una eternidad.

355. Las virtudes infusas sobrenaturales no son sino el regalo que el día del bautismo hace a sus hijos el Padre celestial.

¿Cómo? Aquel pequeñín que, escondido antes en el santuario del seno materno, veréis derramar después de algunos meses sus primeras lágrimas, esperando sus primeras sonrisas, que nunca brillan sino después del llanto; el día en que, orgullosos de vuestra paternidad, al volver de la iglesia, le lleváis, regenerado ya con las aguas del bautismo, a su madre, para que le dé un beso, más tierno todavía del que le dió al salir de casa; este niño, pues, ¿tendrá ya virtudes tan altas y tan sublimes como aquellas que vencen a la naturaleza? No lo dudéis.

¿No ha recibido acaso de vosotros desde que nació, desde el primer instante de su existencia, un sello, en el que bien pronto será fácil reconocer la semejanza de su doble ascendencia paterna y materna?; En realidad, aquellos primeros días un niño se diferencia bien poco de los otros recién nacidos. Pero después, sin esperar a que hable o a que se explique, descubriréis en sus gracias, en sus caprichos, algún detalle de vuestro carácter; luego su inteligencia y su voluntad se despertarán, o mejor aun se manifestarán, porque sabido es que, dormidas en cierto modo hasta entonces, inactivas, sin embargo recogían del exterior tantas ideas y deseos de cosas con sus inquietas y ávidas miradas y deseos y llantos; y que no solamente en el día de sus primeras manifestaciones habéis transmitido a vuestro hijo aquellos rasgos de fisonomía física, intelectual y moral.

¹ S. T. I-II, q. 63, a. 1 y 2.

² S. T. II-II, q. 23, a. 8.

De la misma manera, en el orden de la gracia aquellas facultades divinas, que son las virtudes de fe, esperanza y caridad, han sido infundidas por Dios en él con el sacramento del bautismo, que le regenera a la vida espiritual; del mismo modo los gérmenes racionales e individuales que les llevan a las virtudes naturales, comunicados por vosotros con la generación, son protegidas y custodiadas, en virtud de esta regeneración, hasta el uso de la razón.

356. Ahora podéis entender bien en cuál sentido Nos pretendemos hablar de las virtudes del hogar; en el sentido de que la gracia desea unirse en la familia a las buenas disposiciones de la naturaleza, que llevan a la virtud, vencer a las malas, en cuanto que “los pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde la adolescencia”¹. Pero sobre la naturaleza triunfa la gracia y la exalta, dando el poder de hacerse hijos de Dios a los que creen en el nombre de Cristo, “los cuales no por vía d sangre ni por voluntad de la carne ni por voluntad de hombre, sino de Dios, han nacido”².

357. No olvidéis que todos nacemos con el pecado original y que si la nueva familia une en sí las virtudes, naturales y cristianas, cultivadas antes en los recién casados por la educación sana y religiosa que tuvieron en su casa, educación basada en tradiciones y mantenida y transmitida de generación en generación, ellos, los recién casados, vienen con ello a formar un hogar, que emula y continúa la santa y virtuosa belleza de sus antepasados y de sus familias en donde ellos nacieron. Porque si el bautismo hace a los niños hijos de Dios y basta para hacerles ángeles del cielo, antes del uso de la razón y de la recta cognición del bien y del mal, su educación, sin embargo, ha de iniciarse ya desde la niñez, porque las buenas inclinaciones naturales pueden extraviarse cuando no van bien dirigidas y desarrolladas con actos buenos, que con su repetición las transforman propiamente en virtudes, bajo la dirección del entendimiento y de la voluntad, hasta más allá de la edad infantil o pueril.

¿Acaso la disciplina y la vigilancia de los padres no son las que forman e informan el carácter de los hijos? ¿No es su ejemplar actitud virtuosa la que enseña a los hijos mismos el camino del bien y de la virtud y custodia en ellos el tesoro de la gracia y de todas las virtudes que le están unidas recibidas en el bautismo?

Recordaos también de que
“rade volte risurge per le rami
l’ humana probitate; e questo voule
quei che la dá, perché da lui si chiami”.

Por eso aun aquellos hijos que gozan de una buena condición tienen necesidad de gran cuidado para desarrollarse bien y ser honor del hogar doméstico y del nombre, de sus padres. Alzad, pues, a Dios vuestras devotas plegarias, oh jóvenes esposos, herederos de hogares cristianos de vuestros padres y de vuestros abuelos, para que en vuestros hijos resuciten vuestras virtudes y se difunda sobre todos los que os rodean el reflejo de su luz y de su calor. ¡Qué magnífico ejemplo va a ser el vuestro! ¡Qué misión y al mismo tiempo qué augusta responsabilidad! Hacedle frente con valor, con alegría y con humildad, en el santo temor de Dios, que es el que forma a los héroes de las virtudes conyugales y atrae del cielo la abundancia de las más escogidas gracias.

Para tan alto y religioso fin, y para que os acompañe en todos los días de vuestra vida, os damos con efusión de corazón nuestra paternal bendición apostólica.

¹ Gen. VIII, 21.

² Jn. I, 12-13.

LXXVII
LAS VIRTUDES DEL HOGAR DOMESTICO
III. Cómo se cultivan las virtudes

14 de Abril de 1943. (Oss. Rom., 15 de Abril de 1943.)

358. De todos los tesoros que os habéis traído el uno al otro, queridos recién casados, y que ponéis en común para embellecer con ellos vuestro hogar doméstico y para transmitirlos a los hijos y a las generaciones que nacerán de vosotros, no hay ninguno que enriquezca tanto, fecunde, adorne la morada y la vida familiar, como el tesoro de las virtudes: buenas disposiciones naturales heredadas de vuestros padres, de vuestros abuelos, y transformadas en virtudes con la repetición de los actos; virtudes sobrenaturales recibidas en la fuente del bautismo, al que vuestros mismos padres os condujeron a vuestro nacimiento.

Estas virtudes, que se suelen comparar a las flores – lirio de pureza, rosa de caridad, violeta de humildad –, es preciso cultivarlas en el hogar y para el hogar.

Pero he aquí que algunos espíritus pocos instruidos o superficiales, o simplemente indolentes y ansiosos sólo de ahorrarse cualquier esfuerzo, os dicen: ¿Para qué fatigarse tanto por cultivar las virtudes? Si son sobrenaturales, son un don gratuito de Dios; ¿qué necesidad hay, por lo tanto, del trabajo del hombre, y de qué eficacia puede ser una acción tal, desde el momento que la obra es divina y que no tenemos en ella poder alguno?

Eso es razonar mal; lo comprendéis bien vosotros mismos. Vosotros responderéis con San Pablo: “Por la gracia del Señor soy lo que soy, y su gracia, que está en mí, no ha sido infructuosa”¹. Ciertamente sólo Dios infunde en el alma las virtudes esencialmente sobrenaturales de la Fe, Esperanza y Caridad; sólo Él viene a injertar sobre las virtudes naturales la virtud de Cristo, que les comunica su vida divina y hace de ellas otras tantas virtudes sobrenaturales. Pero ¿a quién le asaltará el pensamiento de que tales flores divinas sean comparables a las pobres flores artificiales, de papel o de seda, flores sin vida, sin perfume, sin fecundidad? Esas últimas, es verdad, no se marchitan; permanecen tales como fueron hechas. No mueren: para morir deberían ante todo haber vivido. En cambio las flores naturales de nuestros jardines son bien delicadas: el viento las deseca, el hielo las quema, son sensibles lo mismo al exceso que a la falta de sol o de lluvias. Es preciso que el jardinero las cuide atentamente para protegerlas. Es necesario que las cultive.

De manera semejante – porque las cosas terrenas no son imagen perfecta de las divinas – también las flores sobrenaturales, con las que el Padre celestial adorna la cuna del niño recién nacido, exigen solícitos cuidados para no morir; requieren todavía más para vivir, para abrirse y producir sus frutos. Pero tienen sobre las flores naturales de los jardines de la tierra esta superioridad, que aunque expuestas también ellas a morir, están sin embargo destinadas a la inmortalidad, a aumentar indefinidamente el esplendor, sin que su marchitez sea la triste condición de su fecundidad. A crecer hasta que plazca al jardinero divino recogerlas para adornar y perfumar eternamente con ellas el jardín del Paraíso.

359. ¿Cómo se han de cultivar, pues, las virtudes? Del mismo modo que las flores. Hace falta defender a estas flores contra las causas de muerte, secundar su brote y su desarrollo; un sabio y hábil cultivo llega a traspasar a ellas las cualidades y las bellezas de otras. Así ocurre también en el cultivo de las flores sobrenaturales que son las virtudes.

¿No habéis acaso, jóvenes esposos, tenido cuidado de ofrecer a vuestras novias algunas flores desde vuestra promesa hasta vuestras bodas? Flores brillantes o modestas, cortadas de la planta y colocadas en vasos llenos de agua limpia, donde, a pesar de todo, muy pronto se marchitaban; cuando esto ocurría, les llevabais otros ramos más frescos. Mañana en casa, en un ángulo de jardín, aunque no sea sino en una humilde caja puesta sobre el antepecho de la ventana, removeréis un poco de tierra, depositaréis una semilla, la regaréis; después con una curiosidad casi ansiosa, espiaréis la aparición de una pequeña punta verde, del tallo, de las hojas, la sonrisa del primer botón, en fin, al abrirse de las flores. ¡De cuántos cuidados las vais a rodear!

¹ I Cor. XV, 10.

Sin duda, Dios no niega su gracia ni siquiera a un infiel; así, señor y dueño de sus dones, puede dársela para actos virtuosos, incluso extraordinarios. Pero, según el orden normal de su providencia, la verdadera vida virtuosa florece y llega a plena madurez, desde que con el Bautismo se infunden las virtudes en el alma del niño, donde, como en una buena tierra, se desarrollarán progresivamente, cuando sean cultivadas con cuidado.

Aquel Dios que ha creado la tierra con sus elementos nutritivos, el sol que ilumina y calienta la planta, la lluvia y el rocío que la refrescan, ha creado también la naturaleza humana, el alma que Él une al cuerpo formado en el seno materno, y esta naturaleza es un terreno rico de buenas disposiciones e inclinaciones. Él pone en esta misma naturaleza la luz de la inteligencia, el calor, el vigor de la voluntad y del sentimiento; pero en esta tierra, bajo esta luz y este calor, Él deposita, animándolas con vida divina, las virtudes sobrenaturales, como gérmenes escondidos, y mandará el sol, la lluvia y el rocío de su gracia, para que el ejercicio de las virtudes, y con él las virtudes mismas, avancen y se desenvuelvan. Pero hace falta todavía que el trabajo del hombre coopere con los dones y con la acción de Dios. Y, ante todo, desde el primer instante, la educación del niño por parte del padre y de la madre; luego, la correspondencia personal por parte del niño mismo, a medida que va siendo adolescente y hombre.

360. Si la cooperación de los padres con la potencia creadora de Dios, para dar la vida a un futuro elegido del cielo, es uno de los designios más admirables de la Providencia para honrar la humanidad, ¿no es todavía más admirable su cooperación para formar un cristiano? Esta cooperación es tal real y eficaz, que un autor católico ha podido escribir un libro delicioso sobre las “Madres de los Santos”. ¿Qué padres dignos de este nombre dudarían en apreciar un tan grande honor y en corresponder a él?

Pero también en vosotros mismos, o más bien ante todo en vosotros mismos, hace falta que cultivéis las virtudes. Lo exige vuestra misión y vuestra dignidad. Cuanto más perfecta y santa es el alma de los padres, tanto, más delicada y rica es en todo caso la educación que dan a sus hijos. Los hijos son “como el árbol plantado en la ribera del agua, que da a su tiempo su fruto, y no ve secarse sus hojas”¹. ¿Pero qué poder ejercerá sobre ellos, queridos esposos, vuestro modo y tenor de vida, que tendrán ante sus ojos desde su nacimiento? No olvidéis que el ejemplo obra sobre aquellas pequeñas criaturas incluso antes de la edad en que podrán comprender las lecciones que reciban de vuestros labios. Pero aun suponiendo que Dios supla con favores excepcionales el defecto de educación, ¿cómo serían verdaderamente virtudes del hogar doméstico aquellas que, a la vez que florecen en el corazón del niño, están secas y marchitas en cambio en el corazón del padre y de la madre?

361. Además, el jardinero tiene un doble oficio: poner la planta en condiciones de beneficiarse de las circunstancias exteriores y no sufrir con ellas; trabajar la tierra y la planta misma para favorecer su crecimiento, floración y fruto.

Por eso, vosotros tenéis el deber de preservar al niño, y a vosotros mismos, de todo lo que podría poner en peligro vuestra vida honesta, cristiana y la de vuestros hijos, de todo lo que podría entenebrececer o dañar vuestra fe y la suya, ofuscar la pureza, la claridad, la frescura de vuestras almas y las suyas. ¡Cuánto son de lamentar aquellos que no tienen en absoluto conciencia de esta responsabilidad, ni consideran el mal que se hacen a sí mismos y a las inocentes criaturas, que han dado a la luz de este mundo, cuando desconocen el peligro de tantas imprudencias de lecturas, de espectáculos, de relaciones, de usos, cuando no se dan cuenta que un día la imaginación, la sensualidad, harán revivir en el espíritu y en el corazón del adolescente lo que de niño sus ojos habían entrevisto sin comprender! Preservar no basta: hace falta ir deliberadamente al sol, a la luz, al calor de la doctrina de Cristo, buscar la rociada y la lluvia de su gracia para recibir de ella la vida, el desarrollo, el vigor.

Pero hay todavía más. Si no hubiera existido el pecado original, Dios habría mandado al padre y a la madre de familia, como a nuestros progenitores, que trabajaran la tierra, que cultivaran las

¹ Salmo I, 3.

flores y los frutos, pero de modo que el trabajo hubiera sido al hombre alegre, no gravoso¹. Pero el pecado, tan frecuentemente olvidado, práctica o descaradamente negado, ha hecho el trabajo austero: la naturaleza, como la tierra, pide ser trabajada con el sudor de la frente. Es preciso trabajar incesantemente, escardar, arrancar las malas inclinaciones, los gérmenes viciosos, combatir los influjos nocivos; es preciso cortar, podar, es decir, rectificar las desviaciones hasta de las mejores tendencias; hace falta, según los casos, estimular la inercia, la indolencia en la práctica de algunas virtudes, frenar o regular la tendencia natural, la espontaneidad en el ejercicio de otras, a fin de asegurar el armonioso incremento de todas.

Este trabajo es de todos los instantes de la vida; se extiende al cumplimiento de los otros trabajos diarios, y da a éstos, el único valor que importa en definitiva, y juntamente su belleza, su encanto, su perfume. ¡Qué vuestro hogar, gracias a vuestros cuidados, tienda a resultar semejante al de la Sagrada Familia de Nazaret, y sea un jardín íntimo, donde el Maestro guste de venir a cortar lirios!². Sobre él descenderá, como rocío, su bendición fecundante, en prenda de la cual os impartimos de corazón nuestra paterna bendición apostólica.

INDICE ANALITICO DE MATERIAS

(los números entre paréntesis corresponden a los números de párrafo y los números romanos, el discurso)

I. -DOCTRINA GENERAL SOBRE EL MATRIMONIO

Doctrina general sobre el matrimonio: XI, XLI, XLIV, LXIII, LXIV.

El autor del matrimonio es Dios (131). Jesucristo le devolvió la primitiva dignidad que había perdido (146, 277), y lo santificó en las bodas de Caná (2, 253, 279), elevándolo a la dignidad de sacramento (1, 2, 22, 28, 31, 88, 199, 275, 276, 279), honor que no ha merecido ni siquiera la profesión religiosa (145), pues para solas dos formas de vida ha instituido Dios un sacramento: para el sacerdocio y para el matrimonio (145).

El matrimonio cristiano es figura de la unión mística de Jesucristo con la Iglesia (1, 6, 20, 23, 37, 88, 133, 146, 159, 198, 206, 271, 276, 279, 281). Ha de recibirse en gracia (28). El lazo de la unión conyugal debe ser Dios (302), porque los hijos de los santos no pueden unirse como los gentiles (39). Cuanto más pura sea la unión, tanto más bendecida de Dios será (39).

Para contraerlo hay que acudir al sacerdocio, salvo raras excepciones (167), pero el ministro del sacramento no es el sacerdote, sino los cónyuges (18, 167, 281). El sacerdote es solamente el testigo calificado en nombre de la Iglesia (167, 275). El ministro es causa instrumental y Dios causa principal del sacramento (166).

Dignidad del matrimonio por muy pobre que sea (145). La familia es imagen de la Santísima Trinidad (86), y última maravilla de la creación de Dios (263). Los padres son colaboradores de la obra creadora, redentora y santificadora de la Trinidad (31, 88, 133, 167, 359). El matrimonio cristiano tiene algo de divino en sus principios y eterno en sus consecuencias (67). Grandeza y responsabilidad del oficio de los padres (29, 149, 175, 357). Elogios en el Antiguo y Nuevo Testamento (77, 78). Los cónyuges son sacerdocio santo, participación sacerdotal (149).

El matrimonio tiene como fin la generación (275). Da nuevos ciudadanos a la patria (6, 92), aunque la sociedad no está constituida por los ciudadanos directamente, sino por las familias (92). Da nuevos hijos a la Iglesia (6), preparando la acción de los sacerdotes que engendran las almas para la vida divina (147, 148). Asegura la perennidad de la Iglesia (198). En la familia se regeneran los hijos de Dios (233). La familia está destinada a dar nuevos ciudadanos al cielo (6). El matrimonio es para que dos seres se aligeren el peso de la vida (31).

En los sacramentos más necesarios, el ministro puede ser suplido por la misericordia divina, v. gr. en el bautismo o la penitencia (169), pero en el matrimonio el ministro no puede ser suplido (169); y como el consentimiento es esencial al contrato (19), el matrimonio es libre (169, 276).

¹ Cfr. S. T. I, q. 102, a. 3.

² Cfr. Cant. VI, 1.

La voluntad libre de los hombres puede atar el lazo del matrimonio, pero no puede desatarlo (276). El matrimonio es indisoluble (20, 67, 133, 208, 281, 287, 325, 343); y eso desde el paraíso (275, 276) y aun el no cristiano (276), porque no hay matrimonio sin inseparabilidad, ni inseparabilidad sin matrimonio (276). El matrimonio es uno, (275, 279), exclusivo (133) y perpetuo (281). La Iglesia no cede en cuestión de indisolubilidad (284) y es que ningún poder en el mundo es capaz de romper ese vínculo (325), ni siquiera el del Papa, el cual se limita a declarar si el matrimonio era inválido y no existió nunca (277). Lo único que el Papa puede hacer es disolver matrimonios privados del carácter sacramental o antes de que el "sí" se complete con la convivencia matrimonial (277). La indisolubilidad del matrimonio es principio de su unidad (86). Las leyes del Evangelio y del matrimonio son inmutables (249). La maldad humana ha procurado sacudir la indisolubilidad del matrimonio (280), pero ésta es obra del mismo Dios (285). No es sólo disposición positiva, sino natural (282). Es útil para la tutela de la mujer (284), para la defensa de la patria (285), para la dignidad de los cónyuges, pues de lo contrario el matrimonio sería una vulgar asociación egoísta de placer (195, 283). Es una garantía contra graves males (280). Véase FIDELIDAD.

El matrimonio impone nuevos y graves deberes (29, 134). Especialmente es a veces heroico respetar los fines del matrimonio (200) y las familias se encuentran en la alternativa de faltar a un deber o soportar graves riesgos y sacrificios (200), pero del sacrificio fluyen gracias para vencer todas estas dificultades (1, 2, 22, 31, 40, 45, 46, 50, 67, 127, 134, 140, 142, 148, 167, 198), porque Dios no manda nada sobre las fuerzas naturales: Él coopera con nosotros (50, 134, 142, 198) y da los auxilios proporcionados a las pruebas (142). La Iglesia ora para que los esposos puedan cumplir sus deberes (21). Con la gracia de Dios todo es posible (341). Así el matrimonio no ha de ser fuente de preocupaciones, sino de santa alegría, si se recibe santamente (18). Véase Hijos y DEBER.

II.- LOS NOVIOS

Los novios deben conocerse bien (254) antes de contraer un matrimonio que luego resulta indisoluble (296). Conviene que se aseguren de su perfecta identidad de ideas y sentimientos antes de casarse (230) y que no se dejen llevar de pasajeros entusiasmos a los que luego suceden los desencuentros (56). El amor está hecho de constantes y menudas atenciones, no de entusiasmos repentinos (55). Más que la repentina emoción del corazón, vale la probada coincidencia de sentimientos, creencias, aspiraciones y tradiciones (55). Busquen el uno en el otro las virtudes que serán la base de la vida del hogar (352). Carecen de sentimiento moral los hombres que permiten a sus novias las faltas de pudor (331).

III. -LOS ESPOSOS

Doctrina general sobre los esposos: XVI, LV, LIX, LXV, LXVI, LXVII.

Los esposos se deben, ante todo amor mutuo (23, 151). A conservar y aumentar este amor ayudarán las gracias sobrenaturales otorgadas en el sacramento del matrimonio (1). El amor conyugal ha de ser tierno: los santos han solido ser muy cariñosos en sus matrimonios (153). Porque aunque el amor de los esposos ha de ser más que solo amor carnal (151), Dios perfecciona la naturaleza, no la destruye: y el amor según Dios debe conservar toda su belleza (153). El afecto puramente natural no basta para soportar alegremente todas las cargas del matrimonio (152). La caridad cristiana es la que mejor enseña cómo ha de ser de solícito el amor conyugal (153). El amor no debe ser búsqueda egoísta de satisfacciones sensuales (329), sino puro (5), superior a los fugaces atractivos de los sentidos y la juventud (27, 39) y lleno de pequeñas sorpresas para agradar al esposo o la esposa (329). Que no se diga que los casados se distinguen de los que no lo están por la mayor desatención con que aquéllos tratan a sus mujeres (267). Aunque la finalidad de las nupcias y con ella las nupcias mismas cesa en la muerte, el amor de los cónyuges seguirá en la otra vida (39, 282). María y José son ejemplo de esposos ideales (40).

Hay que conservar siempre la armonía de los primeros días de matrimonio (34). Favorecerá la unión la lectura de los esposos en común, que ambos se diviertan juntos honestamente (339), que ambos se vean descollar en la respectiva profesión (339). Las penas de la familia no humillan, exal-

tan (249) y deben contribuir a acercar a los miembros de la familia, no a separarlos (143). Hay que defender la armonía conyugal de los peligros externos e internos (35).

Evitar cuidadosamente los celos, que pueden destruir el mayor amor (156). Los celos revelan amor imperfecto: suponen incertidumbre, y por eso no deben darse en un matrimonio verdaderamente cristiano (156). Pueden ser causa de la infidelidad (335 y 340).

La colaboración es indispensable para el fin de la familia (253). Elogio de la confianza mutua entre los esposos (231)... La donación de sí es esencial a la bondad (67) y la entrega mutua de los esposos debe hacerse sin reserva (67, 283). La unión exterior solamente nada vale (228). La de las almas y no ya de los cuerpos es la base de la familia (9). Entre los esposos ha de haber reciprocidad de sentimientos y de vida (349) y una verdadera amistad conyugal (228). El don mutuo es en el matrimonio principio de expansión y fuente de vida (133), y se embellece cuando se verifica el intercambio entre dos almas llenas de vida sobrenatural (133). La mutua confianza es la raíz de la paz conyugal (156). El corazón abierto es fuente de alegría y de paz (226). Condición esencial de la felicidad del hogar es la confianza mutua para manifestarse los sentimientos (227). Los esposos no podrán apoyarse espiritualmente, y deben hacerlo tanto o más que en las necesidades materiales de la vida, si permanecen cerrados entre sí (228). Hay que vencer el hábito del aislamiento y la timidez o el orgullo que impiden la confianza conyugal (231). "Vivir su vida" y conservar la independencia en el matrimonio es un modo siniestro de egoísmo (286). Las separaciones de los esposos suelen provenir de que la entrega no ha sido total, sin más limitaciones que las impuestas por la ley de Dios (289). A veces, por no abrirse, dos esposos viven como extraños entre sí (227).

La entrega de los esposos tiene ciertos límites trazados por la ley de Dios (326). Hay ocasiones en que la moral impone la rigidez y no es lícito ceder a la voluntad del cónyuge (296). A éste hay que apartarle del pecado con energía y constancia (344). No existe en el matrimonio la libertad moral (112, 236). Ciertos secretos sólo deben manifestarse al confesor, pues turbarían la paz en lugar de fomentarla (229). Los maridos no pueden contar ciertos secretos profesionales a sus mujeres y ésta demostrará confianza no tratando de sonsacarlos (229).

Es natural la diversidad de caracteres entre los esposos, pero ésta no obsta a la unión (294). A veces es palestra de virtud y aprovechable para ganar el cielo (255). Es difícil soportar los contrastes de carácter, gustos e ideas y callar a tiempo (200), pero los recién casados deben hacer el propósito de renunciar desde el principio a sus propios gustos para atajar la división desde los comienzos (295). Ceder en cuestiones fútiles en beneficio de la paz (294). ¡Qué pensarán los hijos de las desavenencias conyugales! (294). La discrepancia religiosa entre los esposos causa una penosa disonancia. que sólo acaba cuando se consigue la unidad de la fe (230).

Los pequeños contrastes de la vida diaria hay que perdonarlos rápidamente (104, 106). A veces en el matrimonio hay lugar a practicar el perdón heroico (104), pero en general hay que adquirir el hábito del perdón (295) pronto, sincero y pleno (34, 36, 65, 295, 329). El perdón no excluye, el restablecimiento de la justicia o el derecho lesionado (103), pues sin la reparación de la justicia no es posible una duradera paz (103).

Hay que atacar con energía como al mayor enemigo de la felicidad doméstica al egoísmo, (27, 181, 289-293). Un matrimonio es feliz cuando uno de los cónyuges al contraerlo se propone, no ser feliz, sino hacer feliz al otro (245). Hay que trabajar estimando en poco lo que se hace: sin andar discutiendo y midiendo quien hace más (271). Todo lo que se hace en familia debe ser obra de la colaboración de los esposos, que no deben permanecer extraños al trabajo del otro cónyuge, aunque cada uno tenga su misión propia (251). La colaboración de los esposos exige muchas veces renunciar a los propios gustos e ideas (252, 254). No hay que insistir en lo que desune, sino en lo que une (328). Los sacrificios que la unión impone deben hacerse con alegría (295). Hay que adquirir el hábito de la paciencia (295). Hay que interesarse por lo que interesa al otro cónyuge, y será una muestra de delicadeza interesarse por sus familias (232). El amor propio gustaría que la otra parte se sometiera plenamente a los propios caprichos (292), pero hay que sacrificarse por la armonía conyugal (231). Hay que disimular los defectos del cónyuge, no sólo ante los demás, sino ante si mismo (328).

La fidelidad conyugal: LXXI, LXXII, LXXIII, LXXIV.

Ley de la fidelidad: El matrimonio es uno e indisoluble (50) (Ver Indisolubilidad). Ya en el Antiguo Testamento se había promulgado la ley de la fidelidad, incluso interna (331). En la decadencia del imperio se disolvió la familia con el divorcio y la inmoralidad (207). Restablecer la dignidad de la familia fué gran mérito del cristianismo (208), XLIX.

Ventajas de la fidelidad y daños de su falta: Belleza de las bodas de oro de dos esposos siempre fieles (329). La fidelidad conyugal es un bien preferible a cualquier tesoro (45). Los hombres espiritualmente sanos y honrados no proceden ordinariamente de hogares turbados por la discordia y la infidelidad (285). La indisolubilidad del matrimonio preserva de inconstancias (51). La fidelidad es base y medida de la felicidad del hogar (45). Es una viudez más triste que la muerte ver al cónyuge traidor e infiel (342). Influencia de la traición conyugal en la educación de los hijos (285, 342). De la falta de fidelidad nacen sospechas, reproches, desconfianzas (45). El divorcio tiene una gran parte de culpa en la descomposición moral de la familia actual (285).

Cualidades de la fidelidad: Debe ser de cuerpo y de espíritu: y esta se viola por solos actos internos, porque la ley cristiana prohíbe los pecados de solo deseo (330). Debe darse fidelidad en el mutuo don de los cuerpos (327), en el mutuo don de las inteligencias (328) y en el mutuo don de los corazones (329). Es infiel el que aun sin salir del hogar, ama con el corazón a otro (334) y el que se permite otro lazo simultáneo (326). Es infiel el que aun una sola vez se sustrae al exclusivo dominio del cónyuge (326). La fidelidad debe ser íntegra (45). Las pequeñas quiebras conducen a grandes daños (330).

Pruebas de la fidelidad: Las pruebas de la fidelidad conyugal pueden sobrevenir sin culpa de ninguno de los dos cónyuges (341). Hay en el matrimonio separaciones involuntarias y forzosas (297), en las que hay un peligro para la firmeza del amor (298), porque el corazón siente la necesidad de amar y ser amado: y en las largas separaciones es tentado a buscar compensaciones ¡legítimas a la ausencia (299, 345). Una forma de separación forzosa es la enfermedad que impone una continencia perfecta (345). Hay que ser fieles cuando la separación obliga a la continencia (327).

Causas frecuentes de la infidelidad: El rigor exagerado puede hacer el hogar triste y determinar una reacción que aleje del hogar y de la fidelidad (339). El origen de muchas infidelidades está en las novelas (337), en los celos, que hacen la vida conyugal intolerable (340). La traición del cónyuge incita a la caída también al cónyuge hasta ahora fiel (342). El esposo fiel abre a veces al otro el camino de la infidelidad por su ligereza (335, 396), su excesiva austeridad (335, 339), o sus celos (335, 340). Las relaciones de imprudente cordialidad de los casados con terceras personas pueden ser fuente de primera de una posterior infidelidad (299). Hay que tener una especial cautela durante la ausencia del cónyuge (300). Cautela con los "amores castos" (334) y platónicos (332) entre quienes no son esposos. Hay simpatías naturales que de suyo no ofenden a la fidelidad: pero conviene vivir en guardia contra ciertas intimidades secretamente voluptuosas (332). Las simpatías intelectuales pueden ayudar a una conversión al bien: pero las más de las veces servirán para el mal y la infidelidad (333). Hay muy poca distancia de la falta pública de pudor a la verdadera infidelidad (331). A medida que se siente simpatía hacia un extraño se comienza a sentir desprecio o molestia por todo lo que sea del cónyuge legítimo (333). Las dificultades que un esposo pone al cumplimiento de su deber conyugal por virtud mal entendida o por temor a la prole, pueden llevar al otro a la infidelidad (344).

Cautelas: La fidelidad es un don de Dios (44). Es a veces difícil (200), pero al que lucha no se le niega la gracia (345). Se dió a los esposos una gracia inicial en la recepción del sacramento (1), y Dios prosigue dando gracias actuales a las que hay que responder (302). Buscar la defensa de la unión conyugal en la humildad y en la prudencia, bajo la protección de Dios: otros cayeron de más virtud que nosotros (288). El galanteo es el primer paso de la traición (342). Ver en la indisolubilidad más que un yugo la sanción divina de un inmutable afecto (287). El contrato matrimonial tiene una serie de precisiones jurídicas: pero la fidelidad no debe hacer cuenta de esos detalles curialescos y debe suavizar la rigidez y austeridad del contrato por el amor (326).

Conducta: Ayudar a los que atraviesan alguna prueba en su fidelidad conyugal (341). La fidelidad no se muestra bien en los primeros días, sino cuando, perdida la belleza y la juventud (327), se van conociendo los defectos, la pobreza intelectual, la disparidad de caracteres (328). La caridad invita al cónyuge inocente a soportarlo todo y callar para reconquistar al culpable (343). Acto heroico es aceptar el hijo fruto de una infidelidad (343). No acudir prematuramente a la separación: con frecuencia es posible la reconciliación (343). En ciertos casos la ley permite la separación del inocente (343), pero el vínculo no se disuelve ni siquiera para la víctima (325, 343). La renuncia a ciertas libertades en el matrimonio es precisa para asegurarse el cielo (280). Mantener vivo el recuerdo del cónyuge ausente y llevar un término medio entre el excesivo sentimentalismo y la rigidez excesiva (300, 301). Mantener con el esposo una correspondencia epistolar intensa y afectuosa (301).

Castidad conyugal: XVII. No todos los cristianos son llamados a la virginidad, pero existe una pureza sin mancha en el matrimonio, compatible con los hijos. Inmaculado es el que cumple sin negligencia las obligaciones de su estado. Esta castidad conyugal exige valentía. Para conservar la castidad conyugal se dieron en el sacramento especiales gracias (38). Faltar a los deberes matrimoniales causa también la infelicidad temporal (112).

La santidad en el matrimonio: Los casados están doblemente obligados a vivir como verdaderos cristianos (6). Tienen en el matrimonio su camino de salvación (170) y de santidad (198). Entre la virtud y el vicio no hay un camino intermedio (84). El matrimonio no vivido cristianamente es una vulgar asociación de placer y de interés (195). La vida conyugal más infeliz es aquella en que una o ambas partes violan la ley de Dios gravemente (239). No todos son llamados al estado de perfección, pero todos lo son a la perfección en su estado (38). Véase La Piedad familiar.

IV. - EL MARIDO

El marido: LII, LIII, LXI, LXII.

Toda paternidad es reflejo de la de Dios, paternidad perfecta, infinita e inefable (171), que es fuente de toda paternidad en el orden de la naturaleza y de la gracia (157, 171).

El esposo es cabeza de la esposa (6, 133, 269). Entre el hombre y la mujer en abstracto no existe diferencia de dignidad, pero sí en cuanto forman una sociedad (204). En la familia, como en toda sociedad, hay un jefe: el padre (203). En las condiciones modernas de vida, los cónyuges tienen muchas veces paridad de nivel: v. gr. ejerciendo una profesión igualmente retribuida. Así se pierde el sentido de la jerarquía familiar (205). Pero el hombre no debe sustraerse al deber de ejercer la autoridad (209), que, como toda autoridad, viene de Dios (203). La autoridad y sumisión en el matrimonio se endulzan con el amor cristiano (209) que, como toda autoridad, viene de Dios (203). La autoridad y sumisión en el matrimonio se endulzan con el amor cristiano (209). Ejercer, pues, el hombre la autoridad con moderación y delicadeza (209), hermanando la dulzura con la autoridad (214). Los que ejercen la autoridad sirven a aquellos a quienes mandan (209). San José es buen modelo en el ejercicio de la autoridad, aunque la Virgen le era superior (209). Hay que hacerse amar para hacerse obedecer (61), y dominarse a sí mismo para dominar a los demás (214). Hacerse niño con los niños sin comprometer la autoridad paterna (103). Que en la imposición de la autoridad con los hijos no haya sombra de resentimiento o de venganza personal (104).

Conducta con la esposa: El esposo debe amar a la esposa (237, 206, 272) y honrarla (51), manifestando en público su estima hacia ella (267) y no sólo en lo profundo del corazón, sino con muestras exteriores de cariño (268). Para honra de la esposa y de la familia, el esposo debe procurar sobresalir y señalarse en la propia profesión (266). Guste el esposo de que la esposa vista con decente elegancia, conforme lo requiera su nivel social (339). En el amor a la esposa está la tutela de la castidad conyugal y de la paz (272). No hay que portarse ni con excesiva rigidez, ni con excesiva condescendencia (339). El hombre debe reconocer la labor de la mujer en el hogar (269), no buscando los defectos, sino los detalles gratos y las atenciones (268), sobreponiéndose al fastidio y al cansancio y mostrando agradecimiento por las atenciones y desvelos de la mujer (268).

El marido sea en su amor, constante, condescendiente, fiel (154). Dé a la esposa el ejemplo de la propia virtud (272) y no se permita en materia de fidelidad lo que no permitiría en su mujer (155).

Límites de la condescendencia: Carecen de sentimiento moral los hombres que permiten a sus mujeres y novias las faltas de pudor (331). El marido hace mal conduciendo a su esposa a espectáculos escabrosos, aun sin mala intención (336) y es imprudente al permitir a su esposa todas las extravagancias de la moda (338).

Deberes: El primer deber del padre es asegurar a la esposa y a los hijos el pan (69, 240, 265). El hombre tiene la primacía, el vigor, los dones necesarios para el trabajo: la mujer los dolores del parto, la primera educación de los hijos (208). La madre llega en la maternidad a trances difíciles en que expone su propia vida: ponga en correspondencia el padre todo su esfuerzo, sin escatimar nada (272). Sólo en pueblos paganos puede concebirse una mujer sobrecargada de trabajo mientras el marido indolente está ocioso (270). El hombre no debe exponer su dinero en negocios peligrosos, jugando el porvenir de toda la familia (265). El papel del hombre no se limita al ejercicio de su profesión (270). El marido colabore con la mujer en la misión de ésta en el hogar (249), pues también el marido tiene responsabilidad en la marcha de la casa (264). En la casa hay mil pequeñas tareas que sólo el hombre, más fuerte y hábil que la mujer, puede realizar (279). En los momentos difíciles en que hasta los mismos niños tienen que ayudar a la casa, debe dar ejemplo el padre redoblando su esfuerzo (271).

La mujer: LVII, LVIII.

Dignidad de la mujer: La Iglesia es defensora de la mujer (284). Las virtudes de la mujer eran también estimadas por los paganos (207), pero el paganismo no logró colocar a la mujer en su verdadero puesto en la familia (206) y le relegó a una condición rebajada (278), como esclava del hombre (206). Sólo el cristianismo devolvió a la mujer el respeto y el honor (273).

La mujer es compañera del hombre desde la creación (173) y ayuda suya (253). Ha de estar sujeta al marido (6, 51, 204, 206), sin pretender usurpar el cetro de la familia (203). Su amor al esposo ha de ser sumiso (154) en lo cual le da ejemplo la Virgen María (4, 7). La mujer moderna con dificultad se pliega a la sujeción casera y la reputa como un dominio injusto, pues las mujeres son iguales a los hombres. No dejarse engañar por tales teorías (210). La mujer no soporte la autoridad del marido: ámela respetuosamente (210). Sea paciente con las exigencias del esposo (194). La Beata Ana María Taigi es modelo de acomodación al modo de ser del esposo (194, 255). Alégrese la mujer de ceder en pequeños detalles a su afán de independencia, en beneficio del amor conyugal (210). La verdadera independencia de la mujer está en su libertad para defenderse contra las insidias del mal (210). El deber conyugal puede exigir a veces a la mujer hasta el don de su vida (327).

María es ejemplo de amor al marido (4, 7). El carácter agrio de la mujer aleja al marido del hogar, con grave daño de la familia (246), porque sin la dulzura del carácter de la madre y con su dureza, el hogar es un tormento (246). Desdichada familia donde la madre no duda en manifestar que le cuesta sacrificios la vida conyugal (246). Elogios de la mujer fuerte en la Sagrada Escritura (244). La mujer es más valerosa que el hombre en el dolor (201). De su propio sacrificio aprende la mujer la compasión para los demás (247). La abnegación por la felicidad del esposo es virtud principal de la esposa (245). El marido descansa de su duro trabajo en la alegría y dulzura de la esposa (245).

La mujer sin devoción es demasiado frágil (158). El hombre sin devoción es un animal severo y áspero: su mujer ha de procurar endulzarlo con la piedad (158). El hábito del lenguaje grosero en el hombre puede corregirlo la esposa (194). Decoro y recato de la esposa cristiana (245). La mujer tiene gran influencia sobre la moralidad pública porque la tiene sobre el hombre (207). La mujer ha de custodiar su fidelidad con la reserva (155).

El hogar tiene un sol propio: la esposa (244). Nunca se pueden suplir con otros cuidados los de la madre (208). Ella es la que ha de hacer grata la atmósfera del hogar (247), que depende de ella (240), más que del hombre (240, 242). Si la mujer se aleja del hogar, éste se enfría y muere (241). El hombre jamás podrá suplir a la mujer en el hogar (241). Ponga la esposa especial cuidado en hacer amable la casa (33). Haciéndolo, la mujer merece no sólo para la tierra, sino para el cielo, pues es un ejercicio de la virtud cristiana (247). La mujer debe ser especialmente el sostén de la alegría del hogar (201). María es modelo en el cuidado de la familia (4, 7). Elogio de la mujer fuerte (240). La

madre debe tener en más la maternidad espiritual que la corporal (201). Es muy dudoso que sea el ideal que la mujer casada ejerza una profesión fuera del hogar (248). Cuando ha de salir a trabajar fuera hay que buscar que no se destruya totalmente la vida de hogar (248). Los duros trabajos de la madre en el trabajo fuera del hogar, aumentarán la estima de sus hijos, si procura ser madre cristiana (248). Véase HOGAR.

VI.- LOS HIJOS

Principios: El fin esencial y primario del matrimonio es la generación de los hijos (253). No ha de contraerse por egoísmo, sino para perpetuar la vida (66). Lo quiere Dios para aumentar la muchedumbre de sus hijos y elegidos (199), El Creador ama desde la eternidad a los hombres que trae a la vida (67). Los niños son seres destinados al cielo (249) para glorificar allí a Dios (129) y acompañar en la felicidad a sus padres (142). Los padres son cooperadores de la acción creadora del Padre (253) que preparan un cuerpo para albergar a las almas que Aquél cree (168) y que fecundarán el jardín de la Iglesia (228).

El deber de la prole: El cumplimiento del deber de la prole tiene dificultades (47), porque la vida no se trasmite sin sacrificio de los padres (141). Estos son colaboradores libres, que podrán oponerse a que lleguen las almas a la vida (169), porque Dios transfiere su paternidad a los esposos para propagar la vida por ellos (173). Es cierto que con el "sí" matrimonial a esa invitación de Dios va aneja una gran responsabilidad (169). Pero los hijos son un deber y un honor (47).

Los hijos son un honor: La fecundidad es una bendición de Dios al hogar (128) y los hijos han de ser esperados y recibidos como dones de Dios (21, 23, 156). No sólo no hay que rehusar el dolor que signifique una nueva cuna, sino que hay que sacrificar a ésta el egoísmo (290) y aspirar a una familia numerosa (287). Muchas cunas glorifican a la familia ante la Iglesia y ante la Patria (243). La prole da a la familia un reflejo de eternidad (86). Es un honor asegurar en la descendencia la continuidad del linaje (47). Al contraer matrimonio hay que prepararse a recibir cuantos hijos envíe Dios, aunque luego Éste pueda no oír los deseos fervientes de tenerlos (170).

Las dificultades de la prole animosamente afrontadas alejan del hogar el egoísmo, la busca del bienestar, la falsa educación de una prole voluntariamente restringida, aseguran la conservación de la gracia y la abundancia de socorros divinos, preservan a los esposos de un grave pecado (47) .

Castigos a los delitos contra la prole: Infelicidad de los que limitan la prole (66). Teman los que pecan contra ella (170, 344) con el ejemplo del castigo de Sodoma (87). La falta a los deberes de la prole acarrea la ruina a las familias y a las naciones (47). Necias y desgraciadas las madres que se quejan de un nuevo hijo (243). La mujer se salva precisamente en su función de madre (243). Las cunas no restan alegría al hogar sino que la aumentan (243). El arrepentimiento de los pecados contra la prole es muchas veces tardío (112).

La educación de los hijos: Los niños están dados en depósito a los padres (58, 129, 149, 161). Y pertenecen antes a Dios que a éstos (41, 43). De los padres han de recibir los niños tres cosas: el ser, la nutrición y la educación (147, 148, 253, 285). La buena educación de los hijos es la mejor garantía de felicidad en la eternidad (43).

Todos nacemos con el pecado original y aun los niños de buena condición natural necesitan de cuidadosa educación (357).

Los padres son en la intención divina los primeros educadores de sus hijos (58, 148), bajo la dirección del sacerdote (147, 148), que se complementan en la labor educadora (146, 149), porque hay dos paternidades: la espiritual del sacerdote y la carnal del padre de familia (146). Nadie puede sustituir plenamente a los padres en la educación de los hijos (149) y la educación dada por los mismos religiosos no dispensa a los padres de sus deberes inmediatos en la educación (149). Ellos son los responsables ante Dios (29, 357). La mala educación recibida en el hogar no llega a corregirse plenamente en el colegio (149). Los padres, en lugar de disipar el tiempo en distracciones peligrosas, deben emplearlo en sus hijos (60). Los esposos deben vivir para el bien de sus hijos (14). Su propio bienestar depende del de éstos (14) y la felicidad de éstos depende en gran parte de la

educación que hayan recibido de aquéllos (14). Para educar sabiamente a los hijos ayudan las gracias especiales recibidas en el sacramento del matrimonio (1).

El papel educador de los padres está muchas veces impedido por la preocupación de buscar el alimento diario (58). Entonces deben confiar a los hijos a maestros dignos de confianza (175), buenos sacerdotes, catequistas, religiosos y religiosas (149). Los religiosos serán óptimos colaboradores de los padres (149). Los esposos dan en los hijos las piedras vivas para que los sacerdotes hagan hijos de la Iglesia (147, 148).

La niñez de los hijos tiene mucho de la espera del sembrador hasta que llega la hora de la mies (141). Pero es decisiva la importancia de las primeras impresiones recibidas en la educación materna (59, 253, 361). Hay que iniciar la educación desde la más tierna edad (357).

El ejemplo de los padres es decisivo en la educación (60, 142, 175, 215, 267, 357, 360). No perderse en sueños ambiciosos sobre la cuna de los niños (129). Más vale la rica herencia de la virtud y el buen ejemplo que los bienes de fortuna (175). El niño más bendecido por Dios no es precisamente el más rico (42).

La perseverancia de la educación no se asegura con una acción momentánea: hay que ser constante en la acción (55). Principal medio de la educación es una solicitud constante animada por una ternura paternal (60). Si amáis, con pocas palabras obtendréis más que con insistentes recomendaciones (215). Hay que ser los primeros amigos de los hijos (215). Influencia para el futuro de las malas compañías de la niñez (54) y de los espectáculos menos honestos (54). Los malos ejemplos influyen sobre los niños aunque parezca que no pueden entenderlos aún (320, 360). De nada sirven las cautelas en la educación si no se vigilan las lecturas (123), que influyen extraordinariamente en el futuro (54).

La primera defensa de los hijos contra los peligros del mundo está en la autoridad de los padres (211). Éstos, por el hecho de serlo, reciben de Dios el derecho de hacerse obedecer (213). En nuestros días se ha debilitado la obediencia de los hijos a sus padres (212). No hay que esperar a que los hijos sean mayores para ejercer en ellos la autoridad: hay que hacerlo desde que son niños (214). Para que el ejercicio de la autoridad sea eficaz y racional, ha de preceder la autoridad moral, el prestigio de la autoridad (213). Ni exigir demasiado, ni ceder fácilmente (214). No castigar cuando se está airado (214). No abusar del don de mando: se corre el peligro de hacer esclavos a los hijos (213). Los niños se dan cuenta en seguida de los cambios de humor de los padres y saben si podrán burlar la autoridad con un mohín o un poco de llanto (214).

No hay que aburrir a los niños con insistentes recomendaciones (214). No provocar a ira a los hijos (6). No engañarles para salir del paso (214). Distribuir los elogios con los reproches (61). No falsear la verdad (214). No pasar fácilmente de a condescendencia culpable a la corrección violenta (61). No tolerar promiscuidades indecorosas (331). No dejar traslucir ante los niños la desunión de los padres (214). Son un defecto de la educación las alternativas entre la excesiva indulgencia y la severidad (61). La falta de concordia entre los padres perturba la educación de los hijos (210). Cuando entre los padres falta la conciencia de la indisolubilidad, flaquea la confianza y esto repercute en seguida en la educación (285). El alejamiento de los padres del hogar produce grave daño a la educación de los hijos (246).

Educación religiosa: En los hijos no solamente hay que ver el cuerpo, sino el alma, confiada en depósito a los padres (43) a quienes se deben parecer, tanto en los rasgos y virtudes del alma como en los del cuerpo (175). Hay que educar a los hijos en las enseñanzas del Señor (6) y hacerles crecer en su temor y amor (175) guardándoles para el cielo (149). El reino de los cielos es de los niños (211).

Ordinariamente es imposible que los hijos crezcan cristianos fuera de un hogar en que los padres no están unidos por el sacramento del matrimonio (149). Una educación viciada o defectuosa en sus comienzos puede ejercer posterior influencia en la fe (54). Así v. gr. el odio de Saulo a los cristianos era efecto de la ignorancia y de la educación (54).

El primer deber de los padres es procurar el bautismo a los hijos (175) y cuanto antes (211). No hay que transmitirles sólo una sangre pura sino una fe incontaminada (97). Hay que inspirarles

estima sobrenatural de su filiación divina, nobleza hereditaria (98). Hacerles crecer en la virtud es la base de la felicidad del hogar (253). Preservarles de lo que pondría en peligro su honestidad o su fe (360). La religión es el primer fundamento de la educación (60). Un gran medio de educación es la devoción a la Virgen (59) y a la Eucaristía (59), que administrada en edad temprana es la mejor salvaguardia de la educación de los hijos (9). Si no se procura a éstos el alimento de la palabra divina decaerán en el camino de la virtud (236).

San Luis Gonzaga es buen modelo de la juventud (15). La madre de éste es buen ejemplo de cómo puede una madre cooperar a la santidad de los hijos (15), así como la madre de Don Bosco "mamá Margarita", excelente modelo de educadoras (57) y de madres (59). También fué buen educador el mismo Don Bosco (57).

Si el hijo se descarría hay que volverle al buen camino con las lágrimas de la madre. No es posible que perezca el hijo de tantas lágrimas (191).

La vocación divina de los hijos: LX. La "porción de Dios" era antiguamente la parte que se reservaba en la mesa al pobre que Dios enviara a la hora de la comida familiar (256). Pues en el hogar Dios puede exigir "su porción" en la vocación de algún hijo (256) por que tiene derecho a ella (256). La vocación es sumo privilegio de Dios a un hogar (259). Tener un hijo sacerdote es un honor (260). De la familia han de proceder los apóstoles del Evangelio (257, 258). No sólo los demás han de dar sacerdotes a la Iglesia, sino también la propia familia (262). Los que una vocación divina aparta del hogar no aman menos a su familia (260) sino más porque sólo comparten con Dios este cariño (260). Atraen sobre su familia torrentes de bendiciones (260). La salvación de muchas almas depende del consentimiento de los padres a una vocación en su hogar (257). Los padres tienen el deber y el derecho de asegurarse si es real o imaginaria, pero no pueden oponerle retrasos ni negativas (258). Y la negativa a la vocación de los hijos puede poner en riesgo la salvación eterna de éstos (258). No hay que desear la vocación de los hijos por el bienestar temporal que ésta pueda proporcionarles a ellos o a la familia (261).

VII.- LOS CRIADOS

Los criados: LXVIII, LXIX, LXX.

Principios: Es frecuente la necesidad de tener que echar mano de la ayuda ajena en las tareas del hogar (303). En general, los hombres necesitamos de nosotros mutuamente (317). La profesión del criado no humilla al hombre (304). Todos los hombres somos siervos de Dios, pero en el orden de la gracia hemos sido elevados a la dignidad de hijos suyos (316). La doctrina del cuerpo místico concilia la diversidad y la jerarquía entre los hombres – diversos miembros – con la relación estrecha entre ellos – un mismo cuerpo – (317). Amos y criados cristianos son miembros de un mismo cuerpo místico que es Cristo (317), hijos de Dios y hermanos entre sí (310). Ante Dios no hay amos y criados (309). Todos tienen un común señor: Dios (315). Dios es el único amo del mundo: todos los demás somos siervos: el mismo Cristo se anonadó recibiendo la forma de siervo (304). El Papa es siervo de los siervos de Dios (304). Para Dios lo único que importa es que los que mandan y los que sirven cumplan bien su respectivo deber (310), pues el Señor juzgará a cada cual conforme a sus méritos y culpas (315).

El hecho de que amos y criados sean iguales ante Dios no borra entre ellos las naturales diferencias sociales (311), ni disminuye la autoridad (316).

Conducta de los amos con los criados: Los siervos duramente tratados en la antigüedad pagana (306), pero el cristianismo mitigó esa dureza (306). Es notable la unión que entre los primitivos mártires de la Iglesia se nota entre amos y criados. (309). Si amos y criados son hermanos, deben mediar entre ellos, relaciones de fraternidad (316); no sólo de justicia, sino de cordialidad (311). La sociedad servil no es un mero contrato de trabajo: es la entrada de un extraño en la convivencia familiar, (318), para formar en cierto modo parte de la familia (318).. Su introducción equivale en cierto sentido a una adopción (305). El padre o la madre de los criados o criadas delegan en cierto modo en los amos su autoridad paterna para con sus hijos (307). La dueña debe ser como una madre

con su criada: en lo material, y en lo espiritual (303). Los amos son responsables de los criados como de los hijos (319).

Informarse bien antes de admitir a un sirviente, pues de éste dependerá la educación de los hijos (320) y la marcha general de la casa (319).

Toda la autoridad del amo viene de Dios: no se ensoberbezca, (315). No hay que ser excesivamente exigente con la perfección de las obras de los criados (312). Hay que mostrarles cariño (312), y no usar de amenazas (315), pues más que la soldada se agradecen las palabras cordiales (312). No se pierde el propio decoro tratando bien a los criados (313). Importancia especial del trato la primera vez que un criado entra a servir (307).

Las obras de beneficencia exterior sería bien empezarlas por los propios criados, pues a veces se prodigan al exterior olvidando las necesidades no menores de éstos (313). Los criados deben participar en la oración con la familia (308). Hay que darles tiempo y modo de que cumplan bien sus deberes de piedad (312). Hay que promover entre ellos la vida cristiana, la educación e instrucción sobrenatural, buscarles un refugio para las horas de ocio (317). Cuidado con la moralidad en las relaciones entre criados y criadas en la casa en que los haya (321). Hay que educar a los hijos en el respeto a las criadas y prevenir males (321.) Prudencia en las conversaciones ante los criados por el daño que con ellas se les puede causar inconscientemente (322), sembrando entre ellos la envidia y el rencor (323). La imprudencia de las palabras ante la gente sencilla del pueblo tuvo gran influencia en los desmanes de la revolución francesa (323). El pueblo es inexorablemente lógico y saca las consecuencias de lo que ve profesar a los grandes (324).

Conducta de los criados: Los criados terminan por enterarse de todos los defectos y virtudes de la casa y llegan a tener influencia decisiva en la marcha de ella (319). Cumplan su trabajo con diligencia, no defrauden a los amos, no revelen los secretos domésticos, apártense de la insolencia, la murmuración, la siembra de descontentos, de impiedad o de deshonestidad entre los hijos (314). Daños de la murmuración y de la maledicencia de los sirvientes (322). El secreto de ciertos hijos mal educados está en las libertades e imprudencias de ciertos sirvientes (320). Sirvan al amo como quienes en él sirven a Dios (315). Belleza de las relaciones cristianas entre criados y amos y del viejo criado que ha servido tal vez a dos generaciones en el mismo hogar (308).

VIII.- LA VIDA FAMILIAR

A) EL HOGAR

El hogar: XV, LXXV. Diversos significados de la palabra "hogar" (347). El hogar de Nazareth es modelo de los hogares cristianos (274, 348, 361). Es pobre: lección para los cristianos., (41). Carecer de casa es símbolo de la máxima miseria (33). Jesús conoció la dulzura de la vida familiar (33), pero vivió también sin casa, y es ejemplo para cuando las condiciones de la vida son incómodas (33).

No hay vida de familia sin hogar, y la felicidad de los casados, quiérase o no sólo puede alzarse sobre la vida de familia (242). No basta el hogar material: hay que crear el hogar espiritual (242). Dificultades de la creación del hogar (66). No es hogar aquel en que los esposos procuran salir lo más posible de casa (348). Necesidad de que el padre y la madre se alejen lo menos posible del hogar (205). El marido ordinariamente vivirá gran parte del día fuera de casa: la mujer deberá vivir en ella (242). Ventajas del trabajo a domicilio para la vida familiar (270).

En la casa sin Dios no puede haber paz y felicidad (33). Delicias y encanto del hogar cristiano (349, 353). En la casa debe reinar la paz (33), que es el mayor bien de la vida terrena (21). Para tenerla la primera condición es la buena voluntad (34). El hogar no debe ser descuidado, frío, desierto, mudo, oscuro (348). Ni casi inaccesible al exterior como cárcel o yermo solitario (348). El hogar no se embellece con la frialdad de un hotel, sino con la vida del alma: recuerdos, vida (242). Alegría de las veladas invernales del hogar (143). El mejor adorno del hogar son las virtudes de sus moradores (358). Hay que desterrar de la casa cuanto ofenda a la mirada cristiana (30, 339).

Dejar la casa por seguir una vocación más alta, es uno de los grandes sacrificios que se puede ofrecer a Dios (32).

B) VIRTUDES Y PECADOS

Las virtudes en general: XXIV, LXXVI LXXVII. Las virtudes deben ser la base de la creación del hogar (351, 352). Las virtudes sobrenaturales se dan con la gracia y por eso se llaman infusas (354). Se nos dieron en el Bautismo (355, 358, 359). Nos dan vigor espiritual y nos conducen a la vida eterna (354). La gracia hace a los hombres santos (139), y no muda la naturaleza, sino que la perfecciona (282). Es un don sobrenatural de Dios al hombre (132). La gracia de Dios es superior a las profecías, los misterios, la fe de los milagros, las lenguas, la ciencia y el martirio (271). Da alegría en el cumplimiento de los deberes (198). La única división ante Dios y los ángeles es: hombres en gracia y hombres en pecado (139). La gracia de Dios exige para obtener su pleno efecto, nuestra colaboración personal (55). La gracia sobrenaturaliza las virtudes naturales haciéndolas útiles para la vida eterna (353), y debe unirse en el hogar a las buenas disposiciones de la naturaleza (356) porque son el mejor adorno del hogar (353). Las virtudes sobrenaturales, las infunde sólo Dios (358), pero exigen solícitos cuidados y cooperación humana para no morir (358) y como condición normal de su desarrollo (359). El Señor no niega su gracia (359) pero hay que poner atento cuidado en lecturas, espectáculos y costumbres (361). La fe, la esperanza y la caridad unen al hombre a Dios (64, 66).

La caridad: XXXIII. Dios es caridad (174), amor sustancial, e infinito (67, 131), que creó generosamente por amor al mundo (67, 131, 132, 172) y nos hizo con la gracia partícipes de la divina (46, 68, 132, 139, 166, 174, 353, 354).

La caridad *es mandamiento esencial del cristianismo* (110). El paganismo no conoció el verdadero amor ni la misericordia (109, 193). Sólo la ley de Cristo es ley de amor (330). Cristo dio el máximo ejemplo de amor derramando su sangre por nosotros (96 98).

El mundo necesita de la caridad (152). Hay que evitar las guerras, acordándose antes de ellas de la fraternidad humana (103). Aun en la guerra hay que combatir sin odiar (103). Que el amor patrio no degenera en pasión vengativa (103).

Hay que evitar los deseos de venganza, cosa que se enseñó ya en el Antiguo Testamento (101). La Nueva Alianza refuerza la ley del perdón (102). Hay que perdonar para ser perdonados por Dios (102). Perdonar sin limitación (102). La sangre clama venganza, pero la de Cristo clama perdón (100). Es absurdo que pida venganza quien tanto necesita de misericordia (101). Hay que evitar el resentimiento contra los vecinos (101) y devolver bien a quienes nos odian (102). El resentimiento de los padres destruye la confianza de los hijos (104). San Juan Gualberto modelo de perdón heroico (105).

Para los cristianos la debilidad es un título al respeto (109). Es una idea específicamente cristiana que el dolor es signo del amor de Dios y manantial de gracias (110). Cuidar del prójimo enfermo (108), en el que debemos ver a Jesús (110). Asegurar a los ancianos respeto y cariño (103). Especialmente no abandonar a los padres ancianos (108). Dedicarse a obras de asistencia de enfermos (109). Elogio de las Hijas de la Caridad (107). San Vicente de Paúl un maravilloso organizador de la beneficencia (107) y él mismo, Camilo de Lelis y Jerónimo Emiliano son grandes héroes de la caridad (107). Los padres deben evitar los excesos de rigor con los hijos (104, 108). El precepto de amar a los padres y el abandonar a los padres por casarse, no se oponen (286). Sólo cuando se funda una nueva familia y se experimentan sus cargas se cae en la cuenta de la abnegación de los propios padres (291).

La virtud, base de la felicidad: La felicidad se ha prometido al que terne al Señor (128). Sólo Dios puede proteger la felicidad (280). Donde la virtud no reine son inevitables los disgustos (181). La familia que comienza en el pecado, no tendrá paz (26, 28), pues ésta es herencia de Jesucristo (25), y por apartarse de Cristo han perdido precisamente la paz los pueblos (63). El amor dura mientras es cristiano (195). No hay paz sin la doctrina de Cristo (91), ni hay abatimiento posible si el Corazón de Jesús está con nosotros (95). La vida conyugal más infeliz es aquella en que una o ambas partes violan la ley de Dios gravemente (239). Cuando se viola la ley de Dios los castigos no se hacen esperar (285). Hay que desterrar de la familia lo que viole la ley de Dios (30). No basta em-

pezar bien: hay que perseverar en la virtud (113). No hay felicidad sin sacrificio (247). Las virtudes del hogar deben estar sobrenaturalizadas en los esposos cristianos (350).

El Cristianismo y la familia: XLIX. En la Roma imperial hubo grandes ejemplos de familias virtuosas (192), pero a tales familias paganas les falta algo que sólo da el cristianismo: la ternura junto con la austeridad (193), ternura sin claudicaciones, rigidez sin dureza (195).

El deber: El deber no es una imposición tiránica de Dios, sino de su voluntad amorosa (202). El sentimiento del deber es el reconocimiento del dominio y autoridad de Dios: la voluntad, claramente manifiesta de Dios no admite discusiones (202). El heroísmo tiene su raíz en el sentimiento del deber (202). El heroísmo es muchas veces oculto y silencioso (197, 200). El heroísmo en la vida ordinaria prepara los heroísmos extraordinarios (201, 202). En los tiempos actuales, persecuciones abiertas o solapadas ponen al cristianismo en el trance de escoger entre: la fe y el bienestar, la libertad y la vida (200). En el matrimonio se dan ocultos heroísmos (197).

Fe y confianza en la Providencia: Dios ama a las criaturas con un amor que supera al de todas las madres. Para Él no hay almas ignoradas, y de todas cuida, y todo lo dirige aunque parezca desordenado a la corta vista humana (180). Nada hay fortuito en el mundo, ni existe la casualidad, sino la Providencia que vuelve en bien hasta el mal (42, 180). Todos los designios divinos se cumplen a su debido tiempo (65) y el género humano, quiéralo o no, no puede sustraerse al cumplimiento de tales designios (311). Hay que tener Fe (70, 180) y dejarse guiar sin resistencia (181). Porque no siempre las ideas de los hombres están conformes a las de Dios (42). La confianza en la Providencia no es ignorancia del peligro, ni indolencia para prevenirlo, ni resignación fatalista (179), sino fe en el amor de Dios (180). Aunque la justicia divina vela a veces su bondad a nuestra corta vista y su longanimidad vela su omnipotencia (65). María nos da ejemplo de conformidad con la Providencia (4, 7).

El dolor en la familia: La vida en la tierra es milicia (196, 233) y yugo (250), y en el matrimonio no faltan los días difíciles (179, 191, 247, 271), porque Dios quiere probar nuestra fe (65). Hay que recibir las aflicciones como venidas de la mano de Dios (143), y confiar siempre en Él (21, 23, 65, 178, 179), Dios no permite que las pruebas sobrepasen a nuestras fuerzas (134, 142, 198). Paciencia en el trabajo (1421).

El dolor es ley de toda vida humana (128, 250), como fruto del pecado original (109), y ninguna familia puede sustraerse a: él (9, 30, 142, 238, 351). Especialmente es terrible el espectro de la guerra en los hogares (80). Hay que soportar el dolor con valentía, viendo en él los designios de la Providencia (128 Í2317). El dolor es signo del amor de Dios y manantial de gracias (110). Las contrariedades de la vida familiar no humillan: exaltan (249) y no deben contribuir a separar a los miembros de la familia sino a acercarlos (143). Dios permite el dolor para purificarnos y hacernos merecer (23, 65) y nos habla sobre todo en la hora del dolor (237). Los dolores de aquí abajo pueden ser útiles para una vida mejor (144). Véase La Caridad.

Las lecturas: XXXV, XXXVI. Los buenos libros son fieles amigos, aunque se les desaire (118), y ejercen gran influencia (116). Nuestra fe y virtudes actuales tienen mucho que deber al catecismo y a las lecturas piadosas de la niñez (118). San Ignacio de Loyola fué ganado a la santidad por las buenas lecturas (117).

Cierta prensa se ha propuesto sembrar el odio (124), y no tiene cuenta que con sus inexactitudes pueden causar graves conflictos (124), ni recuerdan que el escritor que falta a la verdad está obligado a rectificar (125). Omitiendo las malas lecturas (84) atraeremos las bendiciones de Dios (125). Las malas lecturas son peores que las malas compañías porque se hacen más familiares (122). Su efecto es más maléfico por no ser inmediato (121). Influyen en las tentaciones (122). Para conocer la vida no hace falta escrutar todas sus aberraciones en los malos libros (120). Quien se crea libre del daño de los malos libros está ya pervertido (120). Las lecturas y conversaciones malas producen daño (116, 120, 361), incluso a los casados (113, porque nadie está inmunizado contra ellas (119). Por eso no hay libertad para leerlo todo (120). Aun las novelas no inmorales envuelven en una atmósfera irreal y deforman (337). Los espectáculos atrevidos conducen fácilmente a la relajación del criterio y de la conciencia moral (337).

Los pecados en la familia: La bondad de Dios es superior a nuestros pecados (114) y el Corazón de Jesús está siempre abierto (114). Siempre cabe el arrepentimiento (99) y hay no que desesperar de la conversión de un pecador aunque sea enemigo declarado de Dios y de la Iglesia (53). Ningún prójimo lo es más que el esposo, y con él hay que hacer el oficio de buen samaritano (345). La mujer puede obtener con sus oraciones lágrimas la conversión del esposo o del hijo (53). La conversión de San Pablo fué fruto de las oraciones de San Esteban (53). La oración por los demás no siempre es eficaz, pues interviene el misterio de su voluntad libre (191), pero aunque a veces no veamos el arrepentimiento de los seres queridos, hemos de confiar en que en los supremos momentos de su agonía Dios habrá escuchado nuestras oraciones (191). Para apartar al cónyuge de la vida habitual de pecado hay que hacer las concesiones que no sean contra la conciencia (344).

La familia en relación con el exterior: La cristianización de la familia es base de la de la sociedad, como la descristianización de la sociedad la buscan los enemigos descristianizando primero, a la familia (91). El amor desordenado del mundo es enemistad de Dios (113). Dios confía a la familia cristiana el papel de restaurar la sociedad (324, 346). María es modelo de amabilidad, con los vecinos (4, 7). La conducta de los esposos puede ejercitar un apostolado en los demás, sin palabras (51). Hacer ver a los visitantes que en vuestra casa no se puede ofender a Dios (30).

C) LA PIEDAD FAMILIAR

La piedad familiar: XIII, XVIII, XIX, XXIII, XXVI.

Conceptos generales: Los hombres son peregrinos del cielo (183, 225) y esta vida es camino de la venidera (144). Allí están los verdaderos goces (5), y entre las cosas celestiales debemos vivir en espíritu (5), porque aquélla es la vida verdadera y no hay que ponerla en peligro (280). No hay que tener sueños excesivamente terrenos (42), pues la gloria del cristiano no tiene lugar en este mundo (129, 130). Es un error pensar que la religión es accesorio frente a otras graves preocupaciones de la vida (50). Al contrario, primero hay que buscar el reino de Dios y su justicia: lo demás vendrá por añadidura (70). La devoción es la plenitud de la vida cristiana (150) y hay que tener igual empeño en buscar el alimento espiritual para el alma que el material para el cuerpo (236). La oración es el alimento diario del espíritu (159). Cuando la fe falta, prevalece el egoísmo (93). La fe debe estar iluminada por la razón (60). Bienes de la fe para la sociedad (93). Es un error el sentimentalismo religioso sin dogmas (50). La unión con Dios es condición necesaria de la felicidad (26). En la vida necesitamos siempre de intercesión (140). El Señor aligera el yugo de la vida con su gracia (250). La oración es una audiencia con Dios (74). Los días y las noches han de estar consagrados a Él por la oración (56). La oración es sostén en las dificultades (191). Un modo de orar es conversar con Dios en la contemplación de las obras de la naturaleza (74). Para perseverar hace falta orar y vigilar (113). El que ora se salva y el que no ora se condena (186). El temor de Dios es el principio de la sabiduría (187). Conservar la gracia con la vigilancia, lucha, penitencia y oración (140). Los méritos de los vivos están siempre en peligro (140). Son inútiles los esfuerzos de los hombres dejados a sí mismos (63).

Cualidades de la oración: La oración debe ser humilde, hecha en gracia, confiada (190). Nada ayuda tanto a orar con confianza como la personal experiencia de la eficacia de la oración (184). No debe disminuir nuestra confianza cuando Dios retarda oír nuestras peticiones (184). Diferir no es negar, y Dios puede diferir sus beneficios (186, 189). Ninguna plegaria queda sin efecto, aunque no sea el que equivocadamente hemos pedido (189, 185, 188). Dios nunca nos ha prometido infaliblemente la felicidad en este mundo (188), ni nos dará lo que sea perjudicial para nosotros (188). A veces pedimos cosas justas y buenas y el Señor parece no escucharnos (184), pero es que no son tan buenas a la vista del Señor, que ve más lejos (185). Los hombres desconocen con frecuencia lo que es bueno y malo para ellos (188). La oración, para ser eficaz, ha de ser constante (189) piadosa, hecha con el corazón y no con los labios (190). Hay que orar en nombre del Salvador: y lo que pedimos contra nuestra salvación eterna no puede ser en nombre del Salvador (186, 188). La inmutabilidad de los designios de Dios no obsta al poder de la oración, pues Dios previó la oración y conforme a ella estableció sus dones en la eternidad.

Especial belleza, dignidad y eficacia de la oración en común (75, 159).

La oración en la familia: El matrimonio se inicia con una oración y ha de seguirse orando (157). La familia debe ser santa (140). La familia alejada de Dios no puede prosperar (23). El carácter cristiano de las familias es base de su bienestar y felicidad (3). Los "hijos de santos" no deben vivir como los gentiles, sin oración (159). Muchos cristianos deberían sonrojarse viendo que los mismos pueblos paganos tenían culto religioso en el hogar (162). La familia cristiana es garantía de santidad (23, 24). La piedad es necesaria en el matrimonio (158). En las tormentas de la vida el hogar debe ser un cenáculo de oración (62). Hay que orar en familia (71, 75, 59, 113, 187). Dios debe tener el primer puesto en el hogar (31), que debe ser una pequeña basílica dedicada a Él (33). La confianza en Dios debe constituir el fundamento de la vida familiar (248). En la piedad está el manantial de las virtudes que hacen feliz al matrimonio (182). Hay que darse sin reserva a Dios dejando la frivolidad de la juventud (112). El contrato matrimonial implica el compromiso de establecer el reino de Dios en el hogar (127). Jesús y María han de ser los testigos de los sucesos alegres o tristes de la familia (30). El hogar ha de ser cristiano desde el primer día (30), haciendo manifiesto a todos que allí se honra a Dios (30).

La esposa atraerá al marido a la piedad (296). La oración no es sólo cosa de las mujeres, sino también de los hombres y de los jóvenes (113). El alma de los hombres es tan frágil como la de las mujeres y necesita orar (113). Pero los excesos de generosidad con Dios, que los santos acostumbra, no hay que imponerlos a los demás: hay que ser discretos (60).

Los esposos han de orar, no solamente en particular, sino en común (159). Orar en común en el hogar no es transformar la casa en una iglesia (162). En la oración común se unen más estrechamente los esposos (159). Los esposos separados por el trabajo durante el día, están unidos ante Dios por la oración hecha en común (160). La oración debe iniciar y cerrar la jornada en el hogar cristiano (187). Por muy ocupado que esté el día hay que encontrar un rato para orar en común, aunque sea brevemente (160), sin sacrificarse esta bella tradición a las exigencias de la vida moderna (161). En la oración vespertina los esposos se otorgarán mutuamente el perdón, si hubiere lugar a ello (36).

Devociones. Jesucristo: IV. No vino a abolir, sino a restaurar la ley divina (278). Figurado por el cordero pascual, murió por nuestro rescate (93). De este modo mostró el Señor su predilección por los hombres (174). La sangre de Cristo tiene precio infinito (86); está presente en la Eucaristía (96) e imprime en el bautismo una señal indeleble (99). A pesar de ultrajes y apostasías Cristo está dispuesto a perdonar a los arrepentidos (63). La resurrección del Señor es prenda de la nuestra (66) y su ascensión sostiene nuestra esperanza del cielo (5). Él es quien dignificó el matrimonio cristiano en las bodas de Caná, primer milagro obrado por Jesucristo, primera muestra de la omnipotencia de Jesús, primera manifestación de la eficaz mediación de la Virgen, sostén de la fe de los primeros seguidores de Jesús (2).

En el hogar debe reinar Jesucristo (2). Cristo debe estar formado en los cristianos (68). En Él está el remedio, de todos los males (90). El amor de Jesús no cambia (113). Jesús probó la vida de hogar (89) y debe participar de los goces y penas del nuestro (5). A Él hay que dedicarle el primer puesto (195). El centro de la casa será un crucifijo (30, 162), o la efigie del Sagrado Corazón (162)

Devoción a la Preciosa Sangre: XXXI, XXXII.

La devoción al Sagrado Corazón: VIII, XXVIII, XXIX, XXX. León XIII y Pío XI consagraron el mundo al Sagrado Corazón (95). También las familias le deben ser consagradas (13, 30, 83, 90, 291, 296). La devoción al Sagrado Corazón la estableció y quiso Él mismo (10). Su fin es amar y reparar (11, 94). Cristo nos pide nuestro corazón y nos da el suyo (85). La paz de las familias está en el Sagrado Corazón (12, 82, 95, 115, 250). La salvación de los hombres ha de esperarse de Él (85). Lecciones del Sagrado Corazón contra el egoísmo: LXVI. Enseña el sacrificio del egoísmo (93, 94, 291, 292), contra el espíritu del mundo, que desconoce la abnegación (93). El Corazón de Jesús es toda misericordia hacia las lágrimas de la mujer (201). La consagración al Sagrado Corazón exige que se quite del hogar todo lo que pueda contristarle (84). La infidelidad de los esposos está reñida con la consagración al Sagrado Corazón (84). Es recomendable la devoción de los primeros viernes (73).

La Comunión, VII, es un medio de santificación (8). Da energía para soportar las cargas diarias (9), es medio de conservar la vida dada en el bautismo (8) y en la recepción del sacramento del matrimonio (8) y alimenta la unión santificante del alma con Dios (8). Toda alma necesita de la Eucaristía (8), que es signo de amor y unión (9); pero los esposos la necesitan a título especial para recibir gracias con que responder con seriedad a las obligaciones (9), y para prevenir defecciones en la vida conyugal (345). En las largas separaciones ninguna unión mejor y más posible que en Jesús en la comunión (164). Comulgar en la boda es piadosa costumbre de las bodas cristianas (8). Sería buena conmemoración de la boda celebrar el aniversario comulgando (165). La comunión es una audiencia con Dios que debemos frecuentar incluso diariamente (73). Comulgar es llevar a casa a Jesús y con Jesús todos los bienes (9). Es recomendable comulgar en familia (113). Dar a los hijos el ejemplo de la comunión frecuente (9) y conducirlos a comulgar en compañía de sus padres (163). Hay que dar también en el pueblo el ejemplo de la comunión frecuente (9).

La Virgen, III, VI, XVII, debe ocupar un puesto de honor en el hogar (30), y reinar en las familias (2, 3, 7). La concepción inmaculada, fué prelude de todas las demás glorias de María (37), y la razón de ese privilegio fué su posterior maternidad (39). Ella es más madre que las de la tierra (129). Es la dispensadora de todas las gracias (127). María conoció las alegrías y penas de la familia (3) y sufrió las fatigas del trabajo diario (3) y fue pobre (3). Su devoción garantiza la felicidad del hogar y su carácter cristiano (3, 7). La Virgen es modelo de la virtudes doméstica (4, 7). Ella dará la castidad matrimonial (39).

La oración a la Virgen por la noche (75). La verdadera devoción a María debe ser vivificada por la imitación de sus virtudes (7). En la Virgen fué elevada y sublimada la mujer (278). Confiar a la Virgen el cuidado de los hijos (129) y dejarles su devoción como preciosa herencia (3).

El rosario en la familia: XXXVII, LIV. Hay que conservar la bella tradición del rosario en común con los niños y criados (161). Belleza del rosario de los esposos (217), de los niños (218), de la joven (219), del joven (220), de la madre (221), del padre (222) de los viejos (223), del moribundo (224), de toda la familia (225). El joven cristiano reza el rosario sin respeto humano y éste protegerá su pureza (220). El rosario del soldado (220). El hombre cristiano no se olvida de llevar el rosario junto a su estilográfica y a su cuadernito de notas, sin respetos humanos (222).

San José modelo de padres XXV, (274). Los esposos tienen un título especial para honrarle (68). El fué el custodio de María y Jesús, velo del misterio de la encarnación y de la maternidad virginal de María (69). Nazaret es el ideal de las familias cristianas (89, 360) y la Sagrada Familia modelo y patrona de ellas (137, 249).

Ejemplos y devoción de los Santos y ángeles: San Pedro y San Pablo X, XX, XXI, XV. Pedir firmeza en la fe a San Pedro (51). San Pablo es asociado por la Iglesia al culto de San Pedro (52). Fué perseguidor de la Iglesia y es ejemplo de que no hay que desesperar de la conversión de ningún pecador (53). Enseñanzas de la vida de Santiago el Mayor XXIXIV. Historia gloriosa de Santiago de Compostela (111). Los ángeles participan en la paternidad divina y son también hijos de Dios (173). El Arcángel San Miguel XXVII defiende de las insidias del diablo (76), según la liturgia introduce las almas ante Dios en la gloria eterna (77). Que él ayude a los padres a acoger las almas de los hijos que vienen a este mundo (77). Es patrono de la salud de los enfermos (78), protector de la salud de las almas (80) y defensa de la paz contra la guerra (80). Los santos Crisanto y Daría modelos de esposos cristianos (137). Santa Felicidad, modelo de madre (137). San Fernando de Castilla y León, modelo de padres con sus catorce hijos (137). San Francisco de Sales, maestro de la vida cristiana XLII. San Camilo de Lellis XXXIII. Santa Cecilia XVI. Enseñanza de San Francisco de Sales sobre el matrimonio XLIII. Este santo debería ser mas leído (150). San Juan Bosco XXII y su madre "mamá" Margarita, modelos de padres y educadores (57, 59). San Luis Gonzaga patrono y modelo de la juventud (15). San Ignacio de Loyola: IX, ganado a la santidad por las buenas lecturas (117).

La comunión de los santos: XXXIX. La comunión de los santos nos liga a cuantos están en gracia (1335), por lo tanto, lo mismo a los habitantes del cielo que a los que sufren en el purgatorio (135). Historia de la fiesta de Todos los Santos (136). Esta fiesta no es sólo de los canonizados, sino

de todos los que se han salvado (137), entre los que habrá próximos parientes nuestros (137), que velarán especialmente por nosotros (137). Verdaderamente podemos llamarnos "Hijos de santos" (97) XXXIX. De los santos canonizados muchos se han santificado en el matrimonio y la paternidad (137). Hay santos en la tierra y todos podemos serlo (139). Hay que socorrer a nuestros familiares del purgatorio y a los demás fieles allí detenidos, aunque aquéllos están ya seguros de su salvación (138). El mejor sufragio es el santo sacrificio de la Misa (138).

Hay que orar por la Iglesia (75, 90) esposa mística de Cristo, de la cual nacen los hijos adoptivos de Dios (1). El infierno no prevalecerá contra ella (80). En la providencia ordinaria las almas no pueden salvarse ni vivir cristianamente fuera de la Iglesia (149). La fijación de la Sede de la Iglesia en la capital del Imperio fué providencial para la expansión de la fe (49). La Iglesia da en los sacramentos el alimento del alma (68). La Iglesia tiene derecho a prohibir libros: no todos los libros prohibidos están incluídos en el Índice (119).

Orar por el Papa (75). Este es el Vicario de Cristo en la tierra (72). En los Papas es Pedro quien gobierna la Iglesia (16, 48, 49). Roma es la Sede de los Papas por disposición de Dios (16). Existe en Roma la piadosa costumbre de que los recién casados recen el Credo en San Pedro pidiendo firmeza en la fe (48). El magisterio papal es universal e indefectible (49). Los apóstoles, el Papa y los Obispos fueron puestos por Dios para regir la Iglesia (147). Hay que transmitir a los hijos la adhesión al Papa (17).

El Papa frecuenta sus pláticas (234) porque quiere ejercer no solamente el magisterio extraordinario y solemne, sitio el ordinario, con los fieles más sencillos (235) El Papa confía en que sus enseñanzas a los esposos serán leídas (250).

Hay que orar por la Patria (90).

Maravillas de la gracia por la oración en favor de los pecadores (53).

No olvidar en las oraciones a los padres a quienes se abandonado para casarse (90). Les debemos gratitud (2,1). Quien no sea buen hijo difícilmente será buen esposo (286).

Los esposos deben acudir con la posible frecuencia a la Parroquia (163), comulgar allí (163) y escuchar la palabra divina, que es dignísima aun en su forma más humilde de la predicación rural (235),

El Apostolado de la Oración da el medio de que la familia santifique sus trabajos (62). La ofrenda de las obras hechas en estado de gracia eleva a la categoría de actos sobrenaturales de apostolado las menores acciones (62).

Recomendación del examen de conciencia cada noche

ÍNDICE

el número romano indica el número de discurso y entre () se coloca la fecha del discurso

- I. La primera audiencia a los recién casados (26-4-39)
- II. El santificador de las bodas (3-5-39)
- III. La Reina Celestial (10-5-39)
- IV. El gozo inmutable (17-5-39)
- V. Fundadores de nuevas familias (24-5-39)
- VI. Virtudes domésticas (31-5-39)
- VII. El alimento celestial (7-6-39)
- VIII. El rey de la familia (14-6-39)
- IX. La misión educadora (21-6-39)
- X. El patrocinio de los Santos Apóstoles (28-6-39)
- XI. Las enseñanzas de la liturgia (5-7-39)
- XII. Garantía de santidad (12-7-39)
- XIII. Los tesoros de la íntima unión con Dios (19-7-39)
- XIV. Sagrada alianza (8-11-39)
- XV. Toda casa es un templo (15-11-39)

- XVI. Armonía de las almas (22-11-39)
- XVII. La castidad conyugal (6-12-39)
- XVIII. Junto a la cuna del Rey Divino (3-1-40)
- XIX. Dones nupciales (10-1-40)
- XX. El magisterio perenne del Pedro viviente (17-1-40)
- XXI. Aspectos de la nueva vida (24-1-40)
- XXII. Educadores de almas (31-1-40)
- XXIII. El cenáculo de la oración (27-3-40)
- XXIV. Las virtudes teologales como fundamento de la felicidad cristiana (3-4-40)
- XXV. El modelo de Nazaret (10-4-40)
- XXVI. La cotidiana "audiencia de Dios" para los esposos cristianos (17-4-40)
- XXVII. El Arcángel protector (8-5-40)
- XXVIII. El reinado del Sagrado Corazón (5-6-40)
- XXIX. Ansias y esperanzas (19-6-40)
- XXX. Evangelio, manantial de la paz doméstica (26-6-40)
- XXXI. Agua de vida (3-7-40)
- XXXII. El olvido de las ofensas (10-7-40)
- XXXIII. Héroes invictos de la caridad cristiana (17-7-40)
- XXXIV. Programa de vida según el ejemplo de Santiago el Mayor (24-7-40)
- XXXV. Poder, eficacia y necesidad de las sanas lecturas (31-7-40)
- XXXVI. Los graves daños de las malas lecturas (7-8-40)
- XXXVII. El rosario de la familia (16-10-40)
- XXXVIII. El cántico del amor bendecido por Dios (23-10-40)
- XXXIX. Somos hijos de santos (6-11-40)
- XL. Enseñanzas de la Divina Providencia (8-1-41)
- XLI. El sacerdocio y el matrimonio (15-1-41)
- XLII. La pura y fuerte belleza del amor cristiano (29-1-41)
- XLIII. La unión en la plegaria, según las enseñanzas de San Francisco de Sales (12-2-41)
- XLIV. Los esposos, ministros del sacramento del matrimonio (5-3-41)
- XLV. El misterio de la paternidad (19-3-41)
- XLVI. Primavera de la naturaleza. Primavera de la Iglesia. Primavera de las familias cristianas (7-5-41)
- XLVII. La eficacia de la oración (2-7-41)
- XLVIII. Más sobre la eficacia de la oración (9-7-41)
- XLIX. Amor pagano y amor cristiano (30-7-41)
- L. Los heroísmos de la vida cristiana (13-8-41)
- LI. Los heroísmos de los esposos cristianos (20-8-41)
- LII. La autoridad en la familia:
 - I) Marido y mujer (10-9-41)
- LIII. II) Padres e hijos (24-9-41)
- LIV. El Rosario en la familia (8-10-41)
- LV. El corazón abierto (12-10-41)
- LVI. Por qué habla el Papa a los casados (21-1-42)
- LVII. La mujer en la familia:
 - I) Responsabilidad de la mujer en la vida conyugal (25-2-42)
- LVIII. II) La esposa y la madre, sol y gozo del hogar doméstico (11-3-42)
- LIX. La colaboración entre los esposos, base de la felicidad conyugal (18-3-42)
- LX. La "porción de Dios" en la familia cristiana (25-3-42)
- LXI. La responsabilidad del hombre en la felicidad del hogar doméstico (9-4-42)
- LXII. Misión del marido en la familia (15-4-42)
- LXIII. La dignidad inviolable del matrimonio, uno e indisoluble (22-4-42)

- LXIV. La perpetuidad e indisolubilidad del matrimonio (29-4-42)
- LXV. Los enemigos de la unión conyugal:
- I) La desunión de los corazones (17-6-42)
- LXVI. II) El amor desordenado de sí mismo (8-7-42)
- LXVII. III) Las separaciones forzosas (15-7-42)
- LXVIII. Los auxiliares del hogar:
- I) Amos y criados (22-7-42)
- LXIX. II) Deberes recíprocos (5-8-42)
- LXX. III) Responsabilidad (20-8-42)
- LXXI. La fidelidad conyugal:
- I) Belleza de la fidelidad (21-10-42)
- LXXII. II) El pecado de la infidelidad secreta (4-11-42)
- LXXIII. III) Escollos e imprudencias (18-11-42)
- LXXIV. IV) Las pruebas de la fidelidad (9-12-42)
- LXXV. Las virtudes del hogar doméstico:
- I) ¿Qué es un hogar? (27-1-43)
- LXXVI. II) ¿Qué es la virtud? (7-4-43)
- LXXVII. III) Cómo se cultivan las virtudes (14-4-43)